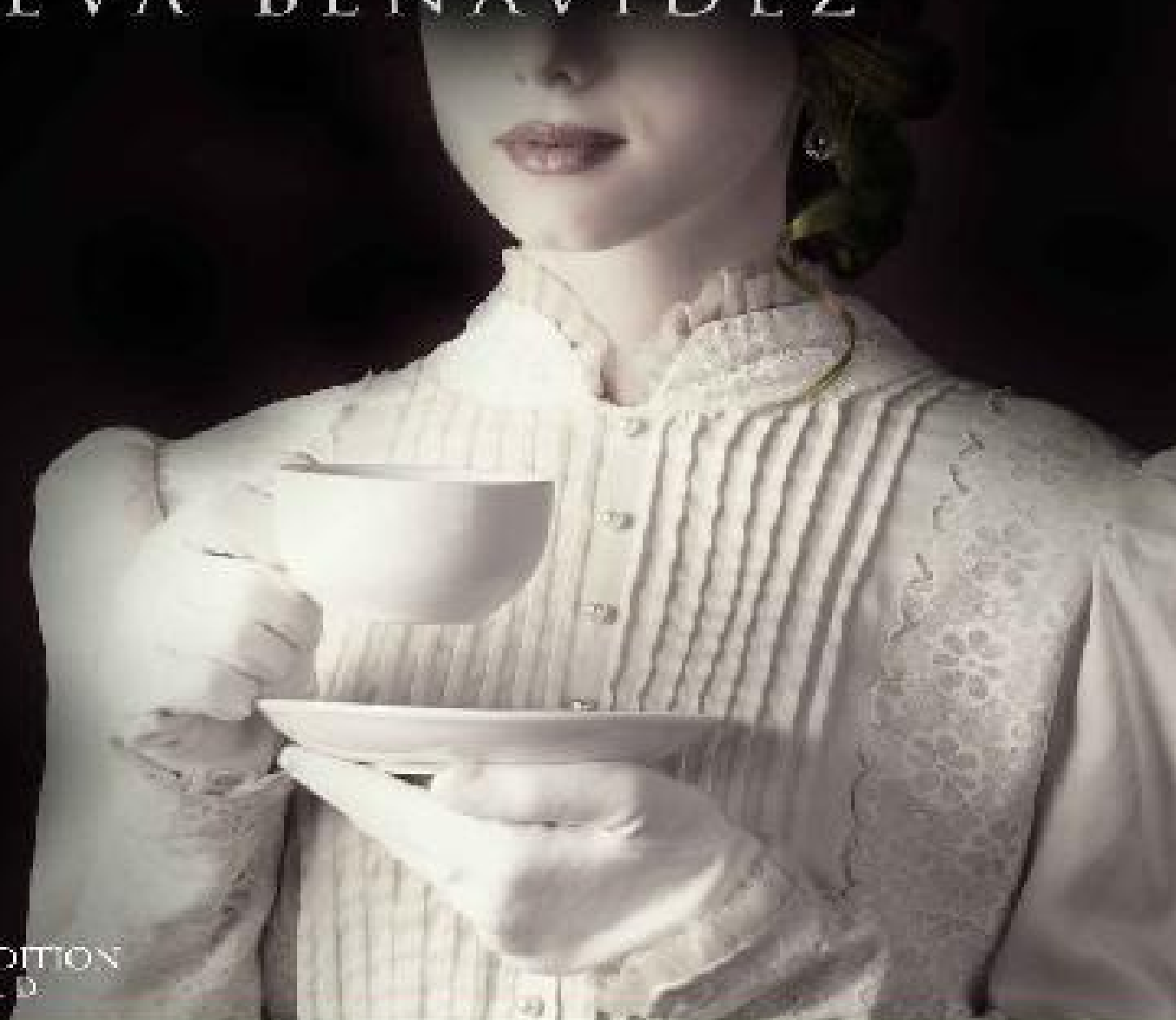


SERIE LA HERMANDAD DE LAS TEAS: LIBRO 2

UNA
Fea

EMPEDERNIDA

EVA BENAVIDEZ



 GROUP EDITION
WORLD

SERIE FINALISTA PREMIO PLANETA
2017

SERIE LA HERMANDAD DE LAS FEAS: LIBRO 2

UNA
Fea
EMPEDERNIDA
EVA BENAVIDEZ

 GROUP EDITION
WORLD

SERIE FINALISTA PREMIO PLANETA
2017

Sinopsis

Lady Abigail Thompson transita su tercera temporada en sociedad y tiene muy bien ganado su puesto de florero social, y no solo eso, ostenta con orgullo su lugar en el grupo de las demasiado feas, sitio que eligió por propia voluntad, a pesar de que su aspecto real está muy alejado de ser feo.

Los hombres son para ella seres estúpidos, banales, egoístas y egocéntricos, y por ello, está decidida a llevar una vida de tranquila soledad, empedernida en mantener su soltería.

Hasta que un demonio disfrazado de ángel, y la personificación de lo que detesta en un caballero, se interpone en su camino, desbaratando sus planes.

Lord Colin Bennet, Conde de Vander, ostenta un estatus social, origen aristocrático y un aspecto que han logrado que todos sus deseos se cumplan solo con un chasquido. Tras una década de placeres consumados, su reputación de mujeriego le ha valido para ser llamado «Ángel Negro».

Con treinta años, y el peso de ser el primogénito, no tarda en recibir un ultimátum de su padre: debe casarse en el plazo de tres meses o el marqués elegirá la candidata por él.

Nada dispuesto a que elijan alguna joven sosa y aburrida a la que debería aguantar por el resto de sus días, Colin se enfrenta ante su primer obstáculo y también ante el primer desafío de su vida: una dama casi solterona, que ha despertado su interés con sus constantes desplantes, que oculta un secreto tras una fachada desarreglada y que ha despertado su depredador interior, demasiado tiempo dormido.

La cacería comienza, y él ya tiene escogida su presa, a pesar de que sea una fea empedernida.

©2019 Eva Benavidez

©2019 de la presente edición en castellano para todo el mundo: Ediciones Coral Romántica(Group Edition World)

Dirección: www.groupeditionworld.com

Primera Edición. Mayo 2019

Diseño portada: Ediciones K

Maquetación: EDICIONES CORAL

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes



Dedicatoria:

Dedicado a aquel pequeño milagro, llamado Milo, que al mismo tiempo que nacían las letras de esta historia, crecía en mi interior y llegaba a este mundo para llenarlo de alegría.

PRÓLOGO

«El pasado es la marca que determina el presente y la consecuencia del futuro. A veces es solo una cicatriz, y muchas veces es una herida abierta y sangrante...».

Londres, marzo de 1810.

El salón de baile de la casa estaba a reborar de gente. Desde el rincón donde ella había montado su escondite, tenía perfecta visión de la pista, donde los caballeros y las damas ejecutaban los pasos de la danza al compás de la música. Sus dedos se movían siguiendo las notas musicales, y le hacían suspirar, soñadora. Cómo desearía poder estar allí, con un hermoso y elegante vestido, girando en los brazos de un apuesto caballero tal y como estaba haciendo justo en ese momento su hermana. No era así para ella, que por ser dos años menor se veía obligada a esperar hasta cumplir la mayoría de edad para ser presentada.

Clara había sido presentada en sociedad esa semana, y su padre había decidido celebrar un baile en su mansión para asegurarse de que su hija fuese considerada por todos los caballeros y las anfitrionas mejor posicionadas.

Abby se asomó y espió a través de las plantas, su hermana estaba a punto de bailar el primer baile de la noche, el primero de su vida, y ella sabía que debía estar muy nerviosa, lo había estado mucho los días previos a su presentación. Clara temía ser rechazada por su apariencia, muy alejada de la belleza en boga, pero ella no creía que eso sucediera, estaba segura que, como su madre siempre les había dicho, en el mundo había muchas más personas llenas de bondad que de maldad, y Abby tenía la certeza de que muchos caballeros sabrían apreciar lo valiosa y verdaderamente hermosa que era su hermana.

Esa noche Clara vestía de blanco, y pese a que no se veía arrebatadora, ciertamente tampoco se veía horrible, aunque el vestido y su color no la favorecían demasiado. Aún así, ya le habían pedido bailar y eso era un buen

augurio.

Con curiosidad, observó al caballero que la guiaba hacia el centro de la pista, y al verlo se quedó literalmente sin aliento. Sus ojos se abrieron impresionados, sus mejillas se ruborizaron, y su boca se desencajó; él era hermoso, tenía el aspecto de un príncipe, parecía algo irreal, celestial, estaba viendo un ángel. Vestía saco y pantalón azul claro, camisa blanca y pañuelo plateado, vestimenta que no hacía más que destacar su altura, y su grácil pero masculina figura. Su cabello rubio claro refulgía bajo la luz de las arañas; lo llevaba peinado hacia atrás, lo que permitía apreciar su rostro perfecto, su mandíbula firme y elegante, su nariz fina y larga y unos labios demasiado atractivos. Pero lo que cortó su respiración fueron sus ojos, que eran dos esferas brillantes, celestes como el cielo de verano en un páramo inglés.

Su hermana parecía estar disfrutando de su compañía, y no se veía tan tímida o nerviosa como con los demás caballeros. La cuadrilla terminó, y él la guió de nuevo hacia su padre, mientras ella no dejaba de mirarlo embelesada.

Cuando vio que el caballero caminaba en su dirección, Abby jadeó y se echó hacia atrás tan rápido que cayó sobre su trasero con fuerza. El movimiento provocó que el precario moño que sostenía su abundante cabello rubio se soltara y que este se derramara sobre su rostro.

Una vez recuperada, con precaución miró y lo observó. Él estaba parado bebiendo una copa, muy cerca, tanto que si estiraba una mano podía tocarlo. Gracias a Dios, no se había percatado de su presencia tras las plantas. Algo que agradeció, ya que su padre le había prohibido terminantemente aparecer por allí, y si se enteraba de que le había desobedecido tan temerariamente, la castigaría por varios días, y ella no quería eso, pues su padre había encontrado su talón de Aquiles, y cada vez que no acataba una de sus órdenes, se lo hacía pagar prohibiéndole tocar el piano. Y ese era el peor de los castigos para Abby; ella amaba la música, pero sobretodo amaba tocar el piano, ese instrumento era su refugio, su lugar predilecto, el único instante donde sus preocupaciones desaparecían, donde la muerte de su madre no dolía tanto y donde, con cada tecla que sus dedos acariciaban, la paz y la alegría cubrían su mente y corazón.

En ese momento, un grupo de caballeros se acercó al hombre rubio e iniciaron una conversación con este.

—Qué fastidio de noche, si no fuera porque mi padre le debe más de un favor al marqués ya me habría largado de aquí —habló uno de los recién llegados, apoyando un codo en el alféizar de la ventana a su espalda, y que, por su posición, no podía identificar, aunque su voz le sonó familiar.

—Ni lo diga, Wallace, creo que todos estamos aquí por ese motivo. Eso sí, por lo menos no me han obligado a bailar con la hija como a ti, amigo. Me dan escalofríos de solo pensarlo —respondió otro caballero que se encontraba de espaldas a ella.

Por un momento no entendió la raíz de su conversación, pero cuando hicieron referencia a su hermana, comprendió, y tuvo que sofocar un jadeo indignado. No podía creer que esos hombres se refirieran así a una dama, y menos a alguien tan increíble como Clara. Ciertamente estos no eran verdaderos caballeros, por lo menos no de los que ella y Clara tanto habían leído en sus libros. Aunque aún quedaban esperanzas, el joven rubio todavía no había emitido su opinión.

—Aquí Vander nos puede decir cómo fue esa experiencia. Dinos, Benett, ¿fue tan escalofriante como parece? Porque, de lejos, lady Clara es lo suficientemente terrorífica, de cerca no quiero ni pensarlo —intervino un tercer hombre. Su tono de burla provocó las risotadas de los demás.

Abby se indignó todavía más, y tuvo que contenerse para no dar a conocer su presencia y decirles unas cuantas verdades a aquel grupo de petimetres, y desvergonzados cobardes. Pero quería ver la reacción del hermoso caballero, a quien iba dirigida aquella pregunta, ahora sabía su nombre, su apellido y título al menos: lord Benett, conde de Vander.

Cuando las carcajadas cesaron, lord Vander levantó un dedo y todos le miraron expectantes, su rostro se iluminó por una sonrisa que transformó sus rasgos en belleza pura e irreal. Era demasiado perfecto... Era...

—Solo diré... —comenzó con su voz profunda de barítono, no muy grave ni muy ronca—. Que esos minutos sosteniendo a lady Clara fueron lo más largos de mi vida. Amén de su falta de belleza, lo más difícil fue tolerar su ausencia de conversación y encanto. Parecía que estaba bailando con un ratón asustado —terminó, y sus compañeros prorrumpieron en carcajadas.

«Era un imbécil, un estúpido, banal, egocéntrico, burro y superficial

bestia... Lo que tenía de lindo, lo tenía de tarado», pensó Abby, cruzándose de brazos furibunda y dolida.

—Eso me recuerda a algo que me dijo mi hermana: que llaman a la joven fea y otras cosas. Pero *ratón*, eso le pega mucho mejor, lady Ratón le va como anillo al dedo —se mofó el caballero que había sido el primero en hablar, al que desde su posición no podía avistar, y seguía resultándole conocida su voz. Pero asomarse significaba demasiado riesgo.

—Lástima que no sacó la belleza de su madre. Recuerdo haber visto a la marquesa cuando acompañaba a mi padre a alguna de sus reuniones con lord Garden, era una mujer muy hermosa. En una ocasión la vi caminar por el jardín con una niña pequeña, no era lady Clara, era una preciosa niña rubia de ojos azules, que de seguro será un éxito cuando su padre la presente en sociedad, nada que ver con su hermana mayor, que es tan fea e insulsa como un ratón —comentó en tono despectivo el hombre que estaba de espaldas. Las risas jocosas de los demás no tardaron en resonar, mientras Abby solo miraba a lord Vander hipnotizada. Él también reía, él era igual o peor que esos caballeros estúpidos, malvados y crueles.

Aturdida, retrocedió, y su mirada bajó a su largo cabello rubio. Ella amaba su pelo, le recordaba a Susan, ella siempre lo cepillaba y trenzaba por las noches, lo había heredado de la marquesa, al igual que sus rasgos y sus características físicas, era el vivo retrato de su fallecida madre, y siempre había amado eso. Hasta ese día.

Con lentitud, abrió la puerta a su espalda y salió con sigilo, dejando las risas de los hombres detrás.

Lo que había oído la había dejado estupefacta. Nada de lo que había supuesto era real, los caballeros no eran como los príncipes gallardos de los cuentos, ni las damas como las nobles princesas, ya había oído y visto a un par riéndose de su hermana y de su vestido. Nada de lo que Clara y ella leían existía, no era real, era solo fantasía.

Su madre se había equivocado, el mundo, por lo menos el suyo, el que le había tocado, estaba repleto de maldad y de personas sin alma y ni una pizca de bondad.

Horas después, con el baile terminado, vio entrar a su hermana a su cuarto, con su camión de dormir ya puesto. Era un ritual que llevaban a cabo cada noche: ambas conversaban, se trenzaban el cabello mutuamente para no extrañar tanto a su madre, quien solía hacerlo, y compartían confidencias.

Pero esa noche, ambas permanecieron pensativas y en silencio. Clara parecía abatida y agotada, y más que nada se veía triste. Abby sabía qué la tenía así, seguramente se había percatado del desprecio de sus pares.

—Abby... —suspiró su hermana, rompiendo el silencio—. Hoy en el baile vi que muchas personas me miraban de manera extraña, y luego cuando fui al tocador les oí, me llaman lady Ratón —confesó abatida.

Abby apretó los dientes y maldijo al presumido conde de Vander. Por su culpa nombraban tan infamemente a su hermana.

—Y no solo eso, solo un caballero me invitó a bailar, él fue muy amable y simpático. Pero obviamente se notaba que lo hacía por compromiso. Creo que acabaré siendo una solterona, no podré casarme nunca, soy demasiado fea para que un caballero me escoja como esposa —dijo pesarosa, girándose hacia ella, que dejó el cepillo sobre la cama y apretó las manos de su hermana mayor, tratando de transmitirle su apoyo.

—Eso no lo sabes, aún faltan muchas veladas y varias temporadas, uno nunca sabe —contestó Abby, resuelta a levantar su ánimo.

—Tú sabes que estoy en lo cierto, Abby. Eso pasará, sabes tan bien como yo que el debut de una jovencita es lo que determina el resto de su estancia en los salones de la aristocracia. Y a mí ya me catalogaron de florero, y no solo eso: de demasiado fea. Por lo menos, me queda el consuelo de que a ti no te pasará eso, tú eres hermosa, eres el vivo retrato de madre, y encandilarás a todos los caballeros. Tú podrás enamorarte, y ciertamente te amarán, te casarás con un importante noble y yo seré una tía feliz que se encargará de cuidar a tus pequeños —contradijo Clara, con una sonrisa triste y mirada perdida.

Abby absorbió aire con fuerza, y la rabia inundó su interior. Ese no sería el futuro de su hermana, ella no permitiría que por culpa de esa sociedad cruel y vacía, su dulce hermana tuviese ese futuro solitario y desolador. Pero más que nada, ella nunca se convertiría en parte de esa hipócrita sociedad, ella no sería uno de ellos. Y aunque su aspecto físico debería parecerle una

bendición, ahora lo veía como un castigo, porque la hacía ser candidata a formar parte de ese círculo de personas vanidosas y superficiales.

—¡No! —soltó repentinamente, haciendo sobresaltar a Clara, que volvió los ojos hacia ella extrañada—. No me enamoraré, permaneceremos juntas. No necesitamos a esa gente vanidosa, tampoco un marido superficial y mujeriego. Tú amas escribir y yo tocar el piano, permaneceremos juntas, unidas —dijo con vehemencia, arrodillándose frente a su hermana, tomándola de las manos con fuerza, con la mirada decidida—. Cumpliremos nuestros sueños. Ambas, ya lo verás, Clara. Y envejeceremos juntas. No necesitamos el amor ni a los hombres, solo a nosotras mismas, y nuestros sueños para ser felices. Se lo demostraremos a todos. No importa que se espere de nosotras el matrimonio, padre no nos obligará y si aunamos fuerzas podremos terminada nuestra estancia en sociedad ser dueñas de nuestro destino.

—Abigail... No sé, tú no eres como yo... Tú... —comenzó a negar, pareciendo incómoda e indecisa.

—No lo digas, soy como tú, sin importar mi exterior, tenemos los mismos sueños, las mismas metas y objetivos. Madre nos crió con los mismos ideales y preceptos, y así será siempre —interrumpió vivaz Abby, con tono firme y resuelto—. A ti te han catalogado como demasiado fea, pues eso seré yo también, y nadie podrá decir lo contrario.

—Es una locura, Abby. Aunque, si así me llaman, seguramente hay muchas más en mi misma situación —contestó pensativa Clara.

—¡Eso es! Buscaremos a damas que sean como nosotras, y nos uniremos. Seremos del grupo de las demasiado feas, y que los nobles banales y estúpidos se cuiden de nosotras —declaró con tono de guerra Abby, haciendo reír divertida a su hermana.

—Seremos un grupo de cuidado entonces, seremos las *D.F* —concordó Clara, y sus ojos brillaron animados.

Esa noche, Abby durmió con una multitud de pensamientos bullendo en su interior.

Mañana, mañana comenzaría su transformación, el mundo nunca conocería a la verdadera y antigua Abigail Thompson. Y los cientos de condes de Vander

que pululaban por esos salones, aprenderían de lo que era capaz una demasiado fea. Eso correría por su cuenta, estaba empedernida en lograrlo; le daría una verdadera lección de humildad a esos nobles egoístas y crueles. Ese sería su objetivo, la razón de su existencia.

Su propósito.

CAPÍTULO I

«...La belleza es mucho más que piel, forma, rasgos o apariencia; es aquellos momentos únicos que viven y mueren en un instante, pero renacen en el recuerdo eternamente...».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

Londres, octubre 1815. Cinco años después...

La mansión de los duques de Malloren estaba a rebosar de asistentes cuando Colin, su hermano, y su padre entraron. Era un hecho que no le sorprendía, puesto que los bailes de la duquesa eran de los más exitosos de cada temporada social.

Cuando traspasaron las puertas del salón, muchas cabezas se volvieron hacia ellos, y las miradas y gestos incrédulos no tardaron en aparecer, tampoco las miradas espantadas de las matronas, que advertían a sus pupilas, y las lascivas en las damas que conocían de otras veladas muy diferentes. Sabían que aquello sucedería, después de todo, hacía por lo menos tres años que él no aparecía por una velada de aquellas, y en cuanto a Marcus, ni siquiera recordaba la última vez que el caballero negro —como le apodaron—, pisaba un salón de baile.

Por su parte, aunque con el título de conde Vander a cuestas, él también se había granjeado una mala reputación, a base de su fama de mujeriego y juerguista, pero ayudado por su aspecto e innato encanto, no era tan mal visto como su hermano mellizo, y por eso le llamaban «Ángel Negro».

Su padre, el marqués de Somert, se detuvo a saludar a un conocido y ellos hicieron lo propio, aceptando las copas que un lacayo les ofreció.

Colin miró de reojo a su hermano y le provocó risa ver la expresión de tortura que mostraba su rostro.

—Quita esa mueca, estás espantado a las pocas muchachas que no dejan de observarnos—le dijo, sonriendo a una dama bastante apetecible, que se abanicaba sin quitarle el ojo.

—Las que nos están mirando no son jóvenes solteras y ya sabes a lo que

vine. ¡*Pardiez!* No puedo creer que esto realmente me esté sucediendo —se lamentó Marcus, bebiendo todo el contenido de su copa de golpe.

—Claro, había olvidado que debes despedirte de los tiempos en los que hubieras salido de aquí con alguna voluptuosa viuda, porque el Caballero Negro será ejecutado y el verdugo vestirá raso blanco —se mofó con un falso tono de conmiseración.

—Eres un imbécil, Colin —gruñó en respuesta su mellizo—. No te alegres tanto de mi desgracia, porque sí, yo debo escoger esposa y casarme en menos de un mes para no perder el título que acabo de heredar, pero tú no estás en mejor posición, como el primogénito no tardarán en echarte el lazo, y cuando eso suceda estaré en primera fila para ver pasar el cadáver de tu apreciada soltería —espetó su hermano con sorna.

—Pues ve poniéndote cómodo, hermano, porque sobre mi cabeza no pende la amenaza de perder nada, y aún me quedan muchos años de fiestas y placeres. No está en mis planes navegar en las turbias aguas del matrimonio, no hasta que se empiece a caer mi cabello, y los años de pudín y brandy tomen forma en mi barriga —rebató alegre.

—¿Me puedes decir cómo es la dama con la que pretenden que me casé? Por favor, no quiero llevarme sorpresas desagradables, y estoy viendo a muchas pero no tengo idea de quién puede ser —dijo Marcus después de una pausa y un gruñido de fastidio; su mirada oscura recorría el lugar sin mucho entusiasmo.

Colin sonrió para sus adentros mientras fingía pensar en la petición del otro. Esto se estaba tornando cada vez más divertido. Su hermano ni se imaginaba la sorpresa que le aguardaba, ya que la candidata que padre había escogido para él era todo menos algo que su mellizo pudiera considerar atractivo.

Casi sentía lástima por la manera en la que el destino parecía haberse ensañado con Marcus. Casi.

—Bueno —comenzó, carraspeando—, para hacer honor a la verdad, yo vi a la joven en cuestión solo unas pocas veces. La única vez que hablé con ella fue hace bastante tiempo, no lo recuerdo con precisión, pero creo que bailé con la dama por pedido de padre. Y si mi memoria no me falla, lady Clara Thompson es una joven amable y correcta.

—¿Pero cómo es? Padre me dijo que está en su última temporada, eso se debe a algo, ¡dime de una vez! —alegó con impaciencia.

—Bien, te lo diré. La dama es una florero oficial, según lo que pude averiguar, y con respecto a su apariencia, lo descubrirás por ti mismo en unos instantes. Pero no te preocupes, lady Ratón quedará encantada con el nuevo conde de Lancaster —añadió carcajeándose al ver cómo los ojos de su mellizo se abrían de par en par.

Pero antes de que emitiera respuesta, su padre les hizo una seña para que le siguiesen. Marcus se había quedado estupefacto, así que, riendo entre dientes, Colin siguió al marqués y eso sacó de su parálisis a su mellizo. Pronto estuvieron frente al también marqués de Garden y futuro suegro de su hermano, si las tretas de los progenitores funcionaban.

Las hijas del amigo de su padre les vieron llegar y sus reacciones fueron opuestas. La mayor, que conservaba el mismo aspecto que antaño, sonrió tímidamente cuando él se inclinó sobre su mano, correspondiendo con una reverencia y rehuyendo rápidamente su mirada. Lo que, ahora que la miraba con detenimiento, le daba aspecto de ratoncillo era, más que sus rasgos, su actitud asustadiza.

La restante hermana era todo lo contrario. Todo ella parecía irradiar hostilidad y rechazo. Sus ojos que parecían enormes tras esas espantosas gafas, eran de un azul brillante, pero nada cálidos, despedían rayos fulminantes. Y para rematar, la dama aceptó su mano como si estuviese tocando algo putrefacto, y la apartó con una mueca asqueada antes de que pudiese rozar la tela de sus guantes.

Colin arqueó una ceja observando el gesto altanero de la joven, y tuvo que reconocer que estaba intrigado por su actitud irreverente, tan diferente a la reacción de la mayor, pero no pensaba demostrarlo, así que sonrió y se apartó para que Marcus hiciera su entrada.

Su mirada no se apartó de la pequeña Thompson.

Apenas podía creer la desfachatez de la dama, que estaba faltando a todas las reglas de protocolo, ignorándolos por completo mientras bebía de su copa con una mueca de hastío. Lady Clara hacía lo mismo, pero parecía estar intentando parecer invisible. Lo que les dejaba a él y a su hermano en la incómoda situación de estudiarlas.

Sentía que Marcus estaba tan envarado como un trozo de hierro, y de seguro lo asesinaría por no advertirle sobre el aspecto de la dama. A duras penas había contenido la risa al percatarse del horror en los ojos de su mellizo.

Por su parte, no estaba sorprendido con lady Clara, pero con respecto a la otra dama, no daba crédito a tamaño desarreglo.

Para empezar, a pesar de que en general sus rasgos eran mucho más armoniosos que los de su hermana, era por mucho una de las mujeres más feas que había visto en su vida.

No era que fuera un experto en moda femenina, es más, ni siquiera tenía una hermana, pero hasta un ciego se daría cuenta de que ese espantoso vestido de raso marrón y esa cofia oscura, que hacía imposible adivinar su color de cabello, eran todo menos el último modelo en boga.

La muchacha era alta, más que la mayor, y delgada. Hasta ahí podía dilucidar algo, pues el horrible trapo que la envolvía era tan grande que parecía un saco.

Ciertamente, si él fuese una anfitriona no dejaría entrar en su fiesta a un esperpento como aquel.

Su hermano había salido con la hermana mayor, después de hacer el ridículo, y ahora el aire se había vuelto más denso, la tensión insoportable.

En ese punto, en donde él estaba siendo magistralmente ignorado, resultó obvio para Colin que la actitud de esa mujer era mucho más que la de una solterona amargada. Evidentemente él no le agradaba, más bien no lo soportaba.

Algo insólito, inaudito e ilógico. Ni siquiera se conocían, era la primera vez que la veía, excepto alguno que otro evento donde la avistó de lejos. No podía haber hecho nada para disgustarla.

Además... ¡él siempre le agradaba a todo el mundo! ¡Era el ángel de Londres! ¡Las mujeres morían por él!

Un pensamiento se atravesó entonces por su mente, trayendo la comprensión y la certeza.

Claro... Ahora entendía los motivos de tan estafalaria actitud por parte de ella. Seguramente se sentía dolida y molesta porque le amaba en secreto, y

debido a que era un hombre atractivo y sensual, le guardaba rencor por ser una florero rechazada...

—Lord Garden, ¿me permite acompañar a su hija hasta la sala de bebidas? —solicitó Colin, decidido a, por lo menos, lograr que la joven pudiese sentirse menos fracasada una vez en su vida. Ella no le caía mal, y nada le costaba ser simpático y darle un poco de alegría.

El marqués interrumpió su conversación con su padre y se volvió a mirarlo con expresión sorprendida. Por su parte, había logrado obtener por fin la atención de la hija. Aunque viéndola, empezaba a dudar de la veracidad de su reciente teoría, ya que la dama no parecía estudiarle con un mal disimulado embeleso, toda su actitud corporal parecía la de alguien a punto de cometer un acto demencial.

—Por supuesto, lord Vander, la dejo a su cuidado. Su padre y yo estaremos en la sala de juegos —respondió él, tan rápido que apenas se entendieron sus palabras, y acto seguido desapareció junto a su progenitor.

Colin sonrió y volvió los ojos a la joven, que tenía la vista clavada en la espalda de su padre y los puños apretados.

—Cuando usted diga, milady —dijo con voz amable, ofreciendo caballeroso su brazo.

Abby quería cometer un crimen, se sentía furiosa y traicionada. Su padre se había deshecho de ella, con tanta desesperación que parecía que le hubiesen anunciado que le estaban robando el carruaje y se había largado, dejándola con ese hombre estúpido e intolerable.

Durante unos segundos solo pudo intentar mantener la calma y refrenar sus impulsos asesinos. Luego volteó hacia el caballero rubio y observó el brazo que mantenía en alto, a la espera de su respuesta.

El maldito sabía que no tenía opción, no podía quedarse sola aunque estuviese rodeada de personas, ni darse la vuelta y dejarle plantado como deseaba. En ocasiones como aquellas, odiaba ser quien era y haber nacido en aquellos tiempos, donde su perro era más libre que ella.

El conde arqueó una ceja ante su visible vacilación. Un bufido nada femenino escapó de sus labios, al tiempo que colocaba su mano sobre el brazo

del caballero y emprendían la marcha por el salón.

No lo podía creer, estaba caminando con el hombre que más detestaba en toda Inglaterra, y debía soportar su presencia por tiempo indeterminado. No quería asumirlo, pero en cuanto vio acercarse al marqués de Somert, viendo cómo su padre sonreía, cayó en la cuenta de lo que sucedía. Pretendían una unión entre Clara y el infame Marcus Benett, ahora conde de Lancaster. Eso de por sí era algo espantoso, pero peor era pensar que tendría de pariente político a este cretino detestable.

—Una moneda por sus pensamientos —habló cerca de su oreja la irritante voz del hombre, haciéndola sobresaltar.

—No querrá saberlos —gruño Abby mirándole de reojo.

—¿Eso es un desafío? —interrogó el rubio en tono insinuante, justo cuando traspasaban las puertas abiertas del salón, donde en una larga mesa estaban dispuestas diferentes bebidas.

Abby se soltó rápidamente de su brazo y se volvió hacia él cuando se detuvieron junto a la mesa.

El caballero la observaba con fijeza, de cerca sus ojos eran de un celeste imposible. Su cabello, que no era ni muy corto ni muy largo, y que lucía con desenfado, brillaba como oro derretido. Era mucho más alto que ella, dos palmos por lo menos, y su cuerpo, esbelto y musculoso, destacaba embutido en un traje gris perla. Asquerosamente apuesto, insoportablemente masculino, pese a que su nariz fina, labios cincelados y mandíbula firme eran tan hermosos como los de un ángel.

Le odiaba.

—Tómelo como quiera, después no diga que no se lo advertí —declaró ella, encogiendo un hombro. Si quería saber qué pensaba de él, se lo diría encantada.

—Uhm... No lo sé —pronunció él, dejando vagar su mirada por todo su cuerpo. Ya veía que era un descarado, provocador por naturaleza—. Digamos que, por ahora mantendré el misterio —terminó, componiendo un gesto seductor, a la vez que le entregaba una copa de clarete y tomaba una para él.

—No me gustan los misterios, milord —le cortó en tono seco Abigail.

Lord Vander soltó una carcajada y sus ojos la miraron con detenimiento.

—¿No? Pues entonces, me dirá qué esconde bajo esa espantosa tela. Si es una calvicie, conozco un hombre que se dedica a la venta de pelucas, de esas que utilizan las actrices en el teatro —exclamó con una mueca de burla y un ademán abarcador hacia la cofia negra que cubría su cabeza.

Abby apretó los dientes al oír su fragante insulto y esbozó una sonrisa cínica.

—Fíjese que no necesito los servicios de su amigo. Pero tal vez a usted le sirvan los del sastre de mi padre, es muy bueno —rebatío ella con fingida amabilidad.

—¿Sastre? —balbuceó el conde con expresión confundida, desapareciendo su mueca engreída y sardónica—. Yo no necesito ninguno.

Abby sonrió más ampliamente, por el rabillo del ojo atisbó la presencia de su amiga Brianna: su posibilidad de huir. Decidió que aprovecharía la oportunidad de que no habría testigos de su merecido desquite, y acto seguido, arrojó el contenido entero de su copa en el impoluto y perfecto pecho y rostro del caballero quien, desprevenido, solo atinó a abrir la boca y los ojos, conmocionado.

—Ahora sí lo necesita. Fin del misterio —Finalizó Abby, dando media vuelta y dejando a un atónito conde boqueando empapado.

CAPÍTULO II

«Tus ojos azules, brillantes, vivaces, eternos.

Fealdad que oculta un mar de belleza.

Miradas, silencios que me mantienen paralizado, prisionero, subyugado.

Te escondes, huyes, más persistes a cada instante en mi mente, en mi pecho, en mis recuerdos».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

Los ojos de Colin estaban fijos en el escote de la rubia que tenía prácticamente sentada en su regazo.

Llevaban un buen rato allí, flirteando descaradamente, y si todo continuaba por esos lares, terminarían el día enredados en alguna habitación.

—¿Soy yo o está haciendo mucho calor, belleza? —susurró Colin a la mujer, que soltó una risita y se abanicó más rápido.

A su alrededor estaban su hermano, el conde de Luxe Maxwell Grayson, amigo y anfitrión del tentempié donde se encontraban, y el duque de Fisherton, Alexander Mcfire, todos igualmente acompañados por exquisitas féminas.

Aaahh... eso era vida...

Lady Price comenzó a acariciar su muslo con descaro y él la miró con una sonrisa pícaro y se inclinó para murmurarle la idea que tenía en mente.

Entonces unos chillidos estridentes resonaron por el prado de la propiedad de Luxe, quien ya se había puesto en pie, alarmado.

—¿Qué fue eso? —preguntó haciendo lo mismo.

Nadie respondió, pero su hermano quitó a la joven de su regazo de manera nada delicada y salió corriendo en dirección al lago. Alex, el escocés, lo siguió con grandes zancada, y Max también.

Colin miró los rostros molestos de las damas, y esbozando una sonrisa de disculpa, salió tras sus amigos.

Al llegar a la orilla del lago, sus ojos se abrieron incrédulos. El duque salía del mismo llevando en brazos a una joven pelirroja que temblaba profusamente, y por detrás salía Grayson cargando a una mujer morena que se veía muy nerviosa y pálida, ambas estaban empapadas.

Alex depositó a la joven en el césped con cuidado y levantó su rostro para examinarlo.

Entonces él se tensó.

Reconocía a la dama, era la joven con quien había visto que se marchaba lady Abigail en el baile donde la muy cínica le había derramado una copa encima. Lo que quería decir que ella podía estar en el agua.

Antes de darse cuenta, ya se había adentrado en el lago y localizado a Marcus. Parecía estar desesperado, aferraba a una mujer que gritaba y lloraba intensamente.

¿Quién era?

Nadó hacia ellos, que estaban junto a un bote volteado, y cuando estuvo cerca su corazón se detuvo.

Era ella, pero... se veía distinta.

Sin pensarlo se colocó a su lado y la aferró del brazo para sacarla del agua.

—¿Qué hace? ¡Suélteme! —gritó ella intentando zafarse de su agarre. Sus labios comenzaban a ponerse morados y su rostro estaba sin color.

Decidido a ponerla a salvo, Colin la envolvió en sus brazos y la pegó a su cuerpo, dejando sus brazos aprisionados para que dejara de debatirse.

—¡Suélteme! ¡Bruto, sapo rastrero, bellaco! —vociferaba ella, revolviéndose en sus brazos mientras él haciendo pie, caminaba hacia la orilla —. ¡Que me suelte! Mi hermana no sabe nadar, se está ahogando —sollozó ella fuera de sí.

Colin la bajó ni bien pisó tierra, pero no la liberó, impidiendo que se lanzara nuevamente hacia el agua.

—¡Basta! —la reprendió, apretando la piel de sus brazos implacablemente, ella dejó de sacudirse y levantó la vista hacia él.

Su respiración se cortó al encontrarse sus miradas. Sus ojos, que estaban

anegados en lágrimas, eran hermosos. Tan azules como el mar, grandes y brillantes. Y era la primera vez que los veía sin la barrera de esos enormes lentes.

Ella lo miraba tan fijamente como él a ella, y él no podía mover un solo músculo. Era como si esos ojos le mantuvieran paralizado, prisionero, subyugado.

En ese momento las voces de sus amigos, cercanas, se colaron en sus oídos y la joven bajó la cabeza y se separó de un tirón.

Su cabello se terminó de soltar de lo que fuera que lo había mantenido sujeto y se derramó sobre sus hombros, tapando lo poco que quedaba a la vista de su rostro, en el que no había reparado por estar perdido en su mirada.

—No se preocupe, mi hermano es un experto nadador, él sacará a su hermana —dijo incómodo, sin dejar de observarla.

Ella solo asintió y se abrazó temblorosa.

Su pelo, empezaba a secarse y Colin se percató de que era de color rubio, muy claro y bonito. Lo llevaba largo, y a diferencia de su hermana no era lacio, tenía muchas ondas naturales. Parecía un manto dorado, y encandilaba.

Una vez más se encontró actuando por impulso.

—¿Por qué lo esconde tras esas espantosas cofias? —preguntó, tomando uno de los bucles y deleitándose con su textura y suavidad.

La muchacha se tensó y se apartó sin mirarle.

—Eso no es de su incumbencia. No sea entrometido —le contestó con brusquedad.

Él sonrió y dejó vagar su vista por el cuerpo de la joven. Podía darse cuenta que había estado muy equivocado en las conjeturas que había hecho acerca del aspecto de la muchacha pues, si bien ese vestido era tan espantoso como todos los que le había visto, ahora que la veía empapada, y con esa tela marrón pegada a cada parte de su piel, podía ver que sus formas no eran nada de lo que pensó. Todo lo contrario.

Era delgada, bastante, pero su figura era armoniosa, sus piernas eran interminables y preciosas, sus caderas finas y femeninas, su cintura estrecha y sus senos sencillamente perfectos.

Su pulso se había acelerado y sentía la boca seca, tanto le estaba

afectando la visión del cuerpo mojado de lady Abigail, que ni siquiera notaba el frío del otoño a pesar de estar completamente empapado.

—Ya ve, el destino siempre se encarga de que cada uno pague por sus obras —dijo él en tono burlón, más desesperado por hacer algo que quebrase la tensión del momento que otra cosa.

—¿De qué está hablando? —preguntó con sequedad, mirando hacia el lago y evadiendo su escrutinio.

—De que ahora es usted quien acabó mojada, y no solo eso, me debe dos cuentas con mi sastre. La del atuendo que me arruinó y la de este —contestó con sorna.

—Yo no le debo nada. Y le diré algo, no sé qué traman usted y su hermano, pero más les vale no lastimar a mi hermana o... —contradijo airada la rubia.

—O... ¿qué?. —inquirió Colin, tirando de ella intempestivamente, haciéndola estrellarse contra su pecho.

La joven jadeó, pero no elevó su cabeza hacia él, acción que le confundía. ¿Por qué se ocultaba?

Abby abrió la boca para escupirle lo que le pasaría a aquel truhan si dañaban de alguna manera a su hermana, pero el sonido de una discusión se lo impidió. De inmediato reconoció la voz de Clara, y ansiosa se zafó del conde y salió corriendo en dirección a la pareja que hablaba acaloradamente.

—Hermana, quería ir por ti, pero este bruto no me lo permitía —le dijo con un ademán airado cuando llegó a ella, abrazándola con fuerza mientras señalaba a lord Vander.

El aludido apretó la mandíbula y sus ojos celestes brillaron más todavía. Sin embargo, unos estridentes chillidos no le permitieron refutar.

—¡Amiga! —chilló fuera de sí Mary Anne, llegando como un tropel.

—Clara, ¿cómo te sientes? —exclamó Brianna apretando sus manos.

Clara les repitió que todo estaba bien y que solo se había llevado un susto. Sus amigas comentaron el terror que experimentaron al no verla emerger, y además de sus expresiones angustiadas, las dos presentaban un aspecto deplorable.

Mary Anne tenía el vestido color rosa pastel tan pegado y arrugado sobre todo en su abundante escote que ahora se traslucía por completo, y su peinado estaba deshecho, con sus bucles ébano tapando su cara. Por su parte, Brianna llevaba el vestido verde agua tan justo que transparentaba sus voluptuosas caderas y su rebelde e indómito cabello colorado caía libre por su espalda.

—Vaya, aquí la vista no es tan agradable —dijo de pronto una voz, interrumpiendo su conversación.

Abby se tensó y se giró para ver a quién pertenecía ese insoportable tono agudo. Lady Bloomberg. A unos pasos, con sus sombrillas abiertas y expresión desdeñosa, estaban cuatro damas con rasgos hermosos y presencia impoluta.

La morena que había lanzado ese comentario sarcástico miró a sus compañeras, que estaban paradas junto a lord Fisherton y lord Luxe, quienes a su vez no dejaban de desviar los ojos hacia sus empapadas amigas, el gigantesco y rubio escocés esbozando una mueca hilarante y el castaño anfitrión con los labios fruncidos con reprobación. Al igual que lord Vander, a quien se negaba a mirar, pero podía sentir su mirada celeste fija en ella.

Una mueca de fastidio se instaló en su cara, no soportaba a estos hombres lascivos y descarados, que además de estar examinando sus cuerpos con descaro, tenían la desfachatez de retozar con aquellas mujeres casadas a pleno día y en un evento social. Eran unos degenerados, inmorales, depravados.

—No sabía que podía uno correr el riesgo de toparse con alimañas —siguió con absoluta malicia la dama, clavando la vista en Clara. Las demás rieron con estridente crueldad, festejando lo dicho por la belleza de pelo oscuro.

El rostro de su hermana se descompuso ante la obvia referencia que la mujer había hecho al apodo con el que la había bautizado la sociedad. Y apretó sus manos, bajando la mirada con vergüenza. Ella apretó los dientes con enojo, aquello no era una novedad, otra vez una cara bonita se metía con alguna de ellas y las humillaba solo por diversión, por placer.

Pero no se quedaría así, esas cabezas huecas aprenderían a no meterse con ellas, y sobre todo, a no burlarse de su hermana, que más dulce y noble no podía ser.

—Yo que ustedes me apartaba rápido, o la serpiente que está allí puede morderles con su veneno —les espetó Abby conteniendo la ira y rodeando los

hombros de su hermana, a la vez que señalaba los pies de la morena engréida.

El cuarteto de hermosas damas empalidecieron al oír a Abby, y saltaron sin sentido, levantando la orilla de sus vestidos en busca del reptil, chillando horrorizadas y chocando unas con otras torpemente.

Con sonrisas divertidas, las *D.F* enlazaron los brazos y unidas, emprendieron el regreso a la casa.

Al pasar junto al histérico grupo, una de las damas las miró acusadoramente.

—¡Mentirosa, no hay tal serpiente! —graznó lady Price, una rubia de ojos claros.

—¿No? ¡Pero si yo también la vi allí! —exclamó con preocupación fingida Briana, apuntando muy cerca de la morena.

—¿Dónde? —chilló otra castaña de ojos celestes, con una mueca nada favorecedora, mientras se miraban confundidas y consternadas.

—Justo a tu lado, y esa piel verde no combina bien con tanto polvo de arroz en el rostro —declaró Mary Anne con tono confidente.

Y con cabeza erguida y porte de princesas, abandonaron el lugar, dejando atrás el jadeo ofendido que soltó la morena vestida de verde musgo.

Y cuatro hombres patidifusos, siguiéndolas con penetrantes miradas admiradoras.

Era un hecho, su hermana había enloquecido por completo. Primero accedió a tener una cita clandestina con el conde Lancaster en la velada musical de las hermanas Rolay, después ese mismo hombre pidió su mano en matrimonio, Clara lo rechazó, y ahora ella les encontró juntos por la noche, en la alcoba de su hermana. ¡Inaudito! ¡Infame! ¡Indecente!

Por fortuna fue ella quien les halló en tal comprometedor situación y no su padre, pudo salvar el percance deshaciéndose del hombre, que dicho sea de paso, estaba como una cuba y balbuceaba una indecencia tras otra. Y lo peor: Clara sonreía al oír su desvarío de borracho.

No entendía lo que sucedía con su hermana, si no la conociese de toda la

vida, diría que Clara se estaba dejando seducir por el infame libertino conde de Lancaster, pero no podía creerlo, ella no podía ser tan necia, ingenua, débil, boba, crédula, ¿o sí?

¡No! Clara, al igual que ella, sabía que esa clase de hombres estaban prohibidos para ellas. Caballeros apuestos, mujeriegos y granujas, ricos y afamados que podían elegir a la dama que quisieran pero nunca a mujeres como ellas, que no daban la talla, ni querían hacerlo tampoco.

Ninguna tenía su cabeza plagada de ideas románticas y banales, no vivían pensando en vestidos, volados, matrimonio y fiestas; ellas tenían grandes sueños, metas, objetivos. Y en ninguno de ellos encajaba un esposo machista, controlador y bribón. Esperaba que Clara no olvidara esa importante lección, o podría arrepentirse, y mucho.

A su mente vino una vez más, la imagen de unos ojos celestes mirándola con intensidad.

«¿Por qué lo esconde?», la voz melodiosa de lord Vander se repetía en su cabeza, ocasionándole un involuntario estremecimiento.

Ofuscada por el derrotero que sus pensamientos estaban tomando, se acercó al espejo de su tocador y observó su reflejo iluminado por la tenue luz de la vela que había encendido al oír el jaleo de la irrupción del conde Lancaster en el cuarto de su hermana.

Ella no se escondía, no se ocultaba, solo... solo se protegía.

Hombres como los hermanos Bennet eran peligrosos y perjudiciales, pues un corazón frágil como el de su hermana podía romperse fácilmente bajo una falsa promesa de amor, que era lo único que podían esperar de ellos.

Menos mal que el suyo hacía mucho que había aprendido a no creer en los príncipes, los cuentos de hadas y los finales felices; estaba a salvo del falso encanto de Colin Bennet. Y con su ayuda, su hermana no sufriría por culpa del mellizo.

No si de ella dependía.

CAPÍTULO III

«Amar, qué es amar sino nacer en una mirada y morir en una sonrisa»

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

Esperar a su hermano en la semioscuridad de su alcoba se había transformado para Colin en una costumbre.

De hecho, era el momento más divertido del día desde que a Marcus le había caído la desgracia encima.

No había nada más desopilante que ser testigo de las desventuras que últimamente plagaban la vida de su mellizo, a quien, después de heredar una inesperada fortuna, le estaban obligando a casarse con una joven florero.

Pero eso no era lo mejor ni lo que le impelía correr a casa después de cenar en el club, sino el ridículo espectáculo que representaba Marcus cada vez que la dama en cuestión, increíblemente, lo rechazaba con cajas destempladas.

Por eso, allí estaba, reclinado en el sillón que su mellizo tenía bajo la ventana, fumando un puro, cuando la puerta del cuarto de este se abrió.

—¿Y bien, como fue tu asunto? —interrogó, provocando que Marcus se sobresaltara y soltara un pequeño jadeo asustado.

—¡Maldito seas! ¡Por poco me haces escupir el corazón por la garganta! —reprochó exaltado, girándose y buscándolo en la penumbra.

—Has perdido facultades, querido hermano. Decidí esperarte para enterarme de tus avances con tu encantador ratoncillo —se burló Colin, poniéndose en pie y caminando hacia él con un vaso de *whisky* entre sus dedos.

—Eres un entrometido, ¿no tienes nada útil que hacer? ¿Por qué no te vas a disfrutar de tu soltería? —bufó molesto Marcus, quitándose la levita y soltándola sobre una silla.

—Ya habrá tiempo para eso, por ahora me entretienen más tus desventuras e infortunios —le provocó, apoyándose en una de las columnas de su cama.

—Adelante, continúa divirtiéndote a mi costa. Ya veremos quién ríe al último —rebatió mosqueado su hermano, sacándose su pañuelo y comenzando a desprender los puños de la camisa.

—Seguramente seré yo. Pero déjame decirte, que deberías abandonar tu burda costumbre de prescindir de tu ayuda de cámara, ahora eres un conde —comentó con hilaridad Colín, viéndole luchar para quitarse las botas.

—Yo no soy tan inútil como tú, puedo asearme sin tener a alguien mirando mi trasero desnudo. Lo que me recuerda algo... ¡lárgate! —espetó furibundo el conde, terminando de desvestirse y lanzándose en el colchón.

Colin observó la expresión molesta de su mellizo, su mirada perdida en el dosel de la gran cama y el ceño que deformaba su frente.

—Vaya, pero qué humor de perros traes. No parece que estuvieses a las puertas de disfrutar las mieles del matrimonio —contestó con sarcasmo y una sonrisa sardónica.

Su hermano gruñó y clavó sus ojos negros en él, y un gesto de suficiencia tiñó su semblante.

—Ríete todo lo que quieras. Tal vez tengas razón y me case obligado, pero tú, querido hermano, tú te casarás enamorado, y eso, es mucho peor —vaticinó Marcus, y fue su turno de reír ante la expresión de terror que esbozó Colin.

Esas palabras tan ilógicas, absurdas y desacertadas no abandonaron la mente de Colin durante los días que pasaron, al igual que una mirada azul brillante y preciosa. Una y otra vez aparecían y le atormentaban, incomodaban y fastidiaban.

Sin duda, Marcus se había vuelto loco. ¿Casarse enamorado? ¿Él?

¡Por favor! Matrimonio y amor no iban de la mano.

No en el círculo al que él pertenecía, donde lo que iba por delante eran los placeres y las frivolidades.

Eso era lo que había aprendido, a lo que estaba acostumbrado. Los hombres como él, ricos y nobles, no se casaban por amor. Lo hacían por deber y necesidad, para asegurar la perpetuidad de su título, para tener un heredero a quien cederle su apellido y riqueza.

Y por esto, la dama que eligiese debía ser alguien que se adecuase a ese

puesto.

Los matrimonios eran acuerdos entre dos partes interesadas, y no había lugar para enamoramientos. Era un negocio, donde solo entraba en juego la cabeza, la lógica y la razón.

Lo demás, los sentimientos, el corazón, las pasiones, y el deseo: no entraban en la ecuación.

En la soledad de su cuarto, Colin intentaba sin éxito conciliar el sueño.

Alguien diría que su inusual insomnio se debía a lo que los poetas llamaban mal de amores. Pero no, solo se debía a lo mal que le había sentado el cordero que cenó.

¡Rayos! Menos mal que no se hallaba retozando con alguna fémica. El olor de ese malestar espantaría hasta a la fulana mejor pagada...

—¡Maldición! ¿Dón... done está miii ratocita? —aulló de pronto una voz pastosa.

Extrañado, Colin se levantó y abrió la puerta para asomarse al pasillo que unía las habitaciones. Al ver lo que sucedía, sus ojos se abrieron ante el espectáculo que allí acontecía.

Tras volver a entrar y ponerse una bata, salió y siguió al cochero y al lacayo de la mansión, que entraban en la alcoba de su hermano, cargando el cuerpo del conde.

—¿Qué sucedió, Stiller? —interrogó, adelantándose a correr las cortinas de la cama de Marcus, quien traía una borrachera monumental y balbuceaba incoherencias.

¿En qué momento había salido de la casa?

—El señor se... —comenzó a explicar el cochero rechoncho y calvo, resoplando por el esfuerzo de levantar y depositar en el colchón a su mellizo—. Se coló en una propiedad: según él debía arreglar cuentas con un viejo amigo.

Colin elevó las cejas, mientras el joven y desgarrado lacayo prendía las velas, se inclinó para examinar a su hermano. Lo que vio le dejó atónito.

— Pero... ¿Qué le pasó en la frente y en la sien? —inquirió al percatarse

de los dos bultos que sobresalían de su cabeza, y el color rojo que su piel ya estaba tomando.

—Una criada salió cuando llevábamos un rato esperando, y dijo que milord necesitaba nuestra ayuda para salir de la casa sin ser visto. Aunque déjeme decirle que todo fue muy extraño, la muchacha hablaba como si de una dama se tratara —respondió el hombre, alejándose un poco de la cama.

—¿La sirvienta tenía lentes y una cofia? —preguntó Colin, cuando una idea cruzó por su mente.

—Sí, milord. Ella nos guio hasta un lateral de la casa y desapareció ordenándonos que aguardáramos —asintió el cochero, y él confirmó la identidad de la supuesta criada con diversión. Era lady Abigail, estaba seguro. No conocía ninguna otra dama que vistiese como criada—. Unos minutos después, oímos una discusión entre dos mujeres, y al mirar hacia el segundo piso, vimos a lord Lancaster salir despedido hacia nosotros. Él aterrizó sobre mí, y nuestras cabezas se estrellaron —terminó Stiller desviando los ojos con cara de circunstancias.

Colin le miró estupefacto, se giró hacia su hermano y de nuevo hacia ellos, y a continuación prorrumpió en carcajadas.

—¡Ay, Dios! ¿Lo lanzaron por la ventana? —Reía incrédulo, derrumbado en el sillón sosteniendo su estómago adolorido, al tiempo que los sirvientes asentían incómodos.

Tratando de refrenarse, se puso en pie y decidió poner cómodo a Marcus. Entonces notó que, además de presentar un aspecto deplorable, tenía solo un zapato puesto.

Lentamente giró hacia los criados, con el calzado y una pregunta en la cara, cuando su hermano se puso boca abajo y sacudiendo su cuerpo balbuceó agitado:

—Por favorrr... ratocita... soy tu quesssso... cómenme... me.

Los tres hombres lo miraron atónitos, y tras intercambiar miradas, estallaron en hilarantes risas.

—Que conste que estoy aquí solo para ver la cara de tu ratoncita cuando

descubra que su queso sobrevivió a la mortal caída —se mofó Colin, siguiendo a su hermano por el atestado salón de lady Malloren.

—No me sigas provocando Colin, porque juro que no respondo de mí. Estoy hasta la coronilla de tus burlas —siseó Marcus sin mirarle. Sus ojos ocultos por el antifaz recorrían el salón.

—¡Pero bueno! ¿Desde cuándo eres tan amargado? Solo intento animarte —Fingió refunfuñar—: ¿Nunca has oído el dicho: «la risa es el consuelo de los fracasados»?

Su hermano se detuvo y le miró con escepticismo.

—¡Te lo acabas de inventar! —le acusó ofuscado, señalándole con un dedo enguantado.

—¡Qué fatalidad! No puedo creer que no conozcas las perlas filosóficas de la humanidad. ¡Sí que eres bruto! —negó Colin, reprimiendo la risa al ver cambiar la expresión de Marcus a una dudosa.

—¡Bah! No sé ni para qué te escucho. ¡Eres insoportable! —se quejó su mellizo y prosiguió la marcha.

La mascarada anual que los duques de Malloren realizaban era uno de los eventos más esperados de cada temporada, y por supuesto la multitudinaria asistencia lo evidenciaba.

En otras circunstancias, les hubiese llevado al menos una hora localizar a una persona en particular entre tantos rostros enmascarados, pero dado que la dama que buscaban solo podía estar en un lugar, rápidamente la encontraron.

—Vaya, tu ratoncito no parece nada acongojada por tu estado, hermano —se burló Colin. Marcus gruñó en respuesta, con la mirada fija en lady Clara.

Ella estaba rodeada de sus amigas, enfrascada en una conversación que debía ser interesante porque reían divertidas. Las cuatro llevaban máscaras blancas que ocultaban sus rostros, pero eran reconocibles por estar en un rincón como buenas floreros, mientras el resto de las damas transitaban por el salón o ejecutaban pasos de baile en la pista.

Lady Clara estaba peinada con su habitual moño tirante y su vestido de color durazno. La amiga de cabello rojo llevaba un vestido rosado nada

favorecedor, y la más pequeña vestía de color celeste y su escote alto parecía estar a punto de reventar.

Sin embargo, él detuvo su escrutinio en la joven restante y se quedó prendado de la estampa que presentaba. Y no, no por su apariencia —que dicho sea de paso, iba embutida en un espantoso atuendo verde oliva—, sino por su rostro.

Ella estaba sonriendo... Era la primera vez que la veía así, relajada y riendo. Y no pudo evitar quedar petrificado admirando su bonita sonrisa, que parecía hacerla brillar con una luz radiante y especial.

Entonces se dio cuenta de que se había quedado tan hipnotizado como su hermano, y estremeciéndose, apartó la vista.

Pero, ¿qué le sucedía? De seguro estaba intoxicado o había fumado un habano en mal estado. Solo eso explicaría la idioteces que se le habían cruzado por la cabeza.

Bonita y lady Esperpento no entraban en la misma oración.

—¿No me digas que estás disfrutando de la vista? —dijo con sarcasmo Maxwell Grayson, conde de Luxe, quien apareció acompañado de su amigo escocés.

Por un momento, Colin pensó que se dirigía a él, pero cuando vio que su amigo miraba a Marcus, suspiró aliviado.

—No solo eso amigo, ha estado catando esa mercancía —rió Colin.

—¿No es cierto! —soltó incrédulo Luxe.

—¿Por qué no? Yo encuentro a la pelirroja bastante apetecible —contestó a su vez Mcfire.

—¿Estás de broma! La única rescatable de allí es la morena voluptuosa. Creo que si me concentró en sus, ya saben..., podría pasar por alto lo demás —acotó él con saña, haciendo un gesto con sus manos sobre su pecho.

—No seas idiota, Vander, que todos saben que le has echado el ojo a la monja de ojos azules —le provocó Grayson con una mueca de fastidio inusual.

Colín le fulminó con la mirada y se mordió la lengua, para no decirle lo que pensaba de semejante falacia. Aunque, por cómo Grayson había reaccionado ante su comentario sobre los encantos de la morena, su chismoso interior saltó, intrigado.

¿Acaso Maxwell se sentía atraído por la morena bajita?

El tiempo lo diría. A diferencia de su hermano menor, él sí era un metiche entrometido, y nada le atraía más que un misterio por resolver. Sobre todo si involucraba faldas.

—Escuchen, necesito su ayuda —anunció Marcus con gesto decidido. Ellos interrumpieron su discusión para mirarlo con expresión interrogante

—¿Tiene que ver con lady Clara? —preguntó Alexander, haciendo una seña a un lacayo que pasaba con una bandeja.

—Si es eso, olvídalo. No quiero tener nada que ver con esas cuatro, salta a la vista que están locas. —Señaló Maxwell, haciendo un gesto disimulado hacia donde las jóvenes reían estrepitosamente, ajenas a las miradas escandalizadas de las damas de compañía sentadas a su alrededor.

—Por favor —suplicó Marcus—. Solo será por esta vez. No es nada comprometedor. Necesito, que saquen a bailar a las amigas de lady Clara, así podré tener oportunidad de hablar con ella —pidió el conde, y los otros dos abrieron los ojos.

Colin, que ya estaba al tanto del plan, abrió la boca para apoyar a Marcus, pero la voz ronca del escocés le interrumpió.

—La pelirroja es mía —declaró Mcfire en tono fiero y todos le miraron anonadados.

El gigante rubio ni se inmutó, encogió un hombro y vació el contenido de su copa, sonriendo ampliamente.

—De acuerdo. Las otras dos quedan para cualquiera de ustedes —señaló Marcus, dejando tanto a Max como a él con gestos espantados, y con un ademán para que le siguiesen, se encaminaron hacia el cuarteto de floreros.

¡Que alguien me pellizque! Cuatro afamados y solicitados libertinos yendo hacia un grupo de solteronas poco agraciadas. ¡Inaudito!

Si no fuese porque él nunca recordaba lo que soñaba, creería que aquello era alguna pesadilla. Por fortuna, no corría peligro por bailar con alguna mujer.

¡Él era un soltero empedernido! ¡Y así se quedaba!

CAPÍTULO IV

«Dicen que en un suspiro se esconden multitud de sentimientos, que en una mirada habitan incontables palabras, y en cada alma existen infinidad de historias; algunas trágicas, otras dichosas, y más de una solitaria, sombría, atormentada. Dicen que somos más de lo que enseñamos, somos sueños, somos esperanza, desolación y quebranto. Somos materia, piel, voz, memoria y corazón. Somos el reflejo de lo que callamos y la consecuencia de lo que aparentamos».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

La noche siguiente al episodio donde su hermana recibió la visita de Romeo, es decir lord Lancaster, se encontraban junto a la hermandad en la mascarada de lady Malloren.

Clara le había prometido que esa noche sería la que les confesaría que estaba sucediendo entre ella y el conde, pero como resultaba obvio que ella quería evadir el tema, no tuvo más opción que informar a sus amigas de la visita del libertino y su petición de matrimonio; decir que Brianna y Mary Anne quedaron catatónicas con las novedades, era poco.

—Pero Clara, ¿por qué has rechazado la propuesta del conde? —interrogó con incredulidad Brianna.

—Yo tampoco lo comprendo. Acaso, ¿no es el sueño de cualquier dama?, casarse con un caballero apuesto, de buena posición y joven. ¡Es el hombre perfecto! —agregó soñadora Mary Anne.

—Olvidaste libertino, inmaduro, con pérfida reputación y mujeriego —acotó con mueca despectiva Abby.

—Amigas... —intervino Clara cuando Mary la miró con horror y ella frunció más su ceño, como siempre hacían cuando sus opiniones tan opuestas en lo que a caballeros y romance se refería, se ponían en evidencia.

—Nada de eso me interesa. Yo no quiero casarme con nadie. Ya saben por qué, y para ser sincera, no me da confianza el repentino interés de lord Lancaster en mí.

La mirada de Clara se desvió hacia las parejas que en ese momento bailaban un vals, y su gesto se torno decaído. Abby podía adivinar lo que cruzaba por su mente. Aquellas damas eran lo que ellas nunca serían, y en esa sociedad no había lugar para otra cosa, era la realidad, una certeza que llevaban años padeciendo. Cada cual tenía su sitio, y el de la hermandad era aquel rincón: apartadas, excluidas, rechazadas. Nada había cambiado, y nada cambiaría. Soñar con algo diferente era un acto condenado al fracaso. Ella lo tenía más que asumido, claro y cristalino. Lo que le preocupaba era que Clara parecía haberlo olvidado, ese era ahora su principal temor. No quería que su hermana sufriera.

—Entonces, ¿por qué correspondiste a los besos del conde? —preguntó confundida Briana.

—Clara, te conocemos, tú debes sentir algo por ese caballero, de lo contrario no le hubieras permitido tales libertades —agregó Mary Ann inquisitiva, mientras Abby arqueaba una ceja, aguardando su respuesta.

—Yo... no... sé que decir... —tartamudeó nerviosa Clara.

—Buenas noches, lindas damas —interrumpió una voz conocida.

Las cuatro saltaron en sus sillas sobresaltadas y elevaron sus ojos para mirar al hombre que les había saludado.

Era lord Vander, Colin Bennet, quien les sonreía abiertamente, y a pesar de que llevaba un antifaz, este era muy pequeño como para ocultar sus rasgos. Abigail maldijo en voz baja, había sido mucho pedir al cielo no encontrarse con aquel petimetre ya que, ahora que su mellizo estaba asediando a Clara, se lo encontraba en todas partes. Después de dedicarle una ínfima mirada, y comprobar que se veía como siempre, asquerosamente apuesto, apartó los ojos y se cruzó de brazos, decidida a ignorar al hombre hasta que se viese librada de su detestable presencia.

Lord Vander no estaba solo, a su lado estaban el duque de Fisherton, Alexander Mcfire, que también les sonreía, y el conde de Luxe, Maxwell Grayson, con su expresión agria de siempre. Pero... ¿qué hacían allí? Cómo osaban acercarse a ellas tan impunemente. Ese era su lugar, su refugio, el rincón de floreros, donde nunca jamás ningún caballero se arriesgaba a poner un pie. ¿Y ahora estos tres libertinos rompían las reglas como si nada? Algo no estaba bien, esto no podía estar pasando, a ella no la engañarían con sus

sonrisas de dandi, aquí había gato encerrado...

Las jóvenes, anonadadas por su inaudita presencia, solo se quedaron mirándoles con las bocas abiertas y los ojos saltando de sus órbitas tras sus máscaras.

—Eh... espero estén pasando una magnífica velada —siguió con tono vacilante Vander, pegando con el codo al escocés parado a su derecha.

—Buenas noches, señoritas —les saludó el gigante rubio. Ellas asintieron a unísono en repuesta, como muñequitas—. Quisiera solicitarle esta pieza, señorita Coleman —continuó con su fuerte acento él, deteniendo sus ojos azules sobre Briana, que se ruborizó hasta el escote.

La joven pelirroja se quedó paralizada como una estatua y no tuvo reacción cuando el duque extendió su mano enguantada hacia ella.

Abby bufó, que ni se le ocurriese a ese descarado invitarla porque le estamparía el ridículo en la cabeza, pensó envarada y se puso en pie, algo que sacó a las demás de su estupor y la imitaron.

Mary Anne empujó a Briana, y ella con evidente timidez aceptó la mano del escocés y se alejaron hacia la pista.

Lord Vander carraspeó y miró a Mary Anne, pero antes de que el rubio pudiese abrir la boca, lord Luxe dio un paso hacia adelante y habló:

—¿Me haría el honor, milady?—dijo con su voz de barítono fijando su mirada verde en la morena bajita.

—¿Yo? —soltó atónita Mary Anne mirando para todos lados.

Las parejas ya estaban tomando posición para lo que sería un vals, y los músicos tocaban los primeros acordes.

—Sí, querida, usted —respondió, su boca se había reducido a una línea fina, que le hacía parecer incómodo.

Abby quedó perpleja, el muy canalla la estaba ignorando deliberadamente, y ahora que su amigo se había adelantado, Vander se había dignado a desviar sus ojos celestes hacia ella. Clara pellizcó con disimulo a su amiga, y esta la miró con molestia y ojos de loca, y después, esbozando una dulce sonrisa, aceptó el brazo del conde.

Una vez estuvieron las hermanas a solas con lord Vander, el hombre hizo una mueca que pareció más resignación que otra cosa, y la encaró.

—¿Aceptaría usted está...? —comenzó a decir.

—No —Le cortó con acritud Abigail, y salió en dirección contraria. Ella no era la sobra de ese perro sarnoso y ni loca le aceptaba alguna invitación.

El conde siguió su retirada con sus ojos celestes abiertos como platos, y haciéndole una reverencia a Clara, salió con ira tras la joven. Pero qué se creía esa mocosa impertinente, bastante tenía con tener que rebajarse a invitar a ese esperpento a bailar, para encima tener que soportar su desplante. Por suerte sus amigos ya se habían retirado con las demás floreros y no habían sido testigos de la humillación, de lo contrario no se hubiese librado de sus burlas en lo que le quedaba de vida. Pero ya vería esta descarada, le dejaría más que claro que a Colin Bennet nadie le rechazaba. Le daría una lección que no olvidaría jamás.

Con paso apresurado, siguió a la joven que caminaba por un lateral del salón sin mirar a los costados. Parecía saber adónde se dirigía, y mantuvo una distancia prudencial para no levantar sospechas; lo último que le faltaba era que alguien le viese seguirla y terminara comprometido con ese esperpento. Un escalofrío le recorrió la espalda: antes se lanzaba al Támesis con una piedra atada al cuello.

La muchacha salió por una puerta-ventana de vidrio y se encaminó al jardín de la duquesa. Tras unos minutos, se internó en el laberinto de altos setos y se dirigió a un sector donde una pequeña verja daba paso a un pequeño claro de bellas flores y árboles diversos. Al fondo había un gran banco de piedra que quedaba oculto a la vista desde el otro lado de la verja.

Colin la observó escondido y la vio tomar asiento, soltar un profundo suspiro y quitarse los lentes y la máscara que cubría su rostro, para pasar sus manos enguantadas por el contorno de sus ojos. Por unos segundos, solo pudo quedarse así, abstraído en su imagen. Ella parecía taciturna y cansada, su aspecto ya no era el de la joven combativa del salón, sino el de alguien agotado y vencido. Sus ansias de batallar mermaron considerablemente, y antes de pensarlo, ya se hallaba caminado hacia la joven, quien estaba tan distraída que no había notado su presencia.

—Es una bella noche, ¿no cree? —comentó él, sin saber qué más decir.

Lady Abby se sobresaltó y quitó las manos de su rostro abruptamente, sus ojos le miraron incrédulos y después con indignación.

—Pero... ¿qué hace aquí? ¿Acaso me está siguiendo? —espetó, poniéndose de pie tensa.

Colin clavó los ojos en su rostro, y se quedó sin palabras al constatar que, sin esas espantosas gafas, se veía muy diferente. Sin embargo, antes de que pudiese acercarse para examinar lo que la poca iluminación de la luna no le permitía ver, ella pareció notar su intenso escrutinio y se alejó recolocándose los lentes con enojo.

—¡Váyase, lord Vander! No sé qué pretende siguiéndome hasta aquí, pero no obtendrá nada de mí —advirtió con altivez, alzando el mentón y cruzándose de brazos.

Ese comentario le dejó desconcertado y se limitó a arquear sus cejas, sin moverse de su lugar. ¿Pretender? ¿Obtener? ¿De qué hablaba esa loca? Él no quería nada de ella, en absoluto. Pero, entonces, ¿qué hacía allí?

—Yo... —vaciló sin apartar los ojos de los de ella, que le fulminaban. ¡Marcus, estaba ahí por su hermano, eso era!—. ¿Qué le hace pensar que quiero algo de usted? ¡Por favor, no sea ridícula! —prosiguió en tono burlón, acercándose hasta detenerse muy cerca de ella.

Su intención era intimidar a la joven, no obstante, ella no se amilanó, todo lo contrario, su rostro se endureció más, y su mirada brilló desafiante. Aquello, más que engranarle, le divirtió, su actitud belicosa le parecía muy estimulante y original, aunque le pesara reconocerlo, cada escaramuza que había librado con la rubia había sido lo más interesante que le sucedía en mucho tiempo. Algo estaba mal con él, no podía estar pensando eso.

—Lo pienso, debido a que últimamente está imponiéndome su desagradable presencia, y eso no puede ser algo casual. ¡Vamos! ¡Confíese! ¡Hable, sapo rastrero! Yo no soy como mi hermana, a mi no me confundirá con su cara de ángel dorado, solo es cuestión de mirar un poco y se le ven los cuernos de demonio asomando —rebató con voz fría ella, dejándole anonadado.

—Pero, ¿por qué, milady? —balbuceó Colin con expresión pétrea. Ya no podía hacer la vista gorda, resultaba obvio que esa joven lo detestaba profundamente. Y a pesar de que él era alguien bastante frívolo y egoísta, que rara vez se detenía a examinar los sentimientos de las demás personas, no al menos de las que no consideraba importantes, le incomodaba y le escocía la

repulsión que esta muchacha le tenía. Quería saber a qué se debía, cuáles eran los motivos para semejante actitud despectiva.

Abigail observó el cambio en su semblante, que perdió la mueca de mofa y se tornó serio y escrutador. Su pregunta la confundió y paralizó, no se esperaba ese giro en la conversación, ni ver al conde con una expresión tan seria y madura. Él parecía estar esperando una respuesta y ella no tenía ni idea de qué decir.

—¿Por qué, qué? —interrogó con voz queda.

—¿Por qué me odia, milady? Quiero saber a qué se deben sus desplantes desde el primer momento en el que me dirigí a usted —inquirió con tono firme.

Abigail abrió la boca y la volvió a cerrar, estupefacta. Nunca se hubiese esperado una reacción tal, de parte del superficial conde de Vander. ¿A cuenta de qué venía este interrogatorio?

—¿Qué le hace creer que le odio, milord? No se crea tan importante, simplemente no me agradan los hombres como usted, nada más —contestó finalmente con frialdad.

—¿Como yo? Y eso qué significa, si puede iluminarme —contestó el caballero arqueando una ceja.

—Pues... hombres vanidosos, egocéntricos, superficiales, mujeriegos, vividores, pérfidos, libidinosos, perversos... —enumeró Abby, pero él le interrumpió.

—¡Ya! Creo que me quedó claro su punto. Pero, ¿sabe qué?, a mí tampoco me agradan las mujeres como usted. Damas amargadas, resentidas, altaneras, impertinentes, toscas, mojigatas, frías, mal educadas...—contestó, apretando los dientes enfadado.

—¡Cállese! ¡No se atreva a cuestionar mi educación! Usted no sabe cómo fui educada, solo es un granuja inservible —exclamó furibunda ella.

—Y usted una solterona fracasada, que se cree reina y se sienta en su trono a juzgar a los demás, en lugar de fijarse en sí misma y en el engaño que es su intento de vida. Si no quiere que opinen sobre usted, no hable de lo que no sabe. Prefiero ser un libertino inmoral, que un prejuicioso resentido. Buenas noches, no le digo que ha sido un placer, porque mentiría, y para eso

ya está usted, ¿no? —espetó mordaz, y después de echar un despectivo vistazo a su cofia y lentes, dio media vuelta y se marchó.

Abby apretó los puños de las manos, y tragó las lágrimas que pugnaban por salir. Nunca jamás nadie le había dicho algo semejante. ¿Cómo es que él había percibido que ella no era lo que aparentaba? Y sobre todo, ¿qué pensaba hacer con esa información?

Bajó la vista y se quedó viendo la máscara que yacía colgada en su muñeca. La barbilla le tembló, y sintió que una lágrima amenazaba con derramarse, pero la frenó con enojo. No lloraría, no le daría el gusto a ese imbécil, ahora lo detestaba más que nunca, y no se detendría hasta descubrir qué tramaban él y su hermano. No permitiría que lastimaran a su hermana, antes acababa con Vander ella misma, le enseñaría de qué estaba hecha Abigail Thompson.

CAPÍTULO V

«Tu aliento, tu piel, tu esencia. Sabes a pureza, hueles a tentación y te sientes como perdición. Eres mi infierno, ese que siempre creí merecer, y también mi paraíso, ese que jamás dejé de ansiar...».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

Pocas veces en su vida Colin se había sentido tan molesto. Él era esa clase de persona que siempre encontraba el lado positivo a cualquier circunstancia, nunca perdía su buen humor, y sobre todo, sabía divertirse hasta en la situación más angustiada. Su lema era «ríe, olvida y relájate». Sí, no era muy profundo, pero a él le había funcionado.

Hasta que se cruzó con el ser más molesto, exasperante, enervante, irritante e insostenible que tuvo la mala suerte de conocer: lady Abigail Thompson.

Esa maldita mujer había logrado sacarlo de sus casillas, con su lengua viperina e impertinencia descarada. Desde que la había comenzado a tratar había percibido el rechazo que su persona le despertaba, y para ser sincero, no le había importado mucho, más allá de la curiosidad inicial. Pero después de recibir sus desplantes, maltratos, improperios y demás, había terminado por hacerle enfadar a niveles tan colosales, que a pesar de haberla dejado plantada hace varios minutos, aún no lograba calmar las pulsaciones erráticas de su corazón. Y cuando pensaba en todas las cosas que le había gritado, cuando él jamás demostraba esa falta de clase, y nunca perdía la línea ante una mujer. No solo se sentía mortificado y avergonzado, sino más molesto aún, debido a que le enervaba caer en la cuenta de que lady Esperpento había sido la causante de su falta de contención. No podía creer que hubiese perdido los papeles así por culpa de esa florero.

Después de caminar por el laberinto, su respiración volvió a la normalidad, y sus músculos por fin se aflojaron. En ese momento vio aparecer a las damas que estaba esperando, y se concentró en la misión que tenía y que no debía haber olvidado para rebajarse a discutir con esa rubia.

—¡Querido niño! Qué agradable sorpresa —le saludo lady Ninnet Bennet, mientras Colin besaba sus delgadas mejillas.

—Un placer verle, tía —correspondió el, retrocediendo para saludar a la restante hermana mayor de su padre.

—¿Lamerte? ¡Pero qué indecencia estás diciendo, jovencito! —reprochó indignada la anciana.

—¡Estás más sorda que un pez, hermana! Dijo, ¡verte, no lamerte! ¿Por qué nos has citado aquí, Marcus? —intervino en voz alta la otra anciana, aceptando su beso con característica sonrisa afable, adornando su rostro redondo.

Colin, acostumbrado a las concurrentes discusiones y desaciertos entre las hermanas mellizas de su padre, rió en silencio. Sus tías eran muy parecidas, solo que una era alta y enjuta como un junco, y la otra era bajita y redonda como un tonel. Ambas tenían el cabello gris y bonitos ojos avellana.

—¡Mira quién habló! La que está más ciega que un topo, Annet. Este es el mayor, Colito —rebatió con su gesto hosco la primera.

Colin ensanchó los ojos y se ruborizó al oír ese vergonzoso apodo de la infancia, y mirando a su alrededor guió a las ancianas enmascaradas hasta un recodo del laberinto, donde no estuvieran a la vista de los invitados que paseaban por las terrazas de la mansión de lady Malloren.

—Escuchen, tías, —dijo en un murmullo, ubicándose cerca de Ninnet para lograr que lo escuchase—, las he mandado a buscar, porque Marcus necesita de sus increíbles dotes de actuación. —Empezó, observando cómo su halagó complacía a sus tías—. Verán... mi hermano está muuy enamorado de una joven que... que bueno, ciertamente está algo reacia a aceptarlo como esposo debido a su pasado. Ya saben, algo reprochable. Por eso, Marcus, quien está seguro de que dicha dama corresponde absolutamente sus sentimientos, precisa que ustedes interrumpan su encuentro con la señorita, a fin de que ella, creyéndose comprometida en su reputación, se decida a aceptarlo —mintió descaradamente Colin.

—¡Oh, que romántico, Ninnet! —suspiró con los ojos brillantes la anciana, juntando sus manos rechonchas.

—¿Rumbático? —preguntó confundida la enjuta anciana—. Sí,

ciertamente es un poco pretencioso este plan —aseveró pensativa ella.

—Pero... Marcus les recompensará generosamente, ya saben —balbuceó un poco mareado Colin.

—¡Agh! No le hagas caso, sobrino, está más sorda que una tapia. ¡Haremos de celestinas! —exclamó sonriente Annet, tomándolo del brazo—. Ahora dinos dónde encontrarlos y cuál es nuestro parlamento —siguió entusiasmada, y él procedió a explicarles todo con detalle.

Desde su posición entre los arbustos, Colin podía ver a la pareja que se besaba desenfrenadamente dentro de la fuente. Una sonrisa incrédula y perversa se formó en sus labios al dar con esa escena. Realmente no habría imaginado que la tímida lady Clara hiciera gala de tamaña lujuria, y creía que su hermano estaba padeciendo el tener que cortejar a la solterona dama. Pero ya veía que no podía estar más equivocado, y vaya que lo estaba. La damita resultó ser una caja de sorpresas, pensó divertido mientras veía cómo su mellizo y su futura cuñada se tocaban fogosamente.

—¡Oh, por Cristo!, ¡oh, qué infamia!, ¡qué descaro! —vociferó con gran teatralidad su tía Annet, apareciendo frente a la pareja junto a su hermana. Podía ver sus caras horrorizadas, ya que no llevaban las máscaras.

La joven gritó y se separó tan bruscamente de su hermano, que cayó sobre su trasero en el agua.

—¡Marcus, haga algo! —siseó lady Clara desesperada al conde, que se había quedado paralizado.

—¡Jovencito, haga el favor de vestirse! Y prepárese para dar una explicación al padre de esta niña —ordenó la anciana, ocasionando que Colin se partiera de risa, pues no estaba mirando hacia ellos, sino que fulminaba con los ojos a la estatua de Cupido, la cual ocupaba el centro de la fuente, y además de estar desnuda, estaba con el arco tensado, como si acabase de lanzar una flecha a algún incauto.

—¡Pero de qué riña hablas, Annet? Yo no vi que nadie estuviese peleando, más bien, parecían estar muy... —adujo Ninnet, acercándose con las manos en las caderas.

—Dije ¡ni...ña!, no riña. —La corto la primera, haciendo un ademán impaciente.

—¿Piña? Cada día estás más demente, querida, y ya hasta hablas con estatuas de jardín —comentó la hermana delgada, negando con pesar al tiempo que la primera rodaba los ojos con impaciencia.

—Señoras, por favor. Yo... no... es decir... —intervino Clara angustiada.

Colin se dobló hacia adelante convulsionado por las carcajadas reprimidas, hasta que sintió un fuerte pinchazo en su nalga izquierda, y soltando un alarido, se giró precipitadamente.

—¡Aaah!, ¿por qué me pincha con eso, mujer? ¡Acaso está usted loca! —protestó cuando localizó a su atacante.

Abby fulminó con los ojos al insufrible conde, y apuntándole amenazadoramente con el rastrillo que había encontrado entre las plantas, le espetó:

—¡Cállese, sapo rastrero! Y salga a dar la cara, antes de que pinche algo más y le haga un favor a la humanidad.

—¡Está usted chiflada! Ha arruinado todo el plan, ¡ay! ¡Qué le pasa, casi lastima mi joya más preciada! —bramó lord Vander, esquivando el rastrillo y cubriendo sus partes nobles con ambas manos al tiempo que salía hacia el claro.

Sin dejar de apuntar al hombre, que obedeció sobando su trasero con una mueca de dolor, Abby le siguió y no dio crédito al ver el estado en el que se encontraba su hermana.

—¡Clara!, pero, ¿qué haces allí metida? —preguntó con impresión, viendo a la pareja completamente mojada y desaliñada, a lo que la nombrada reaccionó gimiendo abochornada, lanzando una mirada acusadora a su acompañante.

—Colin, ¿qué crees que haces? —inquirió con molestia lord Lancaster, señalando con los ojos a las ancianas, algo que no le pasó desapercibido a ella. Era evidente que aquí se estaba llevando a cabo un vil complot contra Clara.

—Hermana, no creas nada de lo que este infame vaya a decir. Le vi y escuché sobornando a estas damas para que se apareciesen por aquí y montaran este número. De inmediato sospeché que tendría que ver contigo, y

lo seguí. ¡Estos dos son unos tunantes! —interrumpió con enojo Abigail.

Clara la miró paralizada, y luego su vista se desvió hacia las ancianas, quienes escuchaban las acusaciones con cara de circunstancia. Seguramente las había reconocido, al igual que ella. Las hermanas eran unas solteronas adictas al juego de azar, y recordaba que la mayor no veía con claridad y la otra prácticamente estaba sorda.

Eran las hermanas mayores del marqués de Somert, y por lo tanto, tías de lord Lancaster.

Un grito airado brotó de su garganta, y se giró hacia su acompañante, que inmóvil la miraba compungido.

—No es lo que cree, milady, no tengo nada que... —La sonora bofetada que Clara le propinó silenció su explicación.

Temblando de rabia, Clara se bajó de la fuente, tomó con precipitación sus prendas, y salió corriendo del lugar.

El conde se bajó también, a la vez que blasfemaba improperios y se vestía aceleradamente y corría tras su hermana.

—¡Ya ve! Mire lo que ha hecho, ¡entrometida! —le acusó irritado lord Vander.

—¿Entrometida? Es usted más infame de lo que creí. ¿Cómo puede perpetrar tan nefasto ardid contra mi inocente hermana? —Atacó furiosa, sin bajar la herramienta de jardín—. ¿Acaso usted y su hermano no tienen moral alguna? ¿No pueden dejar en paz a Clara y aceptar su negativa, y el hecho de que no quiere cerca a lord Lancaster?

Colin sonrió con sorna. La delgada muchacha era toda una fiera. Sus ojos claros brillaban encendidos y su barbilla estaba erguida y apretada con indignación. Viéndola así, la joven le pareció casi atractiva, pues esa faceta pasional que le estaba mostrando nada tenía que ver con la dama fría, melindrosa y estirada que le enfrentó anteriormente.

—Mi hermano no tuvo participación en esto, asumo toda la responsabilidad —respondió con una expresión sardónica—. Con respecto a lo de la negativa de lady Clara... Bueno, discúlpeme, pero a mí no me pareció nada reacia hace unos minutos. Más bien todo lo contrario, recibía la len... — El grito escandalizado de la joven le calló.

—¡Ohh, degenerado, inmoral! —le cortó sonrojándose con violencia la muchacha.

Colin, observando su indignación y porte de princesa ultrajada, no pudo más que prorrumpir en sonoras carcajadas.

Ella achicó los ojos tras sus gafas, y a continuación, lanzó un grito tan espeluznante que le erizó la piel, y se lanzó hacia él con el rastrillo en alto. Horrorizado y tentado a la vez, huyó esquivando los embistes del arma y ambos comenzaron una loca carrera alrededor de la fuente. La joven, airada, le escupía toda clase de amenazas, y él no dejaba de reírse como un demente.

En un momento Colin trastabilló y lady Abby logró propinarle un pinchazo, el punzante dolor le hizo tropezar, y emitiendo un alarido, cayó boca abajo con fuerza sobre el césped, no sin estirar una mano y tirar del bajo del vestido de la muchacha, para arrastrarla con él en su caída. El cuerpo de ella aterrizó sobre su espalda y el rastrillo salió volando por el aire.

Sin perder tiempo, se volteó dispuesto a cobrarse esa última humillación, y aprisionó a la muchacha con sus brazos, que parecía haberse quedado sin aliento por el golpe. Sin embargo, su venganza murió en el segundo en que sus ojos se posaron en el rostro de ella, que estaba a solo un suspiro de distancia.

Ella... había perdido sus espantosos lentes, podía ver con total claridad el azul zafiro de sus bonitos ojos, que lo examinaban con asombro y curiosidad. Pero lo que le había dejado perplejo era su expresión. Ella... sonreía, y eso provocaba que sus rasgos se vieran tan... delicados, dulces, hermosos...

Sus cuerpos, todavía agitados por la persecución, se rozaban con cada inspiración, y él sintió que su deseo se despertaba enardecido ante la esbelta mujer que sostenía entre sus brazos.

—¿Puedo preguntarle algo, milady? —susurró con suavidad, temeroso de que algo rompiera la magia que parecía envolverles.

La joven borró lentamente su sonrisa y le miró con temor, pero aún así asintió con la cabeza.

—¿Consideraría inmoral que yo besara sus labios ahora mismo? ¿Me creería un degenerado, porque a riesgo de morir atravesado por su rastrillo, no hay nada que desee más que probar su sabor y perderme en su boca? —susurró

Colin, percibiendo cómo ella contenía el aliento y sus labios se abrían conmocionados, invitándole a abordarlos.

—¡Colin! ¡Te mataré! —bramó de repente la voz enajenada de su hermano desde algún punto del jardín, haciéndoles tensarse nerviosos.

—¡Suélteme! —siseó histérica lady Abigail, revolviéndose. Colin se apresuró a liberarla, y ella como un rayo, se puso en pie, recogió sus lentes, y sin mirarle, se escabulló velozmente entre los arbustos.

Incapaz de reaccionar tan raudamente, él se levantó y sacudió sus ropas sin poder creer lo que había dicho, y lo que había estado a punto de hacer. Tan absorto había estado, que ni siquiera notó cuando sus tías habían abandonaron el lugar.

Era una locura...

Impresionado como nunca en sus casi treinta años, se dejó caer en un banco justo cuando Marcus aparecía y le señalaba con ira, y a pesar de que escuchó todos sus reproches y le pidió disculpas por su desastrosa colaboración en la pedida de mano, su cabeza no dejaba de rememorar lo que acababa de suceder.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —se quejó su mellizo cuando ambos se dirigían al carruaje por un lateral exterior de la casa, para abandonar la mansión sin que nadie se percatara del desastre que era la apariencia del menor.

Colin amplió su sonrisa, y mientras esperaban el carruaje dijo:

—De nada hermano, solo pensaba que, después de todo, estos bailes repletos de debutantes y damitas solteras, no eran tan terribles como recordaba.

Marcus negó con la cabeza, exasperado, al tiempo que abordaban el coche y Colin acaparaba todo el espacio como acostumbraba, con una mueca traviesa bailando en su semblante.

¡Oh, sí! Esto de reintegrarse a los salones londinenses ya no le parecía tan mala idea. Ya no... ¡más aún! No veía la hora de acudir a otra velada y encontrarse con la dama del rastrillo.

De pronto la vida en sociedad se le antojaba entretenida, revitalizante, interesante, y, sobre todo, seductora... muy seductora.

CAPÍTULO VI

«Dicen que el amor es un sentimiento dulce, bonito, adorable.

Pero para mí, el amor es locura, es desenfreno, es lenta tortura.

El amor no es un sentimiento, es una prisión, y yo estoy preso en tu mirada, en tus suspiros, en tus más ínfimos gestos.

Yo soy cautivo de este amor, prisionero de tu voz, y esclavo de tu pasión».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

Al día siguiente, Abby y su hermana habían acudido a Hyde Park para merendar al aire libre con sus amigas y sus doncellas ejerciendo de carabinas.

El lugar bullía de actividad, decenas de damas paseaban por los caminos luciendo sus vestidos de día y parasoles, y otro tanto de caballeros hacían lo propio saludando con sus sombreros a las mujeres con las que se cruzaban. Aquello, a pesar de ser preferible a un sofocante salón de mediados de octubre, donde el frío ya se empezaba a sentir y obligaba a sus habitantes a mantener fuera las corrientes de aire, le resultaba tedioso y superficial, ya que muy pocos realmente disfrutaban del sol de media tarde, sino que se dedicaban a mostrarse, a mirar y a ser vistos. En vez de ser un sitio donde primara la calma y el confort, pululaba la vanidad, el materialismo y la superficialidad.

Por supuesto sus amigas no tardaron en preguntarles por su retirada intempestiva de la mascarada, ya que Clara había tenido que abandonar la mansión de lady Malloren sin despedirse y por una salida alterna, debido al desastre en el que le había dejado su chapuzón en la fuente y el encuentro furtivo con el conde de Lancaster. Por su parte, ella decidió acompañar a su hermana, y más que retirarse, Abby sintió que huía de la fiesta como si estuviese escapando de una amenaza mortal.

Y solo cuando estuvo entre las cuatro paredes de su alcoba fue que se permitió recordar lo que había pasado en ese laberinto, y su sensación de estar a salvo se evaporó como agua entre los dedos; en su lugar, multitud de sensaciones y pensamientos la atormentaron, sofocándole y aturdiéndola hasta tal punto que, por primera vez en su vida, no pudo conciliar el sueño; y no solo

eso, tras lograr con esfuerzo descansar un par de horas, no soportó un instante más estar en esa cama y ¡madrugó!

Asustada por todos aquellos cambios, se refugió en su lugar favorito, y dedicó el resto de la mañana a hacer lo único que siempre lograba volverla a su eje cada vez que alguna situación lograba desestabilizarle: tocar el piano. Solo así su mente quedó libre de tensiones y la paz que cada nota le provocaba volvió su ser a la armonía.

Sin embargo, las palabras que habían logrado desmoronar su impertérrita imperturbabilidad no tardaron en regresar.

«¿Consideraría inmoral que yo besara sus labios ahora mismo? ¿Me creería un degenerado, porque a riesgo de morir atravesado por su rastrillo, no hay nada que deseé más que probar su sabor y perderme en su boca?».

¿Inmoral? ¿Degenerado? Eso no era lo que cruzó por su mente al oír la melodiosa y ronca voz del conde de Vander diciendo aquello, sino peligroso, decadente. Pero la visión de esos pozos celestes empañados por algo que no supo descifrar, fijos en sus ojos y después barriendo su rostro, sus labios quemándola con su aliento, ocasionaron que su cuerpo dijese tentador... deseable,

¡No, otra vez! Se estaba volviendo loca. No podía ser que ese estúpido, arrogante y vanidoso perro sarnoso le estuviese haciendo pensar semejante indecencia.

—Lo que pasó en ese baile, fue un vil plan orquestado por el detestable de Colin Benett, estoy segura —volviendo a la realidad respondió Abby a la pregunta de Mary Anne, ya que Clara parecía no saber por dónde empezar.

—¿A qué te refieres? —preguntó confundida Briana.

—A que ese hombre, y los otros dos, ayudaron al pretendiente de Clara. Su estrategia era quitarnos del camino para tener la oportunidad de aislar a mi hermana y comprometerla —dilucidó con enojo.

Clara suspiró abatida, al tiempo que sus amigas contenían el aliento horrorizadas. Abby les relató lo que había descubierto al seguir a lord Vander y ser testigo de su encuentro con sus ancianas tías, y las caras de indignación tiñeron el semblante de las jóvenes.

Por supuesto, evadió relatar la pérfida escena que protagonizó con el

conde, nadie debía saber lo estúpida que había sido, ni la imbecilidad que podría haber cometido si el otro mellizo no les hubiese interrumpido. No, nadie necesitaba saberlo.

—Por suerte, no me dejé engatusar por ese gusano libertino...

—¿Crees que el conde habrá aceptado tu negativa, Clara? —preguntó Brianna.

—No lo sé, pero no tiene más opción. No pienso casarme con un hombre tramposo y desleal. Además, a mí no me importa agrandar a un hombre como él, y a ustedes tampoco debería importarles —adujo ella encogiendo un hombro, y todas asintieron conformes y resueltas.

—Tu padre estará muy decepcionado. ¡Ah!, ya desearía yo que un caballero así estuviera tras de mí —comentó con tono enamorado Mary Anne.

Abby rodó los ojos.

—¿Y eso para qué? —comenzó, mas Brianna la interrumpió de repente, cabeceando hacia su derecha.

—¡Clara! Creo que tendrás la oportunidad de saber si tu caballero se ha resignado o no.

Vestido con un elegante traje de montar gris, se aproximaba el conde de Lancaster, y para desgracia de Abby, su hermano y sus amigos le precedían. El caos invadió a la hermandad, Brianna y Clara se pusieron muy nerviosas, y Mary Anne comenzó a actuar como, según ella, mostrarían una actitud relajada y sofisticada. Las demás le siguieron el juego, y terminaron riendo con fingidas carcajadas dignas de pacientes del Bedlam.

—¿No les parece que hace un clima predilecto, queridas? —comentó con tono pomposo Mary. Las demás abrieron los ojos ante su cambio de actitud, pero antes de poder contestar, una voz de barítono se les adelantó

—Coincido, bella dama, hace un clima perfecto —habló el conde de Vander, deteniéndose frente al grupo. Él, que vestía un masculino traje de día azul cielo, posó su vista en ella medio segundo y la apartó. Abigail entrecerró los ojos, ¿pensaba ignorarla? ¡Pues bien, no había mejor noticia que esa!

—Buenas tardes, señoritas. —Siguió el mellizo menor, quitándose el sombrero, acto que imitó el trío de hombres que se había ubicado tras su espalda. Ellas, que se hallaban sentadas en semicírculo, fingieron

sorprenderse e inclinaron sus cabezas adornadas con papelinas y sombreros.

Cada ojo del lugar estaba clavado en lo que allí sucedía, ya que era inaudito que cuatro de los más codiciados solteros de Londres estuvieran hablando con cuatro floreros demasiado feas.

A continuación, se desató una disputa verbal entre Clara y el conde. Él quería hablar con ella, y su hermana se negaba. Abby había intentado salvarla al verla tan incómoda, pero su intervención no dio frutos, solo ocasionó que el pretendiente de Clara la mirara molesto y que su hermano mayor riera en silencio, algo que en lugar de irritarle, para su horror, le provocaba ganas de sonreír.

Ni muerta lo hacía...

—¡Qué está haciendo, bájeme ahora! —exigió Clara en voz baja cuando el hombre moreno se agachó y la elevó como si de una pluma se tratase, luego le respondió en un susurró, y afianzado su agarre bajo sus rodillas y espalda, comenzó a alejarse hacia los arbustos. Clara se asomó con expresión desesperada mirando hacia ellas, que se habían quedado boquiabiertas.

—¡Suelte a mi hermana, canalla! —Se levantó indignada, dispuesta a ir en su auxilio.

—Usted no se meta, aquí no hay ningún rastrillo disponible. —La frenó Colin, pisándole el ruedo del vestido, impidiéndole avanzar al tiempo que reía.

—¡Nada malo te sucederá! ¡Es tan romántico! —chilló encantada Mary Anne, saltando en su sitio, su abundante delantera rebotó y lord Luxe, que parecía rígido, clavó su vista verde en su escote con un evidente color rojo en su cara.

—¿Desea pasear como su amiga, milady? —le ofreció con una mueca juguetona lord Fisherton a Briana, que tuvo un acceso de tos violento como respuesta; el escocés emitió roncadas carcajadas.

Abby fulminó con la mirada al rubio y tomó su vestido para intentar librarse del agarre, pero al tirar se oyó el sonido de la tela rasgándose.

—Mire lo que me acaba de hacer, imberbe, ¡quite su bota! —le increpó furibunda.

—Oh, milady, debería agradecerme usted, le estoy haciendo un favor al

romper este horripilante modelo —la provocó Vander muy divertido.

Cuando su hermano le había pedido acompañarlo al parque, había aceptado encantado. No tenía nada más que hacer y, para ser sincero, ansiaba reencontrarse con la rubia de la cofia y ver cómo reaccionaba ante su presencia. Al principio se decepcionó un poco, pues ella ni siquiera lo miraba, pero ahora tenía toda su atención, y le satisfacía ver que su actitud indiferente se había disipado y en aquel momento la joven le enfrentaba con las mejillas ruborizadas por el enojo.

—El único favor que puede hacerme es desaparecer de la faz de la tierra, ¡esfumándose, perdiéndose, extraviándose! —exclamó la muchacha, ignorando el jadeo que soltaron sus amigas, la risa del duque y el gesto incrédulo de lord Luxe.

—Oh..., lamento tanto decepcionarla, pero eso no podrá ser —se lamentó con un falso tono de conmiseración y un brillo triste en sus ojos celestes—. Ahora que seremos entrañables cuñados, usted y yo nos veremos muy seguido. No solo eso, ¡seremos familia! —anunció con maliciosa alegría.

Abby entrecerró los ojos y tiró de nuevo de la falda de su vestido, logrando esa vez que el conde la liberará. Estaba perdiendo el control nuevamente, como le había sucedido en la fuente, y no lo permitiría, no podía dejar que la presencia y las pullas de ese hombre le afectaran.

—Eso está por verse, y aunque mi hermana cometiera la estupidez de aceptar esa petición de matrimonio, usted y yo no seremos nada. Yo no nunca me relacionaría con... con inescrupulosos, con indecentes —terminó con frialdad, su tono despectivo.

El conde la miró de arriba a abajo y le sulfuró ver que la mujer estirada, mojigata y melindrosa regresaba. Aquella que vestía con ese atuendo marrón espantoso y se esforzaba por ocultarse bajo un disfraz.

—Pues nunca diga nunca, querida. Por lo que veo, usted terminará por ser una solterona amargada, y mi pobre hermano tendrá que aguantarla a diario, escupiendo su veneno y sus frustraciones, entenebreciendo su armonía familiar —espetó él, y vio un destello teñir las pupilas tras los lentes de la muchacha, y cómo se contenía de lanzar su ira contra él, apretando sus labios en una dura línea.

Afortunadamente, lady Clara apareció con el rostro sonrojado, y bastante

agitada; pasó por su lado como una exhalación sin detenerse. La hermana menor le dedicó una mirada irritada a Marcus, que salía con paso tranquilo de los arbustos, y salió tras su hermana sin despedirse. Las amigas se levantaron presurosas, y murmurando un saludo, siguieron a las Thompson.

—Creo que te extralimitaste amigo, eso fue cruel, por no decir poco caballeroso —dijo Maxwell arqueando una ceja extrañado.

Colin se encogió de hombros y evadió las miradas curiosas de sus amigos.

¡Diablos! Otra vez había perdido la cordura y la contención por culpa de esa mujer. ¿Qué estaba sucediendo con él? ¿Desde cuándo atacaba a las damas y se ponía a su nivel, olvidando la educación y los buenos modales que desde niño le habían inculcado? Lady Esperpento, la Dama del Rastrillo o lo que fuera... era lo que estaba pasando... Y ahora no le estaba gustando nada... ¡nada!

Esa noche llovía profusamente en la ciudad, pero eso no impedía que la larga fila de carruajes avanzara lentamente hasta detenerse frente a la enorme mansión de lady Harrinson.

El turno del coche donde viajaban Clara, su madrastra, Melissa, y ella, llegó, y las tres descendieron y caminaron hacia la entrada acompañadas por dos lacayos que les proporcionaban cobijo bajo sus paraguas.

Los bailes que organizaba la condesa eran de los eventos más esperados de la temporada. Cada año, la prestigiosa anfitriona recibía en su casa a una selecta y minuciosa cantidad de invitados y les convidaba a excéntricos entretenimientos, exquisitos manjares, excelente música y espectacular opulencia.

Ellas habían sido invitadas casi todos los años desde su debut en sociedad, y a pesar de que sabían que se debía a la influencia de su padre, el marqués de Garden, debían presentarse; rechazar la invitación sería una afrenta imperdonable. Además, Melissa jamás se los perdonaría.

La joven esposa de su padre hacía tiempo que se había resignado a que sus hijastras serían floreros eternos, y ya había dejado de intentar presentarles

pretendientes. Ahora solo las acompañaba y disfrutaba de las fiestas, dejándolas a sus anchas, bajo nula supervisión, hecho que en nada afectaba a las muchachas, puesto que no había mucho riesgo en permanecer en su rincón de floreros y ver a los demás pasarlo en grande, o fingir que así lo hacían al menos, y jamás se separaban. Desafortunadamente, la hermandad no estaría al completo ese día, puesto que Brianna y Mary Anne no habían sido convocadas.

Llevaban unos minutos en el evento cuando apareció el conde de Lancaster y pidió un baile a su hermana. Había sido verle acercarse para que Clara se olvidara del resto del mundo, quedándose observando embobada al libertino mellizo.

Abby soltó un bufido nada femenino y apartó la vista de la pareja que bailaba y conversaba en la pista. No quería creerlo, pero era probable que Clara estuviese cayendo en las redes del conde, y eso le preocupaba mucho. Cuando él la trajera hablaría con ella, debía advertirla nuevamente. Por lo menos, esa vez el pretendiente de su hermana había aparecido solo, y eso era algo bueno. No estaba de ánimo para soportar al infame «Ángel Negro»; ese apodo le sentaba a la perfección, ya que era bello como un ángel y perverso como un demonio.

Cómo lo detestaba...

—Milady —escuchó una voz masculina y alzó la mirada para encontrarse con un delgado lacayo vestido con la librea verde con arabescos dorados que llevaba el personal de lady Harrison—. Esta nota es para usted. —El hombre le tendió un papel doblado que reposaba en una pequeña bandeja de plata.

Ella elevó las cejas sorprendida y tomó la nota, mirándola fijamente. Nunca le habían enviado una, y no lograba adivinar de quién podría ser. Lo mejor era no abrirla, seguramente el sirviente se había equivocado y no era ella la destinataria.

—Disculpe... creo que hay un... —dijo enfocando al criado, pero calló al ver que este se había retirado.

Extrañada a la par que intrigada, Abby arrugó la nariz, y después de echar disimuladas miradas a los costados, abrió el delicado papel, que decía:

Estimada lady Abigail:

Ha llegado a mis oídos una importante información que podría perjudicar a una persona cercana a usted. Si quiere enterarse de los detalles, le espero en un cuarto de hora, en el jardín de lady Harrison. Estaré en el laberinto, junto al jardín interior. Acuda sola o no me presentaré.

Nadie firmaba la misteriosa misiva.

«¿Qué hacer? ¿Debería ir?», pensó nerviosa Abby, guardando la nota en su ridículo.

Aquello era demasiado sospechoso, pero definitivamente debía correr el riesgo, desconocer la información que la persona anónima decía tener podría ser mucho más peligroso que arriesgar su reputación y su pellejo en ese laberinto. Decidida, se puso en pie, y con aparente tranquilidad enfiló hacia la parte trasera de la casa.

Por primera vez estaba abandonando su rincón de florero. No, ¡por segunda vez! Ya lo había hecho en la mascarada, y su piel se erizaba con el recuerdo. Solo esperaba, que el perro sarnoso Bennet no estuviese involucrado también.

No sabía si el ritmo desbocado de su corazón se debía a la aprensión que le provocaba estar aventurándose, después de tres años, fuera de su seguro puesto de florero, o al pensamiento de toparse con el demonio más detestable y deseable que tuvo la desgracia de conocer.

CAPÍTULO VII

«Una vez más tú, te conviertes en el rostro de mi soledad.

Una vez más tú, te entrometes en mis sueños negados.

Una vez más tú, te adueñas de mis deseos más profundos.

Otra vez tú, me conviertes en un ladrón, un saqueador de besos, un delincuente de amor...».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

Apostado tras un enorme círculo de setos, Colin se asomó nuevamente y volvió a su sitio al ver que nadie se acercaba por el camino principal del jardín.

Unos minutos antes, había visto pasar con prisas a una de las hermanas menores del conde de Baltimore, pero logró esconderse a tiempo y la dama no descubrió su escondite.

Un suspiro impaciente escapó de sus labios. No le hacía ilusión tener que estar allí, pero debido a su desastrosa intervención junto a sus tías en la mascarada, Marcus le había chantajeado para lograr que él aceptara entretener a la menor de las Thompson mientras él conseguía comprometerse en matrimonio con la mayor.

—No querrá ir en mi compañía ni hasta la mesa de bebidas —le había dicho con resignación Colin.

—Pues pon a trabajar tu magia en ella, tu afamado encanto angelical, o lo que sea. Pero necesito tener a lady Clara a solas para poder seguir con mi plan —respondió Marcus, acomodando su pañuelo de cara al espejo.

Colin había bufado al oír eso último, y gruñido al recordar lo mal que le había ido cada vez que se acercaba a la arisca lady Abby.

—Me lo debes, Colin. Si no fuese por tu culpa, ya estaría comprometido con mi futura esposa —Siguió mirándolo con severidad.

—Está bien, lo intentaré, pero no prometo poder retener a esa fiera por mucho tiempo —claudicó finalmente.

Y allí estaba, esperando cual amante a su compañera, amparado en la oscuridad del jardín interior de lady Harrinson. Ella ya debería haber recibido la nota que le había enviado, solo esperaba que la curiosidad le ganase a la prudencia y la joven se dignará a aparecer.

El trasero se le estaba congelando.

Unos pasos quedos le distrajeron de sus cavilaciones y se inclinó para mirar tras el follaje.

Era ella...

A pesar de la tenue iluminación, pudo vislumbrar su cofia negra y su horripilante vestido de seda marrón y guantes del mismo color. La dama se adentró al pequeño jardín, que consistía en un hermoso rosedal rodeado de setos, después de mirar hacia los costados, y se detuvo muy cerca de él.

Desde esa escasa distancia pudo observarla acomodar sus enormes gafas y sus guantes. Parecía que no era tan imperturbable después de todo, aquello la ponía nerviosa. Aunque sus movimientos siempre eran pausados y femeninos, a excepción de cuando se enfadaba mucho. Entonces hacía aspavientos de loca y caminaba con largas zancadas. Ese pensamiento le hizo sonreír.

El plan era citarla con la excusa de esa misiva misteriosa, ella esperaría a la persona desconocida, la que no se presentaría, y ese tiempo serviría a su hermano para endulzarle el oído a lady Clara sin la compañía de oídos indiscretos y molestos.

Pero... ¡Maldición! Ella se estaba marchando. ¡No había esperado ni cinco minutos!

—Veo que ni las floreros se resisten a una cita clandestina —dijo con sorna, saliendo de entre los setos.

Abigail escuchó repentinamente una voz masculina y gritó exaltada, al tiempo que se giraba hacia atrás con las manos apoyadas en su pecho agitado.

Entonces comprobó que no se equivocaban sus oídos. El odioso conde de Vander estaba frente a ella, y la miraba con su sonrisa enervante y sus manos detrás de la espalda, tomando esa pose elegante que a menudo le veía ostentar. Vestía de negro y destacaba en su atuendo un pañuelo y una camisa blancos.

—Yo no vine a tener ninguna cita —rebatía Abby bajando sus manos y obligando a su corazón a latir con normalidad.

—¿Ah, no? —contestó arqueando una ceja—. ¿Y cómo califica esto, milady? Una dama soltera, en un jardín a solas con un irresistible caballero bajo la luz nocturna —dijo, acercándose con cada palabra.

Abby fue retrocediendo a medida que él avanzaba, y su respiración se alteró por lo que sus dichos insinuaban.

—¿Irresistible? ¿Usted? —Se burló cuando sus rodillas sintieron el roce de las rosas a su espalda—. Dirá, insoportable. Y estoy encantada de informarle que para nada estoy aquí por usted, sino debido a una nota que un lacayo me... —empezó a decir ella, pero al notar la mueca traviesa que el hombre esbozaba se calló y lo miró incrédula e irritada—. ¡Fue usted! —le acusó furibunda.

—Sí, *hago mea culpa*... Aunque lamento tener que romper así su corazón —asintió el conde.

—¿Mi corazón? —preguntó confundida.

El rubio sonrió con aparente arrepentimiento y levantó una mano enguantada para colocarla en su mejilla izquierda con suavidad.

—Así es, no quería que usted me viese, porque tal y como sucede ahora, asumiría que de una cita romántica se trataba y... no es por ser cruel, pero las jóvenes con cofias no entran en mi perfil de féminas deseables —comentó con un encogimiento de hombros.

Ella ensanchó los ojos y tembló de rabia ante el descaro y engreimiento imposible de ese hombre.

—¡Está usted loco! Lo único que pienso al verle es en lo detestable que es, y lo que menos me importa es parecerle deseable a un inmoral libertino como usted —espetó airada, apartando su mano de un manotazo, su tacto quemaba—. ¡Para qué me envió esa nota! ¿Qué pretende, milord? —siguió, ignorando el gesto sorprendido del joven ante su afirmación anterior.

—Para ser sincero, lo único que pretendía era hacerla venir hasta aquí y dejarla plantada. Ciertamente, no esperaba tener que soportar su lengua viperina —apuntó con otro encogimiento de hombros, devolviendo esa sonrisa endemoniada a su cara.

Ella tomó aire con brusquedad, tratando de refrenar sus impulsos asesinos. Aquel hombre la sacaba de quicio, y podía adivinar que sus

intenciones habían sido alejarla del salón de baile y de su hermana.

¡Era un desfachatado y un atrevido!

Seguramente su aspecto en ese momento era el de una desquiciada a punto de colapsar, porque lord Vander soltó la carcajada que había estado conteniendo, y comenzó a sacudirse con una incontrolable risa, doblándose hacia adelante y murmurando:

—Sí que son divertidas las feas solteras después de todo.

Abby apretó los dientes y las manos y se volteó para regresar al salón, pero entonces sus ojos dieron con algo que la hizo sonreír con satisfacción. Velozmente se agachó y tomó el objeto de su venganza entre sus manos y se volvió a encarar a ese imberbe que seguía riéndose a su costa sin mirarla. Se acercó, y sin dudar, levantó los brazos y golpeó al conde con el objeto justo en la frente.

Vander emitió un chillido de dolor, y al tratar de enderezarse, perdió el equilibrio y cayó sentado dentro del rosal.

Su cara fue un poema. Dolor, asombro, indignación, enojo, y más emociones cruzaron por su rostro, que ahora lucía una marca roja, varios mechones rubios apuntaban en diferentes direcciones.

—¿Qué sucede, milord? ¿Ya no le parezco tan divertida? —Se mofó riendo entre dientes ella, soltando con gracia el rastrillo, que aterrizó con un ruido seco en el césped—. ¡Oh, querido...! —siguió componiendo una voz de fingida lástima—. Lamento romper su corazón, pero las plantas de jardín no son de mi agrado.

Y tras echarle una mirada despectiva, salió con tranquilidad del lugar.

Unos minutos después, se hallaba sentada junto a su hermana, que no tardó en preguntarle por su ausencia, a lo que Abby respondió relatándole lo de la nota y trampa de lord Vander, guardándose algunos detalles de lo ocurrido.

Al recordar el gesto anonadado del noble, no pudo evitar sonreír victoriosa, sin asomo de remordimientos. Después de todo, él la había llamado florero, fea, solterona, y de lengua viperina, lo que borró su sonrisa y demudó en un gesto hosco.

No, no se arrepentía, ese vil perro sarnoso merecía eso, y más. Aprendería de lo que era capaz esa fea.

Su hermana la miraba intrigada, intuyendo que algo le ocultaba, más cuando abría la boca para iniciar su interrogatorio, la banda musical dejó de tocar y se oyó el sonido de una copa tintineando.

Todos los asistentes interrumpieron sus conversaciones y giraron para mirar a su anfitriona, quien se hallaba sobre la tarima junto a los músicos, aguardando con una sonrisa esperando que se hiciera silencio en el lugar.

—Su atención, por favor —empezó a decir la regordeta y morena mujer, vestida con un elegante atuendo color borgoña.

—Damas y caballeros, bienvenidos. Como todos saben, me gusta obsequiar a mis invitados con excepcionales entretenimientos. En esta ocasión, he pergeñado una búsqueda del tesoro —anunció lady Harrison, provocando algunos murmullos en el público.

—Mas no será una versión tradicional de este juego, sino que he asignado al azar una pareja a cada uno de ustedes, con la que formarán equipo, y con quien deberán encontrar el tesoro escondido. Por favor, las damas sean tan amables de mirar su carnet de baile, y los caballeros el sello que les pusieron en sus muñecas al entrar, sus parejas tendrán el mismo grabado. Les daré unos minutos para que los caballeros identifiquen a su compañera —continuó con tono dramático la dama, y todos comenzaron a revisar sus respectivos dibujos con emoción.

Abby gruñó, el juego le parecía ridículo, y tras ver cómo Clara miraba su carnet emocionada, puso frente a su cara el suyo, y masculló una maldición.

Clara espió sobre su mano y le lanzó una mirada divertida al ver el grabado, era un pez león.

A Abby no le gustaban los peces desde que su padre, volviéndose un fanático de esa especie, las obligaba a escuchar por horas su disertación sobre el tema.

Ofuscada volvió a mirar el grabado plasmado en un rincón del papel. Aquel pez era un animal tan hermoso como peligroso, que defendía su soltería. Tenía las aletas repletas de un letal veneno, preparado para atacar a un intruso u a otro pez león no aceptado.

—¡Vaya! Miren la sorpresa que el destino me tenía guardada —dijo una voz de barítono frente a ellas.

Clara y Abby levantaron la cabeza y se toparon con la presencia de lord Vander, que las observaba con una ceja alzada y una sonrisa maquiavélica en su angelical rostro. Su aspecto era desastroso, iba despeinado y había manchas de tierra en su ropa arrugada, y además, tenía una enorme marca roja en la frente, que al parecer había intentado tapar con su cabello rubio.

Colin soportó el escrutinio obviando la boca abierta de lady Clara y la de molestia de la otra. Por más que había intentado, las manchas de tierra de su traje no habían salido en su totalidad, y menos aún se secó la humedad del trasero de sus pantalones. Aunque, al menos, había podido arrancar las espinas que se le habían clavado y causado punzadas de dolor... y la marca del golpe ya no se veía tan roja.

Aún así, muchos de los invitados le lanzaban miradas extrañadas y curiosas a medida que se había adentrado en el salón, pero no le prestaron demasiada atención, debido a que la anfitriona estaba anunciando el juego que había preparado para amenizar la velada, algo que era tradicional en sus bailes, y que era el motivo por el que la concurrencia era poca, unos cien invitados cuidadosamente seleccionados.

—Lárguese, Vander. No tenemos el mismo dibujo. Me ha tocado un oso salvaje con una alimaña entre sus garras —siseó tensa y seca lady Abigail, escondiendo el papel entre sus manos.

—Eso no es cierto. No lo haré, y usted tampoco, ya que es mi pececita, y como ve, la llevo grabada en mi piel —la provocó con una mueca maliciosa enseñándole su muñeca, donde se veía claramente el pez león plasmado en su brazo.

Abby bufó y pareció enrojecer de pies a cabeza. Luego, contra todo pronóstico, se puso en pie, le lanzó su carnet en pleno rostro al conde y se marchó murmurando un irrepetible improprio.

¿Había dicho miserable perro Bennet?

Él sujetó el carnet entre sus dedos y la observó alejarse, estupefacto.

Pero... ¿quién se creía? Nunca nadie le había insultado tanto, ni de esa manera, y menos aún una dama. Todo lo contrario, siempre cosechaba sonrisas

adoradoras y pestañeos coquetos.

Su sonrisa se agrandó, y decidiendo que, como él siempre decía, «la venganza es la recompensa de los pacientes», se volteó hacia lady Clara, que parecía querer fundirse con su asiento y le miraba con un gesto de disculpa, se despidió con un cabeceo, y salió tras la causante de todos sus dolores de cabeza.

Abby suspiró aliviada cuando se adentró en lo que parecía ser la sala de música de la mansión.

Las luces en ese sector de la casa se hallaban apagadas debido a que ya había iniciado la búsqueda del tesoro y todas las parejas se desplazaban con faroles, intentando encontrar el premio.

Ella tanteó el espacio, caminando hacia un resquicio de luz que se colaba por una ventana, y corrió las cortinas iluminando parcialmente la estancia con el resplandor crepuscular.

De inmediato, sus ojos recayeron en el hermoso y antiguo piano de color blanco. Emocionada, caminó hacia este y se sentó en la butaca acolchada, levantando la tapa y acariciando las teclas suavemente.

Estaba tentada a tocar alguna de sus composiciones favoritas, pero no podía hacerlo o delataría su presencia allí, y no quería que descubriesen su escondite.

—¿Alguna vez tocarás para mí, milady? —escuchó a su espalda una voz haciéndola jadear alterada, mas no asustándola ya que reconocía al portador.

—¿No se cansa de seguirme, milord? —espetó, obviando su pregunta y su descaro al tutearla sin su consentimiento.

—¿Y tú no te cansas de salir corriendo, milady? —susurró en su oreja derecha, haciéndola tensar por el choque de su cálido aliento y su inquietante cercanía.

—Yo no escapo, solo evado la compañía que no me agrada. Y ahora, ¿podría hacer el favor de marcharse? —rebatió, aparentando una calma que no sentía—. Usted y yo no tenemos nada que tratar.

—¿No? ¿Eso crees? —dijo él sentándose junto a ella, tan cerca que sentía

el aire que salía de su nariz con cada expiración—. Qué curioso, porque, por mi parte, recuerdo que tenemos un tema pendiente, o para ser más específico, una respuesta pendiente —siguió con tono bajo y desafiante.

Abby se envaró al oír la clara referencia a la indecente pregunta que le había hecho en la mascarada y que ella no había dejado de recordar.

—Bueno, parece que después de todo tu apariencia sí coincide con tu esencia y no responderás, ocultarás lo que piensas, como camuflas tu cuerpo —aseveró él tras una pausa incómoda.

Ella contuvo el aliento ante tal provocación y giró para enfrentarle; un error, porque el rostro del caballero quedó prácticamente rozando el suyo. Él elevó una ceja inquisidoramente, y ella se atragantó con sus palabras y sus nervios.

—Se equivoca usted, no escondo nada, y no hay nada que responder —soltó atropelladamente, alejándose, pero lo que él hizo a continuación detuvo su movimiento y la paralizó.

—Entonces, no necesitas esto —decía Vander, arrancándole los lentes de golpe—. Ni tampoco esto de aquí —continuó, elevando una mano y quitándole la cofia sin previo aviso.

Abby abrió la boca conmocionada, incapaz de reaccionar o mover un músculo que no fuese para pestañar incrédula.

—Pero, ¿qué cree...? —tartamudeó ella, mas su queja murió en sus labios.

—Shh... —la cortó él, inclinándose sobre ella y tomando con una mano su cabeza y con otra su barbilla—. Estoy conociéndote —susurró con voz ronca, y sin más, juntó sus bocas y la besó.

CAPÍTULO VIII

«... Me tientas, me enloqueces, me subyugas, me enamoras.

Obsesionado con tu nombre.

Perdido en tu mirada.

Esclavizado por tus besos.

Lenta tortura, perezco.

Placentera muerte, renazco.

Rendición, entrega;

amanecer y ocaso...».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

La sensación de ser besada por primera vez era lo suficientemente impactante como para acallar la siempre activa mente de Abby y convertir su cuerpo en una masa blanda y ligera.

Los labios del conde abordaron los suyos sin previo aviso, pero con extrema suavidad. Él acarició su boca con la suya, lentamente, sin prisas ni arrebatos. Tan delicadamente que un suspiro escapó de ella y él lo absorbió. Entonces su boca profundizó el beso y esa caricia se transformó de lenta tortura a desquiciante locura.

Sus brazos, que habían subido rápidos para intentar apartarlo, se aferraron al cuello masculino, arrancando un gemido del noble. Sus labios continuaron aquella danza mágica y apasionada, mientras el conde quitaba la mano que antes presionaba su mandíbula y descendía por su cuello, hombro y brazo, tirando de su cuerpo, acercándola hasta que sus pechos se hicieron uno, y el ardor que ya sentía en su estómago se extendía por cada parte que su palma había rozado.

Cuando la falta de aire pareció quemar sus pulmones, él liberó su boca y arrastró sus labios delgados por su barbilla, por su cuello y por el lugar en donde su pulso latía desbocado; quemando todo a su paso, ascendió nuevamente, y con su lengua rozó la piel sensible bajo su oreja derecha. Ella

solo pudo jadear agitada y estremecida por aquellas desbordantes sensaciones, le oyó gemir con ardor

—Abby...

Sus ojos se abrieron de golpe, y aunque la penumbra no les permitía distinguir a uno los rasgos del otro, pudo ver la cabeza rubia de Vander hundida en el escote de su vestido, en donde se podía apreciar el nacimiento de sus senos, al tiempo que sintió las manos de él sosteniendo su espalda, envueltas en su cabello, que increíblemente flotaba suelto. El terror la invadió, y como un resorte, se apartó temblando violentamente.

Lord Vander levantó su cabeza bruscamente y la localizó parada a unos pasos, con sus brazos rodeando su cintura y su pecho subiendo y bajando tan agitado como el suyo propio.

Por unos segundos ninguno emitió palabra, aunque en el aire pudo percibirse la tensión que flotaba del cuerpo de la dama.

—Nunca... —murmuró de pronto ella con voz trémula, su cabeza inclinada—. Jamás vuelva a hacerlo —terminó con tono duro, bajando sus brazos y apretando sus manos en puños.

Colin no supo cómo reaccionar, sus palabras le descolocaron completamente, pues no eran precisamente lo que solían decir las mujeres después de recibir alguna atención suya. Aunque claro, era la primera vez que cometía la insensatez de besar a una dama soltera, una joven casadera, una mujer inexperta, una solterona, una... una florero... ¡Diantres!

—¿Me ha oído, lord Vander? —siguió ella, acercándose al no obtener respuesta de su parte—. No vuelva a acercarse a mí de ninguna manera.

A pesar de no ver su gesto, su voz y su postura eran rígidas y frías, algo que le molestó en sobremanera, pues hace solo unos minutos la había sentido vibrar en sus brazos, y su respuesta a cada embiste de su boca había sabido a entrega, a rendición.

Pero, ¿qué se creía esa fea florero? En lugar de estar desbordando de gratitud, tenía el tupé de mostrarse ofendida.

—Ya, ya, lo entendí. No es necesaria tanta redundancia —dijo finalmente en tono de fingida despreocupación, dándole la espalda y posando los dedos sobre las teclas del antiguo piano, haciéndolas sonar—. Por supuesto que no

se volverá a repetir, considérela un regalo, una buena acción, un acto de generosidad. Después de todo, me enseñaron a ser compasivo, y por eso hice el sacrificio de hacerle experimentar lo que, de no ser por mí, una florero como usted nunca habría sentido —declaró con tono compasivo y socarrón.

La respiración de la joven se cortó y casi pudo palpase la indignación y la furia fluyendo de su cuerpo envarado. Con paso rígido, ella giró hacia la puerta y él no pudo contener una risita de victoria.

Pero entonces, la dama regresó sobre sus pasos y se detuvo muy cerca, apoyó un brazo en la base del piano y se inclinó sobre él, que sorprendido por su extraño comportamiento, se atragantó con su risa y no logró mover un músculo, solo contener el aliento, incapaz de obviar el exquisito aroma floral que su piel despedía.

—Oh... milord —dijo ella en su oído casi ronroneando, provocando que la piel de su cuello se erizara y todo él se endureciera—. Tiene razón, déjeme demostrarle cuán agradecida estoy —exclamó en tono suave.

Colin tragó saliva y su ser se suspendió expectante, anhelante, deseoso. Sintiendo su aliento cálido tan próximo que lo dejaba al borde del colapso.

—Gracias... —inició, y a continuación bajó con rapidez la tapa del piano, aplastando sus dedos con la pesada madera—. ¡Por nada! —siseó, ignorando la exclamación de dolor que el conde emitió, presionando con fuerza la tapa sobre sus dedos, haciéndola gemir y maldecir—. Si vuelve a acercarse a mí, o intenta hacer alarde de su estúpido juego de libertino conmigo, no dudaré en enseñarle mi gratitud retorciendo su inútil hombría hasta que no sirva para nada más que para recordarle que pertenece al género más idiota de la humanidad —pronunció con sorna y sequedad. Y sin más, abandonó el lugar.

Colin se apresuró a desencadenar sus torturados dedos de su prisión, y solo cuando sintió la puerta cerrarse, se permitió chillar y frotar sus manos, que dolían como el infierno.

Abigail salió apresuradamente de la sala de música y corrió por los pasillos de la mansión con la angustia atravesada en su garganta, rogando no cruzarse con ningún invitado.

No podía creer lo que había sucedido en ese cuarto. ¿Cómo había permitido que ese vil hombre la abordara, la despojara de mucho más que su cofia y sus lentes, que eran solo un símbolo de su identidad? Le enfermaba la manera estúpida en la que había reaccionado su cuerpo, y la imbecilidad que había dominado su mente para acceder a semejante inmoralidad. Había faltado poco para que ese granuja sin escrúpulos la sedujera allí mismo, y lo peor era que no hubiera sido un acto forzado, sino consentido y anhelado por ella.

Era una necia, una tonta, una boba sin remedio. ¿Cómo había podido olvidar la clase de persona que era Colin Bennet? Y sobre todo, quién era ella. Con solo un beso se habían disipado todas sus firmes opiniones, sus férreos ideales, sus promesas sagradas.

Entre sus brazos, había olvidado el juramento que un día hizo, y que precisamente ese hombre era el causante de convertirla en lo que era.

Cómo había podido, con un simple toque, hacer tambalear los muros que en el pasado había erigido para dejar fuera la tristeza, el rechazo, para protegerla de lo que sentía en ese mismo momento: humillación, desazón, decepción, vacío.

Desesperada por huir, llegó a la puerta de salida de la mansión esperando ver al mayordomo, y tras dejarle un mensaje a su familia, pidió el carruaje para esfumarse de allí.

No obstante, se encontró con su madrastra, que parecía algo alterada, conversando con la anfitriona efusivamente, y a su lado, Clara y lord Lancaster permanecían callados escuchando a las otras dos. Melissa ensanchó los ojos al verla, pero no interrumpió su charla con lady Harrison.

—Gracias por elegir mi evento para hacer tan importante anuncio, por favor, felicite de mi parte a lord Gander por el excelente matrimonio que conformarán estos jovencitos. Y no se preocupe, es entendible que, siendo tan jóvenes, se emocionaran más de la cuenta en mi biblioteca —dijo con tono cómplice la dama regordeta, señalando a su hermana y al conde, quienes sonrieron rígidamente.

Ella se quedó de piedra y no oyó la respuesta de la esposa de su padre. Incrédula, caminó hacia Clara, quien al verla se puso más rígida y nerviosa de lo que antes estaba.

—¡Dime que no es cierto! —susurró exaltada, apartando un poco a su

hermana de los demás, mientras su madrastra se despedía de la anfitriona.

Por el raballo del ojo vio que se aproximaba lord Vander, y reprimiendo un impropio, se ocultó tras una estatua griega que estaba apostada junto a la entrada. No deseaba que ese imberbe la viese sin su aspecto habitual, y solo se relajó cuando él desapareció.

Clara despegó su vista de la puerta principal, por la que acababa de salir lord Marcus secundado por su hermano mayor, y miró a su hermana. Sus ojos se abrieron de par en par al percatarse del desastroso aspecto que presentaba Abby.

—Pero, ¿qué te sucedió? —la interrogó en voz baja, fijándose en su peinado, ahora desarmado, su cabello desprovisto de la cofia, y la ausencia de sus lentes.

—Eso no importa ahora. ¿Es cierto que te hallaron *in fraganti* con lord Lancaster? —inquirió con horror.

—Abby... —respondió ella, bajando sus ojos avergonzada.

No podía ser cierto, no podía ser que su hermana hubiera sido seducida por ese mujeriego.

—¡Clara! ¡Te lo advertí! Te dije que te cuidaras de ese libertino. Ahora terminarás atada al caballero negro, perderás tu posibilidad de cumplir tu sueño y vivirás bajo el yugo de un hombre mujeriego, egoísta y desleal. ¡Has arruinado tu vida por unas cuantas caricias de ese canalla! Un hombre que apenas conoces y que esconde algo. ¿O es que te parece normal su repentino interés en ti? Caballeros como esos no se fijan de la nada en mujeres como nosotras, ¿ya lo olvidaste? —siseó furiosa y aterrada, turbada por el pesar de saber que ella era la menos indicada para reprochar aquello, y aún menos para proteger a Clara, cuando ella era igual o peor de pusilánime e ingenua.

Ella la miró y el corazón de Abby se estrujó al percatarse de las lágrimas inundando sus ojos, su expresión de aprensión y congoja.

—Ara... —pronunció con voz queda y gesto arrepentido, pero ella se giró y abandonó la mansión.

Angustiada, Abby la siguió, pero cuando llegó a la salida principal, vio el carruaje alejándose. Abatida, regresó al interior y esperó junto a su madrastra a que el coche regresará por ellas.

Unos minutos después se encontraba aceptando la ayuda del lacayo para subir al carruaje de su padre. Melissa subió detrás, y por extraño que pareciera, no inició ninguna de sus largas peroratas sin sentido, por el contrario, viajaron en silencio, cada una sumida en sus pensamientos.

Por su parte, se sentía como una intrusa en su propio cuerpo, como alguien ajena a sí misma. Una persona distinta, que por primera vez había perdido su infalible imperturbabilidad, su acérrimo control, su inquebrantable frialdad. Y todo por culpa de ese demonio de hombre y aquel perturbador beso.

Era capaz de comprender la locura que se había apoderado de su hermana mayor, ya que ella la había experimentado en carne propia. Y para empañar aún más el panorama, acababa de convertirse en cuñada oficial de la última persona sobre la tierra con la que se desearía tener algún parentesco.

¡Por Cristo!, ¡cómo se libraría del infame «*Ángel Negro*»!

Durante el viaje de regreso, Colin se limitó a mirar por la ventanilla sin ver nada en absoluto. Tan inmerso estaba en el caos interior que sentía, que no notó siquiera la mirada extrañada de Marcus, que no daba crédito a su mutismo y a la falta de burlas y preguntas por su parte, que era lo que había esperado en aras de su reciente compromiso con la mayor de las Thompson.

Pero él, tenía su mente hecha un revoltijo por la menor, por la pequeña hija del marqués de Garden.

El recuerdo de lo sucedido en la sala de música no dejaba de repetirse una y otra vez en su mente. Cerró los ojos y pudo sentir cada sensación, cada emoción, y eso lograba desequilibrarlo como nada nunca antes.

Por donde lo mirase, aquello era una locura. Él era un hombre experimentado, un hombre de mundo. Había besado decenas de bocas, y había disfrutado de más, mucho más, había gozado de las atenciones de las féminas más exquisitas de Londres

Entonces, ¿por qué? ¿cómo era posible que una jovencita inocente, desarreglada, antipática, arisca, amargada, fea..., una dama que nada tenía que ver con las mujeres que a él le atraían, hubiera provocado ese cúmulo de sensaciones en él? Y tan solo con un simple roce de labios...

Por nada del mundo iba a admitirlo, pero besar a lady Abigail era, por mucho, lo más excitante que había sentido en sus veintinueve años de vida.

Sin embargo, eso no era lo que le inquietaba realmente, sino lo que sentía arder en su pecho y en su cuerpo justo en ese instante: una necesidad, ansia, hambre, deseo.

¡Quería más! Quería explorar, conquistar, dominar y poseer a esa fea florero. ¡Infierno y condenación!

Lo que le faltaba. Él, que podía tener con un chasquido de dedos a la mujer que quisiera, ¡estaba obsesionado con lady Esperpento!

CAPÍTULO IX

«... Inesperada, sorprendente, te vi llegar.

Solitario, sin rumbo, te dejé entrar.

Me alcanzaste, me traspasaste, y no te marchaste jamás.

Ya no puedo arrancarte, no puedo borrarte, te has enterrado en el rincón más profundo de mi oscuridad.

Eres mi mundo, eres mi sentido.

Eres mi lugar...».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

Al siguiente día del baile de lady Harrison, Abby despertó con el ánimo decaído y una sensación de culpabilidad. Ciertamente, la noche anterior se había extralimitado con lo que le había echado en cara a su hermana, y se sentía muy mal.

Después de comprobar que su hermana no había salido de su alcoba, se dirigió hacia allí, dispuesta a disculparse. Algo en extremo difícil para ella, que frecuentemente perdía la lucha con su orgullo y terquedad. No obstante, en esta ocasión debía tragárselo y reconocer que se había portado como una bruja en el baile, sobretodo porque, si no fuera por su buena suerte, podría haber sido ella la que estaría por casarse con un libertino. Era la menos indicada para juzgar.

Al entrar en el cuarto de Clara, notó su postura decaída y triste, y se acercó a Clara, que estaba sentada bajo su ventana, todavía en camisón.

Su hermana la miró, y dirigió la vista hacia el exterior. Se sentía fatal, y le costaba poner en palabras lo que atormentaba su interior.

—Ara... Lo siento —empezó a decir, apartando la mirada azul de sus manos apretadas y fijándola en ella, sus ojos tristes, su tono abatido—, yo... fui muy cruel, y te pido disculpas por lo que dije.

—No es necesario, Abby. Ya no importa —tranquilizó Clara, clavando sus ojos grises en ella, que a pesar de su negativa, estaban apagados.

—No. Debo hacerlo. Sé que te lastimé, y lo lamento mucho —la cortó con expresión culpable.

—No lo niego. Pero tus palabras me dolieron más debido a que no están tan erradas, Abby. Sé que desde que conocí a lord Lancaster me he estado comportando como una boba, y que no cumplí el juramento que un día hicimos —aseguró apesadumbrada.

—Hermana, éramos prácticamente unas niñas cuando prometimos no dejar que nadie nos doblegara o humillara, ni casarnos sin amor. Hemos crecido, ya no somos las mismas. Las personas cambian, las experiencias y vivencias que suceden al transcurrir la vida nos transforman. Ahora ya ni siquiera creo en el amor, y tú... tú te has enamorado —rebatió tragando saliva con dificultad.

Su hermana desvió la mirada. Sus manos temblaban levemente al apretar la cobija que tenía sobre sus piernas dobladas, y cuando alzó los ojos, pudo ver lágrimas de dolor y desconcierto contenidas.

—Sé lo que estás pensando. Ayer, después de que te dijera todas esas cosas y volviera a casa, no pude dormir pensando en todo esto, y me di cuenta de algo de lo que nunca antes me había percatado. Yo... estoy tan acostumbrada a estar para ti, a ser tu apoyo, a protegerte de todo y todos, que no noté que esta vez no había nada que proteger, porque tú no estabas en peligro, simplemente habías decidido arriesgarte. Sé que tienes miedo, también lo tengo por ti. Pero no dejes que mis palabras siembren la duda en tus sentimientos, y aún menos en ti misma. Es eso lo que justamente toda mi vida he intentado evitar. Si tu corazón dice que el conde es el indicado, si cree en su sinceridad y en que le necesitas en tu vida para seguir, no te detengas por mí. He comprendido que no debo pretender protegerte, porque no eres débil ni indefensa, todo lo contrario, eres la mujer más fuerte y valiente que conozco. Y de ahora en adelante, acompañarte será lo que haré. Lo que fuere que suceda, siempre contarás conmigo incondicionalmente —terminó, sintiendo sus propios ojos empañarse y su voz temblar, pues se sentía vulnerable y expuesta.

—Oh, Abby, ¡gracias! Eres mi mejor amiga, mi confidente, mi cómplice. Jamás podré devolverte todo lo que has hecho por mí. Mírate, si hasta te escondes tras esa apariencia cuando te he dicho incansablemente que no es

bueno para ti, ni necesario —contestó su hermana conmovida.

Ella se tensó ante el recordatorio de su elección de cambiar su apariencia. No era momento para tratar un tema que, por otra parte, no entraba en discusión.

—Clara... —la advirtió con su tono de «no quiero hablar de eso», y ella hizo una mueca de resignación.

—Está bien. Ven aquí —claudicó llorosa, y abrió los brazos para fundirse en un fuerte abrazo, donde no faltó el llanto. Desde niñas habían sido inseparables, y al morir su madre, siendo ambas unas pequeñas de doce y diez años, ese lazo de hermandad creció hasta convertirse en un vínculo de amor perfecto e indestructible, afianzado por las muchas experiencias que les había tocado vivir.

—Gracias, Abby. No sabes cuánto te necesitó. Mucho más ahora que estoy a punto de cometer una posible locura al casarme con el caballero negro —dijo Clara con tono temeroso.

—¿Es en serio? Esa no es la locura, es el remedio, la cura, querida —declaró con picardía—. La locura fue enamorarte de ese «calavera». Pero no te preocupes, tengo mi rastrillo preparado especialmente para el presumido lord Marcus —aseveró, separándose y haciendo una mueca fingiendo golpear a alguien. Clara estalló en carcajadas, contagiándole hasta que sus lágrimas se convirtieron en risas.

Por la tarde su hermana fue acaparada por su madrastra y su doncella, debido a que en la noche se celebraría su cena de compromiso con el conde. Así que ella huyó y se atrincheró en la sala de música, en donde más que tocar su amado piano, no dejó de darle vueltas a los cambios que se avecinaban, tanto para Clara como para ella, pues a pesar de que Clara también había decidido intentar vivir bajo sus términos y no bajo los de un marido, y juntas habían planeado cuidadosamente su futuro, todo había funcionado perfecto hasta que el conde de Lancaster había aparecido y de un plumazo esfumado la voluntad de Clara.

Mentiría si dijera que estaba conforme o emocionada con la decisión de ésta de casarse, pero finalmente había entendido que la promesa que un día ellas habían hecho era producto de la soledad de dos casi niñas, ahora eran

mujeres que pensaban y sentían diferente, ya no coincidían en la manera de ver la vida. Y, después de todo, lo único que le importaba era que Clara fuese feliz, y si para eso necesitaba unirse a un hombre, pues que así fuera. Ella estaría allí, dispuesta a acompañarla el resto de sus días.

La verdad era que la mayor parte de lo que le había recriminado se lo había dicho más a sí misma que a su hermana, ya que había entrado en pánico después de lo sucedido con el conde de Vander. Por lo que le había permitido hacer, por lo cerca que había estado de olvidar su experiencia y sus determinaciones. Ella no era como su hermana mayor, que al final había entregado su corazón y estaba dispuesta a arriesgar, a confiar. No. Ella era muy distinta, no creía en los hombres, y menos en el amor. No estaba hecha para eso, y se negaba a entregar las riendas de su vida y su libertad a un hombre que, después de firmar un contrato matrimonial, tendría absoluto derecho sobre su existencia y se erigiría como su dueño. Jamás podría tolerarlo, y ver el sufrimiento de su hermana, la crueldad, los rechazos, desplantes y burlas, habían servido para reafirmar su elección de no ser parte de la farsa que representaban los matrimonios de la nobleza, en donde nadie se quería, respetaba y mucho menos valoraba.

Como mujer, y como hija de un marqués, sabía que su destino no estaba en sus manos, sino en las de su padre, atada a los dictados de la sociedad en la que vivían, pero había encontrado su tabla salvadora cuando había comprendido que su soltería era su libertad. Sin embargo, casi cuatro años después, y tras tres temporadas, un caballero y su cercanía estuvieron por provocar que olvidara, que su sensatez y su juicio se nublasen.

Una vez más, suspiró y cerró los ojos recordando aquel momento, había recibido su primer beso. Si no fuese porque todavía podía sentir cada roce, cada caricia, sus alientos mezclados, la fuerza de sus manos abrazándola, el retumbar de su corazón palpitando junto al suyo, creería que lo había soñado o que se había vuelto una lunática.

Pero no, a ella, a Abigail Thompson, la habían besado, y aunque odiaba admitirlo, el beso... había sido simplemente maravilloso.

No obstante, la persona que se lo había dado, no lo era. Colin Bennet era un imbécil, engreído y un arrogante. Se creía el amo del universo, un dios griego sobre la tierra, que tan solo por su estúpida apostura las mujeres debían

rendirle pleitesía y adorarle, como si por ser feas o solteronas pudiesen pasar por alto su insoportable personalidad, su detestable engreimiento y su imbecilidad manifiesta.

Pero esta vez se había topado con la dama equivocada, ella le demostraría de qué estaba hecha, y que con una cara bonita podía ganarse una batalla, pero no la guerra.

Y la guerra comenzó...

En cada ocasión en la que inevitablemente se encontraba con lord Vander, se desataba una escaramuza silenciosa entre ellos.

Fuego cruzado y ataques a diestro y siniestro era lo usual para los dos. Miradas cargadas de hostilidad, provocaciones veladas. Burlas y sarcasmo del lado del conde y desplantes e indiferencia por parte de ella.

Borrachera, un beso robado, un encuentro en un club de perdición y una fuga épica fue su cotidianidad mientras sus respectivos hermanos se comprometían, se casaban, iniciaban su vida juntos, se peleaban, se reconciliaban y se convertían en futuros padres.

Noviembre transcurrió, diciembre llegó con la pronta celebración de la Navidad y el traslado de prácticamente toda la nobleza hacia sus propiedades campestres. La temporada casi llegaba a su fin, y el resto de eventos en sociedad se llevaría a cabo fuera de la ciudad, debido a que el Parlamento ya había cesado sus sesiones.

Por su parte, estaba exultante, pletórica, extasiada, ya que aquello significaba que entraría en su cuarta temporada como florero, y aunque debería soportar una quinta, esta sería ya como solterona oficial, y serían mínimas las veladas a las que tendría que asistir obligada. Terminada esta, sería libre al fin. Ya no tendría que tolerar a gente hipócrita, fiestas aburridas, conversaciones banales, desplantes de sus pares y provocaciones del detestable conde de Vander. Podría dedicarse a su música, y algún día a enseñar a muchas niñas a tocar el piano y leer partituras.

Afortunadamente, después de que su hermana y su esposo anunciaran que estaban en la dulce espera y se instalaran en Brighthon, solo había visto al conde a la distancia, y los ataques habían cesado.

Aliviada a la par que desconcertada por la rendición del caballero, se autodeclaró vencedora y disfrutó de las últimas fiestas en compañía de sus amigas.

Tanto Brianna, como Mary Anne y ella, extrañaban horriblemente a su hermana mayor, y deseaban verla y escuchar de su boca cómo era su vida de casada. Por lo que, cuando su padre le anunció que Clara y lord Lancaster les habían invitado a celebrar la Navidad con ellos, su felicidad fue completa.

El fin de semana vería a su hermana, y disfrutarían de toda una semana juntas.

—¡No, no iré! —negó ofuscado Colin, viendo cómo su madre se cruzaba de brazos y un profundo ceño aparecía en la frente de su padre.

Estaban desayunando cuando la marquesa le comunicó que ese año, en lugar de viajar a su propiedad de Bristol, donde sus padres solían pasar los inviernos y la Navidad, celebrarían Nochebuena y la semana posterior con Marcus. Y que él, que desde hace años se quedaba en la ciudad y festejaba por su cuenta con sus amistades, debería acompañarles.

—Hijo, ¿cómo que no viajarás con nosotros? Marcus y su esposa nos han invitado, y no puedes hacerles ese desplante —recriminó Anel con una mueca desaprobadora en su rostro.

—Les enviaré a mi encantadora cuñada y al débil de mi hermano una carta disculpándome, madre. Tengo compromisos, no puedo declinarlos —se excusó Colin, estirándose para hacerse con un panecillo y haciendo una seña al lacayo apostado junto a la puerta del comedor, quien se apresuró a llenar su taza con café.

—Pero, Colito... —rogó la marquesa, y el conde gruñó al oír el odiado apodo, agradeciendo que Marcus ya no estuviera con ellos, o se estaría desternillando de risa.

¡Caray! Sí que echaba de menos al maldito.

—Colin... —intervino su padre, y por su tono y mirada severa, él supo que se avecinaban problemas.

A diferencia de Marcus, él y Arthur no lograban entenderse del todo, pues por ser su heredero su padre había sido más inflexible en su crianza, y además,

el carácter de su mellizo era muy similar al del comedido y sensato marqués, mientras que Colin había heredado la personalidad extrovertida y algo impulsiva de su madre, y a menudo su temperamento y el de su padre chocaban.

—De ninguna manera toleraré que te ausentes de la fiesta de Navidad que mi nuera ha organizado. Hacerlo sería un insulto para ella, y para Edward y su esposa, que también asistirán —advirtió su progenitor, mirándolo con acritud al mencionar a su amigo, suegro de su hermano.

Colin maldijo para sus adentros al oírle. Eso significaba que también estaría allí la hermana menor, y él se negaba a tener que convivir con ella toda una semana.

—Lo siento, pero como les dije, ya he asumido varios compromisos —repitió con gesto desenfadado, y comenzó a levantarse.

—¿Ah, sí? —Le detuvo el marqués con sus ojos negros entrecerrados—. Pues olvídate de asistir a la fiesta que organiza lord Convert para él y sus disolutas amigas —espetó su padre, y él se paralizó y sintió subir el rubor por su cuello cuando su madre les miró espantada. No sabía cómo se había enterado su padre de que pensaba pasar la víspera de Nochebuena en la mansión de campo de su amigo Francis, quien cada año organizaba descomunales y lujuriosas veladas de fin de año—. Colin, acabas de cumplir treinta años, y no muestras signos de madurar ni de asumir tus responsabilidades como futuro marqués —continuó Arthur, y él bufó, estirándose en su asiento, aunque se contuvo de rodar los ojos ante la mueca de súplica que su madre esbozó. Ya había oído todo aquello, y estaba cansado de las quejas y recriminaciones de su padre por su libertino estilo de vida.

—Padre, por favor, otra vez no. No pienso cambiar mis preferencias y mis gustos para convertirme en el aburrido esposo de alguna dama anodina —declaró Colin, soportando la mirada fulminante del hombre mayor—. Lamento decepcionarles, el matrimonio no es para mí. Por suerte tienen a Marcus, y miren, ¡pronto les dará un nieto! Seguro tendrá varios hijos, y al menos un lozano varón, quien algún día heredará todo. La familia no perderá nuestro ancestral título, ustedes podrán descansar en eso, y yo podré seguir con mi vida, y todos contentos —siguió con tono despreocupado, terminado el contenido de su taza y poniéndose en pie—. Ahora, si me disculpan, tengo una

partida de cartas esperando en el club.

—Tres meses —tronó la voz del marqués, deteniendo su retirada.

Confundido, giró y se encontró con la mirada implacable de Arthur y la expresión resuelta de Anel fijas en él.

—Ese es el tiempo que tienes para escoger una esposa, casarte y demostrar que eres el hijo que criamos. Que eres alguien capaz de vivir con principios, valores y un sentido. Y finalmente alguien digno de heredar, no solo el título, sino la fortuna de la familia, y espero que inicies presentándote en la casa de tu hermano —terminó el marqués, y su expresión era inquebrantable.

Colin sintió un escalofrío y la inquietud hizo acelerar su pulso.

—¿Y si declino tu amable oferta, padre? —ironizó el arqueando una ceja, disimulando su aturdimiento.

—Yo mismo elegiré a una dama entre las jóvenes debutantes que sigan solteras y arreglaré tu matrimonio —respondió su padre, tras intercambiar una mirada con su madre, y antes de que él pudiese expresar su indignación ante tan descarado ultimátum, siguió—: Y si te niegas a acatar esta orden, te desheredaré, Colin, no recibirás una libra más de mi parte, y me encargaré personalmente de que nadie salga como fiador tuyo. Créeme que no dudaré en cumplir lo que te digo. Tus días de libertino despreocupado deberán acabar, o puedes despedirte de tu estatus privilegiado.

Y con esas palabras, su alegre existencia se derrumbó.

CAPÍTULO X

«No fue de esos amores fulminantes.

No fue verte y sentir el flechazo de Cupido atravesándome.

Sucedió como ocurren los misterios más hermosos de la vida.

Mi amor por ti se formó, como el pequeño cuerpo de un hijo en el vientre de su madre.

Mi amor por ti creció, como una semilla se convierte en un fuerte árbol.

Mi amor por ti me cubrió, como las estrellas adornan el cielo.

Mi amor por ti me iluminó, como esa estrella que nace, vive muchos inviernos y muere brillando en la oscuridad de un solitario firmamento...».

Extracto del libro *Memorias del poeta atormentado*.

Su hermana estaba radiante cuando salió a recibirles en la puerta de su mansión de retiro en Brighthon.

Su esposo estaba junto a ella, y mientras saludaba a su padre y a Melissa, Clara y ella se fundieron en un sentido abrazo.

Habían sido dos meses de separación, y a pesar de saber que para Clara eran momentos de absoluta felicidad, no por eso les había pesado menos la distancia.

Por fortuna, terminada la semana navideña, ella no regresaría de inmediato a la ciudad, sino que se quedaría a pasar un tiempo más con el matrimonio, y eso la tenía muy contenta.

—¡Te ves muy bien, Ara! —la halagó, viendo su elegante atuendo color amatista y el brillo de alegría en sus ojos grises, a la vez que el sofisticado peinado que llevaba, adornado con un fino bonete—. Ha de ser mi sobrino quien te da ese brillo encantador —dijo Abby, colocando una mano en su vientre aún plano.

Clara refulgió y se ruborizó cuando su padre se sumó a las felicitaciones junto a la madrastra de ambas.

Abby recibió el saludo de su cuñado, quien parecía estar por explotar de satisfacción y orgullo por el comentario del marqués sobre la eficiencia y rapidez con la que le harían abuelo.

—Es la potencia Bennet, ya sabe, milord —se jactó lord Marcus, estirando la tela de su chaqueta verde y sacando pecho, pero el efecto se arruinó al encogerse y soltar un jadeo adolorido—. ¡Ay! ¿Por qué me pellizcas? —se quejó sobando su trasero, mirando indignado a su esposa. Clara le ignoró magistralmente y les invitó a pasar a la casa, el conde la siguió ofuscado.

El marqués negó con su cabeza y les ofreció un brazo a Melissa y otro a ella, que tras intercambiar miradas divertidas, hicieron lo propio.

La víspera de Navidad había llegado, y con ella los invitados a la celebración que lord Marcus y Clara habían planeado.

En el transcurrir del día habían llegado los convocados, Brianna y su hermano mayor, el futuro barón de Fergusson; Mary Anne junto a su tía, lady Campton, una aterradora dama que ejercía de carabina; la señorita Meredith Gibson, hermana de Melissa, junto a sus padres. Y su abuela paterna, lady Helena Thompson.

Y ahora, solo esperaban la llegada de la familia del conde, quienes vendrían acompañados de lord Fisherton y lord Luxe. Estaba previsto que cenaran juntos, y al día siguiente celebrar la cena de Navidad.

Mientras tanto, la hermandad, que volvía a estar completa, se había refugiado en los dominios de su hermana mayor. La estancia era amplia y luminosa, decorada con sobriedad, en colores crema y dorado.

—Tu alcoba es preciosa, Clara —comentó entusiasmada Mary Anne, tomando asiento en un diván ubicado frente a la chimenea encendida del cuarto, que ayudaba a amortiguar el frío de finales de diciembre.

—Pues prácticamente no lo utilizo. Solo para asearme y poco más —respondió Clara sentada frente a ellas, a su lado Briana abrió los ojos asombrada.

—¿No ocupas tu aposento de condesa? —preguntó perpleja Brianna.

Clara se abochornó terriblemente y las observó nerviosa.

—Creo que lo que mi hermana quiere decir, es que comparte cama con su marido —alegó con picardía Abby, contagiando a Mary Anne, que rió traviesamente, y Briana las acompañó ruborizada.

—Bueno, es suficiente. Las he recibido aquí por otro motivo —las cortó Clara, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia un pequeño escritorio ubicado junto a la ventana, que tenía una impresionante vista del mar y la playa.

Ellas se miraron curiosas, y luego a su hermana y al objeto que sostenía en su mano, una expresión expectante y emocionada cubría su rostro.

—¿Es lo que creo? —interrogó incrédula ella.

Su hermana asintió y le extendió el libro delgado, encuadernado en una hermosa tapa de cuero negra.

Abby lo estudió atónita, pasando sus dedos por el grabado dorado de la cubierta.

—Manual *La hermandad de las feas*, por Lady C —recitó sin aliento Brianna.

—¡Oh, amiga mía! Esto es maravilloso, ¡felicidades! —chilló Mary, levantándose y abrazando a su hermana, que sonrojada aceptó sus congratulaciones.

—Fue mi esposo, él logró esto por mi —les explicó dichosa.

Su hermana había cumplido su sueño, gracias a su cuñado. No todos los hombres eran unos idiotas, al parecer algunos valían la pena...

—¡Estás loca! —espetó Abby negando efusivamente.

—No lo estoy. Mi idea es perfectamente razonable —rebatió Clara con firmeza, levantando su libro en alto—: Este manual las ayudará a encontrar marido. Contiene mi experiencia, y lo que aprendí a lo largo de mi camino como debutante, florero y ahora esposa —siguió, clavando sus ojos en cada una de ellas, que la miraban con escepticismo y duda.

—Pues... yo necesito ayuda con urgencia. Estoy a punto de comenzar mi cuarta temporada, la última realmente productiva, y no he recibido ninguna propuesta de matrimonio. Mi padre ha dicho que de no encontrar por mí misma

un candidato aceptable, al finalizar la temporada él se encargaría de arreglarme una boda —explicó derrotada y entristecida Brianna.

—No te preocupes, amiga mía, ahora que soy condesa, y tengo más libertad e influencia, puedo usarla para lograr que entres en los círculos más selectos y seas invitada a las veladas a las que por ser hija de un barón no has podido acceder. Hallaremos un excelente caballero para ti, ya lo verás —la alentó Clara, apretando las manos de la pelirroja con cariño, quien asintió no muy convencida. Debido a que su familia no era importante y tenía una dote modesta, le urgía contraer matrimonio con alguien que aportara dinero a las arcas de su familia venida a menos.

—Yo, por mi parte, leeré tu manual. Esta será mi tercera temporada, y en vista de que el hombre que tiene mi afecto ni siquiera me mira, deberé echar mano a todo recurso que me ayude a conseguir un esposo que no solo ostente las características que mi padre requiere, sino las mías también —apuntó Mary Anne, suspirando con tristeza, ya que desde su presentación en sociedad estaba prendada del conde de Luxe sin ser correspondida, y anhelaba casarse por amor.

—A mí no me mires. Ya sabes que no me casaré. No necesito, ni deseo atarme a ningún hombre. Así que olvídate de lo que sea que estés imaginando, no participaré —gruñó Abby al ver la atención de su hermana puesta ella.

—¡Bien! Comencemos la lectura —exclamó Clara abriendo la tapa de su libro, haciendo caso omiso a la advertencia y gesto malhumorado de Abby.

—Este oporto es exquisito —dijo Colín, repantigado en el mullido sillón del despacho de su hermano, vaciando el contenido de su vaso.

—Es bazofia comparado con la cerveza de mi tierra, pero al menos calienta mi estómago —se quejó Alexander Mcfire, parado junto al fuego que crepitaba encendido.

—Me tienes hasta la coronilla con tus lamentos, Fisherton. Si tan intolerante te parecemos, ¡pues vuelve a la inhóspita Escocia! —espetó Maxwell Grayson desde su posición junto a la ventana, con su vista perdida en el exterior.

—¿Y volver a torturar mi trasero en ese incómodo carruaje inglés? No, gracias. No entiendo por qué insisten en viajar rebotando como sacos en una carreta a cada paso, en lugar de hacerlo a lomos de un buen semental, sintiendo el viento frío en el rostro y el aire invernal alrededor. ¡Es indigno! —alegó el gigante escocés, riendo al ver sus gestos horrorizados.

—No creo que mi trasero soportara esa aventura, y ni hablar de cómo se congelarían mis cojo...

—Colin, ¿nuestras tías ya están instaladas? —interrumpió Marcus, antes de que su mellizo continuara con una de sus originales observaciones.

—Así es. Tu esposa las acomodó, y tus suegros a nuestros padres, y luego ella desapareció, alegando que sus amigas la necesitaban con urgencia —contestó Colin, reprimiendo la risa por la actitud seria de su hermano.

—Me da miedo imaginar lo que ese grupo puede estar pergeñando —se estremeció Max, pasando la mano por su cabello castaño.

—Y yo pagaría por saber de qué va esa reunión, seguro me divertiría más que con ustedes tres, que solo beben y fuman comentando sobre el clima —se burló Alex con un brillo socarrón en sus ojos azules.

—Mi esposa no está planeando nada. Simplemente deben estar poniéndose al día, y tal vez bordando algo para mi futuro heredero —defendió con una mueca digna Marcus, trayendo por enésima vez a colación el hecho de que había logrado embarazar a su mujer.

—¿Bordando? ¿Esas cuatro? — Se carcajeó Colin, que estaba seguro de que lady Abigail no había agarrado una aguja en su vida, y apostaría lo que fuera a que estaría buscando la manera de hacer de esa semana una pesadilla para él—. Pero si están chaladas, solo espero que no aparezcan borrachas en la cena —rió junto a Alex.

Luxe contrajo la mandíbula y negó repetidamente, al tiempo que su hermano se abalanzaba sobre el aparador de bebidas y revisaba el contenido con expresión preocupada.

La cena transcurrió sin incidentes. Tras el primer plato, una sopa de avena, se sirvió el plato principal, cordero acompañado de vegetales, y luego

un postre que consistía en una deliciosa tarta de manzana, que Abby devoró con deleite.

En todo momento se esforzó por ignorar a las personas que tenía sentadas enfrente, y de las que provenían carcajadas y cuchicheos incesantes.

Con disimulo, levantó la vista y con repelús observó el aleteo de pestañas de la rubia hermana de su madrastra, y la estúpida sonrisa del conde de Vander. Ambos flirteaban descaradamente. Meredith, que se veía preciosa en su vestido de terciopelo rosado, no dejaba sonreír al engreído rubio, que provocaba sonrojos en la dama, con cada halago que le prodigaba. El rubio caballero vestía un traje burdeos más que elegante y llevaba su lacio cabello peinado hacia atrás.

Asqueada, Abby dejó vagar la vista hacia el extremo de la mesa, y sus ojos se encontraron con los de Clara, que le lanzó una mirada pensativa y conocedora.

Jurando para sus adentros, ella devolvió la vista a su plato y se reprendió por ser tan estúpida. No debía caer en la desgracia de parecer interesada por el cuñado de Clara, o esta se empeñaría en emparejarlos, y antes muerta que tener algo que ver con ese detestable hombre.

Desde que supo que Vander había llegado, una profusión de mariposas se había instalado en su vientre. Cuando había bajado para reunirse con los invitados en el salón en donde se congregarían antes de ser guiados al comedor principal y formar pareja de acuerdo a su escalafón social para ocupar la mesa, y al entrar del brazo de lord Luxe, su mirada había colisionado con la celeste imposible del conde, las semanas de preparación en las que había creído lograr indiferencia y frialdad, desaparecieron como bruma ante la luz del sol.

¡Maldito hombre! Y maldito corazón traicionero que le hacía sentir atracción por alguien tan despreciable. ¿Por qué las cenas eran tan eternas? ¿Y desde cuando ella rechazaba repetir una porción de tarta?

La boca de la señorita Gibson se movía por algo que la rubia de bucles perfectos decía, más Colin no tenía ni la más mínima idea de lo que estaba diciendo, pues su mente y cada uno de sus sentidos estaban puestos en la dama de cofia negra ubicada en el otro lado de la mesa.

No podía dejar de seguir cada uno de sus movimientos, ni de sonreír al percatarse de cómo disfrutaba del postre con entusiasmo. Parecía una niña frente a una tienda de golosinas, una criatura inocente que... ¡Demonios!

La manera en la que se relamía los labios, quitando el resto de pastel, no era nada cándida, sino tan ardiente que su entrepierna despertó como un oso tras un largo invierno.

—¿Qué cree de eso, lord Vander? —inquirió la señorita Gibson, haciéndole sobresaltar, recordándole su presencia.

Maldiciendo por dentro, Colin lanzó una carcajada y dijo lo primero que le vino a la mente:

—No esperaba menos de una dama tan exquisitamente bella como usted, querida —La elogió, y al ver el sonrojo y el brillo complacido aparecer en los ojos verdes de la muchacha, suspiró aliviado, y automáticamente sus ojos se dirigieron a la hermana de su cuñada.

Su ceño se frunció al verle conversar entretenidamente con Grayson, sentado a la derecha de la joven, y cuando ella esbozó una pequeña sonrisa, un gruñido salió de su interior. Contrariado, abrió la boca para interrumpir a la pareja cuando Mcfire, sentado al frente de lady Abby, carraspeó y alzó sus cejas socarrón. De inmediato cerró la boca, borró su ceño, y se obligó a volverse hacia su acompañante.

¿Qué rayos le estaba sucediendo? A él no le importaba con quien hablaba esa mocosa impertinente... Si hasta parecía un esperpento con ese horrible vestido gris oscuro. Ni siquiera esa sonrisa lograba mejorar su feo aspecto, nada podía distraer la atención de esas horripilantes gafas y del horroroso trapo que cubría su cabello. Ni siquiera esa sonrisa, que parecía iluminar su semblante y que... ¡maldición!

¿Por qué nunca le había sonreído así a él?

CAPÍTULO XI

«Con una mirada, derribaste mis defensas.
Con una palabra, venciste mi resistencia.
Y con un beso, conquistaste mi corazón...».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

A la mañana siguiente, Colin descendió por la escalera principal dando tumbos.

La noche anterior había resultado ser un fiasco, ya que se había visto obligado a entretener a la señorita Gibson cuando sus amigos decidieron ignorarle y pasar el tiempo junto al grupo de floreros. Y por ello, se había retirado a dormir con un humor de perros y una mirada de odio hacia el dispar grupo, que jugaba a las cartas y reía divertido.

Malditos traidores...

Afortunadamente el sol había salido, y con él regresó su buen ánimo; si existía un día que él amara, ese era el veinticinco de diciembre, el día de Navidad.

Le gustaba ver la casa decorada, el aroma de la comida que solo se servía en esa época estival, y toda la alegría que se percibía en el ambiente; pero sobretodo, le emocionaba recibir su presente navideño.

Con gozo, entró en el salón principal y se dirigió a la chimenea, donde había dejado su calcetín preparado. La tradición marcaba que en Nochebuena los niños colgasen sus calcetines en la chimenea o a los pies de su cama para que el «Padre de la Navidad» los llenara.

Ansioso, rebuscó en el único calcetín que se hallaba colgado, y frunció su ceño al percatarse de que estaba vacío.

Decepcionado, arrancó el calcetín y entonces escuchó un coro de carcajadas a su espalda. Gruñendo giró, y se encontró con su hermano y sus amigos detenidos en el umbral, burlándose a su costa.

—Después de ser testigo de esto, no volveré a dudar de tu palabra, amigo

—se mofó Maxwell, señalando hacia él con un ademán.

—Así es, desde ahora doy fe de que definitivamente eres el mayor —se carcajeó Alexander palmeando la espalda de su mellizo, que tuvo que aferrarse a la puerta para no caer de bruces.

—Les dije que el muy niño estaría aquí, buscando su presente navideño —rió Marcus negando con la cabeza—. Eres un imbécil, Colin, ¿en serio esperabas recibir un regalo? ¡Tienes treinta años, por Dios! —su cuerpo se sacudía a causa de las carcajadas.

Ofuscado, Colin le dirigió una mirada furiosa y guardó su calcetín en el bolsillo de su casaca, pero antes de poder decir algo, un carraspeo interrumpió las burlas de su hermano.

—Marcus Benjamin Bennet —tronó la voz de Anel, haciendo sobresaltar a su mellizo, cortándole la risa—, ¿qué es eso de estar molestando a tu hermano? —continuó abriéndose paso en la estancia, y después de recibir la inclinación de cabeza de sus amigos, quienes se mostraron avergonzados, se plantó ante Marcus y le miró con severidad—. Vamos, entrégame el regalo de tu hermano —exigió estirando su mano con la palma hacia arriba.

Con una sonrisa triunfal, Colin se acercó para recibir el presente que había esperado. Sabía que su santa madre no le fallaría, para Anel, ellos eran sus niños.

—Ese no —negó la marquesa al ver el paquete verde que Marcus sacó de su bolsillo—, ese es el tuyo, cariño. Dame el de Colito —aclaró su madre, y la carcajada que Colin soltó al ver el rubor teñir las mejillas del conde al oír que el muy tramposo también había recibido un presente, se convirtió en un gruñido molesto, pues el uso de ese apodo ocasionó que, ahora sí, sus dos amigos estallasen en risas.

Finalmente Colin recibió el paquete envuelto en papel azul y el grupo siguió a la marquesa hacia el comedor diurno, unos con expresión hilarante y otros con gestos contrariados.

Abigail y el resto de las damas jóvenes habían desayunado en el salón de la condesa, que era donde Clara pasaba gran parte de su día. Afortunadamente, no tuvieron que soportar la presencia de la hermana de su madrastra, y pudieron disfrutar y conversar a gusto.

Hacia el mediodía se sirvió en el comedor principal un almuerzo ligero, puesto que en unas horas se serviría la cena de Navidad.

Hasta el momento, a ella le había resultado fácil evadir al rubio conde, ya que Meredith se encargaba de acaparar su compañía todo lo que podía, y ella se sumergió en una interesante conversación con el conde de Luxe, aunque pronto se escabulló de la misma, debido a que no soportaba ver la mirada triste de Mary Anne, ni las curiosas de Clara y Brianna. Pero, sobre todo, no toleraba las miradas de fastidio que Vander les lanzaba, seguramente molesto porque su amigo dedicara su atención a una florero como ella.

Por la tarde su hermana les sugirió retirarse a descansar y prepararse para la celebración. Abby se recostó en su cama y dormitó hasta que su doncella llegó para prepararla.

La imagen que le devolvía el espejo era la habitual, a excepción de que en esta ocasión llevaba una cofia color perla con algunas perlas colgando de la red, la cual hacía juego con su vestido muselina color claro, la única concesión que haría en su atuendo, por ser una fecha especial y para no escuchar las quejas de su madrastra.

Aunque a Abby la temporada navideña no era la que más le gustaba. De hecho, le traía tristes y amargos recuerdos, debido a que durante la semana de advenimiento, que era los días previos a la Navidad, cuando su madre había enfermado y posteriormente muerto por la fiebre.

No obstante, debía amortizar esos grises sentimientos y poner buena cara. Y no solo para no entristecer a su padre, que aunque casado, conservaba vivo el recuerdo de su amada Susan, sino también por Clara, que se veía muy ilusionada con su primera fiesta como anfitriona y condesa.

Sí, debía apoyar a su hermana. Y tal vez así, lograría olvidar que ya no recordaba cuándo ella se había emocionado por algo por última vez.

A las seis de la tarde, todos los invitados se reunieron en el salón de banquetes, donde se llevaría a cabo la velada. En las puertas, chimeneas y mesas se habían colocado coronas navideñas. Estas estaban hechas de plantas que mantenían su color verde durante todo el año, como pino, acebo y hiedra. El color verde de las hojas durante el invierno simbolizaba la eternidad de la vida, y era algo bonito de ver y llenaba de luz y vitalidad el ambiente.

Bajo los umbrales se habían colgado ramitas de muérdago, como en cada Navidad inglesa, y sus amigas bromeaban sobre ello, diciendo que quizás esa noche podrían recibir un beso bajo alguno de ellos. Ella solo gruñó una negativa como respuesta a la pregunta de Mary Anne, sobre si ella se dejaría guiar bajo alguna ramita.

Colin entró en el salón llevando del brazo a sus tías, y de inmediato sus ojos captaron una imagen distinta.

Lady Esperpento, que bebía con parsimonia una copa rodeada de sus amigas, se veía... diferente.

Guiando a las ancianas hacia donde yacían sentadas lady Helena Thompson, luciendo un enorme y horrendo sombrero color púrpura; y lady Campton, la ceñuda carabina de lady Russell, Colin se fijó en que la pequeña Thompson lucía por primera vez un vestido de un color que no era marrón o gris. Y a pesar de que seguía llevando ese trapo en la cabeza y sus horribles gafas, era bastante elegante, el cambio le favorecía.

Su piel blanca no parecía tan pálida, sino que brillaba con una luz dorada, y por más loco que pareciera, se encontró deseando poder ver su cabello libre de esa tela, cubriendo su delgada espalda.

—Muchacho, presta atención o terminarás estrellado dentro de esa maceta —señaló lady Helena, provocando que él se detuviera y apartara abochornado la vista de la rubia, justo para evitar llevarse por delante la planta decorada con velas.

—¿Alcahueta? Pero, ¡cómo se atreve! Mi hermana y yo somos damas respetables, lady Helena. La que ayudaba a escabullirse a su desvergonzada hermana en los bailes era usted, lo recuerdo muy bien —reprochó con postura rígida su enjuta tía.

—Dijo maceta Ninnet, ¡no alcahueta! ¡Maceta! —la corrigió espantada la anciana regordeta—. Por favor, lady Thompson, dispense a mi hermana, sus oídos ya no son los mismos —Se apresuró a disculparse, acercándose a la mujer mayor, que solo las miraba con una mueca de molestia—. Y permítame decirle que su mascota es adorable, qué digo adorable, ¡encantadora! —

apuntó, señalando la cabeza.

Colin y las demás damas jadearon horrorizados al oír el craso error que su tía acababa de cometer, y antes de que la risa escapara a borbotones de su garganta, él se apresuró a soltar a las ancianas y huir, mientras oía a Ninnet murmurar, no lo suficientemente bajo:

—Ese adefesio no es un pájaro, Annet, ¡es un sombrero, mujer!

Después de que los concurrentes se saludaran con cordialidad, Clara les invitó a ocupar la larga mesa, adornada con candelabros y flores.

Como en toda cena formal, cada uno fue ubicado por orden de rango, sentando a un caballero junto a una dama, y así sucesivamente, tal como dictaba el protocolo.

En aquella ocasión, Abigail tuvo que soportar la presencia de Vander sentado a su izquierda, y del otro lado la de su padre.

El caballero iba vestido con un saco verde oscuro y un chaleco del mismo color, cubierto de arabescos dorados y botones de piedras preciosas. Su pañuelo de seda dorada combinaba a la perfección con su sedosa y rubia cabellera peinada de costado.

¿Por qué la perfección exterior venía acompañada de tan detestable contenido interior? La vida apestaba.

Contrariada, miró con rencor a su hermana, quien estaba muy entretenida conversando con su suegra y con su querida abuela.

La cena navideña se inició, mientras ella intentaba ignorar al conde, que estaba haciendo lo mismo. Más aún, desde que habían llegado a la mansión habían logrado mantener la distancia e intercambiar poco más que saludos y reverencias.

El plato tradicional de Navidad que se sirvió consistía en pavo asado, junto a una serie de acompañamientos, siendo el relleno del mismo uno de los principales. Además de las salsas especialmente preparadas, los rollos de tocino, papas horneadas, y por supuesto, bruselas, zanahorias y arvejas.

Colin no estaba disfrutando de la comida, la presencia de lady Abigail, y la fragante manera en la que lo estaba ignorando, le producían un nudo de irritación en el centro del estómago, quitándole el apetito.

Realmente no sabía el motivo, pero le enervaba enormemente que la florero pasara de él con tanto descaro, mientras que una dama tan hermosa como la señorita Gibson no dejaba de lanzarle miradas coquetas desde el otro extremo de la mesa.

De reojo, pudo ver que lady Abigail se llevaba un pedazo de pavo a la boca, y decidido a demostrarle que él era una compañía agradable y así lograr que ella reconociera lo atractivo que el «Ángel Negro» era, buscó en su mente algo para dar pie a una agradable conversación.

—Para ser tan delgada, come usted como un marinero —dijo de pronto lord Vander, y Abby se paralizó en el acto de ensartar un trozo de tocino y se volvió a mirarlo, irritada.

—¿Perdone? —preguntó indignada, sus ojos se encontraron un momento y ella pudo percibir un rastro de culpabilidad en los suyos, pero las palabras de disculpa no llegaron, y una mueca de sorna ocupó ese lugar—. Pues para ser un caballero, se comporta usted como un cerdo —prosiguió ella, y apartó el pedazo de tocino con una mueca asqueada—. Lástima que, a diferencia de sus parientes, usted está allí sentado, y no sobre la mesa —Observó con satisfacción cómo el rostro del hombre se contraía en una mueca de enojo.

Colin borró su sonrisa ante aquel velado insulto, pero antes de poder responder, los lacayos entraron en el salón para servir el postre especial, el budín de Navidad, al cual se le prendía fuego para que iluminase la mesa familiar. El plato se preparaba con frutas secas, pan, huevos, especias, leche y brandy, y se acompañaba con una exquisita salsa de vainilla y huevo.

Terminada la cena se trasladaron al salón de música, donde las damas fueron requeridas para amenizar el resto de la celebración.

De inmediato Meredith Gibson aceptó entonar una canción navideña, acompañada por sir Richard Fergusson quien, según la señorita Colleman, tocaba maravillosamente bien la flauta, y de hecho así era, aunque el delgado

rostro del futuro barón estaba tan rojo como su pelo.

Abby, que había escuchado cantar a Meredith en varias ocasiones, se alejó del grupo, pues de seguro su hermana insistiría en hacerle tocar el piano, y no estaba de ánimo.

Su padre, el suegro de Clara, y el resto de los mayores, se habían instalado del otro lado de la estancia, y estaban enfrascados en un juego de mesa, por lo que resultó fácil escabullirse a un rincón en donde un conjunto de plantas permitían huir de las miradas del resto.

Fuera, la fría noche estaba iluminada por una recia luna y un centenar de estrellas, y ella se entretuvo contando todas las que alcanzaba a visualizar.

—¿Sabía que, entre los romanos, esta planta era un símbolo de paz? —habló una voz de barítono a su espalda.

Ella se tensó y quitó la mano de la ventana, volteando con lentitud y enfrentando al dueño de esa voz que jamás confundiría.

Él estaba parado a poca distancia, y sus ojos la miraban de una extraña y perturbadora manera. Le observó acercarse en silencio, y cuando estuvo muy cerca, mucho más de lo que las reglas sociales consideraban adecuado, él tomó su barbilla y la elevó hasta que Abby vio el ramo de muérdago colgando justo sobre su cabeza.

Un escalofrío recorrió su espalda, y casi sin aliento posó sus ojos en los del conde.

—Se decía que cuando los enemigos se encontraban debajo de un muérdago, dejaban de lado las armas y declaraban la tregua —prosiguió lord Vander, rozando con su aliento cálido sus labios, clavando sus pupilas ahora oscuras en su boca y encontrando de nuevo sus ojos—: ¿Qué dice, milady?, ¿hacemos una tregua? Porque debo confesar que estoy cansado de combatir contra usted. Y aunque odie admitirlo, he de reconocer, que sin usted pretenderlo ha vencido cada una de mis resistencias. Sin proponérselo me ha convertido en esclavo de mis deseos, de mi deseo por usted. Me ha transformado en un ser tan desesperado, uno que está dispuesto a reconocerse vencido y declarar que es usted la vencedora, la única conquistadora —murmuró con voz ronca—. Entonces, ¿firmamos la paz? —terminó él, dejando a Abby total y completamente aturdida.

Una sonrisa lenta y traviesa apareció en su cara, y antes de que Abby pudiese recuperar la entereza y el habla, susurró—: Tomaré eso como un sí.

Y a continuación, selló esas palabras abordando sus labios con los suyos en un abrasador y posesivo beso.

CAPÍTULO XII

«Quisiera ser quien seque tus lágrimas.
Quisiera ser quien inspire tus sonrisas.
Quisiera ser quien despierte tus deseos.
Quisiera ser tu eternidad, que nunca me olvides,
Tu más allá,
Tú por siempre jamás».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

Pocas veces en la vida de una persona sucede un hecho significativo. Un momento trascendental y determinante que supone un antes y un después en el destino de un individuo. Y ese instante esclarecedor, casi místico, llegó para Colin en el momento en el que abordó los labios de lady Abigail.

Para ser sincero, no tenía idea de por qué la estaba besando, ni de cómo su emoción debilitó a tal punto su razón de manera que su voluntad había terminado rendida ante la pasión.

Pero así era, y no podía parar, ni detenerse, ni siquiera refrenar la manera desenfrenada en la que estaba bebiendo de la boca de esa mujer. Mucho menos pudo intentar detenerse cuando la joven se rindió y comenzó a responder cada uno de los embistes de su lengua, y su cuerpo se dobló ante la presión de sus brazos que la apretaban contra él.

Sin descanso, tomó sus labios una y otra vez, absorbiendo los jadeos que ella emitía y sintiendo su temblor repercutiendo en su pecho, en su corazón. Su entrega le enloquecía de tal forma, que todo su ser vibraba anhelante, deseoso, hambriento. Tan desesperadamente, que una alarma se despertó en su interior, y el temor de sentirse dominado, rendido y vulnerable, enfrió su cuerpo brutalmente.

El sonido de voces, risas y música regresó a sus oídos cuando separó sus bocas bruscamente y se apartó de la dama con precipitación.

Ambos se miraron, jadeantes y acalorados. Ella se tambaleó un poco y

retrocedió hasta apoyarse en la ventana, reacomodando sus gafas.

Acababa de cometer la mayor locura de su vida, besar a una joven soltera en medio de un salón, con todos sus parientes reunidos al otro lado de unas plantas.

Estaba perdido, absolutamente desquiciado. No entendía por qué, pero sentirse ignorado, rechazado por aquella mujer, y después verla preferir la compañía de su amigo, le había alterado y eliminado todo el rechazo y la irritación que ella le provocaba, dejando en su lugar una irracional ansia y sentimiento de posesión.

La dama que tenía en frente ya no le parecía detestable y molesta, todo lo contrario. Era, por mucho, la primera mujer en despertar ese cúmulo de sensaciones y en traspasar su infranqueable muro de desinterés y hastío con el que solía tratar a las mujeres.

Ella era diferente. Y tal vez la correcta.

Una vez que esa idea colisionó en su mente, llegó una sensación de seguridad y certeza, que disipó sus dudas y sus reticencias.

—Abigail... —murmuró acercándose un paso, pero ella le detuvo con su mano y un gesto colérico.

—Le dije... —interrumpió con tono mordaz—. Le advertí que no volviera a hacerlo. ¿Qué pretende abordándome así? ¿A qué está jugando? ¿Pretende burlarse de mí? —espetó con los dientes apretados. Él negó con la cabeza, pero ella continuó siseando con furia—. Usted no me agrada, y no me interesa probar su juego de seducción. Yo no soy esa clase de mujer, y no quiero serlo. No le he dado ese poder sobre mí, y no sé con qué derecho se atreve usted a tocarme. Se lo advierto, no vuelva a acercarse a mí o...

—Usted no me advierte nada —le cortó Colin, abalanzándose sobre ella, que enmudeció y se estremeció alterada por su cercanía y por la fuerza con la que la arrinconó—. La besaré todas las veces que quiera, cómo quiera y dónde quiera. Y lo haré con el derecho que me concede ser su dueño —gruñó remarcando cada palabra.

—Pero, ¿qué... qué está diciendo? —balbuceó.

—Lo que oíste, cariño —afirmó, sonriendo lentamente al ver su aturdimiento y sus ojos abiertos como platos—. Te casarás conmigo, serás mi

esposa —declaró con rotunda seguridad.

Abby contuvo el aliento y le miró anonadada. No era cierto, no podía haber dicho lo que acababa de oír.

—¿Dónde está? —interrogó con los ojos entrecerrados ella.

La sonrisa del conde desapareció y la miró confundido.

—¿Dónde está el qué? —preguntó apartándose y permitiéndole separarse de la pared.

—El chichón —aclaró Abby, señalando con su mano la cabeza rubia del hombre, que abrió la boca y frunció el ceño—. Debe ser grande, y el golpe bastante fuerte, para que esté diciendo semejantes tonterías. Eso, o es usted más estúpido de lo que pensé. ¿Es eso posible? —siguió ella, negando con pesar, y antes de que él pudiese objetar aquello, le rodeó, diciendo—: Tomaré eso cómo un sí. Aceptó la tregua, milord, no es rival para mí. Soy una florero demasiado fea, como para caer en la tentación de un libertino demasiado engreído —sentenció, alejándose del incrédulo conde, y sin voltear, agregó—: ¡Feliz Navidad!

Una florero. Una solterona. Un esperpento...Y la única mujer que deseaba, le había rechazado. Ella no le había creído, pensó que él estaba jugando, que intentaba engañarla. No era así, no.

Ciertamente, había seguido a la joven para fastidiarla y hacerle pagar el insulto de la cena. No obstante, al verla solitaria y abstraída, mirando el cielo nocturno con una expresión melancólica y abatida, algo se removió en su pecho y un impulso de consolarla, de contenerla, de sostenerla, de ser quien le hiciera olvidar y ser el causante de sus sonrisas, se apoderó de él.

Y la besó.

Y fue entonces que ella se transformó ante sus ojos y de pronto lo vio todo claro.

Él debía casarse pronto. Ella estaba por convertirse en una solterona. Él necesitaba una esposa. Ella necesitaba una opción.

Debían casarse.

—¿Bebiendo a esta hora? —dijo una voz a su espalda.

—A falta de otros placeres —respondió con desgana, bebiendo otro sorbo de coñac, sin moverse de su posición sobre el sillón junto a la chimenea del despacho de Marcus.

—¿Y por eso asaltas mi aparador? —reprochó su hermano, sirviéndose un vaso y sentándose frente a él.

Colin encogió un hombro como respuesta, y siguió observando las llamas devorando la madera.

Marcus elevó ambas cejas ante la extraña actitud de su hermano, que además de callado, parecía taciturno y desorientado.

Estaba al tanto del ultimátum que su padre le había dado, y pensó que tal vez a eso se debía su aspecto acongojado.

—No es tan malo, ¿sabes? —aseguró atrayendo la atención de Colin, que le miró con gesto interrogante—. El matrimonio, no es tan malo como supones —aclaró, observando la mueca incómoda que su hermano esbozó, pero decidido a darle un consejo, se reclinó en el asiento y desvió la vista sobre la cabeza de su mellizo—. Aunque no lo creas, estar casado con la mujer correcta, es... maravilloso, pero estar unido a una inadecuada puede ser una pesadilla. Sé que no deseas verte atado a ninguna mujer, pero si te permites conocer a alguien que te haga querer hacerlo, que te enloquezca a tal punto que te encuentres ideando la manera de cerrar la cadena y perder la llave, entonces sabrás que nunca perdiste tu libertad, solo aprendiste a volar más alto, más cerca del sol —terminó Marcus con solemnidad.

Colin no emitió palabra, y sin querer avasallarle respetó su silencio. Hasta que un ruido rompió la quietud del lugar.

—Rrrr... —salió de la boca abierta de su hermano, que roncaba despatarrado en su silla.

—Eres un idiota, Colin —bufó Marcus, poniéndose de pie, y después de tomar una manta doblada que tenía sobre un diván y tapar a su mellizo, le quitó el vaso que los dedos sostenían, y depositando un beso en la frente del rubio susurró:

—Pero igual te quiero.

El día después de Navidad se conocía tradicionalmente como «El día de las cajas», debido a que se abrían las cajas de limosnas en las iglesias y se distribuía el dinero a los pobres, mientras que los sirvientes recibían regalos y cajas de sus empleadores.

Cuando Abby bajó a desayunar, se encontró a su hermana y a su cuñado terminando de entregar los presentes a la larga fila de criados, algo que ella agradeció, pues no deseaba que Clara se percatase de las ojeras que lucía la piel debajo de sus ojos, producto de la noche fatal que había pasado.

Prácticamente no había pegado ojo rememorando lo sucedido con el conde. Solo de recordarlo sentía el enojo renacer. Y no solo con ese granuja, que una vez más se había burlado de ella, sino consigo misma por darle la oportunidad de hacerlo. Por ser tan ingenua, tan débil, tan pusilánime.

—¡Abby! Madrugaste, qué novedad —le saludó Clara, acercándose sorprendida hacia la rubia, que raramente estaba en pie tan temprano.

— Buenos días. Sí, no podía seguir durmiendo —se excusó Abby, esquivando la mirada inquisitiva que Clara le lanzaba.

—Pues me siento afortunado, dos bellezas me harán compañía —exclamó guiñando un ojo su cuñado, y procedió a ofrecerle un brazo a cada una para encaminarse hacia el comedor.

Solo habían dado unos pasos cuando la aldaba de la puerta principal sonó. El mayordomo abrió, y la figura delgada y alta de un caballero apareció en el umbral.

Clara y Abby intercambiaron una mirada de asombro, y a continuación, sus rostros se iluminaron y al unísono exclamaron:

—¡Henry!

El elegante caballero traspasó la entrada, se quitó el sombrero y abriendo los brazos, respondió:

—¡Ven aquí, pequeña! —Y rió al sentir el cuerpo de Abby estrellarse contra el suyo en un abrazo emocionado.

Colin escuchó voces en el vestíbulo, y a duras penas logró abrir los ojos. El cuello le dolía y tenía la cara mojada con saliva. Gruñendo, se levantó del sillón, y sonrió al ver la manta con la que de seguro su hermano le había cubierto. A paso lento, salió del despacho justo a tiempo para oír el grito que emitieron las hermanas Thompson.

¿Henry?

¿Y ese mequetrefe quién era?

Hombre muerto, ¡eso sería, si seguía tocando a su mujer!

CAPÍTULO XIII

«En mi pecho, tu calor.

En mi mente, tu recuerdo.

En mi memoria, tu rostro.

En mi cuerpo, tu piel.

Y en mi corazón, se repite, tú, mía, siempre mía».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

—Henry, ¿cuándo regresaste? —preguntó Clara al tiempo que se acercaba para saludar al joven cuando Abby se apartó.

—En la madrugada ha anclado el barco, he pasado por la casa de la ciudad, y descomunal ha sido mi sorpresa al enterarme de que, no solo no estaban en casa, sino que mi querida Clara había contraído nupcias. Su mayordomo me dio su ubicación y aquí estoy, espero no importunar —explicó él, con su tono calmo y educado.

—¿Cómo crees? ¡Para nada! Ven, pasa adelante, quiero presentarte a mi esposo —siguió Clara, girando hacia Marcus, que observaba todo el intercambio con curiosidad, haciéndole un ademán para que se acercara—. Él es mi esposo, Marcus Bennet, conde de Lancaster, y él, querido, es la persona favorita de mi hermana, nuestro mejor amigo de la infancia y futuro marqués de Garden, sir Henry Wallace —anunció sonriendo, y ambos se estrecharon la mano.

Colin, que había aprovechado todo el desorden para escabullirse al piso superior, frunció más el ceño al oír la descripción que su cuñada había hecho del mequetrefe, y se enfureció al ver el efusivo asentimiento que la rubia hacía. Ahora recordaba al heredero del marqués, le había visto en un par de ocasiones en el club, y en unas cuantas fiestas. Pero Wallace no era para nada alguien con el que hubiese coincidido, pues mientras Colin pertenecía al círculo de jóvenes libertinos, el otro era del grupo de los eruditos, estudiosos y cultos. En otras palabras, un petimetre pretencioso, aburrido y soso, de los que él solía huir como a la peste. Con solo escucharle unos pocos minutos

disertar sobre antiguas civilizaciones y sus culturas, le entraba un sueño terrible, y no podían culparle. ¿Quién pierde el tiempo buscando entre viejos escombros y libros polvorientos si puede disfrutar de las mieles de carne y hueso de suave y tersa piel, es decir, mujeres hermosas? Solo seres como Henry Wallace, que carecían de apostura y encanto. Lo detestaba, y esperaba que se mantuviera alejado de lady Abigail, o le enterraría junto algún esqueleto decrepito él mismo.

—Henry, debes estar cansado. Un lacayo te acompañará a una habitación, y cuando quieras, te estaremos esperando en el salón de visitas —escuchó decir a su cuñada, y saliendo de su estupor, corrió como un poseso hacia su cuarto, antes de ser descubierto escuchando como una vieja chismosa.

Después de asearse, tiró del cordón para pedir un desayuno ligero, y para que su ayuda de cámara se presentara.

—Jones, buenos días —saludo a su enjuto y pálido criado, quien llevaba a su servicio desde que cumplió la mayoría de edad.

—Buenos días, milord, aquí le traigo lo que pidió —respondió el hombre, depositando la charola con panecillos y una taza de café, leche y huevos sobre la pequeña mesa que el cuarto tenía bajo un gran ventanal.

Colin asintió, y con solo sus calzoncillos largos puestos, se dispuso a desayunar. Quería vestirse y bajar rápido para poder estar cuando Wallace se reuniese con los demás.

—Dime, Jones, ¿te has enterado de la llegada del nuevo huésped? —soltó mientras daba buena cuenta de los huevos y el jamón.

—Oh, sí, milord, he conocido a su ayuda de cámara, y déjeme decirle que es muy elegante, para ser un sirviente, claro. Y por lo que me dijo, ha acompañado a su señor en sus viajes por el mundo y ha conocido decenas de idiomas y culturas. Y debería haber visto el traje que estaba preparando para su jefe, se lo pondrá ahora, es de una tela exquisita y evidentemente muy costosa. ¡Imagine! Y eso es solo para pasar el día, ya quiero ver cómo se engalanará para la cena. Será un placer ver a un caballero que está a la última moda —exclamó el criado con gesto maravillado, sin dejar de desplazarse por el lugar acomodando el desorden del conde.

Colin le miró irritado y soltó con un bufido su taza sobre el platillo. No daba crédito. Su ayuda de cámara, al que nada le entusiasmaba y rara vez

emitía más que un «Sí, señor, por supuesto, milord», parecía estar cautivado y eufórico con la llegada del detestable Wallace. Y no entendía qué le enloquecía tanto, él también era alguien elegante.

—¡Jones! Abre los baúles, hoy quiero ponerme el traje azul real —dijo de repente, poniéndose de pie y comenzando a abrir sus pertenencias, revolviendo acelerado en ellas, ignorando el gesto de incredulidad de su ayuda de cámara.

Abby estaba feliz, volvía a ver a su querido Henry. No había esperado aquella sorpresa, su ánimo había mejorado con solo ver a ese hombre. Henry era el hijo de una sobrina nieta de su padre, era pariente, pero prácticamente no les unían lazos sanguíneos. Siendo niños, y como él sería el heredero del título de la familia, había pasado largas temporadas en su casa. Henry había sido su compañero de juegos y aventuras, y siendo solo cuatro años mayor que ella, cuando se acercaron a la juventud, él empezó a pretenderla y colmarla de atenciones a las que ella no había sabido corresponder. Después, él se había marchado a estudiar y a conocer el mundo y ellas se quedaron para ser presentadas en sociedad. Y seis años después, Henry había regresado, y para quedarse, por lo que parecía.

Él se veía distinto, claro que el tiempo transformaba a todos, ya no era el joven desgarbado con manchas y bultos en la cara. Ahora era un hombre alto, delgado, con su cabello rubio oscuro cortado a la perfección y su nariz prominente. No era alguien apuesto, pero el brillo inteligente de sus ojos avellanas y su elegancia al vestir, le hacían parecer alguien agradable.

Una vez que el matrimonio y ella terminaron de desayunar, se dirigieron al salón de vistas, donde Henry ya les estaba esperando. Él se levantó al verles entrar, y tomando de la mano a Abby, ambos se sentaron en un largo sofá, quedando frente a los sofás individuales Clara y Marcus.

—Y dime, Henry, ¿piensas quedarte en Londres? —preguntó Clara a la expectativa.

—Así es. Creo que he viajado lo suficiente. Es momento de establecerme definitivamente en mi ciudad y comenzar a asumir mis responsabilidades como heredero. Además, he regresado con el deseo de poder encontrar a una

encantadora dama y contraer matrimonio —contestó, sonriendo y mirando con intención a Abby, que no pudo evitar ruborizarse. Siguió—: Aunque estoy seguro de que ya he encontrado a esa dama especial.

Clara abrió la boca para responder, cuando una potente y algo extraña carcajada la interrumpió, llamando la atención de todos hacia la puerta abierta del salón. Parado en una pose de dandi, estaba lord Vander, sosteniendo un papel rosado entre sus dedos.

Al verlo, la mandíbula de Abby cayó abierta al igual que la de Clara; por su parte, lord Marcus abrió los ojos como platos y miró alucinado a su mellizo.

—¡Oh! Por favor, disculpen mi interrupción. Acabo de recibir una carta demasiado efusiva de una hermosa admiradora, y no pude contener mi hilaridad al leer sus ocurrentes palabras —se excusó en tono pomposo, adentrándose en la habitación a paso lento.

Abby le miró estupefacta. Llevaba puesto un atuendo estrafalario y brillante, que en él, que solía vestirse de manera clásica, se veía ridículo. Una casaca y calzas ajustadas color azul real, con ribetes plateados, camisa blanca con puños con puntillas de seda, y un enorme pañuelo plateado. Los botones eran de diamantes, al igual que los gemelos y la punta de sus zapatos alargados y con tacón. Parecía un dandi ciudadano y refinado.

—Buenos días, lord Colin, puede tomar asiento —balbuceó su hermana, todavía impresionada.

El conde asintió y se detuvo frente a Henry, pasando de largo el asiento que quedaba libre junto a Marcus. Su primo le miró con una ceja alzada y expresión confundida.

—Lo siento, señor, pero está ocupando mi lugar —anunció con tono cantarín.

—¿Disculpe? Lord...

—Lord Colin Bedit III Bennet, sexto conde de Vander y futuro marqués de Windsor —se presentó con altivez el rubio, haciendo oídos sordos al murmullo que emitió Marcus, que dijo «¿tercero?».

—Un gusto, milord, soy sir Henry Wallace —correspondió el otro, inclinando su cabeza.

—Colin, puedes sentarte aquí —intervino Marcus, mirando con intensidad a su mellizo, y señalando un diván que estaba junto a él.

—Lo siento, hermano, pero mi religión no me permite sentarme de espalda a una ventana, así que, comprenderá que siendo este el único lugar disponible... —insinuó encogiendo un hombro el conde.

—¿Religión? Pero, ¿de qué demoni...? —exclamó su cuñado anonadado, pero Clara le detuvo con un disimulado apretón en su brazo.

—Claro, por... por supuesto, discúlpeme, milord —tartamudeando, Henry se apresuró a levantarse y ocupar el diván.

Clara le hizo un comentario a Henry, y Abby aprovechó para mirar con ira al intruso de Vander.

—¿Qué está haciendo? —siseó con furia.

—Eso debería preguntarle yo, milady. ¿Qué hacías abrazando a ese mequetrefe, y sentada tan cerca de él? —susurró el conde; sus ojos celestes relampagueando de enojo.

—Eso a usted no le incumbe, milord, no sea entrometido y termine con lo que sea que pretende —espetó entre dientes, fingiendo una sonrisa cuando Henry miró en su dirección.

—¿Ah, sí? Pues me incumbe, y mucho. Ya le dije que usted será mi esposa, y no tolero que este intruso se le acerque de ninguna manera —advirtió tenso, observándola de reojo.

—Pero, ¿qué está diciendo? Se ha vuelto loco de remate. Usted y yo no nos casaremos, y Henry no es un intruso, es un excelente amigo y alguien muy querido en la familia. Ahora, por favor, invente alguna excusa y piérdase por ahí —exclamó conteniendo su impaciencia.

—No me iré a ningún sitio, y espero que vaya haciéndose a la idea de que es mía, y rápido, o me veré obligado a tomar medidas drásticas —aseguró con la mandíbula contraída, volviéndose hacia ella completamente.

—¡Ha perdido la cabeza! Yo no soy suya, ¡márchese ahora mismo! —ordenó furibunda enfrentándole, olvidando la presencia de los demás.

—Sí lo es, es mía, lo quiera o no, y se lo voy a demostrar —la desafió el conde clavando en ella sus pupilas celestes, con una mirada tan posesiva que un escalofrío recorrió a la muchacha.

—Abby... eh... nuestro primo dice que recientemente viajó a China... — intervino con nerviosismo Clara llamando a Henry como solían decirle, cortando el intercambio tenso y acalorado que la pareja estaba teniendo.

—Yo viajé a India —informó Colin, antes de que ella pudiese replicar.

—Qué interesante, milord, tuve la dicha de conocer esa exótica tierra. De hecho, he adquirido un campo allí, y tengo muchos campesinos trabajando en él y pienso comprar... —concordó Henry con entusiasmo, obteniendo la atención de todos.

—Yo compré un elefante —le cortó Vander, y los demás le miraron boquiabiertos—. Sí, un enorme y gigantesco elefante indio, y después... ¡compré una casa para que el animal viviese, sí! Y contraté muchos empleados para que lo atiendan, porque... ¡porque es un elefante sagrado! —dijo atropelladamente, sonriendo triunfal.

Entonces se desató una encarnizada batalla verbal entre los caballeros, que dejó alucinado al involuntario público que solo atinó a mirar de uno hacia otro alternativamente.

—He tenido el placer de entablar amistad con lord Byron, el gran poeta, y podido enseñar algunos poemas de mi autoría —dijo con orgullo Henry.

—William Shakespeare es un antepasado nuestro, ¿verdad, hermano? —alegó Colin, obviando la mueca de horror de su hermano.

—Recientemente he participado de un juego de ajedrez con el secretario de su majestad —dijo el primero.

—Jugué a las cartas con el rey el fin de semana pasado —se jactó el rubio.

—Tuve la dicha de conocer a la reina cuando mi hermana fue presentada en la corte —declaró, entrecerrando los ojos hacia el conde.

—La reina me invitó a bordar junto a su séquito real. —Devolvió Vander, correspondiendo con otra mirada desafiante.

—Lady Abigail, te encantará conocer al gato persa que adquirí cuando viajé a Persia, es un felino muy noble y majestuoso.

—Lady Abigail, le fascinará conocer el lagarto que adquirí en mis viajes por Arabia. Es un ejemplar muy noble, ni siquiera come carne, le doy migas de pan, y su mejor amigo es un pato.

—Aprendí a hablar a la perfección el mandarín.

—Sé decir «pelele» en chino.

Ante aquellas últimas palabras su cuñado finalmente estalló en carcajadas, ganándose una mirada de reproche de su hermana y una agradecida de ella, pues esa interrupción dio por terminada la refriega entre los nuevos rivales.

Abby decidió huir antes de que el conde se las arreglara para comenzar otra batalla, y haciendo una seña a su hermana, ambas abandonaron la sala.

Ahora sabía que la advertencia de Vander era real y no alguna broma macabra. Verdaderamente el conde quería comprometerla, y eso la asustó como nada.

Era hora de convocar a la Hermandad a una reunión de emergencia, debía ponerlas al tanto inmediatamente y pedirles ayuda para salir del aprieto. Tenía que encontrar la manera de disuadir al noble de aquel descabellado plan, o terminaría casada con el hombre más insoportable de Inglaterra.

CAPÍTULO XIV

«No sé quién eres, tal vez un ángel o un demonio.
No sé qué eres, quizás mi salvación o mi infierno.
No sé qué me haces, tal vez me elevas o me pierdes.
No sé quién soy, quizás un prisionero o un errante.
Solo sé que el sol ha vuelto a salir,
y la noche se ha disipado bajo la luz de tu mirada.
Solo sé que no existe otro lugar y que tu mano entre las mías es mi morada».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

Después del almuerzo, en el que todos los invitados habían estado presentes, y en el que además de disfrutar de un estofado delicioso y un pastel de arándanos, quedó en evidencia la rivalidad manifiesta entre lord Vander y Henry, el duque y lord Luxe, miraron extrañados a su amigo cada vez que este hacía algún comentario estrafalario, mientras que Marcus pareció estar reprimiendo la risa todo el rato.

Por parte de Henry, él se las había arreglado para quedar sentado a su lado, y durante la comida les entretuvo con anécdotas muy divertidas de sus viajes, las cuales eran acompañadas por los incesantes bufidos y murmullos del rubio.

Su padre estaba más que feliz de tener a Henry de regreso, y no había cesado de presumir las aptitudes de su heredero frente al suegro de Clara. Además, sir Richard, que ahora recordaba era muy amigo de Wallace, también recibió gustoso la presencia de su primo político, pues era obvio que al ser más joven y tímido que el grupo de libertinos, no encajaba muy bien.

Terminado el almuerzo, Clara las llevó hasta su sala de estar para poder poner al corriente a sus amigas de lo que estaba sucediendo, por el camino se cruzaron con el cuarteto de caballeros, su cuñado y su hermana de inmediato se acercaron y comenzaron un cuchicheo travieso. Fisherton se detuvo frente a una más que ruborizada Brianna, que parecía querer salir huyendo cuando el

gigante escocés le murmuró algo que ni Abby ni los demás alcanzaron a oír. El conde Luxe se limitó a mirar un elaborado cuadro que colgaba de la pared del vestíbulo, pero cuando Mary Anne, nerviosa e incómoda, retrocedió un poco rozando accidentalmente un florero que reposaba en una pequeña mesa, la mano de Grayson velozmente cogió el adorno evitando que este cayese al suelo. La castaña se sonrojó intensamente, y le agradeció con una sonrisa cálida, pues ese reflejo denotó que, aunque pareciese distante, estaba pendiente de los movimientos de la dama. Por unos segundos, él solo se quedó mirándola fijamente, y luego carraspeando, se volvió rígidamente hacia la pintura.

Abby esperaba tensa a que su hermana se dignase a continuar la marcha, y se esforzaba por ignorar la presencia de Vander, que estaba apoyado en una pared en una pose indolente. Podía sentir su mirada intensa sobre ella, y le enervaba que su piel se erizase bajo su escrutinio. Sabía que su aspecto era el usual, vestido marrón, cofia de igual color y sus gafas bien puestas, pero aún así, podía percibir cómo el conde la desnudaba con la vista.

Era un descarado, insolente, atrevido, pervertido, depravado, un sucio sapo rastrero.

Se negaba a mirar en la dirección del hombre, ni siquiera para dedicarle una mirada de reprobación y desprecio. Solo quería huir de allí de inmediato, pues con cada segundo que pasaba se sentía como una presa desesperada, huyendo de un lobo hambriento.

Cuando por fin Clara se alejó de su esposo y reanudó la procesión hacia su salón, ella se permitió desviar la vista hacia el rubio, y tal como pensó, él tenía una sardónica sonrisa instalada en su cara, y un brillo travieso e indecente en sus pupilas celestes. El conde se impulsó para separarse de la pared, y lo último que Abby vio antes de seguir a su hermana, fue el guiño provocador que este le dedicó.

Los grupos se separaron, las damas siguieron su camino y los caballeros se internaron en el despacho del conde.

—Muy bien, ¿ahora nos dirás qué está sucediendo y qué fue lo que discutían tan acaloradamente el conde y tú esta mañana? —espetó Clara una vez que se cerró la puerta de su sala y todas estuvieron sentadas.

—De acuerdo, ¿puedes decirnos por qué hiciste el ridículo en la mañana delante de mi esposa y su primo, y qué diablos le decías a mi cuñada? —inquirió Marcus ni bien estuvieron los cuatro acomodados frente a su escritorio con vasos en sus manos.

Y así inicio el implacable interrogatorio por parte del anonadado grupo de amigos.

—Deben ayudarme, ¡ese hombre se volvió completamente loco!

—Tienen que ayudarme, ¡esa mujer es más terca que una mula!

—¿Atraída por ese caído del catre? ¡Nada más alejado de la realidad!

—¿Conquistado por esa mujer exasperante? Nada puede estar más errado que eso.

—Solo necesito encontrar la manera de sacarme de encima a Vander. No pienso casarme con él, ni con nadie.

—Solo dede encontrar la manera de hacer a la joven mi esposa, se me acaba el tiempo y ella es la mejor opción.

Una hora después, Clara, Mary Anne y Brianna dejaron a una pensativa Abby para ir a atrincherarse a la biblioteca. Debían hallar la forma de hacer entrar en razón a la rubia. Ella solo les había contestado con evasivas y confesado entre bufidos que el conde de Vander, repentinamente, la había informado de que pretendía casarse con ella. Con respecto a lo sucedido en el salón de visitas tras la llegada de Henry, solo dijo que no tenía idea de qué demonio había poseído al conde. Ellas solo habían asentido, sin entender absolutamente nada; y con una cosa en claro, entre esos dos sucedía algo, y debían averiguar qué.

—De acuerdo. Está claro que Abby nos está ocultando bastantes cosas. Lo último que sabíamos era que ella y el conde no podían ni verse, y ahora de

repente el hombre quiere casarse con ella. ¿Así, de buenas a primeras? — exclamó incrédula Clara después de que cada una tomara asiento.

—No puedo creerlo. El conde es todo un bribón, todas lo sabemos. No entiendo cómo es que ahora quiere casarse, y sobre todo, por qué con nuestra amiga, a la que solo se ha dirigido para incordiar —dijo a su vez confundida Brianna.

—Tal vez... él se enamoró de Abby, y ha decidido que quiere proponerle matrimonio antes de que otro lo haga. Eso es muy romántico, ¿no creen? — suspiró Mary Anne, saltando en su asiento emocionada.

—Ciertamente, el comportamiento de mi cuñado ha mutado considerablemente. Tendrían que haberlo visto esta mañana, si no fuese algo tan improbable, aseguraría que estaba celoso de Henry, no saben la cantidad de cosas desquiciantes que dijo y como apareció acicalado —asintió Clara, comenzando a reír y a relatar lo sucedido a sus amigas que no pudieron refrenar la risa.

—Creo que es más que obvio, que el conde desea a nuestra amiga. Pero lo que deberíamos preguntarnos es: ¿Abby siente lo mismo? —inquirió elevando sus cejas Brianna.

—Yo nunca la vi tan alterada como hoy, parece que el interés por ella de Vander, la ha descolocado bastante. Tal vez eso quiera decir algo, ¿no? — observó dudosa Mary Anne.

Clara coincidió en que su hermana parecía estar muy desencajada, y eso era algo sumamente inusual en Abby, que rara vez se alteraba por algo o abandonaba su fachada imperturbable y fría. Pero, no se atrevía a asegurar que ella correspondiese el interés de su cuñado, le constaba que su hermana tenía una voluntad muy férrea y difícilmente cambiaría su objetivo de permanecer soltera.

Pensado aquello, abrió la boca para replicar, cuando el sonido de unas potentes carcajadas se lo impidió. Las tres intercambiaron miradas curiosas, al escuchar repetirse las risas. Las mismas provenían de muy cerca, precisamente del estudio de su esposo. Luego cesaron repentinamente, y se oyeron voces masculinas amortiguadas.

Mary Anne llamó su atención, y moviendo las cejas, cuando ellas negaron frenéticamente, se levanto de un saltó y haciéndoles un gesto travieso, se

acercó a la puerta que comunicaba la biblioteca con el despacho de Marcus y pegó su oreja a la madera. De inmediato sus ojos se abrieron y les llamó moviendo las manos con urgencia.

Clara y Briana se miraron dudando, y finalmente claudicaron y se instalaron junto a la castaña para escuchar la conversación que los hombres estaban teniendo y que podía ser la manera de entender lo que acontecía entre el conde y su hermana.

—Un momento, ¿estás diciendo que tu hermano se vistió como un dandi para intentar competir con el primo de tu mujer? —interrogo una voz, que parecía ser la del conde Luxe.

—No solo eso, se inventó cualquier cantidad de disparates como los que les conté recién —aseguró en tono risueño su esposo.

—Es decir, que Colito está celoso de ese afeminado, y a pesar de haberlo negado, bebe los vientos por la dama de la cofia —rió roncamente el duque de Fisherton.

—Creo que así es, de hecho, después de reírse a mi costa, él está más que loco por una mujer decente y en edad casadera —concordó Marcus.

—No me sorprende, desde el principio fue obvio que la dama lo desconcertaba y atraía a la vez. Está visto que cuando está cerca de ella su estupidez no hace más que agudizarse —comentó en tono pesaroso Luxe.

—Bueno, coincidimos en que a Vander lo tienen domado, pero la dama, ¿le corresponde? —pregunto guasón el escocés.

—No podría afirmarlo, esta mañana se veía muy contrariada. No obstante, mi hermano me dijo que la besó, y ella le respondió —les informó Marcus en tono cómplice.

Clara y las demás abrieron los ojos como platos al oír las palabras de su esposo.

—Así que el muy bastardo ya estuvo explorando esa tierra. Se lo tenía bien guardado —rió el duque.

—No es gracioso, no debería haberlo hecho. Lady Abby es una dama soltera, y semejante acción puede terminar arruinando la reputación de la dama —se quejó Luxe.

—Eso es cierto, aunque creo que eso serviría a los propósitos de Colin,

ya le oyeron, está decidido —comentó su marido.

—Eso es algo que todavía no entiendo de ustedes los ingleses. Con esas absurdas reglas, no hacen más que complicarse la existencia. Creo que cualquier hombre escocés, tendría más esposas que un sultán si le obligasen a casarse con cada mujer que hubiese besado. ¡Hombre, en mi tierra solo terminas casado si le quitas la virtud, no por unos cuantos besos robados! —exclamó Lord Fisherton en tono incrédulo.

—Pues no se te ocurra andar prodigando besos a las damitas de aquí, o te verás frente al vicario antes de poder parpadear —se mofó Marcus.

—La advertencia llega tarde, no solo Vander ha incursionado entre ese grupo. ¡Y que me aspen si renuncio a volver a beber de la boca de esa pelirroja! —gruñó el escocés.

Del otro lado de la puerta, Mary Anne y ella se volvieron a mirar estupefactas a Brianna, que se había puesto tan pálida que no quedaban rastros de sus pecas.

—Bueno, debemos pensar alguna estrategia. Colin debe casarse para obedecer el ultimátum que mi padre le dio, y no creo que cambie a la candidata, por más reacia que esta se ponga —seguía diciendo en el otro cuarto Marcus.

—Pues no me imagino quién puede ayudar con algo así, no creo que debamos entrometernos, pareceríamos como ese grupo de floreros metomentodo al que tu mujer pertenece. Me niego a participar en esto —alegó Luxe.

Ellas abrieron la boca indignadas, y justo cuando Clara decidió que ya habían escuchado suficiente y comenzaba a tirar del brazo de Brianna para alejarla de la puerta, esta tropezó con el ruedo de su vestido, empujando a Mary Anne, que tomada desprevenida se golpeó contra la puerta soltando un chillido, y acto seguido, las tres aterrizaron en el suelo alfombrado en un enredo de extremidades.

Entonces, para aumentar su humillación a niveles estratosféricos, la puerta se abrió, y aparecieron las caras alarmadas de los tres caballeros, que se quedaron pasmados al verlas desparramadas en el suelo.

—Vaya, ya no tendremos que buscar ayuda, Maxwell. Acabamos de

tropezar con un ratoncito curioso y sus acompañantes —dijo con una mueca divertida su insufrible esposo.

Colin se escondió detrás de una pared cuando vio aparecer a una doncella llevando sábanas entre sus brazos, y tras cerciorarse de que no había moros en la costa, reanudó la marcha. Cuando estuvo frente a la habitación que buscaba, puso con cuidado la mano en el picaporte, y rogando que la misma no tuviese llave, lo giró. El cuarto estaba a oscuras, pues la noche era oscura y la luna se perdía entre las nubes que acaparaban el cielo, pero las llamas de la chimenea le permitieron desplazarse por la estancia y ver la silueta que dormía plácidamente sobre una cama de dosel y cortinas color púrpura.

Ella estaba tapada hasta la barbilla, y solo destacaba un horroroso gorro de dormir blanco con puntillas de encaje que cubría su cabello. A pesar de eso, su cuerpo despertó al ver el movimiento suave que hacia su pecho al subir y bajar con cada respiración, haciendo que su excitación se disparase, seguramente instigado por el hecho de estar en ese lugar íntimo y privado.

Su mirada se desvió al rostro de la mujer, ella no tenía puestos esos feos lentes, y su cara estaba relajada por el sueño. Tanto, que parecía un ángel bellamente cincelado y perfecto, algo muy lejano a la imagen que ella solía proyectar.

Incapaz de contenerse, Colin se inclinó sobre la silueta durmiente y acercó sus labios a los de la joven, deseaba besarlos, anhelaba volver a sentir lo que solo esa boca le había hecho experimentar.

Embelesado y jadeante, descendió hacia sus labios, pero antes de poder rozarlos con los suyos, ella abrió los ojos y una mueca de impresión y terror se apoderó de su semblante. Su boca se abrió espantada, y sentándose de golpe, golpeó con su cabeza a Colin, que sintió un dolor agudo en la nariz y cayó hacia atrás, aterrizando sobre su trasero, al tiempo que soltaba un chillido nada masculino.

—¡Qué te sucede, mujer! —siseó poniéndose de pie, con una mano en su nariz, que sangraba levemente, y una mirada fulminante.

—¡Eso me pregunto yo! ¿Qué hace en mi cuarto, perverso? ¡Márchese ya

mismo o gritaré! —murmuró indignada, aferrando la sábana con ahínco.

—¡Está loca! Ni sé por qué me preocupo por usted —espetó molesto el hombre, dirigiéndose hacia la puerta, gruñendo y pareciendo en extremo frustrado.

Abby, que no esperaba esa reacción ni esa respuesta, le miró asombrada, abriendo y cerrando la boca.

—¿A qué vino, milord? —preguntó justo cuando el conde se disponía a abrir furioso la puerta del cuarto.

—No se presentó a la cena, y su hermana mencionó que estaba usted algo indispuesta —respondió tras unos segundos, cuando creyó que abandonaría el lugar furibundo.

Abby no supo qué decir. ¿Realmente él se había preocupado por su ausencia? ¿Y por qué esa idea hacía que su corazón se acelerara, y que sus mejillas se sonrojaran?

—Pero no se preocupe, ya veo que no está enferma ni algo parecido, así que mejor me voy de aquí. Buenas noches —siguió el conde ante su silencio, de espaldas a ella, girando la manija de la puerta.

—No estoy enferma, solo no me apetecía soportar la cháchara social esta noche —soltó sin pensar, ignorando el tono triste que se adivinaba en sus palabras.

Vander soltó la puerta, y emitiendo un suspiro, dio media vuelta enfrentándola. Desde esa distancia, y debido a la escasa iluminación, ella no pudo distinguir su expresión. Aunque pudo vislumbrar su silueta cruzando la estancia, y dejándose caer en el asiento junto a la ventana. Durante unos minutos él no dijo nada, y ella le miró desconcertada por su extraña actitud. No estaba diciendo alguna tontería, o insinuando alguna perversidad, como cabría esperar de él.

—La entiendo, a veces tener que ser amable y sonreír a todo el mundo puede resultar muy cansador —dijo el caballero, apoyando su cabeza en el cristal de la ventana a su espalda.

Y para estupor de la joven, por primera vez, el conde y ella conversaron sin improperios, discusiones o acusaciones. Una verdadera tregua se instaló entre ellos, y surgió la camaradería y la empatía. Se rieron de lo ridículas que

eran muchas veces las convenciones sociales, hablaron sobre cómo imaginaban que hubiesen sido sus vidas si, en lugar de ser quienes eran, hubiesen nacido en otro estrato social, o en alguna tierra muy lejana.

Tan sumergidos estaban en las confesiones del otro, que sin percatarse el tiempo transcurrió y la luz del amanecer inundó la habitación y les encontró completamente dormidos. Colin sentado en el suelo alfombrado junto a su cama, y ella recostada de lado con su mano entre las del hombre, que cerrando sus dedos, parecía no querer soltarla jamás.

CAPÍTULO XV

«Te siento vibrando en mi pecho en cada respiración.
Te veo despertando mi alma, como cada amanecer a un cielo azul.
Te percibo flotando a mi alrededor, en cada recuerdo.
Te adivino bailando en mi corazón, como un romero se mece en la brisa.
Te necesito tomando mi mano en cada noche solitaria.
Te quiero, como el mar enamora a la arena.
Así, salvaje, poderosa, es mi devoción.
Así, fuerte, interminable, es mi amor».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

El resplandor de la luz matinal se coló por los ojos cerrados de Abby, que los abrió lentamente mientras se preguntaba por qué no había corrido las cortinas de su cama durante la noche, y entonces el estupor del sueño se esfumó, y de un salto estuvo sentada en la cama.

¿Había sido un sueño, o realmente el conde había estado esa noche en su cuarto?

Su mirada recorrió el lugar con ansia, buscando algo que le diese una respuesta a su dilema. Y como si fuese un libro ilustrado, las imágenes de lo sucedido comenzaron a inundar su mente.

El pánico la invadió, y rápidamente subió sus manos para constatar que su gorro de dormir siguiese en su sitio, los lentes no los tenía, por lo que él debía haberla visto sin ellos. Solo esperaba que no se hubiese entretenido mucho en su escrutinio, solo de imaginarlo la vergüenza la sofocaba, y el temor, puesto que no era la primera vez que el conde había estado a punto de descubrir su disfraz, si es que ya no lo había hecho.

Él había estado allí, y a pesar de haber iniciado una discusión, como era costumbre entre ellos, terminaron por relajarse, compartir anécdotas, y en cierto momento, una que otra confidencia. Tan amena y agradable había resultado la conversación, que perdieron la noción del tiempo.

Más increíble aún, fue lo que descubrió detrás de cada palabra que él le había pronunciado, pues inesperadamente se encontró empatizando y comprendiendo muchas de las actitudes irritantes y superficiales del hombre. Le relató cómo había sido su crianza: su padre había sido bastante estricto con él, a pesar de las quejas de su madre, el marqués había educado a su heredero con mano firme y poco había sido el tiempo que el conde compartió con su propia familia o hizo lo que todo niño amaba, como jugar, correr al aire libre o pasar el tiempo recostado en la hierba mirando el cielo, pues desde temprana edad se vio rodeado de tutores, libros, reglas y exigencias.

Y fue allí, entre las palabras que él callaba y no en las que decía, que ella entendió que Vander había sido un niño triste, que había crecido sintiéndose solo y encerrado. Su madre, aunque muy cariñosa, gozaba de viajar y no podía estar mucho tiempo en un lugar, y su padre había puesto atención a su educación más que a su necesidad de contención y afecto. Por parte de Marcus, él también se crió apartado, pero al no ser el futuro marqués, había podido disfrutar de amigos y de las cosas sencillas en la existencia de un niño, además de poder pasar más tiempo con sus padres y su familia.

Abby le contó la experiencia dolorosa que había sido perder a su madre siendo una niña y los años maravillosos que habían vivido junto a Susan antes de que la fiebre se las arrebatara. Pero no fue capaz de contarle por qué se vestía de esa manera, y menos la razón por la que había decidido permanecer soltera, a pesar de que percibió el deseo de saber del conde.

Y así, entre confesiones y silencios, pareció natural que el hombre se sentara junto a su cama y tímidamente tomase su mano para consolarla cuando la voz se le quebró al hablar de su madre, e inesperadamente se sintió cómoda y a gusto, tanto, que no supo cuándo se quedó dormida.

Con asombro y un nudo en la garganta, miró su mano derecha y la cerró fuertemente. Ciertamente había enloquecido o estaba enfermando gravemente, algún trastorno repentino y letal debía haberse apoderado de su cerebro, pues no podía estar recordando a ese hombre y sonriendo como desquiciada. El miedo hizo que su estómago se anudara y sintiera náuseas, y hasta un leve mareo.

Debía serenarse y recordar que el conde de Vander era una persona frívola, díscola y vanidosa. Eso era lo que había aprendido a lo largo de ese

tiempo, y por un par de horas no podía olvidar ese hecho. El que su niñez hubiera sido algo dura no justificaba su actitud egoísta, y muchas veces cruel. Él no era la clase de persona que merecía su respeto, su admiración, ni siquiera su atención.

Cuando pensó que logró recapacitar y poner todo en perspectiva, se sintió segura y decidió que los casi cuatro días que restaban para que la fiesta navideña finalizara, se limitaría a ignorar al caballero y a mantenerse lo más alejada posible de él. Bennet no le había repetido lo de sus intenciones de casarse con ella durante esa noche, pero dudaba que hubiese cambiado de parecer. Como fuera, no encontraría en ella más que resistencia y rechazo, así que, finalmente él terminaría desistiendo de esa loca e imposible idea.

Con sus emociones por fin estables, Abby se dispuso a levantarse, y entonces la vio, descansando en el suelo alfombrado, justo donde el conde había estado cuando los ojos de ambos se cerraron, una hermosa y única flor de romero azul.

El aire se cortó en sus pulmones cuando se reclinó para tomarla entre sus dedos y acercarla a su rostro. No había dejado una nota, pero ella sabía que Vander la había dejado allí para ella, nadie más podría ser. Su corazón sufrió un sobresalto e inevitablemente se sonrojó, nunca había recibido un presente como aquel. Ella no había sido jamás cortejada, y no conocía lo que se sentía al recibir, después de un baile, los ramos y tarjetas de los caballeros a los que había impresionado y cosechado como pretendientes. Eso, a alguien de su grupo, simplemente no le sucedía.

Hasta ese día...

Para ser sincera, a ella no le había molestado no recibir gestos románticos, pues no deseaba casarse y tampoco era amante de las flores. Aún así, siendo de naturaleza curiosa y gustándole conocer toda clase de temas, había estudiado un poco sobre flora y fauna, y sabía que esa flor era, además de bella, casi mágica.

El romero, una planta a la que se le atribuían poderes de curación y medicinales. Eran florecillas de una gran belleza y formas exuberantes, de colores azulados y blancos. Muy pequeñas, por lo que a simple vista no se apreciaban los detalles de la flor, pero si se miraban de cerca o con una lupa, la percepción cambiaba por completo y se podía apreciar la verdadera imagen

de la flor del romero.

Un extraño calor inundó su pecho al caer en cuenta del mensaje velado que la elección del conde transmitía, y soltando el aire, se dejó caer de nuevo en el colchón. Estaba perdida, ahora veía que no sería tan fácil deshacerse del hombre, y que no solo se complicaría por el evidente ahínco que él comenzaba a demostrar, sino porque en algún rincón de su interior, ya no estaba tan segura de querer mantenerlo lejos.

Colin entró en el comedor diurno mirando hacia todos lados, casi esperando que, ni bien traspasara las puertas, los gritos comenzaran y un clérigo se abalanzara sobre él, blandiendo una enorme biblia como arma. Pero nada sucedió, extrañamente no había nadie en el comedor, no estaban su hermano o cuñada, ni sus amigos, ni siquiera sus padres o el resto de los invitados.

Por lo que, soltando el aire con lentitud, movió el cuello para eliminar la tensión que se había apoderado de su cuerpo, y mucho más relajado y feliz por ver toda esa comida solo para él, se dispuso a desayunar.

Esa mañana había despertado con un terrible dolor en el trasero y otro en su espalda, pero también con una paz y alegría que nunca había sentido. Él estaba acostumbrado a madrugar debido a las obligaciones de heredero y demás responsabilidades, y por ello las mañanas nunca eran sus favoritas, hasta ese día.

Abigail Thompson había resultado ser una caja de sorpresas. No era para nada como cabría esperar de una joven que se veía siempre fría, seria, enojada y a la defensiva, a veces agresiva y tosca.

No, la noche anterior se había asombrado al descubrir que esa no era más que una dura fachada, tal vez una coraza que desarrolló por su condición de florero, no lo sabía. Pero había conocido a alguien completamente diferente, alguien cálido, afable, ocurrente, con sentido del humor, sensible y creativo. Su risa era como ella, profunda y misteriosa, envolvente. Su aura tan atractiva, que sin esforzarse mucho le había hecho confesar cosas que nunca antes había dicho siquiera en voz alta. No negaría que estaba impactado y bastante anonadado por ese descubrimiento, pero todo aquello solo servía para

reforzar su deseo de convertirla en su esposa.

Ya no solo la deseaba, ahora la quería a su lado, anhelaba que fuese suya, y no solo para volver a sentir lo que experimento con sus besos, sino para compartir cientos de noches como esa junto a ella. Ese era un futuro en el que se veía complacido y a gusto, a pesar de tener que renunciar a su libertad.

Por primera vez estaba dispuesto a dejar atrás la vida de placeres que conocía, a cambio de unir su vida con la de una mujer. Pero no cualquier mujer le serviría, y ahora entendía que no se casaría con lady Abigail para obedecer el ultimátum de su padre, sino porque quería sentir lo que esa noche sintió por el resto de sus días. Y eso era ausencia de soledad, eran unidad y plenitud absolutas, era un hogar.

Clara miraba en silencio a todo el grupo reunido en su salón de estar, su esposo y Mary Anne debatían sobre la mejor manera de lograr que sus respectivos hermanos se acercaran sin empezar a discutir, mientras lord Fisherton, Brianna y lord Luxe permanecían callados, el duque divertido y los otros dos con gestos algo aturdidos ante cada descabellada idea que su amiga argüía.

Ella misma había convocado esa reunión, y aunque en un principio no podía negar que creía una empresa imposible, la unión entre el conde y Abby, aún después de enterarse de que ellos habían intimado bastante; su opinión mutó drásticamente cuando, preocupada por la ausencia de su hermana en la cena de la noche anterior decidió ir a visitarla ni bien despertó. Y cuando abrió la puerta, lo que vio le impactó de tal forma que prácticamente casi se desmayó en pleno pasillo; incapaz de contener su impresión, cerró de nuevo la puerta.

Sus emociones, que últimamente estaban más a flor de piel que nunca, tal vez debido a la vida que se gestaba en su interior, se desbordaron y tuvo que obligar a su corazón a calmarse y volver a su ritmo habitual.

Luego abrió nuevamente un resquicio de la puerta y confirmó que no había sufrido alguna especie de alucinación, y tras cerrar con tiento, una gran sonrisa se formó en su cara, y se alejó por el pasillo en dirección a las dependencias de la servidumbre, debía ordenar que nadie se acercase al cuarto de su hermana. Después de todo, nadie podía entrar allí y encontrar el cuadro de la

pareja durmiendo plácidamente, con sus manos unidas y sus dedos entrelazados.

Y así terminó allí, aliándose con su marido y sus amigos para hallar la forma de unir en matrimonio a esos dos. Abby la asesinaría cuando se enterase, pero después de lo que vio, estaba segura de que algún día se lo agradecería.

¡Ay! Ya veía un hermoso bebé rubio y de ojos color cielo entre los brazos de su tía...

—Bien, está decidido entonces, la idea de lady Mary Anne me parece magnífica —decía Marcus con gesto complacido.

—Un momento, esperen, ¿qué decidieron? —interrogó perdida Clara, viendo la expresión de desbordante emoción de Mary, y la de duda en los demás.

—Organizaremos una competición. Una competencia de habilidades entre los hombres, que servirá de entretenimiento para nuestros invitados, querida, y también para que mi hermano pueda demostrar a lady Abigail sus muchos talentos. Lo astuto será que el caballero que se alce como el ganador del torneo, podrá elegir a la dama que desee como acompañante a la feria del pueblo que llega mañana —anunció entusiasmado su esposo.

—¡Clara, será tan romántico! Imagina a todos los caballeros compitiendo por nosotras, viéndose tan gallardos, ¡ah! —Suspiró soñadora Mary Anne, y al darse cuenta de su error, se sonrojó intensamente y dijo apresurada—: Es decir, compitiendo por Abby, claro —Lanzó una mirada coqueta al conde de Luxe, que solo gruñó y miró hacia otro lado, aunque la comisura de sus delgados labios tembló misteriosamente.

—Pero... si lord Vander no ganara, ¿qué sucedería? —arguyó dubitativa Clara.

—¡Ganará, milady! Nosotros, como buenos amigos, nos aseguraremos de ello —terció el duque, moviendo sus cejas con picardía, guiñando un ojo a Brianna que no pudo hacer más que bajar la mirada sonrojada hasta el escote.

Después del almuerzo, todos los presentes se congregaron en el enorme prado que se extendía en un lateral de la mansión, y observaron cómo los sirvientes colocaban los diferentes juegos siguiendo las instrucciones de

Marcus. El desafío sería de a dos contendientes por vez. Estos deberían ir superando los diferentes juegos, apostados desde el inicio del prado hasta llegar al final del trayecto, que era el inicio del bosque.

Abby, que a diferencia de Clara, disfrutaba de aquel tipo de entretenimientos, se encontraba sentada junto al resto de las damas que, protegidas por sus parasoles, miraban los preparativos. Un poco más allá, debajo de las sombras de los almendros, estaban los invitados mayores entretenidos en una conversación. El resto de hombres jóvenes, quienes serían los únicos en participar, para lamento de Abby, estaban en el interior de la mansión preparándose para la contienda.

En ese momento, Henry, sir Richard, lord Luxe y lord Vander, salían de la casa ataviados con sus trajes de montar. Su primo se detuvo a su lado y le entregó una rosa blanca, dictaminando así que la había escogido para ser su paladín. Ella bufó avergonzada, pero no pudo más que aceptar el gesto.

Por su parte, sir Richard, enrojecido hasta la coronilla de su pelirrojo cabello, depositó una rosa rosada en la mano de Meredith, que no pareció nada entusiasmada, pero una mirada de su madrastra la obligó a aceptar la flor.

El conde, que se había detenido en seco cuando vio a su primo elegirla a ella como premio, reanudó la marcha, y para horror de Abby, se detuvo frente a ella, y por unos segundos solo se miraron en silencio. Vander parecía ignorar los ojos de todos puestos en ellos, y clavando una mirada intensa y provocativa en ella, arqueó una ceja y depositó una rosa azul en su regazo, ya que ella se había quedado tan paralizada, que no extendió la mano para recibirla. Luego le sonrió traviesamente, complacido al ver sus mejillas ruborizadas, y se marchó.

Por fortuna, los chillidos de horror provenientes de las damas mayores y de Meredith, la salvaron de aquel extraño momento, y curiosa, siguió las miradas de todos. Por las grandes puertas cristaleras salía el duque de Fisherton, su mandíbula cayó abierta al ver la enorme figura del escocés bajar la pendiente. El duque llevaba su ancho pecho parcialmente desnudo, una tela gruesa de cuadros verdes y rojos cruzaba la mitad de su pecho, que brillaba como oro bajo el sol, y sus piernas estaban cubiertas por una falda de igual color, que le cubría solo hasta las rodillas. Era una especie de amplia falda,

que se sostenía a la tela de su pecho por un cinto de cuero, donde colgaba un puñal.

Los gritos escandalizados aumentaron cuando el hombre caminó en su dirección, y sin apartar la mirada de Briana, quien parecía a punto de caer redonda allí mismo, más roja que la sangre, se paró frente a ella, y tomando una mano de la joven acarició la palma de su mano enguantada con una rosa roja, la dejó allí y luego, tras dedicarle una brillante sonrisa, se giró para reunirse con los demás hombres, dejando a todas las mujeres con los ojos clavados en su espalda y en la piel de sus fuertes muslos, que con cada paso se asomaban poderosos.

Una vez el caos cesó, los equipos se formaron, lord Henry contra lord Luxe, lord Fisherton contra lord Marcus, y lord Vander contra sir Richard.

Inevitablemente, el corazón de Abby se aceleró, pues a falta de uno, tenía a dos caballeros conteniendo por ella.

—¡Que empiece el juego! —proclamó Marcus, y los aplausos emocionados inundaron el prado.

CAPÍTULO XVI

«Te miro, te percibo, te siento.

Eres como una rosa en invierno.

Eres como un faro en mar abierto.

Eres como la estrella que guía a un barco perdido.

Eres como el sueño de libertad de un cautivo.

Eres como el resquicio de luz en mi soledad.

Te miro, te percibo, te siento.

Eres como la bruma en el viento.

Eres como la lluvia, como el invierno.

Llegas y te vas, dejas huella en mi tierra árida.

Haces renacer la esperanza, la añoranza de un mañana.

Eres como la primavera, esa que esperaba, la que mi jardín necesitaba.

Tú mírame, percíbeme, siénteme.

Soy más de lo que aparento, soy quien vive atormentado por la ausencia de tu mirada, y la desdicha de amar en silencio.

Soy quien te espera, quien te anhela.

Soy quien calla, quien sueña.

Soy quien no se da por vencido.

Soy tu destino».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

—Marcus, ¿cuál es tu intención con esta competición? No me has dicho nada —preguntó Colin, mientras todos los caballeros se acercaban a la línea de salida.

—Ya verás, hermanito, tú solo da lo mejor de ti, puedes confiar en mí. Son desafíos sencillos que harías con los ojos cerrados —respondió haciendo señas a un sirviente para que alejara un poco más una de las dianas apostadas.

Colin le miró ceñudo, no sabía qué se proponía su hermano, pero le estaba resultando muy sospechosa aquella repentina idea. Ciertamente, era lo correcto que su mellizo entretuviera a sus invitados como todo buen anfitrión, pero, ¿por qué debían ellos estar congelándose el trasero allí fuera? ¿Acaso no se daba cuenta de que la nieve estaba bastante espesa? Además, él nunca había sido muy hábil para esa clase de juegos, odiaba perder, y si no eran cartas o ajedrez, Marcus siempre le ganaba. Si hacía el ridículo, lo mataría.

Había estado a punto de negarse a participar, pero cuando vio a sir Wallace, bajando la escalera con esa mueca irritante y desafiante, y cuando Marcus anunció el premio del ganador, y el muy borrego declaró que él ya tenía elegida a su dama, no perdió tiempo y corrió escaleras arriba para buscar su traje de montar.

Antes muerto que servirle a su mujer en bandeja a ese mequetrefe, ganaría aunque tuviese que pelear con los cocodrilos que nunca compró.

—¿Se puede saber qué rayos tienes puesto? Es indecente —inquirió Maxwell, al ver a su amigo caminando junto a él.

—¿Indecente? ¿Eso que estoy percibiendo es envidia Grayson? —se mofó Alexander, mirando de reojo al conde.

—Para nada, solo digo que estás escandalizando a las damas, y que cogerás un resfriado así desnudo —alegó Max con sequedad.

—Mira, más indecente es llevar el trasero apretado en esos pantalones que todos llevan y que no les permitirán moverse con libertad. Y no estoy desnudo, este es mi atuendo de lucha. Creí que íbamos a competir, además las mujeres no se ven escandalizas, ¿no crees? —Rió el escocés, señalando con la cabeza al grupo de damas que ya se había posicionado junto a la línea de llegada y que no le quitaba la vista de encima. Todas estaban echándose aire, a pesar de estar tapadas con sendos abrigos de terciopelo y piel, cuchicheando entre risas, incluso las ancianas tías Bennet—. Hablando de eso, ¿por qué no escogiste una dama para entregar tu rosa? Pensé que le darías una a la morena voluptuosa —comentó con una ceja alzada el duque.

Maxwell se tensó considerablemente, y acelerando la marcha, dijo:

—Eso debería preguntarte yo. ¿Qué diablos pensabas al entregarle una flor a la señorita Coleman? ¿Acaso no sabías que solo las damas solteras reciben en estos casos una, y que si algún caballero le hace entrega de una

rosa, o pañuelo, está haciendo una declaración de estar interesado en la dama en cuestión? Menos mal que estamos entre familia, o ya tendrías al padre encima de ti, para arreglar el cortejo oficial —cuestionó incrédulo Luxe—. Por otro lado, la idea era que solo Colin hiciera gala de ese gesto romántico, no tú o el resto de nosotros —bufó Max negando con su cabeza.

—Pues qué aburridos y dramáticos resultaron ustedes los ingleses. En mi tierra es la dama la que elige al paladín, entregándole un retazo de su velo, y si este le acepta y gana, luego recibe un buen beso de premio y algún toque travieso también, y nadie termina en el altar. Creí que aquí sería lo mismo, y no pensaba permitir que otro besara a la mujer que reclamé para mí, o tendría que mandar el juego al diablo y arrancarle la cabeza al que se atreviese —gruñó Alex, ignorando los ojos desorbitados de su amigo, luego bufó exasperado—. Montón de afeminados lloricas, le quitan la diversión a todo.

—Bueno, ahora que estamos todos, les explicaré las reglas y la modalidad del desafío —anunció Marcus, golpeando sus palmas enguantadas con entusiasmo—. En principio, las categorías serán individuales, cada jugador deberá ir completando cada desafío para poder acceder a la siguiente fase, estas son el circuito de salto de caballo y jinete y tiro al blanco. Luego, al llegar a la zona rodeada por ese círculo de piedras, cada contrincante se enfrentará a los contendientes que sigan en juego, y el último jugador en quedar de pie ganará la competencia. Saldrán de a dos, para hacer el juego más ordenado y cada quién competirá con su pareja; quien complete el circuito antes, accederá a la fase final, que es una contienda de boxeo. Los equipos son Colin y Fergusson, Grayson y Wallace, y Mcfire y yo. ¿Alguna duda? —preguntó su hermano y todos negaron.

Colin sonrió, ciertamente Marcus había elegido bien, no le parecían muy difíciles los desafíos, y el contrincante que le tocó estaba pálido y temeroso, el pobre de Richard no le supondría ninguna dificultad. Por otra parte, Wallace se veía más que confiado y no dejaba de lanzarle miradas despectivas, a las que él respondía con igual mirada.

No creía poder ganarle en boxeo a Mcfire, y tampoco a Marcus, puesto que el primero era una bestia, y el segundo era muy hábil con los puños. Pero al menos saldría segundo, sabía que Maxwell odiaba las confrontaciones físicas, y el estúpido de Wallace debía ser un completo inútil. Una sonrisa de satisfacción cubrió su cara, le demostraría a lady Abigail, que él, además de

ser apuesto, no como el horrendo de su primo, también era todo un espécimen aguerrido y triunfador.

—Ay, Dios, ¿quién creen que ganará? —preguntó la señorita Meredith, apretando sus manos contra su pecho—. Espero que no sea sir Fergusson, me niego a ser su acompañante en la feria —proclamó ofuscada la rubia, ganándose una reprimenda de Melissa, y una mirada airada de sus padres que estaban detenidos un poco más allá, junto a los marqueses y sus esposas.

—Brianna, debes respirar o te desmayarás aquí mismo —comentó risueña Mary Anne. Ya se le había pasado la tristeza por no haber recibido una rosa del caballero que le gustaba, que por otro lado, había sido una reacción tonta de su parte, pues lo habían ideado entre todos, y se suponía que solo el conde debía impresionar a Abby.

—Es que... es que... —tartamudeó Brianna, aún demasiado impresionada por el gesto del duque y por el escandaloso atuendo que el gigante llevaba.

—Ay, por Cristo, ese hombre es un salvaje, pero qué espécimen más atractivo. Jamás vi nada similar, ese cuerpo está esculpido en granito, ¡si parece una estatua de piedra, de esas que están en expuestas en el museo! —chilló la anciana tía de lord Vander abanicándose profusamente, al tiempo que todas asentían al unísono con la vista fija en el escocés.

—¿Qué has escupido al duque de Fisherton? ¡Es que has perdido la razón, Ninnet! —Se horrorizo la hermana.

—¡Esculpido, Annet! ¡Cada día estás más sorda! —se quejó la anciana regordeta.

—Y tú más ciega, esa no es una estatua esculpida, esa es una creación divina —exclamó soñadora la otra, y todos jadearon ante su comentario y luego estallaron en carcajadas.

Abby negó divertida, y agradeció que nadie se fijara en lo tensa y nerviosa que estaba, no entendía lo que estaba sucediendo, pero no le gustaba nada. Ella no quería ser el objeto a disputar por su primo y el conde, era algo que la incomodaba en sobremanera. Pero a la vez, no podía negar que era bastante estimulante y algo que en su vida hubiese creído que le pasaría a ella. Su mente estaba hecha un torbellino de pensamientos, no sabía qué desear, que lord Vander ganase o que resultase triunfador Henry. Aunque su mente no cesaba de recordarle que lo más sensato era que lo hiciese su primo, pues de

lo contrario se vería obligada a estar en compañía del conde, alejados de la casa y sin una vigilancia adecuada. No, eso era muy peligroso, y nada consecuente con su plan de mantenerse alejada de ese hombre.

Si se guiaba por las apariencias, su primo tenía todas las de perder, pues era de constitución bastante delgada y no parecía precisamente alguien ágil, todo lo contrario; el conde, que ensanchaba su traje de montar gris con su figura atlética y fibrosa, y que además de superar a Henry en apostura, algo que saltaba a la vista en los rasgos poco favorecedores del castaño, lo hacía también en contextura y altura.

¡Dios, estaba perdida!

En ese momento, hubo movimiento donde los caballeros estaban. Lord Fisherton y Marcus se pusieron en posiciones y tomaron de la mano de los lacayos cada uno una pistola, más adelante, separado por unos obstáculos que seguramente debían saltar, les esperaban otros dos sirvientes sosteniendo de las riendas dos sementales preparados para la carrera.

Las mujeres se tensaron expectantes, y los hombres apostaron sobre el ganador, cuando uno de los lacayos bajó un pañuelo, los dos caballeros que ya estaban en posición para disparar, apretaron el gatillo y el sonido, a pesar de la distancia, les aturdió un poco. Los sirvientes acercaron las dianas, y al parecer ambos dieron en el blanco.

Entonces otro lacayo efectuó un disparo al aire y los dos hombres echaron a correr, el duque sacó ventaja con pocas zancadas, más su cuñado era veloz y llegó primero hasta el caballo en el que montó y partió al galope. Ellas chillaron expectantes, cuando el duque saltó a su caballo y comenzó a galopar saltando los obstáculos distribuidos, luego se perdieron tras la línea de árboles, y les vieron esquivar troncos y follaje. Cuando reaparecieron, Marcus venía adelantado, pero el escocés emergió de los árboles, y apretando los pies en los flancos de su caballo, levantó un brazo y emitió un feroz grito de guerra, espoleando su montura con ímpetu y posicionándose junto a Marcus, que se sostenía de su caballo con el cuerpo inclinado, lo rebasó y alcanzó la meta vociferando palabras en escocés.

Ante esa salvaje visión, todas las mujeres jadearon impresionadas, Brianna dejó caer el parasol que la protegía de la nieve con su mandíbula desencajada y la suegra de su hermana se desmayó, cayendo sobre la abuela

de los Bennet, quien se hizo a un lado para evitar ser arrastrada. La marquesa se estrelló contra el suelo cubierto de blanco, quedando con su vestido subido y alborotado. Los marqueses se apresuraron a socorrerle, y las tías y cuñadas de la dama, comentaron que lady Somert tenía unos calzones rosados muy bonitos.

La competencia seguía, en ese momento el conde Luxe, intentaba alcanzar a Henry, quien a pesar de haber errado en su primer tiro a la diana, resultó ser un jinete asombroso y manejaba al animal como si se tratase de un profesional. Finalmente, ante la sorpresa de todos, Henry venció a lord Luxe.

El turno de lord Vander llegó, tanto él como el hermano de Briana tomaron su lugar. El pelirrojo parecía a punto de desvanecerse, era obvio que el conde sería el ganador, pero el futuro barón no se retiró y aceptó la pistola que le ofrecían, ambos apuntaron, Abby cerró los ojos, se oyó el sonido de los disparos, y cuando miró, vio a ambos caballeros corriendo hacia sus monturas, pues ambos habían acertado en la diana. Lord Vander llegó primero, como todos suponían, pero al momento de trepar al caballo, su bota izquierda se enredo en el estribo y cayó hacia atrás golpeando con fuerza sobre su trasero. Todos estallaron en carcajadas, y el rubio, maldiciendo, se levantó y subió al semental para alcanzar a sir Richard, quien ya franqueaba la zona de obstáculos. Al llegar a la hilera de árboles, ambos estaban a la par; les vieron internarse en el bosque, después de unos segundos en los que nadie apareció, y todos comenzaron a mirarse extrañados, apareció sir Richard, y detrás lord Vander, luciendo su traje de montar y cabello lleno de follaje, pues debía haber sido tirado del caballo nuevamente; las risas socarronas no tardaron en aparecer, y más cuando finalmente el pelirrojo se erigió vencedor.

Colin bajó del caballo reprimiendo las maldiciones. Acaba de hacer el ridículo enfrente de todo el mundo. Marcus y sus amigos se acercaron viéndose incómodos, y con gestos de circunstancias intentaron consolarle, mientras que Wallace palmeaba la espalda de Fergusson y le lanzaba miradas de mofa. ¡Se lo llevaba el demonio!

La hora del combate de boxeo llegó.

Lanzando una moneda al aire, se decidió que los primeros en pelear

fuesen el duque y Sir Richard. El hermano de Briana empalideció, y ella gimió angustiada.

El inglés se quitó el saco de montar, y luego con gesto demudado se detuvo dentro del círculo, enfrentando al escocés. Marcus dio la señal, el duque se quedó inmóvil esperando el primer movimiento de su contrincante, que al igual que él tenía sus puños en alto, pero el pelirrojo no se movió, entonces Fisherton avanzó un paso y movió su brazo derecho para asestar el primer golpe, pero antes de que pudiese tocar la mandíbula del inglés, este chilló y cayó redondo, desmayado.

Todos quedaron estupefactos, y Marcus, negando divertido, le pidió a los lacayos que quitaran el cuerpo del pelirrojo y lo llevaran hasta la casa. El conde anunció que dado que Richard se había rendido, tocaba que lord Vander tomase su lugar. Henry protestó, pero nadie le prestó atención, y el rubio tomó su lugar frente al escocés después de quitarse el saco y colocarse los guantes de cuero.

Abby se quedó prendada de la visión que componía el cuerpo de Vander en camisa blanca, sin otra prenda que lo cubriese, y a pesar de que no podía competir con la poderosa anatomía del duque, ella no pudo apartar la vista de su hermosa y masculina figura.

Para sorpresa de todos, el duque comenzó a asestar golpes bastantes torpes que no alcanzaban al conde, y Vander respondió con agilidad, logrando voltear al escocés con un derechazo certero en su mejilla, dando por terminado el combate.

Marcus y Luxe aplaudieron, al igual que lord Somert.

Pero Abby solo gruñó desesperada, ahora se hacían realidad sus pesadillas, pues se enfrentarían Henry y lord Vander. Solo rogaba que no se lastimasen y llevaran la contienda amistosa a una masacre.

La pelea comenzó, ambos daban vueltas en círculos, midiendo a su rival. A nadie le pasaban por alto las miradas de animadversión que se lanzaban mutuamente. Repentinamente, la tensión se apoderó del lugar y todos observaban los puños debatirse con la respiración contenida.

Colin tuvo que reconocer que el maldito de Wallace sabía lo que hacía. No podía encontrarle su punto débil, ya que parecía ser tan hábil con la derecha como con la izquierda. Los golpes se transformaron en brutales

embestidas, y las gotas de sudor resbalaron por sus frentes, pechos y espaldas. De un momento a otro, Wallace esquivó un gancho dirigido a su pómulo, y aprovechando el espacio que Colin dejó vulnerable, le propinó un veloz golpe, que impactando en su barbilla, le lanzó hacia atrás y le envió directo al suelo.

Los espectadores jadearon estupefactos, y Abby no supo si sentirse aliviada o decepcionada.

El feo acababa de vencer al apuesto.

CAPÍTULO XVII

«Te miro y me pierdo.
Te siento y me elevo.
Tus ojos son como un cielo brillante.
Tu aroma es como cientos de flores silvestres.
Me enciendes, te pierdo.
Me tocas, te elevo.
Tú, eres la llama que arde en mi invierno.
Tú, eres la magia que cautiva mis deseos.
Eres mi enfermedad y el único remedio.
Eres mi maldición, y todo lo bueno.
Eres mi dulce tormento».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

Una vez terminada la competencia, el grupo de nobles se apresuró a refugiarse en la casa para poder entrar en calor tras el tiempo que permanecieron a la intemperie, y para compartir una merienda y descansar antes de la cena.

Colin se había retirado de inmediato, pues la rabia le desbordaba y no pensaba quedarse a mirar cómo el estúpido de Wallace recibía las felicitaciones.

No lo podía creer, no solo había hecho el ridículo, sino que ahora tendría que ver cómo el castaño se llevaba a su futura esposa a la feria. Solo de imaginarlo se nublaba su razón y le entraban ganas de romper todo lo que había a su alcance. No podía permitir que eso pasara, estaba seguro de que Wallace intentaría que lady Abigail le aceptara como pretendiente, y eso era inconcebible.

¡Maldición! ¿Qué estaba mal en esta historia? ¿Acaso cuando el príncipe apuesto y gallardo —por supuesto, él— elegía a una muchacha insulsa del montón y la honraba con su atención y propuesta de matrimonio, esta no

debería aceptar y prodigarle de inmediato su devoción y gratitud eterna? Desde cuándo el príncipe debía perseguir a la florero y rebajarse a ser humillado, golpeado, insultado por ella, y para rematar, ¡la fea tiene un pretendiente! Es que era el colmo, ya no le estaba gustando nada ser el protagonista de aquel cuento, ¡era insultante!

Ofuscado, cerró de un portazo la puerta de su cuarto y tiró con impaciencia del cordón para reclamar la presencia de su ayuda de cámara.

El sirviente apareció a los pocos minutos, y en cuanto le vio su cara se transformó en una mueca de horror. El imbécil de Wallace le había dejado un enorme cardenal en el mentón, que ya debía haberse comenzado a poner morado ¡Maldito fuera, de seguro lo había hecho porque envidiaba su perfecto rostro!

Jones salió apresurado en busca de lo necesario para curar sus heridas, pues además tenía raspones que sangraban levemente, que se había hecho con las ramas en la carrera por el bosque, y un golpe en la frente al engancharse su ropa en una rama y salir despedido del caballo. Ahora mismo su vida apestaba, estaba obligado por su padre a iniciar una vida que no sabía si estaba preparado para llevar, y para sumar a su desgracia, le interesaba una mujer que no hacía más que rechazarlo.

La puerta de su cuarto se abrió y él ni siquiera se movió, ya sabía la identidad del recién llegado, nadie más entraría sin golpear.

—Si vienes a regodearte en mi desgracia y cobrarte mis burlas del pasado, ¡adelante, hazlo!, ríete todo lo que quieras. ¡Anda! Dime lo imbécil y ridículo que soy, yo haría lo mismo, créeme, si hubiese sido al revés no habría tenido piedad de ti, es más, ahora que lo recuerdo, no la tuve —espetó desanimado Colin, sin quitar los brazos de sus ojos, ni cambiar su postura recostada en la cama—. ¿Qué esperas? Sé que estás esperando este momento desde... ¡desde siempre! —insistió creyendo que mientras antes su hermano escupiese sus mofas, mejor sería, no estaba de humor para soportar mucho rato.

—Desearía poder tomar esta estimable oferta, pero dudo que sea para mí —respondió el recién llegado, y de inmediato Colin quitó el brazo y se sentó precipitadamente.

No era Marcus, era la dueña de sus tormentos, su pesadilla particular.

—Lady Abigail... —dijo sin aliento por la sorpresa de verla en su alcoba, junto a los pies de la cama, y aunque no se percató, su voz había sonado más como un suspiro anhelante que a otra cosa.

—Traigo esto, esas heridas deben curarse o le quedará alguna marca —explicó la rubia, con tono algo cohibido y vacilante, enseñando la pequeña vasija que traía, de la que salía vaho, y unos trapos de lino, junto a un pequeño tarro de ungüento.

Colin la observó sin saber cómo reaccionar. Ella estaba allí, había venido a verlo, y parecía estar preocupada por él. Era inesperado, y también imprudente, la dama se estaba arriesgando mucho al estar en sus aposentos, y saber aquello hizo que el corazón de Colin aleteara fuertemente en su pecho, su enojo y decepción mitigaron lentamente, y fue casi como si todas sus heridas, las que no se veían, sanaran mágicamente, pues no tenía memoria de que alguien que no fuera un sirviente pagado, su hermano o su madre, se hubiese preocupado por él antes. De hecho, nunca nadie lo había hecho.

—Mi ayuda de cámara está por regresar —logró decir sin dejar de observarla, conteniendo el aliento cuando ella esbozó una sonrisa traviesa y encogió un hombro, componiendo sin saber un gesto en extremo sensual.

—No se preocupe, mi doncella lo interceptó y le dijo que mi hermana se encargaría de usted, él le entregó esto —le tranquilizó, haciendo referencia a los objetos que sostenía. Luego se acercó hasta ubicarse junto a la cabecera de su cama, depositando todo en la mesa de noche, comenzó a mojar el trapo y se volvió hacia él, quedando sus cuerpos muy cerca—. Déjeme curarle y me iré, milord —murmuró, y como el hombre no movió ni un músculo, ella procedió a limpiar las heridas con leves toques.

Colin cerró los ojos al sentir un leve ardor, e inspiró embebiéndose del aroma particular que la dama siempre tenía, olía a flores silvestres y a algo más que no sabía descifrar, pero que solo ella tenía.

Su estómago estaba contraído, y su cuerpo tan tenso como una vara, se endurecía un poco más cada vez que la muchacha se inclinaba sobre él para alcanzar otro raspón y sentía su cálido aliento sobre su rostro. De repente no se sentía en el cuerpo de un hombre de treinta años en invierno, sino en el de un jovenzuelo mucho más joven, bajo el sol del verano más intenso.

Parecía que aquel dicho que decía que, a veces las cura era peor que la

enfermedad, era cierto, puesto que ahora ya no le dolía la cara, pero si otra parte fundamental de su anatomía, y aquella dolencia era mucho más intensa. La dulzura y suavidad de sus movimientos sobre su cara estaban resultando un alivio y un tormento a la vez, eran una dulce tortura, eso eran.

A punto de enloquecer, Colin abrió sus ojos, que ardían como dos brazas en una hoguera, y le miró, ella estaba con el ceño algo fruncido y una mueca de concentración adorable. Entonces ella notó su escrutinio y levantó la vista, sus ojos azules, que siempre se veían enormes tras sus lentes, se abrieron un poco al encontrarse con los suyos.

—Bueno, terminé, milord. Espero el ungüento que le puse mitigue todo el dolor, debería quedarse descansando esta noche —soltó apresuradamente, desviando la vista, deshaciéndose de los trapos y soltando el pote sobre la mesa, pero antes de que pudiera retroceder, el aferró su brazo y tiró de el para hacer que volviera a mirarlo.

—Espera —le dijo viendo como toda ella entraba en tensión y le observaba de hito en hito—. Abigail, ¿por qué estás aquí? Dime, necesito saberlo —inquirió Colin, deseando saber qué motivaba a la muchacha a querer curarlo, pues él creía que ella solo le despreciaba. Sabía que no le era indiferente, sus besos se lo habían dicho, pero también notaba que él no era alguien que fuese del agrado de la rubia.

—Yo... eh... me sentía responsable, por ser usted mi paladín —contestó después de tragar saliva; él sonrió con sorna al oír su inverosímil excusa y eso provocó que la joven se envarara y espetara con las mejillas ardiendo—: No vea fantasmas donde no los hay, milord, ya le dije, mi madre me enseñó a ser compasiva y solo su desatino al escogerme como premio es lo que me obligó a estar aquí. No crea que su bienestar me importa más allá de esto, no hay nada más que compasión, y ahora, suélteme para que yo pueda...

—Entonces, ¿me vas a negar que estás aquí porque te preocupaste por mí? ¿Quieres que crea que viniste hasta mi cuarto, arriesgando tu reputación, solo por un sentido de culpabilidad obligado hacia un hombre que no te importa en absoluto? —la cortó incrédulo, complacido de ver que su sonrojo se intensificaba y el nerviosismo se acrecentaba en ella—. Los dos sabemos que eso es mentira. Lo que en verdad sucede, es que a pesar de que te niegues a aceptarlo, yo te agrado, milady. Y no solo eso, te importo, tú me estimas, soy

especial para ti —aseguró con rotundidad, una sonrisa de satisfacción en sus labios.

—Pero... pero, ¿qué está diciendo? El golpe que tiene en la frente debe haber afectado el poco cerebro que le quedaba disponible —exclamó con pasmo y horror ella, saliendo del estupor momentáneo que le había provocado no solo su cercanía, sino la extraña dulzura que percibió en su voz al interrogarle.

—Mira, encanto, puedes esforzarte en negarlo, pero no funcionará, ya he descubierto tu interés por mí. Y no te preocupes, no te culpo, es comprensible, si yo fuese tú, también estaría encandilando por alguien como yo —afirmó con un despreocupado ademán de su mano libre y una mueca presumida, señalando su rostro, que a pesar de estar cubierto de una horrible crema color verde, no dejaba de ser hermoso, para el disgusto y resentimiento de Abby—. Lo bueno es que tú también me interesas, me gustas, y como ya te dije, eres la mujer que quiero como esposa. Ahora que hemos dejado claro nuestros deseos, no hará falta aclararte que de ninguna manera te permito ser la acompañante del petimetre de Wallace mañana. Eres mía ahora, y no puedes andar de casquivana por ahí —terminó Colin con tono tajante, procediendo a acariciar con su pulgar la piel de la muñeca de la joven, que aún sostenía.

Abby abrió su boca estupefacta y parpadeó repetidamente, mirándole como si estuviese frente a una atracción de feria.

¡Ese hombre estaba completamente desquiciado!, pero más lo estaba ella por pensar que el conde no era el ser vanidoso que creía, por dejarse llevar por lo que sintió la noche anterior cuando ambos sostuvieron aquella maravillosa conversación nocturna. Algo que la había llevado a creer, que tal vez ella había prejuzgado al hombre, pero no, seguía siendo un sapo rastrero. Ya le enseñaría que ella no era propiedad de ningún hombre, ni lo sería nunca.

—¿Permitirme? ¿Suya? ¡Ha perdido la cabeza! Usted no me agrada para nada, es egocéntrico, engreído, superficial y egoísta. Desde que lo conozco no ha hecho más que insultarme e importunarme, ¿y ahora se cree con el derecho de prohibirme algo? —espetó molesta, soltándose de un tirón de su agarre, pues a pesar de que su mente estaba altamente indignada, su cuerpo estaba cediendo ante las sensaciones del tacto del conde en su mano.

—Vamos a casarnos, es un hecho, por lo que sí, te prohíbo estar a solas

con ese pelele. ¿Lo captas, o te lo repito en chino, querida? —espetó molesto el conde, con una de sus cejas alzadas y voz cortante.

Abby jadeó furiosa por las palabras tan arrogantes e imperdonablemente autoritarias, pero al oír lo que con total descaro el rubio agregó, su visión se puso roja, y la locura la poseyó:

—Más bien, te ordeno que te quedes en casa y hagas lo que sea que las floreros como tú hacen. No sé, borda algo... o lee algún libro que hable sobre cómo ser una esposa complaciente y digna... — siguió el conde, moviendo sus manos en un gesto banal.

Ella gruñó, y antes de que el hombre pudiese notar sus intenciones, Abby tomó la vasija y le lanzó el contenido en la cabeza, dejándolo empapado y pasmado.

—Entérese de una buena vez de que no me casaré con usted, no es el tipo de sapo que deseo, usted no tiene madera de príncipe, sino alma de reptil. Así que mejor hágase a la idea de que no solo acompañaré a Henry, sino que permitiré que me prodigue las atenciones que él quiera. Y usted, mejor deje de molestarme y dedíquese a lo que sea que los granujas indecentes se dedican... no sé, lea algún libro que hable sobre cómo dejar de ser un redomado estúpido, si lo entiende, que lo dudo, ¡le servirá! —aseveró con ira, estrellando el recipiente contra el pecho del conde; dándose media vuelta, abandonó el cuarto, dejando al herido boqueando como pez fuera del agua.

Colin gruñó y se tragó una sarta de improperios que enorgullecerían a un marinero. Esa mujer era más terca que una mula, más nula que un ciego apreciando un cuadro. Le volvería loco. Y estaba tonta si creía que Colin Bennett se rendiría así de fácil, cediendo algo que deseaba a un perdedor como Wallace. Él ya había escogido a la mujer que quería a su lado, y no le apetecía buscar a otra, no era de la clase de hombre que cambiaba de parecer o desistía cuando tomaba una decisión. Y en este caso había decidido que se casaría con Abigail Thompson, y eso era lo que haría. Mientras ella no lo comprendiera, pues peor para ella. Le obligaba a tener que pasar de la fase galante, a la fase conquista. Acababa de declararle la guerra, y él era implacable cuando se lo proponía, destruiría a su oponente aunque fuese lo último que hiciera.

Animado, se levantó de la cama, ignorando deliberadamente el aguacero que dejó y el charco de agua que arrastraba con cada paso que daba en su ir y

venir reflexivo. Había mucho que hacer, al día siguiente tendría su segunda batalla, y esta vez no perdería como en la competencia. Ya estaba visto que los enfrentamientos físicos no eran lo suyo, y bueno, hasta cierto punto comprendía que Dios le hubiera dado a Wallace algo de destreza y a él un poco menos, después de todo, él lo tenía todo y no podía pretender, además de ser un dios griego, ser perfecto, debía ser un simple mortal de vez en cuando; pero había algo en lo que podía decirse que sí nadaba como pez en el agua, y era en las estrategias y la planificación.

Su cara se iluminó con una mueca de perversión y sonrisa de anticipación.

No bajaría a cenar, nada mejor que hacer creer a tu enemigo que estabas acabado, dejarle pensar que logró vencerte y darle un falso sentimiento de superioridad, para después ejecutar el ataque sorpresa, tomándolo desprevenido y vulnerable. Sí, se quedaría allí, y al día siguiente, esos dos se enterarían de lo que era capaz este granuja.

Lady Esperpento era suya, y nadie se la quitaría. Si el vacío de Wallace quería una florero, que se buscara la suya propia, esta fea era de él, y antes muerto que perderla.

CAPÍTULO XVIII

«Solo tú, me haces desear lo imposible.

Solo tú, me haces desafiar mis propios límites.

Solo tú, me haces sentir que respiro.

Es por ti que por las noches me desvelo.

Es por ti que en cada día lluvioso suspiro.

Es por ti que en mis sueños ya no hay pesadillas

Tú, has revivido los espacios muertos de mi interior.

Tú, has reconstruido los fragmentos destrozados de mi corazón.

Tú, me has transformado, me has mudado, me has rescatado de mí mismo.

Tú, te has adueñado de mi ser, has tomado prisionera mi razón, has sometido mi pasión.

Ya no existo si no es a tu lado, si no es a través de tu mirada.

Ya no soy más que un adicto a tu voz.

Ya no soy más que un esclavo de amor».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

A la mañana siguiente, Abby despertó de un humor extraño, sentía un cúmulo de sentimientos bastantes contradictorios y opuestos inquietándole. Por un lado estaba enfadada por lo sucedido en el cuarto del conde, era la primera vez que se había atrevido a hacer algo arriesgado, y hasta cierto punto afectuoso, ¿y cómo le había pagado él? Tratándola como una posesión, como algo inferior. El hombre la confundía, por momentos parecía ser alguien vulnerable, sensible, solitario a su manera, alguien algo perdido, necesitado de realidad, de esperanza. Pero luego solo veía al libertino superficial, egocéntrico, incapaz de apreciar nada más allá de su vida disipada e irresponsable. Alguien banal y vacío, que solo vivía riendo para aparentar estar perfecto. Alguien muy diferente al joven que percibió esa noche en su habitación, y por el que estuvo a punto de dejar caer la barrera que siempre

imponía entre ella y el resto del mundo.

No entendía el motivo que acuciaba al conde a querer casarse con ella, pero definitivamente era algo que no le parecía lógico o probable; un hombre como él, que podía tener a cualquier dama como esposa, venía de pronto y le informaba que la deseaba a ella como condesa, era algo absurdo y le generaba sospecha y muchas dudas.

Después estaba Henry, su primo, que había regresado y ya no era el joven que recordaba. El que solía sonreírle con cariño y darle una palmadita afectuosa en la cabeza y que más tarde comenzó a dedicarle algún que otro halago, ahora la miraba diferente, y era obvio que quería que ella lo hiciese así también. Algo que no sería imposible, pues hubo un tiempo en el que ella lo consideraba su persona favorita en el mundo; pasaban horas tocando el piano, leyendo y hablando de diversos temas, aunque ella era casi una niña, él escuchaba sus opiniones sobre temas que ni siquiera debería estar hablando con una mujer, como política, filosofía y los derechos de los más débiles y de las mujeres, y no solo le oía sino que consideraba sus ideas y lo estimaba.

El problema era que ella no deseaba casarse, y tenía un plan cuidadosamente elaborado sobre lo que quería hacer con su vida. Ella quería enseñar piano, y vivir sus días tranquila y en paz, paseando y visitando a su hermana y amigas de vez en cuando. Puede que a otros les pareciese una locura, pero era lo que ella quería. Hasta que aparecieron estos dos hombres. Uno la enloquecía y sacaba de sus cabales como nadie, le hacía querer por un instante arrancarse el disfraz que la mantenía a salvo de la mirada ajena, ser la Abby que había sido un día, esa que enfrentaba todo con la frente en alto; y el otro, era ese amigo de la infancia que conoce mucho de ti, con quien puedes sentirte cómoda, porque te acepta y no desafía tus límites.

Estaba perdida, pues con aquella nueva realidad, dudaba mucho que su padre le permitiese quedarse soltera. Ya le había hecho más de un comentario con respecto a Henry, y era obvio que el marqués estaba muy ilusionado con una unión entre su sobrino político y ella. Y por otro lado estaban Clara y sus amigas, ellas estaban encantadas con la idea del conde de Vander como pretendiente suyo. Después de la competencia, no pararon de decir que, a pesar de perder, se había esforzado mucho, que le había dado la rosa, que se notaba que ella le importaba al caballero, que tan solo le diera una oportunidad. Eran las tres unas románticas imposibles, todo lo contrario a ella,

que no creía en el amor más allá de las hojas de un libro, y para ser sincera, si había visto matrimonios por amor en su círculo, los podía contar con los dedos de la mano.

Aunque no mentiría, y debía reconocer que el conde podía ser romántico cuando así lo quería, como cuando le había dicho esas palabras bonitas junto a la fuente, cuando le besó en la sala de música, cuando le dejó esa flor en su cuarto, o cuando la escogió como premio en la competencia. Lástima que el resto del tiempo fuese un imbécil sapo rastrero.

Antes de darse cuenta, ya había desayunado acompañada de su hermana y cuñado, los invitados mayores y su primo, y estaban saliendo por la puerta rumbo a la feria. Antes de cruzar la puerta, sin saber por qué, giró la cabeza hacia el piso superior, y se encontró con la mirada celeste de Vander fijada en ella. Por unos segundos su corazón se detuvo, él la observaba con expresión seria, oscura, casi violenta, y ella no pudo evitar estremecerse bajo ese escrutinio, pero no podía mostrarse débil frente a él, no después de cómo se había comportado la tarde anterior, así que arqueó una ceja y elevó el mentón. El conde sonrió lentamente y correspondió subiendo su ceja también, con sus ojos brillando con un claro mensaje.

Él había lanzado el anzuelo, que era saber hasta dónde ella iba a llegar para contradecirle, y ella, como buena orgullosa, mordió la carnada, y él le advirtió que aceptaba el desafío y que estaba sobre aviso.

¡Rayos!, ¿en qué se había metido?

—¿Puedes decirnos para qué nos trajiste aquí? —gruñó Maxwell en voz baja.

Colin rodó los ojos sin volverse a mirar a su amigo, y le hizo una seña para que guardase silencio.

Marcus reprimió una carcajada, no había dejado de burlarse de él, diciéndole tonterías sobre lo bajo que hacía caer el amor a las personas, que los cerdos estaban volando, el infierno se había congelado, y más disparates sobre lo enamorado que él estaba. Era insoportable, y si no se callaba, se

enredarían en una buena pelea.

—No entiendo qué hacemos aquí escondidos como paletos, esto es indigno. ¿Por qué simplemente no vas y tomas a la mujer? —dijo Alexander desde su caballo, mirando a Colin, que al igual que el resto, estaban sobre sus monturas.

Ni bien había salido la pareja, él había arrastrado a su hermano y a sus amigos al pueblo, donde en los límites del bosque se habían instalado las grandes estructuras y puestos de la feria, y desde donde, amparados por los árboles y la profusa vegetación, podían ver todo lo que allí acontecía. Ellos se habían sorprendido, debido a que la noche anterior no había bajado a cenar, supusieron que ya se había olvidado del asunto y no insistiría en su interés por la pequeña Thompson.

¡Ja, no lo conocían nada al parecer!

Colin se tragó una maldición al ver cómo la pareja avanzaba mirando los puestos, ella sonreía con los comentarios seguramente estúpidos que Wallace le hacía, y ahora se había detenido a admirar unos paños y un montón de telas provenientes de oriente.

—¡Qué buena idea! ¿Y cómo sugiere su excelencia que lleve a cabo eso? —preguntó con ironía, volviéndose a mirar al duque.

—Vas hasta allí, te plantas frente a la muchacha, la sujetas de un brazo y la subes a tu montura, si el acompañante trata de impedírtelo, lo desmayas con tu puño y finalmente partes al galope llevándote a tu mujer contigo. Eso es lo que haría cualquier escocés —argumentó con seguridad, y luego encogió un hombro, y se calló ante las expresiones de horror que ellos esbozaban—. No me lo digan... Eso aquí no se hace, ni sería bien visto. Bueno, a mi parecer nosotros seremos unos salvajes, pero ustedes los ingleses se esfuerzan en parecer estúpidos —bufó con hastío el rubio.

—Excelente idea, salvo por la parte en la que la indefensa doncella, indignada, me golpea con algún elemento contundente y el que termina inconsciente soy yo —murmuró Colin.

—Hermano, ya no hay nada que puedas hacer, ellos pasaran la mañana juntos y no pasará nada, su doncella está con ella, y están a la vista de todo el mundo. Mejor volvamos a la casa —intervino Marcus después de que las carcajadas de los tres, y los murmullos de Vander, cesaran.

—Además, no puedes acercarte a la joven, parecerá que estás desesperado por su atención, y me niego a ser descubierto espiando aquí como una vieja chismosa —acotó Grayson, cruzándose de brazos.

—¡Tú mejor calla! Por tu culpa es que estamos aquí, fuiste tú el que dejó ganar al pelele de Wallace; ¿cómo pudiste dejar que te venciera en la carrera de caballos? —le reprochó Colin, y los ojos verdes del conde se abrieron.

—¿Disculpa? No fue a mí a quien le molieron la cara a palos las manos debiluchas del Wallace, así que no me culpes —se defendió molesto Luxe, y Colin bufó exasperado.

—Deténganse de una vez, o nos descubrirán —les advirtió Marcus, sonriendo socarrón junto a Alex, a pesar de sentirse culpable por lo sucedido en la competencia, ver a Colin hacer el ridículo había sido algo muy divertido, y cuando su hermano se marchó echando humo, los tres habían pasado un buen rato riendo a carcajadas del fiasco que resultó ser su mellizo.

—Bueno, entonces, si no lo puedes hacer al modo de mi tierra, ¿qué piensas hacer? —interrogó Alex con escepticismo.

—Tengo un plan, ustedes solo harán lo que les pida —anunció con una mueca perspicaz el conde.

Abigail estaba disfrutando del paseo. Cada puesto era muy colorido y tenía cosas maravillosas y extrañas. Le gustaban especialmente los chales de cachemira y los guantes de cabestrillo de piel de zorro, además había cueros, paños, ridículos de hilo, sedas, sombreros, y diversidad de alhajas y diferentes pieles. Henry le había comprado un chal muy bonito, y unos guantes del mismo color. Hacía bastante frío, pero ella estaba bien cubierta por su abrigo de piel de castor marrón, a juego con su sombrero. Por su parte, su primo iba muy elegante ataviado en su traje y saco largo color burdeos y su alto sombrero gris.

En ese momento pasaron por un carronato, donde había un gran cartel que anunciaba que allí una adivina de oriente leía la suerte. Ella no creía en esas cosas, ya que era una fuerte creyente de que solo Dios tenía la potestad de conocer nuestro destino, pero su primo le insistió para que se sumase a la fila

de jovencitas que esperaban su turno, mientras él iba a uno de los puestos de comida y traía algo para los dos. Ella accedió, no muy segura, y después de unos minutos, se encontró levantando la pesada tela y sumergiéndose en el interior de la tienda.

En el interior todo estaba oscuro, a excepción de una gran bola de cristal que ardía con una intensa luz interior, iluminando a penas la mesa sobre la que estaba apoyada. Mirando a su alrededor, ella se sentó en la silla disponible, y entonces tras una cortina apareció una alta figura. Vestía una túnica color rojo, que la cubría por completo, y una especie de turbante azul que no dejaba atisbar ningún fragmento del rostro de la mujer.

Sin poder evitarlo, Abby se puso nerviosa, aquel sitio le parecía espeluznante y la extraña mujer no le inspiraba confianza.

La figura se sentó frente a ella, y sin decir palabra puso sus manos enguantadas en la bola, y comenzó a murmurar extrañas palabras, que por más que Abby se esforzaba no lograba identificar como pertenecientes a lengua alguna.

—¡Ay! —soltó de repente la mujer, haciéndola sobresaltar con el atroz lamento que había emitido—. Veo a un hombre, un hombre que ha llegado a su vida para entorpecerla y frustrar su oportunidad de ser la mujer más afortunada de Inglaterra —habló con voz gutural y misteriosa, haciendo levantar la vista a Abby, que se había quedado mirando el movimiento de sus manos sobre la esfera de cristal.

—¿Un... un hombre? —balbuceó dudosa. Pero, ¿hablaba de Vander, o de Henry? No, no podía ser.

La mujer asintió lentamente y lanzó otro quejido lastimoso.

—Así es, muchacha. Un hombre aburrido y soso que con malvadas intenciones pretende apartarla de un caballero que hace tiempo la pretende —siguió la adivina con esa voz extrañamente gruesa, su acento indescifrable, que parecía todo menos árabe—. Un caballero noble, gallardo, y sobradamente apuesto, tanto que el malicioso recién llegado le envidia profundamente. Por eso, muchacha, te auguro felicidad en los brazos de ese perfecto caballero, y desdicha junto a aquel pelele —finalizó con majestuosidad la mujer y ella, que se había quedado estupefacta, se congeló al oír la última palabra y se enderezó en la silla, mirando a la adivina con los ojos entrecerrados.

¡Santo Dios! No podía ser cierto. El conde no podía haber llegado a tales extremos, no estaba tan desquiciado, ¿verdad?

—Señora adivina, debe usted ayudarme —empezó ella, dispuesta a probar que solo estaba pensando una locura y esa mujer era una auténtica adivina árabe, y no quien ella creía—. Verá... tiene usted razón, existen... hay dos hombres en mi vida —anunció, y la figura pareció tensarse—. Pero... yo... albergo profundos sentimientos solo por uno de ellos, y no sé cómo hacérselos conocer, quiero decir, cómo hacerle conocedor de lo que siento —confesó Abby, y esperó la reacción de la supuesta adivina.

—¿Y cuáles son esos sentimientos, señorita? —preguntó, después de una pausa en la que carraspeó largamente.

—Bueno... es que me encuentro confundida, por momentos él es alguien especial, interesante, con una belleza sin igual —explicó, y vio cómo una de las cejas de la mujer se elevaba, que era lo único que podía verse además de los ojos, que en la penumbra no lograba distinguir y que brillaron al oír sus elogios. ¡Loco estúpido, ya vería!—. Pero luego, sucede algo, él abre su boca y todo el encanto se esfuma, y solo queda un hombre estúpido, bruto y banal, alguien mimado, inmaduro y hasta amanerado, diría yo —terminó Abby, pero un grito indignado la silenció.

—¡Qué estás diciendo, mujer! ¡Amanerado!, ¿yo? Es que necesitas que te haga una demostración de mi hombría, ¡estás loca! —gritó el conde, levantándose de la silla, y arrancándose el turbante de un tirón para mirarle furioso.

—¡Lo sabía, era usted! —espetó a su vez Abby, poniéndose en pie encolerizada, dispuesta a salir de ese sitio—. ¿Qué está haciendo vestido así, y metido en este lugar? ¡Está demente! —le acusó, apretando los puños y fulminándole tras sus lentes.

El conde se quitó la túnica, dejando ver un traje de montar color tierra y bordeó la mesa para pararse frente a ella.

—Te dije que no podías venir acompañada de ese mequetrefe y no me hiciste caso, ¿qué creías? ¿Qué me quedaría de brazos cruzados? —alegó con gesto exasperado—, ¡pues no! Ya te dije que, aunque no hicimos el anuncio oficial, eres mi prometida. Y ahora mismo volvemos a la casa —declaró, tomándola de un brazo.

—¡No, no iré con usted! No puede tratarme como si de un objeto se tratara, tampoco puede entrometerse en mi vida. ¡Vine con Henry, y con él me iré! —alegó furibunda, tratando de liberarse del agarre del conde.

—Ese pelele es tan ingenuo que se creyó el cuento que le eché y ahora debe estar de regreso a la casa —se jactó lord Vander con expresión maliciosa.

Abigail abrió la boca incrédula, y le reclamó, frustrada—: ¿Qué le dijo? ¿Por qué le engañó?

—Solo le dije que una de las criadas quemó su traje de gala, y debía ir a tomarse las medidas porque mi cuñada quería compensarlo con uno nuevo, y el muy lento salió apresurado. Así que, ya ves, te aprecia menos que a su vestuario, ¡y luego el amanerado soy yo! —se mofó el rubio.

—¡Eso es mentira! Henry jamás confiaría en usted, ni me dejaría aquí si sabe que me quedo a solas con alguien de su calaña, está mintiendo — reprochó Abby, liberándose por fin y retrocediendo un paso.

—Bueno, está bien, no fui yo quien se lo dijo, fue mi hermano, ¿de acuerdo? —Se sinceró el conde, y encogiendo un hombro, agregó—: Pero el resultado es el mismo, la abandono aquí, y prefirió otra cosa antes que disfrutar de su compañía. ¡Ya ve! Por lo menos yo estoy aquí soportando su mal humor, su falta de simpatía y encanto —alardeó él.

—¡Nadie se lo pidió! Y al contrario de usted, yo me niego a soportarlo. Es más, ya mismo me voy de aquí —jadeó, sintiéndose insultada giró hacia la salida.

—¡Espera! —La detuvo sin tocarla con su tono urgente cuando ya estaba por traspasar la tela que la separaba del exterior—. Tienes razón, milady, soy un bruto, estúpido, y todo lo que dices. Pero ya que he cometido esta locura, y que me he rebajado tanto, al punto de perder hasta mi dignidad, ¿considerarías quedarte y concederme el honor de estar a tu lado?

Abigail cerró los ojos unos segundos y se debatió en silencio. ¿Qué hacer, lo que su razón le indicaba o lo que su corazón traicionero no cesaba de gritar?

CAPÍTULO XIX

«En tus ojos encuentro mi paz.
En tus labios encuentro mi solaz.
En tus brazos encuentro mi hogar.
Eres lo máspreciado.
Eres lo más añorado.
Eres lo más anhelado.
Eres quien invade mis sueños.
Eres quien subyuga mis sentidos.
Eres quien domina mis deseos.
Haces que mis miedos desaparezcan con la luz de tu alegría.
Haces que las notas de mi corazón suenen con la más hermosa melodía.
Ya no quiero apartarme.
Ya no puedo marcharme.
Te necesito para seguir.
Te necesito para vivir.
Tú, eres protagonista de este cuento sin final.
Tú, eres la única persona en mi mundo ideal.
Tú eres el motivo, eres la razón, eres el amor».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

—¡Jamás volveré a seguir a tu hermano en ninguna de sus estúpidas ideas! —
dijo indignado Maxwell, azuzando su montura.

—Bueno, no puedes negar que la mujer tenía su encanto —argumentó
Marcus conteniendo su hilaridad.

—¿Encanto? ¡Esa anciana me ultrajó! Colin me las pagará, todavía siento
las manos huesudas de esa señora en mi trasero —se quejó el conde con el
rostro descompuesto.

Marcus y Alexander se miraron, y al recordar cómo su hermano había logrado ocupar el puesto de la adivina, intercambiando su lugar por una petición de la anciana, estallaron en carcajadas que parecían interminables.

—¿Y el beso que tuviste que darle, cómo fue? Te vi muy apasionado, amigo mío, creo que eres mi nuevo héroe. Esta historia debería ser contada por los mejores trovadores —se burló el duque.

—Son unos imbéciles. Si dicen aunque sea una palabra sobre esto, juró que haré de sus vidas una pesadilla. Y con respecto al traidor de tu mellizo, puedes decirle que le retiro mi amistad. ¿Cómo pudo hacerme creer que la anciana estaba desvanecida, y luego encerrarme con ella en ese mugriento carronato? ¡Eso es traición! ¡Y ustedes son cómplices! Me vuelvo a la ciudad, me cansé de soportales —reprochó airadamente Luxe, y luego se adelantó hacia la casa.

—¡Nosotros estábamos cumpliendo la orden de espantar a Wallace, no puedes culparnos por el hecho de que la mujer eligiera tu trasero como el más apetecible! —exclamó Marcus, viendo la figura rígida del conde alejándose a galope.

—¡No seas llorica, inglés, después de todo un poco de cariño no se le niega a nadie! —vociferó Mcfire entre risas que contagiaron a Marcus.

—Puedes probarte este, milady —dijo el conde cuando se detuvieron a curiosear un puesto de sombreros, acercándole un modelo que el vendedor le ofrecía.

Después de la petición del caballero para que se quedara, ella había decidido arriesgar y acceder a pasar un tiempo junto al rubio. No sabía si había tomado la mejor decisión de su vida o la peor, pero la mezcla de súplica, esperanza y vulnerabilidad que había escuchado en la voz del conde le hicieron imposible negarse.

Y allí estaban, por unos minutos se habían limitado a pasear en un silencio bastante incómodo, hasta que él tropezó con una piedra y trastabilló tan graciosamente que ella no pudo evitar soltar una risita. Después de eso, el ambiente entre ellos se había relajado considerablemente.

—Pruébelo, señorita —insistió el vendedor, que era un hombre mayor con un evidente tono francés.

Ella miró el sombrero con evidente duda. Estaba forrado con terciopelo negro, tenía una cinta de seda rosada rodeando la copa y un pequeño prendedor en forma de hoja color plateado en un extremo. Era bonito, pero ella no solía usarlos, y además debería quitarse la cofia y la capelina para medirlo, y no podía hacerlo.

—Dame, lo haré por ti —intervino de repente el conde, y tomando el sombrero, se acercó hasta detenerse frente a frente.

Abby le miró desconcertada por su actitud y su cercanía, y contuvo el aliento cuando él desajustó los lazos de su capelina y la dejó colgando en su espalda. Su cuerpo se tensó cuando su cabeza, cubierta por la cofia negra, quedó a la vista, pero no tuvo que detener al hombre, pues él posó los ojos en los de ella, que lo miraban boquiabierta, y guiñándole un ojo, le colocó el sombrero sobre la tela de redecilla.

Inevitablemente, ella se sonrojó ante el escrutinio intenso que el conde le prodigaba y la sonrisa cálida que le dedicó sin dejar de estudiarla.

—¿Por qué me mira así, milord? ¿Acaso nunca vio una dama con sombrero? —gruñó rodando los ojos, algo que una dama jamás debía hacer, pero ella intentaba ocultar su nerviosismo y mitigar las extrañas sensaciones que sentía bullendo en su interior.

—Claro, las he visto de todas las formas y colores. Pero definitivamente, nunca, ninguna de ellas logró que mi corazón latiera acelerado solo por verla —murmuró el conde, barriendo con su mirada celeste cada rincón de su rostro, deteniendo los ojos en sus labios que estaban entre abiertos y sorprendidos, y de los que escapó un jadeo cuando él tomó una de sus manos y la posó en su pecho—. Mira, siéntelo, late así por ti, Abigail, se acelera porque justo ahora le pareces hermosa, única y especial —siguió con voz cálida y ronca.

Abby contuvo el aliento, incapaz de decir nada. Tan movilizada estaba por lo que esas palabras provocaban en su propio corazón, que aunque una locura pareciese, su corazón latía al mismo ritmo desenfrenado que el del hombre.

El francés estaba hablándoles, pero ellos no podían apartar la mirada del otro, sumergidos en un extraño mundo donde solo había lugar para ellos dos y

lo que fuera que les mantenía paralizados, anhelantes, prisioneros uno del otro.

Entonces, todo el calor y la magia desaparecieron, siendo reemplazados por un frío helado que les devolvió a la realidad abruptamente.

—¡Oh, por Dios! Lo siento tanto, lady Abby, no la vi y, ¡oh, estás empapada! —dijo la señorita Meredith con un falso tono de arrepentimiento.

Ella apretó los dientes y se volvió a mirar a la rubia hermana de su madrastra, quien sostenía entre sus manos la copa de lata que convenientemente había derramado en su espalda, estaba acompañada por sir Fergusson y su madre. En su rostro había un falso gesto compungido, pero Abby la conocía lo suficiente como para saber que no estaba arrepentida en absoluto, y que su intención había sido vaciar su bebida sobre ella.

—¡Oh, enfermarás, prima! Creo que deberías regresar a la casa y cambiar esa ropa mojada. Sir Richard te acompañará —ordenó la señorita Meredith sin dar tiempo a que la contradijesen y la empujó levemente hacia el pelirrojo hermano de Briana, que le miró con un gesto de disculpa—. Mi madre y yo podemos con gusto hacerle compañía, milord —aseguró ella sonriendo y pestañando hacia lord Vander, que las observaba desconcertado—. Adiós, prima —dijo, y les dio la espalda, dejando como única alternativa al conde tener que ofrecerle un brazo a ella y otro a la suegra de su padre.

Abby frunció el ceño viéndoles alejarse, y mientras regresaban a la mansión en el carruaje de su cuñado, seguidos por su doncella, no pudo evitar el mal humor. No soportaba a la hermana de Melissa, que además de estúpida, era frívola, cruel y presumida, y le gustaba provocarla diciéndole prima, cuando no tenían ningún parentesco.

Bien, podría quedarse y pasar el resto del día con el conde, después de todo, ambos combinaban a la perfección, eran rubios, hermosos, encantadores, banales, superficiales, bobos, tontos...

¡Podían casarse, ser felices y comer perdices! A ella no le importaba un pimiento, no le interesaba en absoluto. Ella era alguien feliz y estaba conforme con su vida, con sus planes a futuro. Sí, estaba muy segura con su realidad.

Entonces, ¿por qué sentía el estómago apretado, un nudo en la garganta y los ojos le ardían? Público imaginario, guárdense sus comentarios al respecto.

Colin guiaba a las mujeres por la feria intentando ocultar su frustración. Había estado muy cerca de traspasar el infranqueable muro que la joven siempre erigía entre ellos, y tal vez demostrarle que él podía ser diferente, y todo se había arruinado.

La señorita Meredith le había dado a entender de maneras nada sutiles su interés por él, y para ser sincero, no podía negar que era una mujer hermosa. Ella ostentaba ese tipo de belleza exuberante y llamativa, lo que denotaba que, si seguía soltera era debido a que, como hija de un barón, buscaba cazar el mejor partido posible. Y parecía estar depositando su mira sobre él.

El problema era que, desde que su padre le había informado de que debía casarse, pasado el momento de enajenación y molestia, a su mente solo venía el nombre de una candidata, en sus retinas solo aparecía el rostro de una mujer, y ese era el de la pequeña Thompson.

Sí, Lady Esperpento, la florero, la huraña y mojigata casi solterona. Era la única dama con quien al cerrar sus ojos podía verse unido por el resto de sus días, con nadie más. Podían llamarle loco, tonto o desquiciado, pero Abigail Thompson, le atraía irremediabilmente, despertaba tantos sentimientos en él, desde ira, curiosidad, intriga y enojo, hasta locura, deseo, pasión y desenfreno. Y otras sensaciones que prefería no analizar en profundidad. Pero que, a pesar de sus reticencias, le dejaban claro que con ella como esposa, nunca llegaría hastiarse o aburrirse del matrimonio.

Él no quería como condesa a la belleza de ojos verdes, no, él estaba empeñado en atrapar a la fea de bellos ojos azules, y no pararía hasta conseguirlo.

Por la tarde, después del almuerzo al que no se presentó la nueva pareja de la temporada, Abby se refugió en la sala de música, y como solía hacer cuando cualquier cosa amenazaba su imperturbabilidad, se sumergió en las notas y melodías del piano, dejando a su mente volar y a su alma flotando, olvidando el tiempo y lugar.

—Magnífico —musitó de pronto desde la puerta, que no se había

percatado que habían abierto—. Sigues ejecutando *Claro de Luna* a la perfección —la felicitó su primo, adentrándose en la sala y sentándose junto a ella.

Abby sonrió sintiéndose complacida por el halago, pues Henry tocaba el piano increíblemente, y en el pasado había sido él quien la enseñó pacientemente. Él también le sonrió, y colocando su mano derecha sobre las teclas, inició otra pieza, que a pesar de su nombre, sabía era una de las predilectas de ella. Por lo que entusiasmada siguió el ritmo, tocando las notas que correspondían con su mano izquierda, y juntos ejecutaron la sinfonía.

Con cada nota la pasión los envolvía y tocaron como si fuesen uno, compenetrados al máximo, y sin darse cuenta, sus miradas se encontraron y Abby se sorprendió al ver en los ojos pardos de Henry un afecto y ardor intensos.

Wallace no apartaba la vista de sus labios, ocasionando que ella se pusiera nerviosa y fallara una de las notas, algo que provocó que el sonriese levemente y que ella se sonrojase. Entonces, justo en el momento en que la pieza musical llegaba a su fin, Henry tragó saliva, y levantando su mano libre tocó su mejilla, y acercó su boca a la suya, tan decidido que Abby solo pudo abrir sus ojos, pasmada.

—¡Bravo! —exclamó con tono frío y serio el conde de Vander, y Abby se sobresaltó y se apartó de su primo con las mejillas ardiendo—. Vaya, qué interpretación más formidable, déjenme felicitarles, no he oído nada que se le compare —prosiguió el hombre, encaminándose hacia ellos y apoyándose sin miramientos en el piano.

—Gracias, pero dudo que haya oído esta pieza antes, no es de las más populares sinfonías de Beethoven, esta sinfonía se titula... —contestó con evidente molestia Henry, el rubio le interrumpió.

—Patética. Así se llama, ¿no? Qué conveniente, pues esa palabra viene como anillo al dedo para definir lo que estoy pensando en este momento —contestó, su ceja arqueada y sus ojos celestes fijos en ella, taladrándole con ira.

Abby se estremeció ante la furia que percibió en el conde, pero no dispuesta a mostrarse amedrentada, se enderezó y levantó su barbilla desafiantemente.

—Qué bueno hayamos sido de su utilidad, milord. Ahora, si me disculpa... —espetó igualando la sequedad de su tono, ajustando sus lentes y levantándose al tiempo que su primo se apresuraba a hacer lo mismo.

—Te acompaño, querida —se ofreció Henry, e inclinó su cabeza hacia Colin cuando ella aceptó su brazo y giraron hacia la puerta.

—Milady —la llamó lord Vander cuando su primo había cruzado el dintel y ella iba a seguirlo—. Ya no esperes flores de romero, o rosas azules —le susurró de pie a su espalda—. He comprendido el mensaje, y que sepas que yo quería ser tu aliado, pero me has convertido en tu enemigo. Prepárate, pequeña, en esta guerra todo vale, y yo seré implacable —sentenció con tono letal.

Abby sintió un escalofrío recorrer su espalda, y rogando que su primo no hubiese oído nada, se apresuró a huir.

Esa noche se atrincheró en su cuarto, declinando asistir a la cena. Agradecía a Dios que la semana llegaba a su fin, tan solo dos días y las fiestas navideñas terminarían. Por su parte, solo debía mantenerse alejada del conde y del peligro que este representaba, pensó mientras comía algo ligero.

No podía ser muy difícil, le pediría a Clara y a las muchachas que la ayudaran, ellas eran las indicadas para mantenerla ocupada y apartada de ese sapo molesto. Sí.

Aún así, estaba segura de que pasaría la noche en vela rememorando todo lo vivido en la feria, cuando se percató estaba esbozando una sonrisa tonta. Una sonrisa que borró al repetirse en su cabeza la descarada amenaza que el rubio le había echado.

¿Estaban en guerra? Y peor, ¿ahora eran enemigos?

Enemigos de amor...

CAPÍTULO XX

«En la quietud de la noche, tu voz susurrando.
En la penumbra de mi soledad, tu nombre resonando.
En la sima de mi necesidad, tu aroma tentando.
En la cúspide de la pasión, tu piel quemando.
Ven, y explórame.
Ven, y sumérgeme.
Ven, y piérdeme.
Ven, y conquístame.
Esta es una guerra de ardor.
Esta es una batalla de amor.
Soy tu aliado, y tu enemigo.
Soy el vencedor, y el vencido».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

—¿Se puede saber por qué otra vez te has ausentado de la cena? —dijo Clara ni bien traspasó la puerta de la habitación de Abby.

Ella se volvió desde la posición junto a la ventana donde se hallaba sentada leyendo un libro, y miró con indecisión a su hermana, que ya tenía su ropa de dormir puesta.

—Nada, solo no me apetecía comer en compañía de tus invitados, ya ha venido padre a reprenderme e interrogarme, no me digas que harás lo mismo —se quejó rodando los ojos y apartándose un poco para hacerle lugar a Clara en el mullido asiento.

—Por favor, dime qué está sucediendo, desde la tarde de Navidad te estás comportando de una manera muy extraña. Nos dijiste que mi cuñado te había besado, pero que tú no le correspondías en su interés. ¿Estás segura? Porque hoy cuando regresaste de la feria parecías muy molesta y decepcionada. Y luego está Henry, sé que hubo un tiempo en el que te sentías atraída hacia él.

Pero si soy sincera, nuestro primo es demasiado parecido a ti como para que logre verlo como tu futuro esposo. Por otro lado, lord Colin, sé que puede llegar a ser irritante, pero creo que su irreverencia y su picardía, son un buen contrapunto para tu seriedad. ¿Me estás oyendo? ¿A caso no vas a decir nada? —espetó atropelladamente Clara, quien a pesar de no mostrar signos físicos aun de su embarazo, sí lo hacía en sus extraños cambios de personalidad.

Abby, que le escuchaba con los brazos cruzados, arqueó una ceja ante sus últimas preguntas, y antes de que pudiese responder que su verbosidad inusual no le había dejado oportunidad de abrir la boca, un golpe en la puerta se lo impidió. Algo resignada, se puso en pie para ir a abrir la puerta, pues ya tenía idea de quiénes estaban del otro lado.

—Buenas noches, miren lo que traigo —saludó Mary Anne sonriente en su camisón y bata gruesa de terciopelo púrpura, enseñando una tetera, de la que salía un vaho de humo.

—Es para mitigar este frío, esperamos no molestar —se sumó Brianna, que temblaba arrebujada en su chal, cargando cuatro tazas de porcelana pequeñas.

—Pasen, de todas maneras Clara está aquí y no podía conciliar el sueño —cedió Abby, dejándoles entrar, sospechando que aquella inesperada reunión era más bien una trampa para intentar enterarse de todo el enredo en el que se hallaban metidos el conde y ella.

Después de que las cuatro se trasladaran a la gran cama de dosel blanco y cortinas salmón, Mary procedió a servir el té humeante. Abby se llevó la taza a la boca, y al beber el primer sorbo, se atragantó sintiendo el líquido quemar su garganta.

—Por Cristo, ¿qué tiene el té? —balbuceó Clara, aclarándose la garganta.

—Eh... cómo el frío es muy intenso, le agregamos a la tetera que nos entregó la cocinera un poquito de whisky —explicó Mary con gesto travieso, bebiendo de su taza—. Pero puede que se nos pasara un poco la mano —comentó tosiendo bastante.

—¿De dónde sacaron el licor? —preguntó Abby ya recuperada.

—Lo tomamos prestado del cuarto de mi hermano. Solo espero no terminemos de nuevo borrachas y sin pololos —explicó Brianna ruborizada, y

las cuatro rieron divertidas.

—Bueno... entonces, dinos qué pasa entre el conde y tú. Durante la cena el caballero no cesó de mirar hacia la puerta, era evidente que esperaba verte aparecer, y por su gesto sorprendentemente serio, extrañaba tu presencia — inquirió con gesto emocionado Mary Anne.

—Aunque, por supuesto, la insufrible señorita Meredith se ocupó de acaparar la atención de lord Vander y no cesó de flirtear descaradamente con él, logrando que el conde finalmente la mirara, y hasta pasearon por el jardín. ¿Por qué siempre las damas bonitas logran lo que se proponen? ¡No es justo! —se lamentó la pelirroja suspirando, y de inmediato Mary frunció el ceño y comenzó a argumentar las cualidades de las damas como ellas, demasiado feas.

Mientras Brianna y Mary Anne estaban sumergidas en una discusión que no daba fin, su hermana la observaba seguramente tratando de descifrar más a fondo lo que le sucedía, ya que era muy difícil que ella se abriera lo suficiente como para contarlo. Sobre todo cuando ni ella misma lo comprendía. Un cruento debate se había desatado en su interior con solo oír la mención del conde disfrutando de la compañía de Meredith. Y era que no entendía por qué conocer ese hecho le hacía sentir un nudo en el estómago, y unas ganas repentinas de hundir la rubia cabeza de su prima política en la fuente más cercana.

Estos extraños sentimientos le hacían sentirse incómoda y extraña, ajena a sí misma, si era eso posible. Estaba confundida con respecto a lo que pensaba y lo que sentía hacia lord Vander, y por más que quisiera negarlo, aquello había comenzado desde el instante en el que él la había citado junto a la fuente en aquel baile.

De eso habían pasado unos meses, y sin saber cómo, su intolerancia, rechazo y antipatía hacia el caballero habían mutado en esa imposible mezcla de emociones y sensaciones, en las que a regañadientes aceptaba; estaban la atracción, curiosidad, deseo... Era mejor detenerse allí.

Con gusto en ese mismo instante abriría la ventana y se lanzaría por ella, pues justo ella, que nunca había sido dada al dramatismo, se sentía como la loca protagonista de una muy mala historia de amor.

¿Quién sería la perturbada mente que manejaba los hilos de aquella

paupérrima trama? Que alguien se lo dijera, para ir a decirle un par de cosas con su rastrillo a cuestras. Ya ni fea y florero se podía ser en paz.

La cuestión era que, después de las palabras que le había dirigido el conde, Abby se sentía perturbada, intranquila y ansiosa. Además de incrédula, porque que aquello estuviera pasándole precisamente a ella, que durante tanto tiempo había estado huyendo de tales situaciones y solo deseaba llevar una vida de solterona en tranquilidad, pero que desde que había puesto un pie en esa mansión veía ese cometido cada vez más lejano.

Y lo sucedido en la sala de música no hacía más que reafirmar sus resquemores, por un lado estaba Henry, con quien se sentía cómoda y también halagada por las atenciones que él le prodigaba, e incluso había llegado a sentir decepción al ser su beso interrumpido, pues deseaba saber si lo que había sentido en los brazos del conde era algo corriente, o algo único y especial. Y por otro lado estaba lord Vander, con quien se sentía como una balsa sacudida en una tormenta en mar abierto, sentía euforia, locura, desenfreno, y también miedo, el estómago revuelto y ganas de vomitar.

Una pregunta de Clara le arrancó de sus cavilaciones, y recordó que había decidido pedir la colaboración de la hermandad para poder mantenerse alejada del rubio los dos días que quedaban de esa eterna semana navideña. Más que nunca necesitaba toda la ayuda posible, puesto que no sabía lo que podía estar tramando el conde. Él le había hecho una abierta declaración de guerra, y en su mirada había podido observar determinación y rabia, mucha rabia.

Mientras tanto, en la biblioteca se encontraban los caballeros, y Colin despotricaba palabras contra el primo aparecido de las hermanas Thompson, al tiempo que Marcus y Alex observaban cómo el conde parecía estar perdiendo la cordura y trataba de desgastar la alfombra con su caminata ansiosa, lanzando de vez en cuando miradas a lord Luxe, que aún seguía molesto por lo sucedido en la feria y se había negado a involucrarse en ninguna, según él, trastada de Vander como condición para no largarse de la mansión.

Colin estaba más que frustrado, no entendía cómo todo parecía salirle al revés con aquella mujer. Tan pronto lograba avanzar un paso, que retrocedía

tres. Esa misma mañana, por un instante, sintió que esa rara conexión que habían logrado en esa conversación nocturna se repetía, pero al regresar a la casa, se había encontrado a la dama a punto de ceder a los avances de su supuesto primo.

Aquello le había hecho hervir la sangre de pura ira y demencial locura. Y había faltado poco para lanzarse sobre Wallace y propinarle una buena paliza, mas había logrado contenerse, pues que no quería darle a lady Abigail la excusa perfecta para rechazarlo y elegir a ese petimetre.

Pero eso no se quedaría así, ¡ya verían de lo que él era capaz!

— Entonces, ¿entraste en la sala de música y Wallace estaba besando a la muchacha? ¿Y no hiciste nada más que soltar una palabrería inútil? Si yo hubiese hallado a un tipo con las manos sobre mi mujer, como mínimo lo habría colgado de alguna araña por las pelo... —exclamó el duque desde el rincón en donde se hallaba despatarrado sobre un diván.

—¡Pero no es mi mujer aún! —le cortó irritado Colin, parándose a mirar al escocés—. Y además, no la estaba besando, los interrumpí en el momento preciso. Aunque ganas de matarlo no me faltaron. El muy bastardo tenía una mirada de satisfacción, y cuando se retiró con lady Abigail, me lanzó un desafío velado, llevándola como si ya fuese suya. Se cree su dueño, cretino presuntuoso y mediocre —escupió Colin reanudando su ir y venir acelerado.

—¿Y qué piensas hacer? Tal vez debas resignarte y aceptar que mi cuñada no te corresponde y, no sé..., apuntar tu interés hacia alguien más predispuesta, como la joven Gibson. Después de todo, el tiempo avanza, y padre está ansioso por verte asentado y comprometido —dijo Marcus, acercándose al aparador de licores para rellenar sus vasos y de paso ocultar su sonrisa. Era insólito ver a su mellizo en tal estado de desesperación y enamoramiento. La verdad había dicho eso solo para provocarle, pues si había alguien que nunca desistía, tenaz y testarudo, ese era Colin. Lady Abigail podría olvidarse de librarse del acoso de su hermano fácilmente.

—¡No me importa el ultimátum de padre! Y la mujer que quiero no es la señorita Gibson. Ese pelele no me ganará, me niego a entregarle a mi florero. Yo soy mejor que ese mequetrefe, soy apuesto, rico y encantador. No puede preferir a ese aparecido poco atractivo, en lugar de a mí, que soy el sueño de cualquier dama —renegó ofuscado su hermano.

—Bueno, pero eres más torpe de lo que pensaba —intervino molesto Maxwell—. ¿Acaso no te has dado cuenta de que ninguna de tus supuestas virtudes le llama la atención a la dama en cuestión? Deberías meditarlo y analizar que, tal vez, ella preferiría ver algo más real y revelador —sentenció con tono irónico Luxe.

Colin se paralizó, reflexionando en lo acertado de ese comentario, Maxwell tenía razón, hasta el momento no había hecho más que tratar de convencer a la joven a base de palabras. Definitivamente, el momento de demostrar sus intenciones con hechos había llegado.

—Muy bien... —aceptó, asintiendo con resolución—. Tengo un plan, y para llevarlo a cabo necesito de su ayuda —anunció, vaciando el contenido de su vaso a la vez que una sonrisa perversa aparecía en su rostro y se oía un coro de gruñidos exasperados.

—¿Oyeron eso? —preguntó Abby, agudizando el oído.

Sus amigas negaron, pero a ella le había parecido oír un estruendo y luego unas corridas.

—¡Oh! Ahora sí —exclamó con los ojos abiertos como platos Mary, al tiempo que las cuatros se sobresaltaban cuando el sonido se repitió.

—¿Qué fue eso? —dijo con aprensión Clara, abrazando su estómago.

—No sé, pero deberíamos averiguarlo —aseguró Abby, poniéndose en pie y tomando su bata gris para cubrirse.

—¡Abby, no! No salgas, podría ser peligroso. Mejor nos encerramos aquí —rogó con miedo Brianna, apretando sus manos.

—Aquí estamos en peligro también, si se ha metido un ladrón, lo primero que hará será intentar registrar los cuartos de las damas —negó ella, dirigiéndose a la puerta.

—Tienes razón, yo voy contigo, amiga —concordó Mary, y corrió hacia Abby, que ya abría la puerta con sigilo.

—Brianna, quédate con mi hermana, enciérrense mientras nosotras buscaremos ayuda —ordenó ella, silenciado las protestas de Clara, que nadie escuchó pues en su estado no podía arriesgarse.

Con el corazón acelerado, Abby salió al pasillo seguida de Mary, que llevaba un candelabro de mano con ella, pues el vestíbulo estaba en penumbras, algo que, además de acentuar su temor por resultar extraño que todas las velas se hallasen apagadas, también aumentaba sus posibilidades de tropezar con algún mueble y alertar de su presencia al intruso.

A primera vista todo estaba en orden, y ellas recorrieron el pasillo con tiento, esperando oír de nuevo algo que aclarase la procedencia del alboroto.

Entonces se oyeron unas corridas pesadas, amortiguadas por la alfombra, pero que claramente se dirigían hacia donde ellas estaban. Ambas se paralizaron e intercambiando una mirada de puro pánico, dieron la vuelta para regresar apresuradamente hacia su cuarto. No obstante, se habían alejado demasiado y los pasos se acercaban cada vez más.

—¡Ay, *Diosito*, nos matarán! Moriremos aquí, ¡moriré virgen y solterona!
—chilló Mary con terror, dando tumbos y dejando caer el candelabro.

—¡Mary, tranquila, debemos separarnos así tendremos más posibilidades de ir por auxilio! —susurró con urgencia Abby, tirando del brazo de su amiga para frenar su histérica huida, a pesar de que ella no estaba mejor—. ¡Rápido, escóndete allí, y cuando no escuches más nada, sal y busca ayuda! —le indicó empujándole hacia una puerta cerrada, tanteando por su parte el picaporte que tenía a su espalda.

Mary, a la que ya no podía ver el rostro, gimió y se perdió en una habitación y, ella se precipitó hacia el cuarto del que, por suerte, la puerta estaba sin llave, cerrando con urgencia y apoyándose contra la puerta de madera, con la respiración desbocada y los ojos cerrados de alivio.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo de pronto una voz de barítono muy conocida, haciéndola chillar espantada y abrir los ojos de golpe—. Pero qué deliciosa sorpresa —siguió diciendo el hombre desde algún rincón de la estancia, que permanecía en completa oscuridad.

Abigail se estremeció, y sin perder tiempo, giró y tiró del pomo de la puerta para abrirla, pero una fuerza superior provocó que esta volviese a cerrarse con ímpetu, frustrando su intento de fuga.

—Ah, no, tú de aquí no te marchas —le susurró la voz en el oído, a la vez que un fuerte cuerpo la aplastaba contra la puerta, inmovilizando sus movimientos, haciéndola contener el aire y sofocar un jadeo—. Por fin te

tengo donde más te quería, cariño, y voy a demostrarte lo que hago cuando mi máspreciado enemigo cae en mis manos —terminó él, provocando que toda su piel se erizara y un gemido torturado brotara de su interior, pues aún a través de su ropa de cama, pudo percibir el calor del torso desnudo del hombre apretado contra su espalda.

Ahora sí que estaba perdida. No solo había acabado en el territorio enemigo, la habitación del hombre más peligroso para ella y su cordura, sino que además, se había convertido en el botín de guerra de Colin Benett

CAPÍTULO XXI

«Oye mi voz que te llama en silencio.
Siente mi cuerpo que te desea en secreto.
Mira mis ojos que te acarician con pasión.
Toca mi corazón que te ama con devoción.
Estoy aquí, soy quien te piensa a cada instante.
Estás allí, eres quien me convirtió en un delincuente.
Soy el ladrón de tus pensamientos y deseos.
Soy el saqueador de tus pasiones y tus secretos.
Soy el dueño de tus suspiros y besos.
Un pirata de amor, el corsario de tu corazón.
Un poeta atormentado, el hombre enamorado».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

—¿Crees que con eso fue suficiente? Si hacemos más alboroto, se oirá en la otra ala de la mansión, y alteraremos a los demás huéspedes —comentó Marcus cuando se detuvieron para recuperar el aliento.

—Más bien pienso que esto es ridículo, solo a tu hermano puede ocurrírsele tamaño disparate —negó con mofa Alexander, siguiendo a su amigo, que había emprendido el descenso hacia el piso inferior—. ¿Por qué simplemente no me hizo caso y sacó a la muchacha del cuarto, la llevó al suyo, y consumó su unión? Así el padre no tendría más opción que aceptar el matrimonio, y ella también. Con el tiempo le perdonaría, las mujeres son blandas de corazón.

El conde se detuvo y le dirigió una mirada incrédula, luego retomó la marcha, negando divertido—. En primer lugar, eso sería un escándalo que arruinaría su reputación gravemente. En segundo lugar, tomar a la joven sin su consentimiento sería un acto atroz, digno de un hombre sin honor. Y por último, dudo que la dama en cuestión lo perdonara como dices, y como en este

caso hablamos de mi cuñada, te aseguro que no lo haría, y que mi esposa me colgaría de los cojones.

—¡Pero hombre! No me refería a que mancillara a la joven, sino que la convenciera usando el arte de la seducción —protestó el escocés cuando traspasaban las puertas de la biblioteca—. De todos modos, tu cuñada terminó en el cuarto de tu hermano, dudo que reciba solo palabras. Y a todo esto, ¿dónde se metió Grayson?

—Creo que se retiró, cuando comenzamos a correr lo perdí de vista. Debe seguir molesto por lo de la vidente lujuriosa —contestó riendo Marcus, acercándose al aparador que tenía allí, y maldiciendo al constatar que no tenía ningún licor de los que acostumbraba a beber.

—¿Vamos a tu despacho? —inquirió Alex al verle revisar las botellas.

—No podemos, mi suegro me pidió que se lo cediera para tratar un asunto con sir Wallace.

Un golpe en la puerta de la alcoba de Abby hizo que Clara y Brianna se sobresaltaran y se miraran con duda y temor. Cuando la llamada se repitió y además se oyó la voz amortiguada de Mary Anne llamándolas, ambas suspiraron aliviadas, y Clara se levantó para dejar entrar a la castaña. Ella traspasó la entrada, y sin mirarlas comenzó a caminar de un lado al otro, llevándose las manos a la cabeza, y murmurando exaltada.

—¿Mary? ¿Qué sucede? ¿Y mi hermana? —preguntó Clara preocupada.

—¿Por qué estás así? Dinos —pidió igualmente intranquila Brianna.

Mary se detuvo con las manos en las caderas, pareciendo terriblemente alterada, y dejó salir el aire, bajando su cabeza. Así estuvo unos segundos, y luego se volvió a mirarlas.

—Fue una falsa alarma, todo está bien, no hay intruso alguno —respondió, su rostro estaba pálido, aunque se veía más calmada. Sin embargo, sus ojos cafés las rehuía, concentrándose en todo, menos en ellas.

—Pero, ¿y el estruendo y las corridas que escuchamos? —terció confundida Briana.

—Eso era parte de un plan de lord Vander. Fueron tu esposo, Clara, y el

duque, quienes provocaron el alboroto —explicó Mary con tono vacilante, y un gesto distraído en su cara.

—Es decir que... casi morimos del susto ¿por nada? ¡Marcus me oirá! —exclamó molesta Clara, dirigiéndose hacia la puerta, donde se detuvo en seco y giró hacia la castaña—. Un momento, ¿y dónde está Abby?

—No lo sé, nos separamos al salir. Lo único que me dijeron es que el plan consistía en generar una distracción para que Abby saliese del cuarto. Lord Vander, que se había ido a vestir para la ocasión, pensaba interceptarla y llevarla al jardín —contestó acelerada.

—Entonces tu hermana debe estar ahora con el conde, Clara —dijo Briana levantándose para retirarse también.

—Es lo más probable —asintió ella, sintiendo una repentina inquietud—. Ya no estoy tan segura de lo que estamos haciendo. Los hombres no nos avisaron de esta estrategia. ¿Y si mi cuñado pierde la cabeza y hace algo inadecuado?

—Ay, no, Abby no nos lo perdonará jamás —se lamentó Briana.

—No se preocupen, nada malo sucederá. Lord Vander piensa proponerle matrimonio formalmente —las tranquilizó Mary, y las otras festejaron emocionadas, y entre risas abandonaron la habitación.

Mary Anne cerró los ojos aliviada, y suspirando siguió a sus amigas. En su interior agradeció a Dios, porque al menos Abby estaba por tener su final feliz, y también porque nadie le había preguntado dónde había estado ella y quién le había dado toda la información.

Colin podía percibir el temblor y el nerviosismo que se había apoderado del femenino cuerpo que tenía aprisionado entre su torso y la puerta cerrada. El plan no había salido como originalmente lo había pensado, pero el resultado era mejor y mucho más adecuado para lo que tenía en mente hacer.

—Le exijo que me deje salir, milord —ordenó con voz temblorosa pero cortante la joven.

—Eso no será posible, ahora eres mi prisionera, estás en mi territorio y las órdenes las doy yo —terció el noble flexionando un poco los brazos que tenía colocados a cada lado de la cabeza de ella, para susurrar esas palabras.

—¿Qué pretende, milord? ¿Acaso busca comprometerme? ¿No es capaz de aceptar una negativa? Le he repetido hasta el hartazgo que no quiero nada con usted —espetó intensamente.

—Y yo te he dicho que serás mi esposa. Puedo aceptar un no, pero uno que me sea dicho con sinceridad y no producto del orgullo y la cabezonería —replicó Colin, pasando la nariz por la suave piel de su nuca, provocando que el vello de la joven se erizase y su pulso latiese desbocado.

—¿Si hay alguien testarudo y necio aquí, es usted! ¿Por qué insiste en esta intención absurda de convertirme en su esposa? ¿No se da cuenta de que no tenemos nada en común, de que usted no me interesa? ¡Busque a otra dama! Con seguridad usted encontrará más de una bien dispuesta. Pero a mí, ¡déjenme en paz! —exigió Abby girando para enfrentarle, tratando de que sus piernas le dejaran de temblar, y de que su cuerpo no se debilitara por la ardorosa cercanía del conde. Su cuerpo era débil y traicionero, pero su mente no, o eso creía.

Colin se quedó viendo sus grandes ojos azules, y por más que la dama lo negase, pudo ver cómo su alma reflejada en ellos desmentía sus airadas palabras. De improviso le arrancó los lentes y los dejó caer, y antes de que ella pudiese reaccionar, cerró el poco espacio que los separaba y la besó.

Solo con tocar sus labios el fuego los envolvió, y sus bocas se acariciaron con frenesí. Él tomó su nuca para acercarla más, y con la otra mano presionó su mejilla, instándola a dejarse adorar, a dejar que entrará y tomará posesión de su deseo.

Abby gimió dulcemente, sin ser consciente, elevó sus brazos y rodeó los hombros masculinos, fundiendo su cuerpo con el del caballero, tal y como su boca y su ser lo hacían.

El beso se volvió febril e interminable, un intercambio de adictiva pasión, tan poderoso que ambos olvidaron el tiempo y el lugar. Las caricias se incrementaron, debilitando su voluntad y razón.

Hasta que unas voces femeninas provenientes del pasillo rompieron la burbuja en la que se hallaban sumergidos, y Colin, aferrándose al mínimo autocontrol que conservaba, separó sus bocas, pero no se alejó, sino que reposó su frente en la de ella sin abrir los ojos, sintiendo la respiración agitada de los dos.

—Ahora repite lo que acabas de decirme, milady. Atrévete a afirmar que no te intereso, que no sientes nada por mí, que no acabas de vibrar de deseo entre mis brazos, que tu cuerpo no reconoce al mío, y tu corazón también. Hazlo, y conviértete en la mayor mentirosa y cobarde de Inglaterra —murmuró, taladrándola con una mirada ardiente y posesiva.

Abby tragó saliva y abrió la boca para desmentir aquello, pero no fue capaz de emitir más que un jadeo estrangulado, pues el conde estaba depositando suaves besos en cada porción de piel que tenía a su alcance.

—No puedes hacerlo, porque me deseas, me anhelas y necesitas, tal y como yo a ti, Abigail —siguió con voz ronca—. Ya no lo niegues, no lo busquemos, no lo imaginábamos, pero sucedió, es real. Tan real como el hecho de que no permitiré que te cases con Wallace, ni con ningún otro. Eres mía porque así lo decidió el destino, no quiero a ninguna otra dama, y no me rendiré hasta que seas mi esposa.

—Se ha vuelto loco, esto... esto no es más que una insensata atracción. Una locura que no causará más que dolores de cabeza, usted y yo no estamos hechos para estar juntos —argumentó desesperada, sofocándose cuando él levantó su cabeza y le dedicó una sonrisa traviesa, teñida de desafío y determinación—. Debo salir, hay un intruso en la mansión, los demás pueden estar en peligro —insistió impaciente, alterada.

—No existe tal intruso, no te alarmes. O más bien, preocúpate, sí, pero por otro especie de ladrón, uno que está empeñado en saquear todos tus tesoros, en poseer cada una de tus riquezas y en robar tus suspiros y anhelos —proclamó el conde en tono ronco, absorbiendo el estremecimiento que la recorrió. Aspirando el aroma que la piel de su cuello despedía, sintiendo su propia necesidad endureciendo su cuerpo, llevándolo a tal punto de ardor que dio un paso atrás, y notó cómo la dama soltaba el aire y movía su mano sobre el pomo de la puerta—. Corre si quieres, no será obligándote que lograré hacerte mía, te rendirás tarde o temprano. Corre, anda, pero no podrás impedir que te alcance, ni que me adueñe de tus deseos y de tus pensamientos. Cerca o lejos, lograré lo que quiero: descubrir tus secretos, someter tu pasión y ser el dueño de tu amor —sentenció con un brillo peligroso en sus ojos celestes.

Y Abby huyó. Su cuerpo se alejó presuroso, mas su mente y su corazón parecieron quedar presos en ese cuarto, en las manos de ese ladrón.

—¿Y esa sonrisa? —inquirió intrigado Richard, al ver aparecer en su alcoba a Henry, trayendo una botella y dos vasos con él.

—Son buenas noticias, viejo amigo. Hay que celebrarlas —declaró, dejándose caer en una silla y procediendo a servir el brandy.

—¿Y qu... qué te... tie... ne tan conten... to? —tartamudeó el delgado pelirrojo, aceptando el vaso y bebiendo con tiento.

—¡Lo he logrado!, mi tío me ha dado la autorización para cortejar a lady Abigail —respondió Wallace con evidente alegría.

—¿Y cre... crees que la dama te acep... tará? Sé, por mi... her... mana, que ella no de... desea casarse.

—Si así es, ya no tiene importancia. Hablaré con ella. Sé que se sentirá halagada por mi propuesta, siempre hemos congeniado muy bien —dijo encogiendo un hombro, echando su cabeza atrás para terminar su trago—. Confieso que me sorprendió ver el cambio en su aspecto, y que no fuese para nada la jovencita bonita que recordaba, pero tal vez un cambio de vestido y otro peinado logren amortiguar su falta de encantos. Y además, necesito casarme. Con ella como esposa, obtendré la parte de la herencia que no me corresponde al no ser hijo de Edward, y contactos útiles para mis negocios. Además de una buena mujer, agradable y correcta, que cumplirá con su papel de madre y futura marquesa a la perfección —alegó el hombre, y tras rellenar los vasos, brindó por sus futuras nupcias con el no tan convencido pelirrojo.

Celebraba haber dado el paso y asegurarse la mano de la joven. Claro que su tío le había dejado muy claro que, a pesar de aprobarlo como yerno, la decisión final le concernía exclusivamente a su hija, que él no intervendría para obligarla si ella no aceptaba el cortejo. Aquello, por supuesto, le pareció una locura, ¿qué clase de padre dejaba en manos de una cándida joven algo tan importante como su futuro? Aunque, lógicamente, se guardó su opinión y se limitó a asentir, prometiendo conversar con la muchacha.

Debía darse prisa, puesto que restaban solo dos días para finalizar la semana navideña. Tal vez podría acercarse a lady Abby al día siguiente, durante los juegos que tenía planeados lady Lancaster. Y el viernes, cuando

estuviesen en el baile que darían los condes para finalizar los festejos, hacerle la propuesta formal. Sí, eso haría.

Estaba seguro de que triunfaría en esa empresa, después de todo conocía a la dama, ella no era simpatizante de la frivolidad de alguna rama de la nobleza, y era contraria a sus costumbres ególatras e impúdicas. Tal y como él, sus formas de pensar coincidían, y solo estando loca podría dejar de ver los beneficios de aceptarlo como marido.

CAPÍTULO XXII

«Nunca antes mi pulso se había acelerado tanto, como cuando me pude ver en tus ojos por vez primera.

Nunca antes mi cuerpo se había encendido tanto, como cuando mis labios rozaron tu boca por primera vez.

Jamás mi razón se había debilitado así.

Jamás mi corazón se había rendido así.

Jamás mi alma se había entregado así.

Me has alcanzado, me has atrapado.

Me has conquistado, me has vencido.

Tengo miedo de mirarte, tengo miedo de escucharte.

Tengo miedo de sentirte.

Temo perderme en ti, y también encontrarme.

Temo recordarte a ti, y a la vez olvidarme.

Me da miedo el amor, pero sobre todo me da miedo amarte».

Extracto del diario *Memorias del poeta atormentado*.

Al día siguiente, Colin despertó con un humor inmejorable. Sentía que lo sucedido la noche anterior con lady Abigail les había dejado en un punto formidable, y determinante también, pues había quedado más que claro que existía algo fuerte entre ambos, una conexión poderosa y única. Sabía que tal vez la dama sentía aún resquemor y reticencia en lo que a un matrimonio entre ellos se refería, seguramente debido a que el trato entre ellos al comienzo no había sido el más amable, pero después de esas semanas en las que se habían acercado, ninguno podía obviar el sentimiento que estaba naciendo, y que a pesar de parecer algo imposible, sus personalidades se compenetraban y comenzaban a necesitar uno del otro.

Un calor se extendió por el pecho de Colin al caer en cuenta de hacia dónde le estaba llevando su reflexión. Era una sensación de repentina claridad

y desbordante felicidad. No sabía en qué momento había sucedido, ni cuándo había bajado la guardia, o si se había dado casi desde el inicio de todo aquello, pero era un hecho, una realidad, una gran verdad.

Estaba perdidamente enamorado de Abigail Thompson.

¡Y maldición, que eso lo asustaba como el demonio! Pero no cambiaría la dicha que ese sentimiento le provocaba en el corazón por nada del mundo.

Algo extraño sucedía. Lo percibía en el aire, en las expresiones de Clara y su padre. Incluso en los gestos con los que la miraron su cuñado y los amigos de este. Su hermana le había susurrando que en cuanto pudieran hablarían, y le dejó inquieta e intrigada después de aquello, pensando que tal vez ellos se habían enterado de lo sucedido en el cuarto del conde, aunque lo descartaba, pues de ser así, se habría armado un buen revuelo, y todo parecía tranquilo.

Ella no había bajado a desayunar porque estaba intentando tomar coraje y rearmar su máscara de imperturbabilidad y frialdad. Caparazón que por poco se había desmoronado cuando fue atacada sin piedad por lo que los besos, caricias, palabras y la presencia de lord Colin le había provocado. Y no solo en el cuerpo, sino en la mente, en los sentidos, en el alma. No podía seguir negando que, aunque su razón se esforzara en contradecir a su corazón, este ya no cedía en su empeño de hacerse oír y obligarle a admitir que sentía algo por el conde. Inexplicablemente, inimaginablemente, e insensatamente, se sentía más que atraída por ese hombre, no era solo ese extraño deseo que su cercanía le provocaba, no. Le quería, le anhelaba, y al parecer le amaba.

—¿Se ha aburrido del juego, Abigail? —preguntó Henry, quien no la había dejado de seguir desde que, tras el almuerzo, se habían trasladado al salón donde Clara había dispuesto diferentes juegos de mesa, cartas, dados, ajedrez.

—Eh... no, no. Disculpa, primo, me temo que estoy un poco distraída y te estoy haciendo perder esta mano —Desde hacía rato no podía concentrarse en lo que estaba haciendo por estar espiando a lord Vander.

El conde estaba sentado junto al fuego de la chimenea, llevando a cabo una partida de ajedrez, y su contrincante era nada menos que la señorita

Meredith, quien no cesaba de pestañear coqueta y lanzar risillas ante cada comentario que el rubio hacía.

Vander había perdido casi todas sus piezas, mientras que Meredith parecía ir ganando, algo que le hizo lanzar un bufido, puesto que era obvio que él la estaba dejando ganar adrede. Era un sapo rastrero. A ella no le importaba lo que estuviera compartiendo con esa boba, no le interesaba en lo absoluto. Además, ella estaba disfrutando de la interesante compañía de su primo.

—Milady, es s... su tu... turno —dijo sir Richard.

Y ella regresó la vista hacia sus cartas. No tenía idea de que estaba haciendo. Invariablemente, se ruborizó bajo las miradas curiosas de Briana, su hermano, y Henry. Pero, afortunadamente, la voz de Clara anunciando que las damas podían acompañarla para tomar una merienda, le salvó de aquella incómoda situación.

Colin suspiró en cuanto se vio liberado de la presencia de la señorita Gibson, y siguió con los ojos entrecerrados la salida de lady Abigail. Estaba que lo llevaba el demonio, la joven no se había dignado a mirarlo en todo el tiempo que duró el almuerzo y luego, ni bien traspasó las puertas del salón de juegos, dejó que el imbécil de Wallace la acaparara. El muy imberbe la seguía como un perro a un hueso, le llevaba para beber, y se encargó de erigirse como su compañero en todos los juegos que su cuñada había organizado.

Entonces, enajenado y tratando de disimular su mal humor, él no tuvo más opción que soportar la voz chillona de la señorita Gibson, y fingir que lo pasaba en grande junto a ella, aunque a duras penas logró no impacientarse cuando fue evidente que la muchacha no diferenciaba un alfil de un caballo, y menos pensaba lo suficiente como para llevar la partida más mediocre de ajedrez. Aún así, Colin sonrió y flirteó, decidido a demostrarle a la dama de la cofia que él también podía jugar ese juego.

No obstante, cuando el imbécil de su primo se acercaba demasiado a Abigail, con la excusa de llamar su atención, tocando su mano, tenía que reprimirse con cada nervio de su cuerpo para no cruzar el salón y lanzarse sobre el castaño. Y si no fuese por el imperceptible gesto negativo que Marcus le lanzó, quien jugaba junto a su esposa, Maxwell y la señorita Colleman, habría desatado una catástrofe allí mismo. Su hermano había estado a punto de

decirle algo importante, más en cada ocasión habían sido interrumpidos.

Al parecer, a la dama no le había quedado claro, que era suya, que sería su esposa y que no podía dejar que nadie, ningún otro hombre, se le acercase así. Pero ya se encargaría él de que lo entendiera a la perfección. Aunque antes tendría una que otra palabra con el honorable sir Wallace.

—¿Pero qué está sucediendo? ¿Por qué tienes esa expresión de preocupación? —preguntó Abby en cuanto se sirvió el té y pudo sentarse junto a Clara.

—Ay, Abby, hay algo que debes saber. Pero no sé cómo lo tomarás —murmuró su hermana, sonriendo al resto de las mujeres, que en ese momento se dirigían hacia ellas.

—¡Ya, dime! Me estás preocupando —susurró con aprensión.

—Bueno, verás, Marcus oyó de boca de mi suegro que... que padre ha aceptado un cortejo entre Henry y tú —informó Clara nerviosa.

Abby se quedó anonadada ante esa noticia. Henry estaba seriamente interesado en ella, y eso más que halagarla, le agobiaba. Es decir, ella no creía que las atenciones de su primo llegarían a ese punto, y menos ahora que lord Vander le había comenzado a perseguir con un ahínco inusitado. El rubio ya la había advertido, que no permitiría que ella aceptara a otra persona. Pero esa era una decisión que solo le concernía a ella y a su corazón. El problema era que ella, que siempre había tenido más que claro que nunca se vería atrapada en un matrimonio y una vida como las damas de su círculo parecían estar obligadas a vivir, en ese momento sentía que sus motivos y razones, esos que la habían ayudado a estar empedernida en mantenerse a salvo y en soledad, ya no le eran tan fuertes, no le parecían suficientes.

Colin Bennet... ¿Qué has hecho conmigo?

En cuanto los caballeros quedaron a solas, Colin se acercó a sir Wallace, quien se había instalado junto a la ventana y tenía la vista clavada en la nieve que caía incesantemente del otro lado del cristal.

—¿Quién eres, Wallace? —inquirió ubicándose junto al hombre.

Este se volvió a mirarlo con un gesto contrariado y confundido a la vez.

—No entiendo su pregunta, milord —contestó con acritud.

—Me refiero a que aparece aquí, y nada más llegar, comienza a meter su nariz en el territorio que no le pertenece —apuntó Colin, sonriendo con frialdad cuando vio aparecer la mueca de incomodidad y fastidio en el rostro del otro.

—¿Disculpe? —murmuró alzando una ceja, girándose del todo para enfrentarlo.

—Lo que oyó. Aléjese de lady Abigail y deponga lo que fuere que esté planeando hacer —agregó con tono letal.

—Pero... ¿Quién se cree usted que es para amenazarme? Usted no puede exigir nada, no es nadie en la vida de mi prima, no tiene derecho alguno. Mi tío sabrá que está usted intentando jugar con su hija —alegó tenso Wallace.

—Soy más de lo que cree. No me obligue a tener que demostrarle cuánto derecho tengo y hasta dónde soy capaz de llegar cuando alguien toca algo que es mío. Créame que saldrá más que lastimado de esa lección —siseó mordaz.

—¿Cómo puede insinuar algo así! Esta difamando a lady Abby, dando a entender que es una mujer de dudosa reputación, que se entiende con usted a escondidas de su familia. Que está teniendo una conducta reprochable y... —se indignó sir Henry.

—¡Cállese! O juro que olvidaré que somos caballeros y le romperé el cráneo. Lady Abby es la dama más digna y honorable que he conocido. Y también es la mujer con la que pienso desposarme —le cortó, apretando los dientes con furia y las manos en tensos puños—. Y se lo repito por última vez, no se acerque a ella, o aténgase a las consecuencias.

Marcus se acercó al notar su intercambio hostil y le puso con disimulo una mano en el hombro, instándole a conservar la calma. Ante aquello Wallace, que no apartaba la mirada desafiante de la suya, frunció el ceño, y sin mediar palabra, se alejó y abandonó el lugar.

Su hermano se puso frente a él y le pasó el vaso del que había estado bebiendo.

—Debemos hablar, pero no aquí, hay muchos oídos indiscretos —

comentó su mellizo, haciendo referencia al resto de hombres que conversaban cerca.

—Ahora mismo, sólo quisiera barrer el suelo con la cara de ese pelele —mascullo él, vaciando el vaso y arrugando el rostro cuando el coñac quemó su garganta.

—Hombre, debes calmarte. Nunca te había visto tan alterado —observó Marcus asombrado.

Colin se limitó a suspirar, y decidió retirarse a sus aposentos para intentar calmar la ira violenta que estaba haciendo temblar de rabia su cuerpo. Ese mequetrefe había logrado sacarlo de quicio, pero que se olvidase de lo que fuera que estuviese pergeñando, porque estaría condenado a fracasar.

Mientras se lanzaba desganado a la cama, pensó que, a decir verdad, nunca antes había sentido tanta furia por algo, ni una tan exacerbada ansia de posesión y celos. Jamás, había deseado tanto algo, ni necesitado de aquella manera como quería a Abigail. Pero, sobre todo, nunca había experimentado la presión que sentía en su pecho ante el temor de perder a una persona, a una mujer que, sin saber cómo, se había convertido en lo más importante de su mundo, en su todo.

CAPÍTULO XXIII

«E hicieron pacto,
porque él le amaba como a sí mismo».

Samuel 18:3

La mañana del último día de la semana navideña, Abby abrió los ojos y de inmediato los recuerdos de la noche anterior la invadieron. Ni bien recibió de boca de su hermana la noticia de que Henry quería cortejarle, se escabulló del lugar en cuanto pudo y se refugió en su alcoba hasta la hora de la cena, cuando salió en busca de su padre, al que le reclamó no haberla informado del pedido de su primo. Edward la tranquilizó al respecto, le dijo que había advertido a Henry sobre que solo ella tomaría la decisión final. Aquello, más que aliviarla, la acongojó aún más, pues no se sentía capaz de hacer una elección en ese momento en el que todo lo que sucedía con el conde había logrado desestabilizarla y hacerla replantearse su futuro, sus sentimientos y sus pretensiones. Pero sobretodo, lo que sentía cuando estaba con el rubio, cuando había estado entre sus brazos y experimentado aquellas nuevas e indescriptibles sensaciones, le habían hecho remover deseos y anhelos tan íntimos, tan arraigados, tan enterrados en lo profundo de su alma, que resucitarlos, cuando ya ni siquiera recordaba que existían, le asustaba como nada.

Con todo aquello en mente, apenas pudo concentrarse en la conversación de los comensales sentados junto a ella durante la cena, y prácticamente no tocó su comida. Tensa y nerviosa, mantuvo la vista fija en su plato, negándose a mirar en dirección a lord Vander, aunque sabía que él no dejaba de mirarla intensamente, al igual que lo hacían su hermana y sus amigas, y ocasionalmente sir Wallace. Ante tanta presión, buscó cualquier excusa y huyó del comedor antes del postre; por unos segundos deseó correr hacia la sala de música, para descargar la revolución en su interior en las teclas del piano, pero reprimió ese impulso, puesto que era arriesgarse a encontrarse con alguno de los dos hombres que habían arrebatado su paz, y no podía enfrentarles con su defensa vulnerable y diezmada. Así que emprendió la retirada y se encerró bajo llave

en su cuarto, negándose a responder en todas las ocasiones en las que su puerta fue golpeada.

Con el ánimo bastante bajo, llamó a su doncella y le pidió que le subiera allí el desayuno. En la noche se celebraría un baile al que estaban invitados, además de todos los huéspedes, la nobleza local y el resto de familia y amistades de Londres. Por lo que debía escoger un vestido para que fuera preparado para la ocasión.

Estaba terminando de desayunar cuando llamaron a la puerta y la criada se apresuro a abrir, se oyeron unos murmullos, y luego la muchacha regordeta, de sonrisa afable y cabello lacio rubio oscuro, cerró y se acercó extendiendo un papel hacia ella.

Curiosa, abrió el pequeño papel blanco, el cual no llevaba sello ni remitente.

Hoy amanecí recordando que me debes una prenda, milady, la cual nunca cobré. Así que ha llegado el momento de hacerlo.

¿Qué le parece si replegamos nuestra resistencia y nos encontramos en territorio neutral? Sin ataques, burlas, desaires, ni rastrillos. Solo tú y yo. Y nuestros corazones, que saben lo que desean más que nosotros mismos, más que nuestros prejuicios y nuestros temores.

¿Te atreves?

El corazón de Abby se había desbocado con solo leer las primeras letras. La misiva no tenía firma alguna, aunque no era necesario. Ella sabía quién la enviaba, era más que obvio. Y agregaba el lugar en donde la estaría esperando, junto al mirador del lago.

El reloj dio la hora, mientras ella se debatía ante el deber y el querer, el soñar y el temer.

Después de bajar de su caballo y atarlo tras el mirador, donde no quedaría a la vista en el camino, se internó en la pequeña edificación, la cual tenía en sus paredes de cristales follaje y hiedra, dándole una imagen de refugio aislado, y en su interior estaba amueblado con sillones tapizados color

ocre y decenas de almohadones azul real. En el centro, una mesa de hierro, y sobre ella jarrones con plantas coloridas, aunque nada de aquello llamó la atención del caballero, que no cesaba en su ir y venir acelerado y ansioso. Esperaba que la joven acudiera a la cita.

Sabía que era muy arriesgado, y también una locura. Pero necesitaba verla, no había podido conciliar el sueño debido a lo que había escuchado, y al gesto decaído y en cierto modo atormentado que había podido vislumbrar en la cara de la dama, a pesar de que ella rehuyó su escrutinio, el de todos, para terminar abandonando el lugar con prisas. Su actitud no había hecho más que reafirmar su temor y confirmar el rumor que había oído. Temía perderla antes de siquiera haber podido demostrarle cuánto le importaba, cuánto le necesitaba.

Y allí estaba, dispuesto a enfrentarla, a exponer su corazón y aquéllos sentimientos que estaban floreciendo desde hacía demasiado tiempo. Ya no quería ocultarse, deseaba que ella pudiese verle tal cual era, un hombre defectuoso, vulnerable, muchas veces errado y perdido, pero también un hombre solitario, temeroso, deseoso de amor, de un hogar, deseoso de amar.

Si después la dama decidía que él no era lo que quería para sí, que no era suficiente bueno, no sabía lo que haría. Pero rendirse no, eso jamás, eso solo si le arrancaban el corazón y con él la vida, de otra manera era imposible que él renunciara a ella. Solo un imbécil le daba la espalda al paraíso cuando ha vivido en el infierno por tanto tiempo.

El ruido de unos cascos de caballo aproximándose le hizo detenerse y asomarse con tiento para comprobar la identidad del recién llegado. Su estómago se contrajo de anticipación y emoción cuando confirmó de quién se trataba.

Ella rodeó la estructura y saltó de su montura, para dejarla sujeta junto a su semental. Después miró hacia la entrada del mirador, y tras respirar profundo y dar una mirada en derredor, se dirigió en su dirección. Él, rápidamente, soltó la hiedra y retrocedió para sentarse y tomar una postura relajada y casual, intentando no parecer tan desesperado como estaba.

El aire se impregnó con esa esencia única y exquisita que la caracterizaba, esa que a menudo atormentaba sus sueños y él, fingiendo tranquilidad, levantó su cabeza y encontró esa mirada azul, que ya no negaba,

amaba.

—Lady Abigail —suspiró para su vergüenza con tono anhelante.

—Lord Colin —farfulló ella, sorprendiéndole con su respuesta tímida y su sonrojo delatador.

—¿Nadie les vio abandonar la propiedad? —preguntó con una ceja arqueada Clara.

—No, me aseguré de ello, pero no salgas de aquí. Así, si alguien pregunta por tu hermana, pueden decir que, como amaneciste indispuesta, pediste que te hiciera compañía —dijo Marcus, terminando de abotonar su saco.

—Está bien. He mandado llamar a las muchachas, también. Solo espero que esto salga bien, que ellos puedan entenderse y ver que están hechos el uno para el otro —suspiró la muchacha, acariciando la incipiente redondez de su estómago.

—Lo harán, ratoncita, no te preocupes. Cuando el amor es verdadero, tarde o temprano hasta el más resistente se rinde, mira cómo nos venció a nosotros —replicó el conde, yendo hacia su esposa que aun reposaba en la cama, sellando con su boca esa feliz declaración.

—¡Maldición! Así que aquí venías con tanta prisa, prima —murmuró con irritación sir Henry, deteniendo su caballo tras la hilera de árboles que bordeaba el lago ahora congelado para evitar delatar su presencia. Había visto salir a la joven sin carabina, y de inmediato había sospechado que algo extraño sucedía. La siguió sin que nadie se percatara, y tamaña sorpresa se llevó cuando lo que pensó era una imprudente escapada, terminó siendo una impúdica cita clandestina.

Con los dientes apretados, observó el cuerpo delgado de la joven perderse tras el follaje del mirador. La mujer resultó ser todo lo opuesto a lo que imaginaba. Y no era nada favorable el cambio, más bien todo lo contrario. Gruñendo, se alejó del bosque con la mente trabajando intensamente. No iba a delatar a la pareja, eso solo perjudicaría sus planes. Él estaba sinceramente

interesado en Abigail, sabía que serían un matrimonio adecuado, que él era la persona correcta para ella. No la lastimaría, ni exigiría ser más de lo que pudiera ser. Solo esperaría, a cambio, contar con su aprecio y compañía. Si lo pensaba en profundidad, él siempre había estado solo, no tenía más familia, y a veces la soledad era un peso demasiado duro de llevar.

Su prima tendría junto a él estabilidad y seguridad. No podía arriesgarlo todo por un hombre que no era más que un mujeriego. Y menos le elegiría cuando supiese lo desleal e inescrupuloso que era el conde de Vander.

—Milord, solo he venido para decirle que, lo que sea que esté pasando, debe terminar. Yo... no puedo, no debo, no quiero —empezó Abigail cuando resultó evidente que el caballero solo podía estudiarla con ardor.

—¿En serio has venido solo a decirme que me aleje de ti? —preguntó el conde con expresión seria.

Abby asintió, pero no fue capaz de sostener su mirada celeste teñida de escepticismo.

—Pues no te creo, milady. Sé que tienes dudas e incertidumbre, yo también las tenía. Pero también sé que lo que me estás diciendo no es lo que en realidad sientes —replicó con rotundidad.

—Está usted muy seguro de sí mismo, pero yo no soy como las mujeres a las que acostumbra a conquistar, milord. Yo no estoy hecha para esto, no entiendo en qué momento pasó usted de detestarme a pretenderme. No es lógico, no es posible, no es real —negó ella con tono angustiado.

—No puedo responder cuándo pasó, ni cómo sucedió, Abigail. Pero eso no hace menos cierto el hecho de que me enamoré de ti, ni menos verdadera la certeza de que eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mis días. La única que deseo, la que necesito, eres por quien estoy dispuesto a todo. Solo tú —declaró Colin, incapaz de refrenar lo que sentía por la joven.

Ella contuvo el aliento, y a pesar de que llevaba sus lentes, pudo ver cómo sus ojos se empañaban y una lágrima rodaba por su mejilla.

—No. Yo no soy esa mujer de la que habla. Yo... usted, ninguno somos lo que el otro esperaba, ni si quiera lo que imaginábamos —negó con enojó,

secando sus lágrimas y tapando su rostro con sus manos temblorosas le rogó —. Por favor, olvida esta locura, no me hagas esto. No lo soporto. Vete y no vuelvas a acercarte jamás. Olvídame, desde este momento haré lo mismo. Hay cosas que son imposibles, que es mejor que nunca se vuelvan reales, porque harían un daño irreversible... ¡Por favor!

Colin la observó intentando contener las ansias de abrazarla, de consolarla y hacerle entender que era demasiado tarde para escapar de lo que les ataba mutuamente. De lo que les unía irreversiblemente.

—¿A qué le temes? —inquirió Colin, después de que estuviesen sumergidos en un tenso silencio.

La joven se removió en su lugar, desde donde pretendía mantener la distancia y resistir la tentación, y bajó más su cabeza.

—No estoy segura —murmuró, apretando entre sus dedos enguantados la falda de su traje de montar marrón. El sombrero de terciopelo del mismo color, que antes ocultaba su cabello cubierto por una cofia negra, reposaba junto a ella.

—Yo le temo a la fuerza que me hace sentir por ti lo que jamás había sentido antes. Una fuerza que me hace ser tan débil como poderoso al mismo tiempo, que me eleva y me hace sentir perdido a la vez. A eso le temo — confesó él, dejando que su voz ronca transmitiera el tumulto de emociones que se desbordaban en su interior.

Ella alzó la cabeza y sus enormes ojos le vieron con pasmo y emoción.

—Yo... es decir yo..., no lo sé —balbuceó tragando saliva, mientras sus miradas se enlazaban y parecían hablar por sí mismas.

Colin se puso en pie y obviando el nerviosismo que se apoderó de la dama, se arrodilló frente a ella quedando sus cabezas a la misma altura, sus cuerpos casi pegados.

—Tan solo debes dejar que hable tu corazón. Como yo he acallado mi razón, así debes hacerlo tú. Te lo pido, Abby, ten piedad y dime si tu corazón me corresponde. Solo necesito oír un sí de tus labios y te juro que nunca me apartaré de ti, seré tuyo para siempre, en cuerpo y alma. Dilo —susurró con ferviente necesidad él.

Mas no pudo continuar, porque los suaves labios de ella callaron su

súplica y encendieron su deseo como la madera enciende una hoguera.

El beso que compartieron fue más que un roce, más que una caricia ardorosa, fue una declaración de amor, de rendición, de entrega auténtica. Fue magia pura, pasión en su máxima expresión. Y valió más que mil palabras, dijo más que la historia de amor mejor contada.

Se besaron lentamente, tan delicadamente y profundamente que pareció que, más que sus bocas, eran sus almas quienes se estaban tocando, reverenciando, amando.

Se besaron tanto, que no importó nada más para ellos, ni el espacio, ni el tiempo, ni siquiera ellos mismos, quiénes eran, quiénes pretendían ser, o quiénes esperaban que fueran.

Se besaron de tal manera, que ni el pasado, ni el presente, ni aún el futuro, tuvieron importancia en ese preciso instante. Solamente ellos y lo que creaban juntos, lo que su unión, las de dos seres que se encuentran tras de un largo invierno solitario, podían crear.

Se hicieron uno, experimentaron el poder del amor cuando es real, palpable, mutuo y correspondido. Sintieron en el cuerpo del otro, la materialización de la entrega absoluta, esa que trasciende las caricias y la lujuria.

Colin la recostó en el asiento sin abandonar sus labios y con manos temblorosas procedió a quitarle una a una sus prendas, intercambiando miradas penetrantes y caricias lentas y explorativas. Abigail se retorció bajo su cuerpo, jadeó con sus ojos cerrados y rodeó su espalda con sus delgados brazos instándolo a pegarse a ella. Ciego de pasión Colin bajó su cabeza hasta llegar a sus pechos expuestos y les rindió homenaje, lamió, mordió y succionó hasta que ella gimió sollozante y enloquecida de deseo, comenzó a tirar de las ropas que él aun conservaba pareciendo perdida y deseosa.

Se reconocieron, se desnudaron y se amaron sin medida, sin dudas ni reticencias. Se perdieron en el otro, con sus intimidades, con su esencia. Y después se encontraron nuevamente, para darse cuenta de que con ese acto sellaban el pacto más antiguo, una unión perpetua e irrevocable, un amor eterno.

CAPÍTULO XXIV

«Porque a mis ojos fuiste de gran estima, fuiste honorable, y yo te amé; daré, pues, todo por ti».

Isaías 43:4

Para la hora en la que se sirvió el almuerzo, Colin y Abby se encontraban nuevamente en la mansión, sentados en sitios opuestos en la larga mesa. Su cita clandestina, que había devenido sorpresivamente en uno de los momentos más importantes de sus vidas, había sido abruptamente interrumpida por un potente aullido, semejante al de un lobo, que oyeron provenir del bosque.

Abigail se sobresaltó al oír el extraño sonido irrumpir en la mágica burbuja en la que se hallaban, pero Colin se había limitado a gruñir, como si esa hubiese sido alguna especie de señal que, mientras ambos yacían abrazados sobre los mullidos asientos, demasiado afectados como para emitir palabra, hubiese estado esperando, y le informó que debían emprender el regreso. La joven se apresuró a colocarse sus ropas, agradeciendo que la cofia siguiese en su sitio, e intentando no quedarse viendo cómo él también se vestía, aunque con más parsimonia y sus ojos fijos en ella y su cuerpo. Las mejillas de Abby estaban intensamente ruborizadas y cuando se hubo adecentado lo más posible, se giró para salir huyendo del mirador, pero el conde la detuvo tomando su brazo con suavidad.

Entonces ella se dio la vuelta, levantó la vista y se encontró con su mirada celeste brillante, y una sonrisa maravillosa adornado el masculino rostro del noble. Él no le reprochó su actitud esquiva y recelosa, sino que tomó su cara entre sus manos con suavidad, y al tiempo que pasaba lentamente sus pulgares por sus mejillas arreboladas, se inclinó y depositó un fugaz y tierno beso en sus labios. Abby sintió nuevamente su estómago contraerse, y emitiendo un suspiro correspondió su gesto. Su boca parecía decirle que no estaba sola, que él estaba ahora con ella, que todo estaría bien. Fue un beso que, además de gustarle, le transmitió una paz y seguridad únicas.

Colin la había avisado antes de dejarla que se adelantará hacia la casa,

para evitar que algún curioso les viese llegar juntos, que esa misma tarde hablaría con su padre y pediría su mano, para poder anunciar su compromiso durante el baile de despedida, y ella abrumada y bastante desbordada, se había limitado a asentir, espoleando su montura.

Durante la comida, ella se esforzó por no hacer muestra del caos de emociones que sentía colapsando en su interior, y también de no dirigir ninguna mirada hacia el rubio. A pesar de que este no estuviera haciendo nada por ocultar su buen humor e interés por ella, sentía que la observaba todo el tiempo, y de manera excesivamente delatadora. Incluso, cuando ella aprovechó el recambio de platos para lanzarle una mirada de advertencia, el travieso conde había sonreído lobunamente y guiñado un ojo atrevidamente, para terminar emitiendo una carcajada divertido por el bochorno que la situación le causaba a ella. Abby no volvió a levantar la vista de su plato después de aquello, ni siquiera cuando Mary Anne intentó llamar su atención carraspeando varias veces, y su hermana le había pegado varios codazos disimuladamente. Sabía que Clara y sus amigas debían estar al tanto de su escapada, pues cuando regresaban vio a lo lejos al duque de Fisherton cabalgando más adelante, y dedujo que el escocés era quien les había llamado con ese sonido animal. Por lo tanto, el resto del grupo debía al menos sospechar que lord Colin y ella se habían encontrado a solas. No obstante, en aquel momento no podría soportar un interrogatorio de la hermandad, primero debía poner en orden el caos mental y sentimental que estaba transitando, y luego vería con qué cara se enfrentaría a las muchachas. Quizás después del baile les pondría al tanto, porque de hacerlo antes la volverían loca.

En cierto modo sentía arrepentimiento por haberse dejado llevar por sus sentimientos, cediendo ante el amor y el deseo, pues ella era mujer de firmes ideales, y consideraba que entregar algo tan valioso como su virtud debía hacerse dentro de un marco de compromiso real y legítimo como el que proporcionaba el matrimonio. No obstante, no lamentaba haber abierto su corazón y reconocido por fin que, a pesar de sus miedos, reticencias y determinaciones, amaba a lord Colin, y conocer y aceptar que el hombre sentía lo mismo por ella le producía una felicidad inmensurable.

Pese a ello, siempre había sostenido que los actos precipitados traían con ellos consecuencias. Solo esperaba que no fuera el caso y terminar lamentando lo sucedido en ese mirador.

—Entonces, lo lograste, ¡felicidades! Al final la monjita cayó bajo tu encanto, Colito. Después de todo, has demostrado que los de tu tierra no son tan torpes y palurdos como creía —dijo divertido Alexander, dándole una fuerte palmada en la espalda. Colin se tambaleó un poco por la fuerza del gigante, pero sin perder su radiante expresión. Rodó los ojos ante la pícara mofa del escocés, que movía las cejas con sorna, y siguió acomodando su pañuelo blanco frente al espejo.

—¿Estás seguro de que lady Abigail aceptará tu propuesta matrimonial? Que el padre haya autorizado una boda entre ustedes no significa que su enlace sea una realidad —inquirió con tono dudoso Maxwell, desde su posición junto a la ventana.

Colin le miró a través del cristal, y sonrió enigmático.

—Estoy más que seguro, querido Grayson, porque, a diferencia del pelele de Wallace, yo me encargué de primero obtener la aprobación de la dama y no tomé el camino fácil, que es arreglar con su progenitor —contestó procediendo a colocarse su saco blanco.

A pesar de que lord Garden había aceptado su solicitud gustosamente, también le había informado de que su sobrino había solicitado cortejar a su hija y él, obviando la ira que le provocaba conocer aquello, le había asegurado al marqués de que respetaría la elección de lady Abby. No le interesaba que Wallace se hubiese adelantado, pues sabía que una persona con la férrea voluntad y total determinación de Abigail apreciaría y valoraría que, en lugar de hacer lo correcto según el protocolo, se tuviese en cuenta primero su opinión y sus deseos. Además, lo sucedido unas horas antes no dejaba lugar a dudas sobre lo que Abigail sentía por él. Ya no había posibilidad de huir a sus sentimientos o de negar que sus destinos se hubieran sellado en ese mirador, ambos se habían marcado mutuamente, se habían elegido. Su piel se erizó con solo recordar la pasión y la entrega con la que la joven había vibrado entre sus brazos, y la locura, la devoción con la que él le había amado. Algo que por supuesto no pensaba relatar a sus granujas amigos, pues era algo que quedaría entre Abigail y él.

—Bueno, se te ve satisfecho y confiado. Les deseo felicidad en su futuro matrimonio, y una larga vida junto a la mujer que escogiste —respondió Max, vaciando el contenido de su vaso y perdiendo la vista en el suelo alfombrado.

Repentinamente su cara había adquirido un gesto pensativo y taciturno.

Alex y él intercambiaron una mirada perpleja, y él encogiéndose de hombros les hizo una seña para que abandonaran la habitación. Luxe iba vestido completamente de negro, y Mcfire con una casaca color verde esmeralda y pantalón gris a juego con su pañuelo.

No estaba nervioso sino expectante, ya que quería ver de nuevo a su futura esposa y poder por fin bailar con ella, conversar sin discusión o mal entendidos.

Mientras bajaban la amplia escalinata, palpó el bolsillo interior de su saco, rozando la pequeña caja que contenía el anillo que pensaba entregarle a lady Abigail cuando le hiciese la propuesta formal. Era zafiro ensortijado entre dos piedras preciosas, que pertenecía a las joyas de su familia y que habían llevado todas las condesas de Vander. Por primera vez ansiaba con absoluta desesperación que un baile comenzara, y ese pensamiento le hizo sonreír y sacudir la cabeza incrédulo.

—Abby, ¿dónde te habías metido? Te estuvimos buscando, te ves bien — le dijo Briana ni bien salió al vestíbulo para dirigirse al salón de baile.

—Eh..., por ahí, lo siento —se disculpó ella, rehuyendo al escrutinio de la pelirroja y la morena, que caminaban detrás de ella.

Lo cierto es que las había estado evitando, y lo había logrado gracias a que Clara había estado abocada a la organización del baile, arreglando asuntos de último momento, y el resto de los huéspedes ocupados en arreglarse para la velada.

Los nervios la estaban haciendo respirar con dificultad. Su padre la había puesto al tanto del pedido de mano del conde, y al parecer estaba complacido con él mismo, pues no se había demorado en enumerarle los beneficios de aceptar al hombre como marido. Abby se había limitado a asentir, prometiendo pensarlo. Y después se había arrojado a la cama y vuelto loca con las imágenes de su encuentro con el rubio, que no dejaban de bombardear su mente.

Las puertas del gran salón de baile se encontraban ya abiertas, y junto a ellas se hallaban Clara y su cuñado recibiendo a todos los asistentes. Su hermana estaba muy elegante con un vestido azul real, que combinaba con el atuendo de su marido.

Cuando les vio acercarse una mueca de preocupación tiñó su semblante, pero Abby, al notar que su hermana pretendía detenerla y tal vez interrogarla, se escabulló hábilmente, adelantado a las ancianas Benett, que estaban halagando a la pareja, y se adentró en la estancia decorada para la ocasión con telas y grandes candelabros desplegados por todo el lugar.

Las manos le sudaban dentro de los guantes cuando emprendió la caminata por un lateral del lugar, en el que había alrededor de doscientas personas, todas ataviadas con sus mejores galas, sobre todo las damas, jóvenes que lucían esplendorosas y extravagantes. Ella se acercó a su padre, que conversaba con el suegro de Clara y se quedó junto a él, intentando pasar desapercibida.

Estaba tensa e incómoda, ciertamente su vestido gris perla, que era de los más estafalarios de su guardarropa, no se parecía en nada al del resto de las damas, y menos su cofia gris con perlas.

Por primera vez, se dio cuenta de cuánto había descuidado su imagen en aquellos últimos años, y la inseguridad la invadió.

Suspirando, se reprendió a sí misma por encontrarse sintiéndose fuera de lugar y ridícula. La embargó la culpabilidad por estar anhelando parecerse a cualquiera de las jovencitas que pululaban allí, por desear verse bonita, y sí, especial.

—Un penique por sus pensamientos, milady —susurró una voz muy cerca de su oreja derecha y ella se sobresaltó y levantó la cabeza.

Con solo ver al conde mirándola sonriente, un brillo especial en sus ojos celestes, no pudo evitar ruborizarse. Su mirada la recorrió lentamente, bajando por cada rincón de su cuerpo, y Abby se removió inquieta y molesta por lo vulnerable que todo su ser sentía ante ese demonio con cara de ángel.

Esa noche en particular se veía devastadoramente apuesto. Tanto, que su corazón se había saltado varios latidos, y sus piernas habían temblado cuando le vio junto a ella. Acalorada, aprovechó que un lacayo pasó ofreciendo una copa, y aunque no era correcto que ella ingiriera champagne, tomó una copa y

bebió aceleradamente.

Él regresó la vista a su cara y no ocultó el ardor y la necesidad que sentía por ella. Al percatarse de su sonrojo y sofoco rió con sorna, esbozando una mueca engreída.

Abby se cruzó de brazos y comprobó que nadie estuviese al pendiente de lo que entre ellos acontecía. Podía haber cedido ante el encanto de Vander, pero el caballero no dejaba de irritarle con su descarado e irreverente comportamiento.

Sí, estaba enamorada de él, pero seguía deseando golpearlo con un rastrillo cuando se comportaba insufrible. Ella ya no era una inocente jovencita, pero el conde estaba comportándose de manera indecente y ella no sabía qué hacer cuando se comportaba como un depredador hambriento.

—Una vez le dije que no le conviene saber lo que pienso, milord. No querrá arriesgarse a saberlo —contestó, frunciendo el ceño levemente.

Lord Vander sonrió de lado y se acercó para susurrarle en tono travieso:

—Me gustan los riesgos y los desafíos, ya deberías saberlo, pececita.

Abby, que se había llevado la copa de nuevo a la boca para intentar ocultar su nerviosismo, se atragantó y por poco escupió el líquido al oír el apelativo con el que aquel atrevido hombre la había llamado.

—Milord... me estás... me estás... —balbuceó entre fastidiada y divertida.

—Me encanta cuando me fulminas con tus ojos así, es cuando más brillan y pierdes esa rigidez y contención que me saca de quicio. Me haces desear borrar ese ceño y besarte hasta que nada te quite la sonrisa —la cortó él, dejándola boquiabierta e impactada. El conde se aseguró de que sus progenitores no oyeran nada y susurró con arrojo y mirada intensa—. Aunque, pensándolo bien, nunca vi tus ojos brillar tan hermosos y maravillosos como cuando te hice mía.

Abby jadeó y le miró fijamente, anonadada, sintiendo su estómago arder, un leve mareo se apoderó de su cuerpo. Abrió y cerró la boca, temiendo desmayarse por primera vez en su vida, bajó los párpados para, al menos, dejar de ver todo lo que ese hombre le estaba diciendo sin hablarle, y vació el resto del contenido de su copa.

Afortunadamente, la orquesta que estaba apostada en una tarima en un costado de la estancia, y que hasta el momento solo había tocado suaves melodías, comenzó a ejecutar el primer tema de la noche, dando comienzo oficial al baile y liberándola de aquel brete.

Ella no bailaba, nunca lo había hecho en sus tres temporadas. Lo había evitado, valiéndose en su primera puesta de toda clase de argucias, y luego ya no se lo habían solicitado.

El conde hablaba con su padre, y Edward asentía ante lo que el rubio le decía. Pero ella, desbordada por lo que ese demonio le provocaba, no prestaba atención, pensaba en cómo huir de allí antes de que el hombre la desquiciara.

No estaba hecha para coqueto y el romance. Si no había insultos de por medio, se sentía incapacitada y fuera de su elemento. Ya estaba loca...

—¿Me hace el honor, lady Abigail? —dijo entonces lord Colin, disimulando muy mal su expresión perversa.

Abby le observó sin entender, y su padre tras carraspear, aclaró:

—Vamos, hija mía, lord Vander me ha pedido que bailes la siguiente pieza con él.

Ella quiso bufar, pero se contuvo al ver aparecer el gesto de advertencia en la cara del marqués, y uno de curiosidad en la de lord Windsor, por lo que gruñendo aceptó el brazo del rubio, y se encaminaron a la pista cuando sonaban los primeros acordes de un vals.

—Perfecto, te tengo justo donde quería pececita —murmuró Vander con una mueca satisfecha, mientras tomaban la posición de arranque.

—No me llames así, y juro que me las pagarás por hacerme bailar, Vander. Ya verás. Odio ser el centro de atención y... ¡oh! —El conde aprovechó un giro para pegarla a su cuerpo mucho más de lo que las reglas permitían, cortando la diatriba enfadada de la muchacha.

—Olvida al resto del mundo. Esta noche solo somos tú y yo, y lo que importa es que eres el centro de mi mundo, Abigail. La mujer que me ha cautivado, la dama de mi corazón. Mi pececita gruñona y arisca —susurró con voz ronca él, logrando que todo su enojo desapareciera junto con sus pensamientos, dejando en su lugar una emoción tan poderosa que sintió que

explotaría de amor y felicidad.

—Yo... —Abby vaciló, deseando poder darle voz a todo lo que ese hombre le hacía sentir, pero, al igual que esa mañana, no fue capaz de hacerlo. Solo le dejó llevarla por la pista, sumergida en los orbes celestes del conde, y en lo que su proximidad le provocaba.

Las últimas notas de la pieza sonaban, y ellos fueron disminuyendo la velocidad de sus movimientos, los cuales habían ejecutado casi sin pensar, como si sus cuerpos se hubieran compenetrado, guiándolos a la perfección.

—Espérame en un cuarto de hora en la biblioteca, necesito hablar contigo. Y no tengas miedo, lo que sucedió en el mirador solo te hace más honorable ante mis ojos, milady. Me diste lo más precioso que una mujer puede entregar a un hombre, y juro que daré cualquier cosa por ti, Abby. Por favor, no dudes de que haré lo correcto —le pidió en voz baja, acompañándola de regreso con su padre, y tras guiñarle un ojo, se marchó.

Abby siguió su retirada con los sentimientos a flor de piel, y entonces dio con tres pares de ojos que la observaban fijamente. Clara con una ceja alzada, Mary con emoción, y Briana con aprensión.

¡Rayos! Esa vez no escaparía del interrogatorio de la hermandad, pensó viendo acercarse decididas a las *D.F.*

CAPÍTULO XXV

«Las palabras de su boca eran más blandas que la mantequilla, pero en su corazón había guerra; más suaves que el aceite eran sus palabras, sin embargo, eran espadas desnudas».

Salmos 55:21

La biblioteca estaba iluminada y con la chimenea encendida cuando Colin traspasó el umbral, entrando en la estancia que tenía estantes repletos de libros tanto en el piso inferior como en el superior, decorada con sillones, candelabros y estatuas griegas de bronce bruñido.

Previo a constatar que la dama abandonaba el salón, simuló estar pendiente de la conversación de sus amigos y otros conocidos que habían llegado de la ciudad para asistir al baile, y en cuanto logró que nadie le prestara atención, se escabulló del lugar.

Una vez estuvo fuera de la vista de todos, apresuró sus pasos, pues se había atrasado más de lo esperado, y no quería exponer a Abby más de lo necesario.

Ella estaba sentada en uno de los sillones de cara al fuego, y no se volvió hacia él, a pesar de que el sonido que hizo la puerta al cerrarse resonó en el cuarto.

Su corazón empezó a latir acelerado cuando se acercó a ella y ocupó el asiento libre.

—Abigail, perdona el retraso. Tuve que librarme de lord Henderson, que insistía en comentarme sobre el coche de tiro que recientemente... —se disculpó, pero el gesto con el que la dama le miró acalló su explicación abruptamente—. ¿Qué sucede? —inquirió con preocupación, estirándose para envolver sus pequeñas manos entre las suyas.

Ella no respondió, sino que desvió su mirada hacia el suelo, y eso más que alterarlo le enterneció, ya que al parecer ella estaba tan nerviosa e intimidada como lo estaba él.

—Pececita, mírame —la llamó, dándole un apretón suave a sus dedos. La

joven suspiró y tras unos segundos alzó los ojos—. Mi corazón está corriendo tan rápido, que temo que quiere abandonar mi pecho y mudarse contigo definitivamente. Se lo reprocharía, pero ya sabes, el corazón doblega hasta a la mente más astuta —bromeó, sonriendo con amor, con ternura.

—¿Para qué me citaste? No puedo quedarme mucho tiempo, notarán mi ausencia. Mi padre me advirtió que no quiere escándalos. La familia se libró del ostracismo por los pelos, por el número que armaron mi hermana y el tuyo antes de casarse —dijo ella, y a Colin le divirtió ver lo mucho que todavía la joven se azoraba ante los gestos galantes.

—De acuerdo, milady. Uno quiere ser romántico y no lo dejan —se lamentó con fingido pesar, conteniendo la risa ante el bufido nada femenino que emitió la rubia—. Bueno, iré al quid de la cuestión —siguió, con sus ojos bailando y una mueca pícaro. Se levantó obviando la ceja enarcada de la joven, y sin soltar sus manos, hincó una rodilla en el suelo alfombrado, mientras Abby jadeaba y abría los ojos y la boca conmocionada—. Sé que no soy un príncipe de ensueño, que soy más bien el sapo del cuento, aunque uno hermoso e irresistible, por supuesto. Sé que no soy un perfecto caballero, y que mi trasero y tu rastrillo atestiguan aquello, pero me harías inmensamente feliz, si tú, mi fea preferida, mi esperpento más bonito, mi florero particular, aceptaras ser mi esposa.

El eco de su solemne y sentido discurso flotó entre ellos, al tiempo que Colin giraba la mano derecha de la joven, y tras abrir su palma enguantada, depositaba un precioso anillo de plata y zafiros enlazados en ella. Abby soltó un jadeo al ver la alianza y cerró los ojos con fuerza tras sus lentes.

—¿Aceptas casarte conmigo? —terminó él, con la voz enronquecida de emoción y una mirada expectante y esperanzada.

El silencio les envolvió unos segundos, en los que Colin no se permitió respirar, ni siquiera parpadear. Hasta que por fin la muchacha abrió sus ojos, y los clavó en él.

—No —contestó con voz fría.

Estupefacto, él la vio soltarse de su agarre y ponerse en pie.

—¿No? Pero qué estás diciendo... tú... ¿Has dicho que no? —balbuceó confundido, parándose también.

—Ya me oíste. Mi respuesta es no —repitió, extendiendo el anillo hacia él.

—No entiendo, creí que esto era una mera formalidad. Es decir, el compromiso ya lo sellamos esta mañana, cuando tú y yo nos... — cuestionó anonadado Colin, sin hacer amago de aceptar la joya.

—Olvida lo que sucedió —le cortó con tono duro, y tras dejar ella misma el anillo en su mano, retrocedió varios pasos.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Qué clase de broma es esta? —preguntó descolocado, tratando de acercarse, deteniéndose ante la mano que ella alzó para frenar su avance.

—Lo que oyó, milord. No acepto su propuesta, no quiero casarme con usted. Nunca lo quise, de hecho. Olvida lo que sucedió entre nosotros, yo haré lo mismo —contestó Abby, su cara endurecida en una máscara inexpresiva.

Colin se paralizó, demasiado aturdido como para reaccionar o cuestionar la estupidez que ella estaba diciendo.

—Abby... no comprendo. ¿Qué sucede?, si algo de lo que dije en la pista te ofendió, o quizás lo que mencioné hace un momento sobre tu aspecto, yo... ¡demonios! Sabes que es solo mi estúpido humor, no, no pienso ni siento eso. Tú sabes que me vuelves loco, que ardo con solo mirarte, que eres preciosa para mí, más allá de tu aspecto. —Su voz era suplicante, y a la vez intensa.

—No se disculpe, ni mucho menos pierda su tiempo dando explicaciones absurdas. Ya he dado mi respuesta a su petición. Ahora, si me disculpa, debo regresar al baile. Milord. —Sin demostrar ni un ápice de emoción, hizo una reverencia y se giró sin dudar hacia la puerta.

—Espera —exclamó el noble, saliendo precipitadamente tras ella, logrando detenerla antes de que girará el pomo—. Abby, aguarda —repitió, tomándola de uno de sus brazos y volviéndola hacia él—. ¿Dónde vas? ¿Piensas largarte así, sin más? ¿Crees que soy como el pelele de Wallace? — reprochó perdiendo la paciencia, desesperado por la actitud distante y cínica que ella demostraba.

—¡Suéltame! Ya te dije que no, Vander. ¿Qué más quieres de mí? Ya te he dado mi respuesta —le encaró, fulminándole con la mirada con aparente hastío, tirando de su brazo.

—¡No irás a ninguna parte hasta que me des una explicación coherente! ¿Qué diablos se apoderó de ti? Esta mañana te entregaste a mí, y ahora me haces este desplante. ¿Acaso enloqueciste? —inquirió molesto, dolido y confundido.

—Lo sucedido fue una insensatez. Cometí un error, el peor de mi existencia. Pero, gracias a Dios, recapacité a tiempo. No te debo una explicación, no te debo nada, Colin Bennett. Olvídate de mí y ya no vuelvas a acercarte de ninguna manera —rebatió Abby, librándose de su agarre con violencia.

—¿Un error? Estás loca si crees que aceptaré eso como respuesta. No sé qué rayos es lo que sucede contigo, pero es demasiado tarde para arrepentimientos. Tomé tu virtud, tú la entregaste. Haremos lo correcto. Si tengo que hablar con tu padre y confesar lo que hicimos, lo haré. No dejaré que cometas esta locura —advirtió Colin enfadado, interponiéndose entre la salida y ella, para impedirle la huida.

—¡No te atreverías! —exclamó indignada Abby, respirando agitadamente.

—Ponme a prueba querida, y verás. Demasiado indulgente ha sido el marqués contigo, tanto que te has acostumbrado a hacer a tu antojo, sin pensar en nadie más que tus estúpidas ideas feministas y tu irracional resentimiento con el mundo —la desafió Colin mordaz.

Ella contuvo el aliento, y con el rostro enrojecido y un ademán airado de su dedo, espetó:

—Escúcheme bien, Vander, porque será la última vez que me rebajaré a hablar con una alimaña como usted. Es un hipócrita. Justamente usted, el ser más superficial, egoísta y egocéntrico que he conocido, ¿me dice esto? No puede juzgarme, no tiene derecho. Ya no se esfuerce por aparentar conmigo, ¿tan necio es, que no se percata de que ya descubrí su juego, su verdadera intención? Nada que venga de usted me interesa. ¡Me arrepiento de haber creído en usted, de haber hecho oídos sordos a mi instinto, que me gritaba que estaba ante un completo canalla!

»Me arrepiento de haber acallado las voces que me repetían quién era, quién nunca dejaría de ser. El hombre que se burló cruelmente de mi hermana, el culpable de que ella fuese humillada, vituperada y burlada. El responsable de sus largas noches de lágrimas y sufrimiento. El autor de ese horrible apodo,

que hasta el día de hoy la persigue.

»¡Sí! Siempre lo supe, y por eso detestaba tu sola presencia. No sé en qué momento me dejé envolver por tu estúpido encanto, pero eso se acabó. Y entérate de que ¡te odio con todas mis fuerzas! Si quieres arruinar mi reputación, hazlo, no esperaré menos de un ser sin escrúpulos ni honor como tú. Pero le advierto algo, milord, no logrará su cometido, prefiero el exilio antes que unir mi vida a la de un ser cruel y perverso como usted. Su plan fracasó, vaya y busque otra inepta a quien embaucar con sus falsas promesas de amor. Después de todo, le quedan un par de meses antes de perder sus privilegios de caballero disoluto.

Colin sintió cada una de sus palabras como un golpe letal, su pecho quemó y un gran nudo de dolor se atravesó en su garganta. A pesar de que en un principio la mención de su hermana y el apodo logró desorientarlo, pronto recordó, y entonces una repentina claridad y entendimiento, y cada una de las respuestas que la joven había tenido hacia él cobraron por fin sentido.

Lady Ratón... El ultimátum de padre...

Una risa repleta de frustración, incredulidad y desesperación brotó de su interior, y negó repetidamente, sin apartar ni por un segundo su mirada celeste de los ojos rebosantes de rencor e ira de la muchacha.

—Tiene usted razón, lady Abigail. Usted es demasiado fea, como para que yo pueda profesarle siquiera un mínimo de afecto. Mucho menos alguien tan poco atractiva, ridícula e inadaptada, puede atraerme. Además, es tan excesivamente pretenciosa y pagada de sí misma, que cree que un hombre como yo es capaz de fijarse en tan poca cosa. No estoy tan desesperado, querida. No se crea tan importante. Fue solo un juego para mí, esta semana se estaba haciendo eterna, y con algo tenía que entretenerme. Pero ya me aburrí. Qué hastío, este drama que has armado —declaró con tono sardónico, su cara convertida en una mueca fría y altanera.

La joven le observó de hito en hito, llevándose una mano al pecho con el rostro pálido, el gesto demudado. Colin apretó los dientes, furioso al ver su reacción.

—¿Ese discurso te satisface? ¿Ahora sí encajo en tu modelo de hombre, que por ser apuesto y solicitado por las mujeres, necesariamente debe ser inescrupuloso y cruel? —inquirió impotente, mirándola con decepción—.

Puedo ser egocéntrico, banal, disoluto, todo lo que has dicho, pero hay algo que no soy, y eso es prejuicioso, hipócrita, y mentiroso. Nunca te he mentado, jamás te he engañado. No me defenderé, no intentaré convencerte de la verdad en lo que te demostré con mis actos muchas veces, y también con mi cuerpo, con mi ser entero. Y entérate de algo, milady, ahora soy yo quien no quiere casarse con una mujer como tú. ¿Encontraste la excusa perfecta para poder seguir escondiéndote bajo ese ridículo disfraz? ¡Felicitaciones! Sigue escapando, continúa juzgando al mundo entero por lo que tus ojos miran.

»¿Sabes algo? Eres tú quien no acepta su verdadera apariencia, eres tú quien mide a los demás por cómo se ven, quien juzga, sentencia y condena. ¿Quieres encontrar al culpable de tu amargura, de tu frustración y tus fracasos? Eso es fácil, quítate ese disfraz, y así tal vez la reconozcas, mirándote en el espejo. Si es que no la has matado, si es que aún hay algo que valga la pena allí debajo, allí dentro. No has de preocuparte, no te difamaré. Ni has de agobiarte temiendo que lo que hicimos produzca un fruto en tu vientre, tomé precauciones para que no sucediera. Te deseo una vida, ojalá la encuentres. Adiós, Abigail Thompson —terminó Colin retrocediendo, y con el alma rota y vacía, dio la vuelta y abandonó la biblioteca.

Abby esperó que la puerta se cerrara para derrumbarse y soltar las lágrimas que había estado reteniendo a duras penas. Su llanto brotó tan fuerte que creyó que alertaría a toda la casa. La traición del hombre al que le había entregado todo de sí misma, que mucho más que su inocencia, había dado su esperanza, su fe, su corazón, era tan dolorosa como para lograr que llorara como no se permitía desde que había perdido a su madre hacia tanto tiempo.

Le dolía el alma, le dolía respirar. Le dolía estar viva, le dolía no poder dejar de amar a ese hombre. Ni siquiera podía dejar de quererle después de enterarse de que la había engañado, la había elegido solo porque su padre le había dado un ultimátum. Y no era que le molestara que se hubiera acercado a ella por tal razón, lo que la enervaba era el hecho de que hubiera camuflado sus verdaderas intenciones con falsas palabras de amor. Con falsedades, mentiras destinadas a hacerla aceptar su propuesta matrimonial. Él sabía que no deseaba casarse, y por eso había buscado embaucarla y hacerla creer que la amaba cuando no era así, cuando solo le motivaba el interés.

Como a todos. Como al hombre que salió del rincón en donde había insistido en permanecer oculto, desde donde había sido testigo de todo.

Henry se detuvo a su lado, y sin decir nada le extendió un pañuelo, mirándola con gesto apenado. Él también buscaba estar a su lado por conveniencia, pero a diferencia de Vander, no lo ocultaba, no trataba de aparentar lo contrario. Era sincero.

Colin había jugado con ella, había pisoteado su corazón hasta hacerlo añicos. Le había arrebatado mucho más que su virtud, le había robado la dignidad, la paz.

Y eso no lo perdonaba ni lo perdonaría jamás.

CAPÍTULO XXVI

«En el agua se refleja el rostro, y en el corazón se refleja la persona».

Proverbios 27:9.

La semana navideña había llegado a su fin.

Desde la ventana de la habitación, Abby observaba taciturna y decaída la procesión de personas despidiéndose y abordando sus carruajes, que presurosos procedían a emprender la marcha por el largo camino, enmarcado de blanco y de cientos de copos de nieve cayendo incesantemente.

Colin se había marchado al alba. Lord Luxe y lord Fisherton se habían sumado a la partida.

Ella lo sabía debido a que su hermana la había informado al subir una bandeja de desayuno, obligándola a ingerir su contenido. Luego, Clara había tenido que bajar para despedir a los invitados, pero no sin antes advertirle que hablarían seriamente.

Abby se había limitado a asentir en respuesta, después de todo no podía huir a ningún sitio, ni tampoco quería hacerlo. Solo deseaba quedarse allí, aislada del mundo, aislada del sufrimiento.

La llamada a la puerta la hizo sobresaltar. Por unos segundos caviló la idea de no responder, pero desistió, suponiendo la identidad de quien llamaba. Por lo que le dio permiso a pasar con tono desganado.

La cabeza pelirroja de Briana se asomó por el resquicio de la puerta, su cara pecosa y sus ojos verdes examinaron la habitación hasta dar con ella.

—Buenos días, amiga mía, ¿podemos pasar? —pidió con timidez, y detrás de ella apareció el rostro redondo de Mary Anne, que la miró suplicante.

—Por supuesto, adelante — suspiró Abby, notando que ambas estaban vestidas con sus trajes de viaje, por lo que dedujo estaban prontas a abandonar la mansión.

—Anoche te comportaste muy extraño cuando nos acercamos a ti, y luego desapareciste. ¿Nos dirás qué está sucediendo? Bailaste por primera vez, ¡y

con lord Vander! Y también estuviste a solas con él antes, por la mañana, y... ¡uff, cómo te miraba el conde cada vez que ambos se encontraban en la misma estancia! Además... —soltó atropelladamente Mary Anne ni bien se hubieron sentado frente a ella, dejándola aturdida y mareada.

—Mary Anne... —La cortó Briana con tono de advertencia, colocando una mano en el antebrazo de la castaña, que se calló abruptamente y las miró avergonzada, aunque sus ojos delataban su ansiedad y su curiosidad—. Acordamos que no atosigaríamos a Abby, ni la presionaríamos con un interrogatorio —le recordó, mirando a la rubia con una mueca compasiva.

—Les deseo suerte con ello —dijo de repente la voz de Clara, y las tres dieron la vuelta hacia la entrada, donde su hermana mayor la observaba con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados—. Yo no pude arrancarle una sola palabra, y eso que recurrí a todos mis trucos. Tal parece que le comieron la lengua los ratones.

Abby rodó los ojos y le sacó la lengua en un gesto nada femenino que provocó la risa de las demás. ¿Estaría loca por divertirse aún cuando sentía como si le hubiesen arrancado el corazón y lanzado a un profundo abismo?

—Seguro algo tiene que ver el hecho de que lord Vander prácticamente huyera al amanecer —conjeturó Mary Anne.

—Y acompañado de sus amigos. No se quedaron al desayuno de despedida si quiera —agregó Briana asintiendo.

—Se despidió de Marcus. Mi esposo dijo que el conde parecía una sombra, no quiso dar explicaciones, simplemente se marchó de regreso a Londres —reveló Clara echándole una mirada acusatoria, puesto que seguramente adivinaba que algo tenía que ver Henry en el asunto.

Y no se equivocaba, pero no podía culpar a su primo. Él solo le había abierto los ojos, había evitado que siguiera engañada, y sobre todo, sabía que podía confiar en él. Henry había escuchado toda la conversación entre el conde y ella, se había enterado de cada escabroso detalle. Podía arruinar su vida con solo repetir una palabra, pero no lo haría jamás. Ni siquiera para lograr su propósito de casarse con ella. Lord Wallace era en muchas ocasiones frío, calculador, también estirado y un esnob, pero al menos era sincero; él no jugaba con los sentimientos de nadie, no fingía ser algo que no era, no prometía el cielo para luego sumergirte en el infierno.

Ella bajó la mirada y presionó sus manos, intentando ocultar el temblor que se había apoderado de su cuerpo con solo oír mencionar a ese hombre. Sentía que el nudo en su garganta se acrecentaba y temía romper en llanto en cualquier momento.

No podía permitirse aquello. Suficientes lágrimas había derramado la noche anterior, en la que después de salir de la biblioteca, había huido hacia allí tratando de no cruzarse con nadie y procedido a llorar hasta caer rendida y agotada.

Sus amigas se habían quedado en silencio desconcertadas por el repentino gemido que escapó de sus labios y por la manera brusca en la que se levantó y caminó hasta detenerse al otro lado del cuarto, en donde la ventana dejaba ver la playa y el mar revuelto.

—Todo terminó entre lord Vander y yo. Él intentó usarme, me... me hizo creer que había algo más entre nosotros, cuando la realidad era que solo buscaba una solución a sus problemas. Fingió ser lo que no era, para terminar siendo otro noble que ve el matrimonio como un acuerdo comercial. —Abby habló con tono quedo y amargo, sin volverse, rodeando con ambos brazos su cintura, intentando disipar el frío que sentía por dentro, en lo profundo de sus entrañas, en los resquicios de su alma lastimada—. Sé que puede sonar estúpido, que ese tipo de pretensiones es moneda corriente en nuestro círculo y que lo ha sido desde siempre. Pero, no es lo que quiero para mí. Me niego a ser el adorno de algún lord.

—Abby..., tal vez te estás precipitando —murmuró Clara.

—Eso es, quizás hay una explicación coherente. No puedes oír a cualquiera y creerle —agregó Briana.

—¿Al menos le diste la oportunidad de explicarse? —inquirió Mary Anne.

Ella soltó el aire, y descruzando los brazos, giró para enfrentar a sus amigas, que con esas palabras demostraban que sabían más de lo que decían.

—Me lo dijo alguien confiable. Confirmé la información con nuestro padre, Clara. Esta mañana cuando vino a despedirse, él ya lo sabía, se lo dijo el mismo marqués de Windsor. Además, Vander no lo negó cuando lo enfrenté. No hay más que decir. No fue sincero, me usó como un medio para obtener un fin. No quiero volver a tener algo que ver con él. Es mejor que ese hombre

prosiga con su banal vida, y yo me dedicaré a seguir con los planes que nunca debí haber postergado —espetó con voz dura y tajante.

Las tres damas la miraron con expresiones impotentes y desanimadas, pero en aquel momento apareció una doncella informando que la tía de Mary Anne, y sir Fergusson, esperaban por las muchachas para iniciar el retorno a ciudad.

La hermandad se despidió entre abrazos y promesas de mantener comunicación por carta lo que durara el invierno, pues Mary se marcharía a la casa de retiro de su padre en Surrey, y Briana se quedaría en la ciudad, en donde su familia poseía la única propiedad.

Las semanas siguientes transcurrieron para Abby con extrema lentitud. El clima empeoró, impidiéndole poner un pie fuera de la casa. Repartía su tiempo, entre la lectura, largas horas tocando el piano, y las veladas en donde el matrimonio y ella se sentaban frente a la chimenea a conversar sobre muchas cosas, por ejemplo la llegada del retoño de los condes, y la bonita forma redonda que había adquirido el vientre de Clara, además de entretenerse con algún juego de mesa.

Los únicos puntos de luz en sus días, que parecían grises, era la correspondencia que llegaba de sus amigas, y que su hermana y ella leían en voz alta. Briana les obsequiaba hilarantes anécdotas sobre su numerosa familia, y Mary no dejaba de sorprenderlas con su increíble capacidad para meterse en los aprietos más estrafalarios y peculiares desventuras.

Y también estaban los momentos de sombra. Los cuales sobrevenían cada vez que oía mencionar el nombre de determinado caballero. Por desgracia, eso sucedía a menudo, más de lo que hallaba tolerante, pues Marcus recibía cartas de Vander, en donde su mellizo le relataba sus fechorías y los estragos que estaba llevando a cabo en la ciudad, en donde parecía estaba disfrutando sus últimos días de soltería.

Claro está, Abby no se enteraba de las novedades de boca de su cuñado, sino que su hermana no perdía oportunidad para ponerla al tanto en cada ocasión que podía, ignorando el sobreesfuerzo que ella hacía para fingir indiferencia. Además de que el nombre del rubio no dejaba de salir a colación

cada dos por tres, estrujándole el corazón cada vez que lo oía.

Pasado un mes, Abby había comenzado a sentirse encerrada, y desesperada por regresar a su casa, ya que, no solo se sentía como un mal tercio entre la pareja enamorada, sino que ser testigo constante de su dicha marital le hacía dudar y replantearse la postura y reacción que había tenido la noche del baile.

Se sentía vacía, y además amargada, pues al estar resentida le resultaba duro ver la felicidad en los demás, y a pesar de alegrarse por ellos, sentía que eso nunca sería para ella. Y le dolía mucho más. Dolía haber tocado esa felicidad con los dedos, y que luego se la hubiesen arrancado cruelmente.

Henry la había visitado con asiduidad pretendiendo concretar un cortejo entre ellos, encontrándose con las continuas barreras y momentos de decaimiento que ella anteponía. En su última visita, él había dejado claro sus intenciones.

—Abigail —la llamó, haciéndola volver la vista hacia el hombre que tomaba el té frente a ella, se había quedado abstraída observando la nieve caer—. Te noto muy distraída, querida, ¿estás bien? ¿No estarás por enfermar, verdad?

—No, por supuesto que no. Estoy perfecta, solo un poco agotada —Se excusó, desviando los ojos de su inquisidora mirada avellana.

—De acuerdo. Entonces es una ocasión perfecta para plantearte un asunto que llevo semanas considerando —terció Henry, sorprendiéndola cuando se puso en pie y se sentó a su lado, tomando una de sus manos—. Abigail, no quiero seguir dilatando esto. Sé que tu padre habló contigo sobre un posible matrimonio entre nosotros. Quiero que sepas que me sentiría muy honrado si decidieras aceptar esa propuesta. Conmigo a tu lado no te faltará nada, llevaremos una vida amena, y me esforzaré para hacerte feliz a ti y a nuestros vástagos —declaró mirándola con seriedad.

Abby tragó saliva, un poco incrédula de estar viviendo una situación así por segunda vez, cuando ni siquiera lo había imaginado posible.

Su primo aguardaba una respuesta, y ella impresionada abrió la boca y la cerró nuevamente.

La voz del conde irrumpió en su mente, haciéndola cerrar los ojos y

comenzar a respirar aceleradamente.

«Sé que no soy un príncipe de ensueño, que soy más bien el sapo del cuento, aunque uno hermoso e irresistible, por supuesto. Sé que no soy un perfecto caballero, y que mi trasero y tu rastrillo atestiguan aquello. Pero me haría inmensamente feliz si tú, mi fea preferida, mi esperpento más bonito, mi florero particular, aceptaras ser mi esposa».

—Tranquila, querida. No debes darme una respuesta en este momento, esperaré lo que sea necesario —oyó que Henry decía, con tono preocupado—. Solo promete que lo pensarás con la cabeza fría. Tal vez te sientas inadecuada por lo que sucedió con... él, pero debes saber que a mí no me importa. Eres la mujer más honorable que he conocido y te guardo un gran aprecio, sé que casarnos es la mejor decisión que podemos tomar —terminó afable, dándole un apretón suave en las manos.

Abby asintió y le miró, examinando el semblante tranquilo del caballero, recordando cuánto le había gustado siendo más joven, y las lindas anécdotas que tenía con él.

«No puedo responder cuándo pasó, ni cómo sucedió, Abigail. Pero eso no hace menos cierto el hecho de que me enamoré de ti, ni menos verdadera la certeza de que eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mis días. La única que deseo, la que necesito, eres por quien estoy dispuesto a todo. Solo tú...».

—No es necesario que esperes, primo. Sería en vano, cuando puedo darte mi respuesta, la cual no variará ni hoy, ni mañana —dijo finalmente, tras suspirar profundamente y esbozar una triste sonrisa.

—Aquí estás —dijo Clara, sobre la melodía que estaba ejecutando en el piano.

Sin ánimos, ella interrumpió la interpretación y giró un poco la cabeza para mirarla.

—Han llegado noticias —informó su hermana, agitando una hoja abierta frente a ella.

—¿Tan pronto? Pero si las cartas que enviamos en respuesta a las de las

muchachas no deben haber llegado a destino aún, no la de Mary Anne, al menos. No me digas que es de Melissa otra vez —se quejó Abby frunciendo el ceño.

Su madrastra le había solicitado sin cesar que regresara a la mansión, pues quería comenzar a preparar lo necesario para la nueva temporada social que Abby debería transitar, y la que no tenía ni pizca de ganas de soportar.

—No, esta vez no se trata de las muchachas, ni de Melissa —negó Clara, su tono se tornó cauteloso y dubitativo.

—¿Entonces? —preguntó ella, más intrigada por la actitud misteriosa de la mayor que por la carta en cuestión.

—Es de mi suegra. Marcus y yo debemos preparar todo para volver a Londres hoy mismo —respondió.

—¿Sucedió algo con los marqueses? —inquirió alarmada Abby, sintiendo una repentina premonición que le hizo disparar el pulso.

—No, no algo malo, si a eso te refieres. Lady Anett me informa que nos esperan lo más pronto posible, ya que hay un asunto familiar —aclaró su hermana, desviando un poco la vista.

—¿Asunto familiar? —murmuró confundida ella.

—Sí, Abby. Lord Colin contraerá matrimonio —espetó Clara, mirándola con aprensión.

Abigail contuvo el aliento pasmada, desencajada, y tuvo que sostenerse del viejo piano, pues le sobrevino un intenso temblor.

—Yo... no..., ¡Oh, Dios! ¿Cuándo? ¿Con quién? —susurró en un resuello débil.

—El conde se casará en dos días con la señorita Meredith, Abby —declaró acongojada.

—¿Con ella? ¡Con ella! Entonces la hermana de Melissa logró su propósito. Conquistar a un buen partido, está bien. ¡Oh, demasiado bien! Hacen una hermosa pareja —exclamó primero incrédula y luego con contenida ira.

—Abby... —comenzó Clara apoyando una mano en su hombro, un brillo de pena teñía sus ojos grises.

—No te atrevas a compadecerme, como si a mí me afectara esa unión — ladró ella apartándose y estirándose para acomodar sus partituras, demasiado afectada para ser consciente de lo obvia que resultaba su tristeza y decepción —. ¡Porque no es así! Nada que tenga que ver con esa gente me interesa. ¡Ve, hermana! Y no olvides extenderles mi enhorabuena.

Su voz era un coro desesperado, por lo que comenzó a tocar el instrumento, fingiendo leer las notas, cuando tenía la vista empañada y no tenía idea de qué partitura estaba preparada.

Una lágrima rebelde resbaló por su mejilla, aunque había intentando detenerla, y una vez abierto el caudal de su desconsuelo, nada pudo detenerlo. Clara permaneció a su lado, escuchando la agónica canción que sus manos ejecutaban, y cuando sus dedos resbalaron sobre las teclas guiadas por su desenfreno emocional y erraron la siguiente nota produciendo un atroz sonido, su hermana la rodeó con sus brazos, y Abby lloró en ellos desconsoladamente.

Cuando los espasmos de su llanto cesaron, Clara se apartó y le extendió un pañuelo de seda elegantemente bordado. Abby lo tomó y lo usó ruidosamente. Su mirada recayó en el suelo alfombrado, en donde sus lentes habían caído, uno de los cristales se había quebrado. Se inclinó y lo puso delante de sus ojos, para revisarlos, podía ver su reflejo parcialmente en ellos, y se miró largamente, con la mente revolucionada, sus emociones y pensamientos colisionando.

Las palabras que el conde le había dicho con tanto énfasis resonaban en su interior, aturdiéndola.

«¿Encontraste la excusa perfecta para poder seguir escondiéndote bajo ese ridículo disfraz? ¡Felicitaciones! Sigue escapando, continúa juzgando al mundo entero por lo que tus ojos miran. ¿Sabes algo? Eres tú quien no acepta su verdadera apariencia, eres tú quien vive por el afuera, quien mide a los demás por cómo se ven, quien juzga, sentencia y condena. ¿Quieres encontrar al culpable de tu amargura, de tu frustración y tus fracasos? Eso es fácil, quítate ese disfraz, y así tal vez la reconozcas, mirándote en el espejo. Si es que no la has matado, si es que aún hay algo que valga la pena allí debajo, allí dentro».

Era un disfraz, su vida era una farsa. Sus ideales, sus supuestos sueños, eran una máscara. Su aspecto, un escudo. No un arma de protección, sino la

cara de su cobardía. Lo que tanto había odiado, la superficialidad de juzgar y medir el valor del otro por su apariencia, menospreciando el valor de lo no visible, era en lo que había convertido su existencia.

El sufrimiento de su hermana solo había sido una excusa para camuflar sus miedos y sus temores, para escapar de la vulnerabilidad, de ver expuesta sus emociones. De arriesgarse a amar, y revivir el dolor de perder a ese ser amado, como había perdido a su madre. De dar todo, y ser rechazada o no correspondida.

Había estado tan ciega, tanto, por demasiado tiempo, que no había sido capaz de ver la belleza verdadera, ni cuando la pudo sentir con el alma, acariciar con las manos y percibir con el corazón.

Y tarde se daba cuenta de cuán hermoso había sido cada instante vivido con ese hombre, de cuánta belleza le había demostrado, cuánta sinceridad, cuánto amor.

Se había dejado acobardar, y decidido por la salida menos arriesgada.

Era cierto que tal vez el conde no había sido el más honorable en el pasado, pero se había convertido en un hombre diferente. Alguien que se había abierto a ella sin prejuicios ni ambages, que había demostrado ser digno de su perdón, digno de su respeto y de su amor. Alguien generoso, paciente, sensible. Alguien que la había amado sin pretensiones y sin medida.

Y lo había perdido por su terquedad, por su orgullo y necesidad.

«No has de preocuparte, no te difamaré. Ni has de agobiarte temiendo que lo que hicimos produzca un fruto en tu vientre, tomé precauciones para que no sucediera. Te deseo una vida, ojalá la encuentres. Adiós, Abigail Thompson».

Estaba todo dicho entre ellos. Él iba a casarse, había elegido otra mujer para hacer su esposa. Le había lastimado mucho, humillado y desechado. No había creído en él, ni en lo que había nacido entre ambos.

Ya no había esperanza, no debía volver a actuar con egoísmo. Después de todo, después de esa amarga confrontación, él no había vuelto a buscarla. Lo que quería decir que Colin no deseaba nada con ella. Debía dejarlo ser feliz, a pesar de que perderle y saber que jamás volvería a estar con él, que había destruido la posibilidad de un futuro juntos, le desgarrara poco a poco.

Una cosa era segura, nunca podría apartar aquel dolor de su corazón,

como tampoco podría arrancar de su alma al único hombre que había logrado traspasar las barreras de su resentimiento y temor.

Amaría a Colin hasta el último instante de su vida.

CAPÍTULO XXVII

«Que te conceda lo que tu corazón desea; que haga que se cumplan todos tus planes».

Salmos 20:4.

—¿Estás seguro? Aún estás a tiempo de detener esto, y no sé... tal vez replantearte tu decisión —inquirió Marcus, observando a su hermano, sentado frente a él.

—Tiempo es justo lo que no tengo, Marcus. Y tampoco tengo nada que pensar, esto es lo que debo hacer, no tengo más opción —negó Colin, ajustando su pañuelo color borgoña y los puños de su saco gris.

—Pero si luego te arrepientes... Colin, quizás esta no es la mejor manera... y si... —terció consternado el menor.

—Hermano —Le cortó el rubio inspirando profundo, desviando la vista con pesar hacia fuera, donde los invitados entraban en la mansión del marqués de Garden—. Créeme que si esto no funciona, me arrepentiré cada mañana y cada noche por el resto de mi vida. Mi corazón duele, hubiera querido que el día de mi compromiso fuera diferente, pero no lo es, y esto es lo único que me resta hacer.

—De acuerdo, sabes que te apoyo. Solo quiero que tengas igual o más dicha de la que encontré junto a Clara. Y aunque puedes ser irritante, torpe, atolondrado, molesto, egocéntrico... —enumeró Marcus.

—Ve al grano, eres el peor, haces leña del árbol herido —interrumpió con tono seco y una mirada molesta hacia su mellizo, que sonrió divertido.

—Es leña del árbol caído... —corrigió riendo y negando con la cabeza Marcus—. Pero, a lo que iba... Puedes ser un redomado idiota, pero también eres el hombre más honorable, sincero y noble que he conocido. Siempre has estado para mí, y sé que alguien como tú solo puede recibir felicidad de parte de la vida, ya verás —terminó dándole una palmada en el hombro.

—Realmente no salgo de mi sorpresa, te observo y no lo creo —respondió con mueca incrédula Colin—. El matrimonio te ha convertido en un

sensible afeminado —prosiguió ante el gesto interrogante que esbozó Marcus, y al ver cómo apretaba los dientes bufando irritado, prorrumpió en carcajadas.

—Es mejor que bajemos, vamos retrasados —dijo malhumorado, tocando el techo del coche para que el lacayo les abriese la puerta y extendiera la escalerilla—. Eso sí, yo que tú no me reiría tanto, si mal no recuerdo, tu futura esposa no es precisamente un pan de Dios, ya veremos qué pasará contigo cuando se casen —auguró cuando ya estaba en la acera.

La sonrisa de Colin se esfumó, y haciendo una mueca contrariada, se unió a su mellizo para emprender la marcha hacia la entrada, pensando que saldría de aquel lugar comprometido, si todo salía bien.

Abigail llegó a la casa de su padre solo una hora antes de que el gran baile organizado por su madrastra, donde se anunciaría el compromiso y próximo enlace entre lord Vander y la señorita Meredith, quienes según su hermana llevaban un cortejo de casi un mes, diera inicio.

Logró entrar sin ser vista, y se encerró en su habitación para intentar planear lo que haría a continuación. Estaba decidida, y también temerosa y nerviosa. No obstante, ya no había más dudas en su corazón, haría lo que había venido hacer, y nadie se lo impediría.

Clara le había suplicado hasta prácticamente el momento de partir que hiciera algo al respecto, que no se rindiera, que dejara el orgullo de lado, que se diese una oportunidad de ser feliz. Pero solo una cosa de las tantas que había expresado caló hondo en su ser, y fue lo último que dijo antes de abordar el carruaje junto a su esposo, palabras que rompieron algo dentro de ella y le produjeron un intenso temblor.

«Abby... imagina tu vida de aquí a mañana, en los siguientes dos años, en los veinte posteriores. Si el hombre al que amas se casa con otra mujer, imagina el resto de tus días. Reflexiona y considera si tu dolor, tus razones, tu independencia, tus planes, tu orgullo, serán suficientes para compensar el vacío, la pérdida y la ausencia del amor de tu vida. Si es así, entonces rechazar al conde y quedarte aquí, fue la mejor decisión que pudiste haber tomado, y sin duda te esperarán días de plenitud absoluta.

Unas horas después, Abby descendió de un carruaje de alquiler, y se quedó viendo con aprensión la fachada del lugar que tenía frente a sus ojos. Por un momento dudó y se giró hacia el coche que la esperaba, pero luego

recordó que huir implicaría perder demasiado, por lo que respiró hondo, soltó el aire contenido y caminó hacia la puerta de vidrio, la cual empujó con actitud más resuelta.

—Buenas tardes, milady —la saludó la extravagante mujer que se puso en pie al verla ingresar.

—Buenas tardes, lamento venir de improvisto, pero me preguntaba si... —dijo bastante incómoda.

—Claro que sí, querida —aceptó con un ademán despreocupado la mujer, y al tiempo que golpeaba las palmas llamando a alguien, añadió con una sonrisa extraña—. Sabía que algún día la vería de nuevo, milady, y tengo algo preparado especialmente para usted.

Y con esa afirmación, Abby se vio envuelta en el mundo de Madam Antua, quien más que la mejor modista de Londres, se había convertido en el hada madrina de la Hermandad.

El salón de baile de los marqueses de Garden, estaba a rebosar. Los asistentes circulaban por el lugar, conversando, bebiendo y murmurando acerca del anuncio que se haría y que nadie sabía de qué iba. Las especulaciones y los chismorreos se propagaron por el lugar más rápido que las bandejas de champagne y los aperitivos.

Colin reprimió el acuciante impulso de huir de allí, y estirando el cuello de su camisa, trató de relajarse.

En minutos se daría apertura al baile propiamente dicho, y él ya tenía compañera para el vals, después de eso, se presentaría a los futuros esposos y se haría un brindis en su honor.

—Pareces Cristo antes de ir a la cruz —comentó Alexander, ofreciéndole una copa.

—Y me siento igual. Padre pasa de mí esta copa —recitó con sarcasmo el conde, y bebió apresurado.

—Sigo pensando que has perdido el juicio, amigo mío. Pero bien sabrás tú lo que haces —agregó Maxwell; tenía la vista fija en la puerta del salón, tomando un sorbo de su copa.

—Ya llegaron nuestras amigas, ¿vamos, Grayson? —propuso el duque

estirando la tela de su saco y sonriendo a la pelirroja, que se sonrojó y le dijo algo a la castaña parada junto a ella.

—Pero... —balbuceó Luxe, que se había atragantado al oír al escocés—. Pero ¡qué dices, hombre! Una mujer nunca puede ser amiga de un hombre eso... eso es indecente —espetó envarado.

—Ay, qué remilgado resultaste ser —se quejó Alex con fastidio, pero rápidamente sonrió travieso—. Indecente, es la manera en la que estabas desnudando a lady Russell con la mirada —agregó, y el gesto de horror, consternación y contrariedad que apareció en la cara del castaño provocó las carcajadas en los otros dos.

—¿No pudiste convencerla? —preguntó Mary Anne con ansiedad en cuanto Clara se unió a ellas en el rincón de floreros.

—No... —soltó desanimada—. Lo intenté hasta el último minuto, pero solo obtuve silencio en respuesta.

—¿Cómo recibió la noticia? —inquirió Briana con expresión desilusionada.

—Lloró por más de una hora, y luego se encerró en su cuarto —contestó Clara, y las tres intercambiaron miradas desalentadas.

—Tu prima debe estar feliz —dijo Mary Anne con acritud.

—No lo sé, aún no he visto a Meredith. Solo a mi madrastra, y Melissa me comentó que sus padres no estaban nada contentos con esta boda precipitada —contestó Clara con indiferencia.

—Pues yo sí que la vi, y pienso que debería estar contenta. Después de todo, es su primera temporada, es hija de un barón, y ha conseguido esposo. Y además un buen caballero —añadió Briana, señalando con disimulo hacia la pista, donde la rubia caminaba del brazo de Vander.

—No puedo creer que mi hermana sea tan terca, y que por orgullo se condene a la infelicidad eterna —se lamentó Clara con tristeza, haciendo un movimiento negativo con su cabeza.

Abby observaba desde el rincón donde estaba escondida a las parejas girando al ritmo del vals que ejecutaba la orquesta.

Su mirada estaba fija en la pareja rubia, que se movía con suavidad, intercambiando de vez en cuando un comentario.

Su corazón se había estrujado ante la visión de Colin sosteniendo a Meredith entre sus brazos. El conde estaba más que apuesto en su traje color gris perla, y su prima política muy bella con un vestido de muselina rosado.

Cuando los músicos acabaron la pieza, se pusieron en pie, pues por lo que oyó, se haría un anuncio en la tarima.

Ella salió de detrás del busto de piedra blanca, y ante las expresiones curiosas y confundidas de la banda, tomó asiento frente al gran piano y soltó el aire varias veces, tratando de calmar el violento temblor de sus manos enguantadas, pues aquella era una prueba de fuego para ella, que jamás se había atrevido a tocar en público.

Ni bien emitió las primeras notas a modo de prueba, algunas cabezas voltearon en su dirección. Los murmullos comenzaron a extenderse por el salón.

«¿Quién es ella?».

«Me parece familiar».

«Nunca la he visto».

«¿Qué está haciendo?».

«Es hermosa...».

Abby cerró los ojos, y enderezándose en la butaca, centró cada uno de sus sentidos en las notas que marcaban sus manos.

Pronto su ser al completo se contagió de las vibraciones y sensaciones que la bella, apasionada, desesperante, agónica y dulce melodía provocaba en cada una de sus terminaciones.

Su cuerpo se erizó cuando, al terminar la introducción, escuchó que el resto de los músicos se unían a ella, formando un sonido mágico.

Algunos mechones escaparon del recogido que le habían hecho, pero no se detuvo. Tocó con más ahínco, haciendo resbalar con frenesí sus dedos por las teclas. Derramando en cada nota cada emoción que su alma contenía, vaciando todo el sentimiento que su pecho guardaba. Exponiendo y

entregando, sus más profundos temores y desesperaciones, sus recuerdos y anhelos. Destilando toda su pasión y el amor que desbordaba su interior.

Y tras el sonido final, la música flotó por el lugar, que había quedado suspendido en silencio y estupor.

Ella bajó sus manos, y con su pecho subiendo y bajando agitado, se puso en pie. Sus rodillas temblaron cuando, levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con una mirada celeste.

Colin la estaba observando fijamente, detenido en la mitad de la pista, con los puños apretados. Sus ojos la taladraban, su gesto era extremadamente serio.

Con mucha lentitud, él recorrió con la vista cada rincón de su cuerpo embutido en un vestido color lavanda, que además de ser de una exquisita tela, estaba revestido de tul y realzaba su cintura y su pecho. Su examen acabó en su cabello rubio, elegantemente peinado en lo alto de su cabeza. Y a continuación, él apretó la mandíbula y se giró, dándole la espalda.

Abby tragó saliva al adivinar que el conde pretendía salir del salón. La angustia se apoderó de ella, y sin pensar, exclamó:

—Mi nombre es Abigail Thompson, y estoy aquí para decirle a alguien muy especial algo importante —Su voz se elevó sobre el sonido de los murmullos de los impresionados testigos, logrando que el conde frenara sus pasos—: Sé que no soy digna siquiera de ser escuchada, porque no fui capaz de oír mi corazón, ni las palabras de un hombre honorable, pero pido solo un momento para decir cuatro palabras —continuó temblorosa y desesperada. Lord Vander se dio la vuelta hacia ella lentamente, y Abby sollozó y bajó del escenario, caminando hacia él hasta detenerse a solo un palmo de distancia del rubio, que la observaba con mirada inescrutable.

—¿Con tan pocas palabras piensas que olvidaré y perdonaré el dolor que me causaste? ¿Que desaparecerán tus desplantes, humillaciones? —siseó con mordacidad Vander.

—Colin Benett, te amo —le interrumpió ella, dejando que las lágrimas que había estado conteniendo resbalaran por sus mejillas.

El conde enmudeció estupefacto, y en sus orbes celestes apareció un brillo alegre, al igual que su cara expresó emoción y sorpresa.

—Tenías razón, he estado escondiéndome tras mi disfraz todos estos años. Me oculté del mundo tras esa apariencia, usando la excusa de querer parecerme a mi hermana, utilizando el pretexto de que el mundo era cruel y superficial solo para evitar el dolor, el rechazo, la pérdida, pero sobre todo para no exponerme ante el amor —siguió, obviando al resto de los presentes, sin apartar sus ojos de los del caballero ni un segundo—. Fui una cobarde, fui la mujer más estúpida. Tuve miedo de que me amaras tanto, tuve terror de amarte demasiado. Quise retroceder el tiempo y volver a mi caparazón, sin entender que era demasiado tarde para correr, porque mi voluntad, mis antiguos deseos, mis acariciados sueños, incluso mis opiniones y juicios, habían cambiado, evolucionado. Cuando comprendí que te había perdido, fue cuando por fin entendí lo que me negaba a aceptar. Que sin ti no existo, que sin ti nada tiene sentido.

»Supe que la mujer que inventé, fría, imperturbable, cínica, solitaria, autosuficiente, no existe. Con tu amor, tu presencia, tu calor, tu voz, tu mirada, desenterraste a mi verdadero yo. A la mujer que nunca debí tratar de ocultar, la que sueña, la anhela, la que quiere sonreír, vivir, incluso bailar. La mujer que te ama, y no solo porque fuiste capaz de hacer lo que yo pretendía, ver mi verdadera identidad, mirarme a mí, y no a la imagen que proyectaba, sino también porque eres hermoso en todo el sentido de esa palabra. Eres maravilloso y perfecto para mí, mi otra mitad, mi complemento. Por eso te pido, si es que en tu interior queda alguna oportunidad para mí, que me perdones y que, por favor, no te cases, Colin —terminó con voz más firme, un gesto vulnerable y esperanzado en su bello rostro.

Tras su emotivo discurso se oyeron los susurros escandalizados de los nobles, que sin disimulo repetían lo que ella había dicho a los que estaban más apartados.

Por primera vez, Colin se sentía demasiado conmovido como para emitir una respuesta. Al terminar de bailar el vals y hacer la reverencia final, se disponía a devolver a la señorita Meredith, cuando algo en el aire cambió, un escalofrío recorrió su espalda, y entonces la vio.

La mujer más bella que jamás había visto, un auténtico ángel. Una aparición que rezumaba dulzura. Su corazón se había detenido, y no por la imagen que veía, sino por la persona que estaba sentada frente a ese piano.

Con cada nota que ella ejecutaba, su alma se elevaba y volvía a caer, hechizada por completo. Su respiración se entrecortó, y su pulso se aceleró locamente, al punto que pensó colapsaría. Su mundo entero se centró en esa mujer, todo desapareció para él y solo fue capaz de mirarla a ella. En su mente un pensamiento se repetía, que ella estaba ahí, que había venido.

Pero no podía mostrarse complaciente de nuevo, debía saber si realmente la dama estaba dispuesta a jugar todas sus cartas, a prescindir del miedo.

Por eso se había atrevido a darle la espalda, pero su manera de pedirle que le escuchara, la desesperación en su voz, no le permitieron ser lo severo que pretendía ser, y sin permiso, su cuerpo viró hacia su dueña.

Verla aproximarse hacia él hizo que su estómago se contrajera. La dama que estaba frente a él no era la que había conocido, y al mismo tiempo, era la misma. Su esencia seguía intacta, la hermosura de sus ojos no se había alterado. Era su amada, transformada, pero igual de bella.

Su declaración de amor inundó su pecho de un calor indescriptible, su corazón saltó de alegría, y a duras penas logró refrenar su impulso de besarla apasionadamente.

Abigail esperaba una respuesta. Él cerró los ojos, dejando vibrar esa confesión tan esperada en su interior.

«Te amo... No te cases, Colín...»

A continuación, la miró y extendió su mano hacia la dama, con la palma hacia arriba. Ella observó entre su mano y su cara, y dichosa aceptó su tácita invitación.

Colin sonrió, y obviando los gestos horrorizados de sus pares, cruzó la habitación guiando a la dama.

Por el camino, escucharon los murmullos y comentarios de los invitados.

«Escandaloso...».

«¡Qué descaró!».

«¿Acaso es ella la fea hermana menor Thompson?».

«Ya no hay decencia».

«Qué vulgaridad».

«Igual de promiscuo que su hermano y sus padres. El marqués se casó con

una mujer que su padre no aprobaba».

En la orilla de la pista, la señorita Meredith y sir Richard, les vieron con gestos impresionados.

Sus amigos y padres les miraban emocionados. Lady Russell lloraba y chillaba, y Mcfire propuso un brindis a voz viva, escandalizando más a todos.

Una vez llegaron al jardín posterior de la casa, Colin se giró hacia la joven, y antes de que ella pudiera emitir sonido, tomó su barbilla y la besó apasionadamente.

—Co... Colin —balbuceó la muchacha mientras él no dejaba de besarla—. Por favor... —suspiró ella, devolviendo sus atenciones con fervor e idéntica necesidad, hasta que con esfuerzo separó sus bocas, y suplicó—: No alargues mi agonía, milord. Dime que podrás perdonarme, que no te casarás con otra, que seguimos perteneciéndonos.

—Abigail, claro que puedo perdonarte. Al igual que tú debes perdonarme a mí. Muchas veces fui cruel y poco caballeroso, también desconsiderado, y no niego haberme acercado a ti por el ultimátum. Pero desde el principio te quise solo a ti, te elegí solo a ti, y te amé solo a ti —terció con voz queda, tomando su cara entre sus manos y pegando sus narices.

—Colin... te amo, te amo más que a nada, te amo sin medida, sin razón, sin límites; con locura, con mi mente, con mi corazón, con mi vida —Posó sus labios en los del conde con anhelo—. Por eso vine aquí, sé que me demoré por mi testarudez, pero no me digas que es demasiado tarde, no puedes casarte, tenemos que hallar una alternativa.

—Abby... —murmuró el conde, logrando que ella se tensara y se alejara para estudiar sus rasgos con preocupación—. Nunca estuve por casarme, fue una treta, un acto de un hombre desesperado que veía el ocaso de su vida llegar sin su amada, y por eso no...

—¿Qué? Tú... no estabas por... ¿Entonces de quién era esta fiesta de compromiso? —balbuceó impactada ella.

—De... de la señorita Gibson y sir Richard —respondió con expresión de ángel el conde, dejando atónita a Abby, pues no creía que alguien como Meredith, tan vanidosa y pretenciosa, aceptara a un caballero como el cándido y buen hermano de Briana.

Abby abrió la boca anonadada, sus ojos abiertos siguieron la dirección en la que Vander estaba mirando.

En las puertas de la terraza les estaban observando sus amigas y los del conde, seguramente para proteger su reputación. Ella les lanzó una mirada enfadada, y ellas esbozaron gestos suplicantes, a la vez que lord Marcus y lord Luxe ponían expresión incómoda, mientras el escocés reía, gritando: «¡Que esta vez no se te escapé, Bennet!».

Ella entrecerró los ojos, y furiosa dio un paso hacia Colin.

—¡Eh... eh! No puedes culparme, no me dejaste alternativa —se justificó, comenzando a retroceder hacia el centro del jardín.

—Tú... vil perro sarnoso Benett, me engañaste —le acusó Abby, siguiéndole airada, y al notar un objeto sobresaliendo de un arbusto, se inclinó y lo tomó.

—¡No! Baja eso, ¡lo hice por amor! —protestó Colin, extendiendo sus manos con las palmas hacia afuera en señal de defensa.

—Eres un desgraciado. Mira que hacerme creer que te casarías. ¡Ahora verás, me cobraré esta injuria con esto! —exclamo Abby alzando el rastrillo con un exabrupto airado al mismo tiempo que el conde gritaba y salía huyendo.

—¡Corre por tu vida, Colito! Esa mujer es de armas a tomar —se burló Alex a gritos.

—¡No le hagas demasiado daño, amiga, no puedes machacar al príncipe del cuento! —alegó emocionada Mary Anne.

Las carcajadas de Abby y Colin retumbaron por el jardín, mientras la rubia perseguía al hombre alcanzándole ocasionalmente con el rastrillo en su parte trasera.

Más tarde, ambos conversaban tomados de la mano, oyendo la música que llegaba desde el salón. Se habían trasladado a un sector en donde ella solía refugiarse de niña y que les mantenía a salvo de miradas indiscretas.

—Entonces, ¿era mentira lo de tus aventuras y travesuras en la ciudad también? —preguntó Abby apoyando la cabeza en el hombro del conde.

—Por supuesto. Desde que te robé ese beso en aquella sala de música, no ha existido otra mujer en el universo para mí —aseveró él.

—Me sentí morir cuando mi hermana me dijo que te casarías — confesó Abby.

—No sé si sentirme halagado o insultado por eso —gruñó Colin haciéndola mirarlo—. Es increíble que lo creyeras. Te dije que eras mía, que no me rendiría jamás. Algún día, quizás, llegarás a comprender lo mucho que te amo, Abigail. Te amo por encima de todo, sin límites, y te amaré hasta que no haya aliento en mí.

—Colin... he estado tan errada con todo, tú me has demostrado cuán equivocada estaba. Eres único y especial, mucho más de lo que merezco. Hace unas semanas, Henry vino a verme y me propuso matrimonio, lo rechacé porque no podía tolerar entregarme a otro hombre que no fueras tú. Pero aún así, mi terquedad me hacía creer que mi primo era el tipo de hombre que me convenía. —Sus ojos se empañaron—. Cuando se marchó, me encontré con lord Marcus en el pasillo, entonces él dijo al pasar, que esperaba que lord Wallace no llegara a formar parte de su familia. Le pregunté confundida a qué se refería, y él me dijo que simplemente no deseaba que un hombre que se burlaba de una dama a sus espaldas, apodándola grotescamente, se sentara en su mesa. Cuando, impactada, se lo planteé a Clara, ella lo confirmó. Fue él, fue Henry quien humilló y tildó a mi hermana de ratón. Y al reflexionar, recordé que además, de ti, había oído otras voces hace tres años. Pero en mi ceguera, te erigí como el único culpable, el responsable de las desgracias de mi hermana.

»Mis prejuicios me orillaron a creer que solo por ser como eras, no podía haber honor en ti. Al final resultó que mi teoría, que un hombre como Henry era honorable y uno como tú lo contrario, no podía estar más errada. Como también era equivocada mi idea de que debía ser fea para diferenciarme de esta sociedad cruel y superficial. Ahora sé que jamás, jamás, debo juzgar por las apariencias, sino por lo que dicen los actos y demuestran los corazones — Sentía un profundo arrepentimiento, y un gesto avergonzado cubrió su rostro.

—Eso ya no importa, pececita. Solo importa que ambos aprendiéramos nuestras lecciones, que supimos reconocer nuestros errores, y que tenemos el resto de nuestras vidas para compensar cada falta con mucho amor —la tranquilizó, acariciando su rostro y secando con su pulgar una lágrima que resbaló por su mejilla.

—Te amo tanto, gracias por perseverar hasta el final, por aceptarme como soy. Eres lo que mi corazón deseaba, gracias a Dios que tu plan funcionó —suspiró Abby.

—Soy yo quien te agradece, me has devuelto la esperanza y las ganas de vivir. También me haces sentir completo y a salvo. Eres mi hogar, el que tanto anhelé. Y, tal como la hermosa canción que tocaste, esta es nuestra historia de amor, algo desquiciada pero solo nuestra. Yo soy tu irresistible caballero de oxidada armadura —declaró, haciéndola reír—. Y tú, eres mi florero preferida, mi fea más bella —concluyó, y sus bocas sellaron la dicha de ese amor.

Fin.

EPÍLOGO

Mayo de 2017. Olympia. West Kensington, Londres.

El salón de convenciones, ubicado en el Olympia, se encontraba ya repleto.

Prensa, críticos y seguidores esperaban la apertura del evento.

En la tarima, ubicada en el centro del lugar, se encontraba una larga mesa con dos micrófonos preparados, botellas de agua para cada disertante, y cuatro sillas. Destacaban los banners y libros inéditos, los cuales ya estaban siendo fotografiados.

Las conversaciones de los presentes mermaron cuando apareció la comitiva tan esperada. Los gritos y aplausos de emoción resonaron en la sala.

—Buenos días. Agradecemos su presencia y su apoyo en este nuevo lanzamiento de Editorial Corazón de Tinta —inició la mujer de abundante cabello pelirrojo, sonriendo afablemente. Sus ojos, de un azul eléctrico, resaltaban en su rostro—. Como sabrán, en esta ocasión presentaremos un nuevo libro de nuestro talento estrella, Claret Bennet —prosiguió Brenna Mcfire, la editora, dando la palabra a la nombrada.

—Muchas gracias. Es un honor para mí estar aquí, y sobre todo ver este proyecto, al que tanto cada trabajador de Corazón de Tinta, como yo, le hemos puesto mucha dedicación y amor —habló la delgada mujer, de la que destacaban su cabello y ojos color de la noche.

—Pueden hacer sus preguntas —autorizó a los periodistas una tercera persona, una castaña de bellos ojos verdes, de pequeña estatura pero presencia imponente, Marianne Grayson, la relaciones públicas y representante legal de la editorial.

—Soy Alexandra Müller, para revista WSpace, Nueva York. Es sabido que sus obras siempre son inspiradoras y están acompañadas de un fuerte trasfondo social y humanitario, ¿cuál es el mensaje principal que desea transmitir con su nuevo libro? —interrogó tras de un tropel de preguntas una joven periodista rubia, de ojos azules.

—*Amar después de amarme*, intenta concienciar al lector sobre la importancia de aprender a quererse y valorarse en soledad, para luego tener las herramientas y la capacidad que requiere amar a otra persona. Para que una relación sea duradera y fuerte, se debe lograr una total y absoluta aceptación individual. Es decir, para amarte, necesito amarme primero a mí. Puedo quererte porque me quiero a mí misma, y sé que eres quien potencia lo mejor de mí —respondió Claret, finalizando la ronda de preguntas.

—Al finalizar se hará una firma de ejemplares y autógrafos. Pero antes, Corazón de Tinta se enorgullece en presentar a su nueva incorporación, la multipremiada violinista Abba Bennet, quien se une a nuestra editorial con un exquisito y conmovedor poemario, el cual contiene, además de poemas de su autoría, la recopilación de más de una decena de poemas inéditos —anunció Brenna, haciendo una seña a una cuarta mujer, que tomó el micrófono con evidente nerviosismo.

—Gracias, estoy un poco nerviosa. Como saben, lo mío es la música, por eso les leeré el epígrafe de mi obra, agradeciendo a la editorial por esta oportunidad, y también a mi prima y amigas por su generoso e incondicional apoyo —expresó con voz suave la joven de cabello rubio claro y ojos color cielo, entonces recitó:

Londres, 24 de febrero de 1865.

Hoy desperté de un humor extraño.

Con una sensación de ligereza y juventud inusitadas.

Mis amigos, los achaques y dolores, parece se han escondido.

Sentado en mi escritorio, estoy tratando de aplacar este inusual sentimiento.

Tengo el presentimiento de que, como el sol está bajando, así ha llegado el ocaso de mis días.

No me siento triste, ni mucho menos tengo miedo.

Pues he vivido mucho más de lo que creía posible.

He reído a menudo, he llorado lo suficiente.

He viajado, he volado y vuelto al nido.

He bailado bajo la luna y nadado desnudo.

He mecido en mis brazos a mis hijos, y velado su sueño a menudo.

He besado cada noche, y me he entregado a la pasión sin medida.

He visto muchos amaneceres, muchos cielos y muchos anocheceres.

He sentido el verdadero amor y me han amado completamente.

He cumplido a tu lado mi único anhelo, he logrado amarte como soñaba, y sentido a cambio tu incondicional entrega.

Y aunque mi vida se apague en esta noche de invierno,

la luz de tu mirada azul será mi faro en la inmensidad del más allá.

No creas que esto es una despedida, yo nunca podría dejarte.

Mi amor, mi cielo, mi sentido.

Mis labios te están besando por última vez,

este será mi beso de hasta pronto.

Mi mano esta noche no te soltará. Y la bella rosa azul que robé de tu jardín, no hará honor a tu hermosura única.

Por la mañana, cuando solo quede de mí este caparazón viejo y vacío,

por fin develarás el misterio, sabrás a lo que dedicaba mis horas de ocio.

Entre estos papeles encontrarás palabras bastante delatadoras.

Sé que te causarán hilaridad, y despertarán tu lado sensible.

Ese que aún te esfuerzas en ocultar.

No creas que no pensé en destruirlo, pues un caballero como yo siempre debe mantener su reputación de cascarrabias cabeza de familia.

Mas desistí de esa absurda idea una tarde en la que, después de hacerte mía, susurraste antes de quedarte dormida: «Quisiera congelar este momento y poder repetirlo en mis sueños por siempre».

Por eso, mi luz, aquí estará esperándote este conjunto de letras.

Es mi voz, mis vivencias y mi corazón.

Las memorias de un poeta, plasmadas en tinta.

Es mi herencia, lo más valioso que puedo dejar al fruto de nuestra unión, y quizás ellos la traspasen a las generaciones venideras.

Es nuestra historia, es nuestro legado de amor eterno.

Memorias de un poeta atormentado, por Colin Bennet.

FIN.

AVANCE

UNA Fea ESPLENDOROSA

serie la hermandad de las feas: libro 03

Drummond, Highlands.

Otoño de 1812...

En el interior de su derruido castillo, la fiesta había llegado a su fin. En los pasillos y el salón, habían quedado algunas mujeres y hombres rezagados, que dormía su borrachera despatarrados sobre improvisados jergones distribuidos por doquier.

La puerta del despacho de Connor, el líder del clan Mcfire, estaba abierta. Cuando los dos hombres entraron, el conde se giró hacia ellos dejando a la vista un sobre lacrado que sostenía entre sus manos. El mayor de los Macfire, que aun llevaba su traje de gala escocés, les hizo una seña para que tomaran asiento, y tras servir y entregarle tres vasos de whisky se ubicó tras su escritorio.

—Alex... — comenzó con su habitual voz potente, pero algo en su expresión y en su tono vacilante, alertó al rubio de que algo estaba sucediendo — Mejor leelo por ti mismo, esto acaba de llegar — informó tras vaciar su bebida, extendiendo la carta hacia el.

Alexander dudó un segundo, mirando fijamente los ojos azules de su hermano, color que compartían los cuatro

hermanos Macfire, y tras adivinar preocupación en la siempre indiferente cara de Connor, tomó el papel tragando saliva.

Sólo con ver el sello lacrado que ostentaba la misiva, su estómago se tensó.

Con manos temblorosas abrió el sobre, y desplegó el papel de su interior.

Dejando sus pupilas desplazarse por la caligrafía desconocida que llenaba la hoja.

—No tienes que hacerlo si no quieres, saldremos adelante como siempre lo hemos hecho Alex — le dijo con brío Connor, cuando él cerró sus ojos con impotencia.

—No es tu obligación. Es demasiado sacrificio para cualquiera — añadió Keith, colocando una mano en su hombro, en señal de apoyo.

Alex permaneció en silencio, sintiendo sus emociones desbordarse.

El temido día había llegado.

Su abuelo había muerto.

El era el nuevo duque de Fisherton.

Y debía dejar todo para iniciar una nueva vida a miles de millas de allí.

Alejado de su hogar.

Separado de su familia.

Rodeado de gente extraña y costumbres estiradas.

No podría....

Ma wee diuc(1). Tu destino está muy lejos de aquí. Algún día lo entenderás. Cuando llegue el momento, no reniegues de tu misión, naciste para ser importante, para devolver el honor. Pero nunca olvides las raíces de tu padre y el aroma de tu tierra....

Las palabras susurradas con tanto sentimiento resonaron en sus recuerdos, impregnando su corazón de una nueva resolución y calma.

Su mano aferró el colgante que siempre llevaba consigo, y apretando el anillo de rubí entre su puño, anuncio:

—Lo haré. Viajaré a Inglaterra de inmediato, como se especifica aquí. Y me someteré a lo que tenga que hacer, para convertirme en el duque de Fisherton.

—Alex. No estás obligado a asumir esa carga. Este es tu hogar. Es mi responsabilidad hacer que estas tierras y su gente sobrevivan, no la tuya. Con mi unión con la hija de los Mac tavish, han crecido los recursos y las posibilidades. Solo es cuestión de soportar el... — negó con frustración Connor, poniéndose en pie y recorriendo el lugar con ansiedad.

El echó un vistazo a la estancia, en donde a pesar de que el poco servicio que conservaban hacían lo mejor posible su trabajo de aseo, podían verse las grandes grietas en las paredes, los techos cubiertos de moho, y la decadencia de un castillo que un día había brillado con opulencia.

—Hermano, con cada estación son más los habitantes que parten de aquí en busca de mejor vida. La tierra es casi estéril, se está reduciendo las ovejas y animales, no te quedarán mano de obra suficiente para trabajarla. Además del estado deplorable del edificio, y los almacenes vacíos.

Viene el invierno, sino encontramos recursos, muchos morirán.

Mi posición como par del reino, me abrirá un abanico de posibilidades.

No puedo desaprovechar esta oportunidad — alegó con calma Alex frenando sus objeciones.

—No estas pensando con claridad, tu vida está aquí, eres mi segundo al mando. Que tal sí... — tercio obstinado el mayor.

—Se lo prometí a madre, Connor — interrumpió él, dejando mudo al más grande — Yo...siempre supe que este era mi destino, ella me lo advirtió. No le daré la espalda a mi gente. Haré honor a mi promesa, y le devolveré el brillo a mi tierra, al legado de nuestro padre — siguió con solemnidad y seguridad. Sus ojos miraron del rostro conmovido de Connor, al emocionado del menor y terminó — En cuanto a mi función aquí. No te preocupes, tienes un digno sucesor, que sabrá reemplazarme a la perfección. Keith, será el mejor de tus hombres.

Su anuncio quedó flotando entre ellos. Y tras darse unas

palmas que intentaron transmitir lo que sus bocas no sabían decir, los vasos fueron rellenos.

—Por el nuevo duque de Fisherton — brindó Connor alzando su copa.

—¡Salud! — dijeron a uno los hermanos Macfire, haciendo chocar sus vasos y echando la cabeza atrás para vaciar los mismos.

Continuará...

AGRADECIMIENTOS

Sin dudas esta novela fue y será especial para mi de principio a fin, ya que fue creada en momentos de mi vida más que excepcionales. Quiero agradecer a mi esposo e hijo que además de lidiar con una embarazada muy irritable, soportaron mis lapsos de escritora obsesionada.

Gracias a todos los que siguen allí, del otro lado acompañando en este loco y cada vez más real sueño.

Gracias a mi Jesús, que aunque estuve al borde de la muerte me sostuvo y por su gran amor sigo aquí de pie y presentando batalla.

A mi editora, y correctora. Su ayuda es inestimable, son grandes personas.

Y a ti que estás leyendo estas palabras, sólo decirte que me alegra que seas mi compañero en esta increíble aventura. Cuenta con que vendrán muchas más, yo cuento

contigo.

Eva.



De Córdoba, Argentina, tiene veintinueve años y vive con su esposo y sus dos pequeños hijos.

Estudio Relaciones públicas, ceremonial y protocolo.

Su pasión es la escritura desde que a los doce años leyó un libro que marcó su vida: El diario de Ana Frank. Comprendió entonces que la lectura, pero sobre todo la escritura, serían el refugio y la constante en su vida.

Dios es la fuente de su inspiración y su sostén. Su motivación, su familia, y su vocación poner en letras las voces de su alma.

Finalista del premio Planeta y con varias novelas en el mercado, Eva nos trae una de sus sagas más esperadas.